

QUÍMICA
con el JEFE

LOUISE BAY

Phoebe

LOUISE BAY

QUÍMICA con el JEFE

Traducción de Silvia Barbeito



Phoebe

Título original: *The Boss + The Maid = Chemistry*

Primera edición: febrero de 2025

Copyright © 2024 by Louise Bay

Esta edición ha sido publicada por acuerdo con The Foreign Office Agència Literària, S. L. y The Whalen Agency, Ltd.

© de la traducción: Silvia Barbeito Pampín, 2025

© de esta edición: 2025, Ediciones Pàmies, S. L.

C/ Monteverde

28042 Madrid

phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-10070-75-2

BIC: FRD

Diseño e ilustración de cubierta: CalderónSTUDIO®

Fotografías de cubierta: Probomakyos2024/Obolon3212/TravelScape/FreePik

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

ÍNDICE

- [1](#)
- [2](#)
- [3](#)
- [4](#)
- [5](#)
- [6](#)
- [7](#)
- [8](#)
- [9](#)
- [10](#)
- [11](#)
- [12](#)
- [13](#)
- [14](#)
- [15](#)
- [16](#)
- [17](#)
- [18](#)
- [19](#)
- [20](#)
- [21](#)
- [22](#)
- [23](#)
- [24](#)
- [25](#)
- [26](#)
- [27](#)
- [28](#)
- [29](#)
- [30](#)
- [31](#)
- [32](#)
- [33](#)

34

35

36

37

38

39

EPÍLOGO

CONTENIDO ESPECIAL

1

BENNETT

Algunos dirían que soy un paranoico, pero yo prefiero términos como «cuidadoso», «reservado» o «discreto»...

—¿Te han dicho alguna vez que eres un puto paranoico? —pregunta Leo al entrar en el salón de mi *suite*.

Al parecer «algunos» incluye a uno de mis mejores amigos.

—Sírrete una copa. —Hago un gesto con la cabeza hacia la barra y cierro el portátil.

Son casi las ocho; Leo siempre llega pronto, Byron siempre llega tarde —aunque esta noche no va a venir— y los demás son bastante puntuales.

—¿Has despedido a todo el personal? ¿Estás tan paranoico que ahora vives solo en el hotel? —Saca una cerveza de la nevera.

—¿Por qué? ¿Eres demasiado importante para servirte tú solo la cerveza? —replico.

Se encoge de hombros y abre la botella.

—¿Quieres contarme por qué te has mudado a tu propio hotel? ¿Y por qué no podemos ir a un bar?

—Estoy pasando por un momento difícil...

Tal vez Leo piense que tomar una copa en un bar o incluso en un club privado sería más agradable, pero no puedo correr ese riesgo. Tengo demasiado que perder.

—¿Has considerado llevar una máscara en público?

Entrecierro los ojos, tratando de averiguar si habla en serio.

—¿Como Batman?

Hace una pausa, tira el abrebotellas sobre la encimera y se vuelve hacia mí.

—Creo que lo de las orejitas sería ir un poco demasiado lejos, y, además, la gente esperaría que lucharas contra el crimen y esas cosas. Pero podrías llevar una mascarilla como las del COVID y fingir que eres una persona de riesgo o algo así.

La puerta se abre de nuevo y aparecen Jack y Fisher, seguidos de cerca por Worth. Miro el reloj: son las ocho en punto.

Fisher y yo nos damos un abrazo. Fisher es un tío sonriente y le encantan los abrazos, lo que significa que todos nos abrazamos más de lo que lo habríamos hecho si él no estuviera en el grupo. Pero a pesar de su afabilidad superficial, tiene una mente ágil y va a por todas. La frase «lobo con piel de cordero» lo define a la perfección. A lo mejor es porque es británico, pero siempre me sorprende escuchar rumores sobre lo implacable que es. Por mucho que lo quiera, no me gustaría sentarme frente a él en una sala de juntas.

—¿Estás bien, colega? —pregunta, escudriñándome.

Los últimos días han sido complicados, y Fisher fue el primero al que llamé.

—¿Os parece bien que viva en el hotel? —interviene Jack—. ¿No le da eso una ventaja injusta o algo?

Me meso el cabello; a veces me siento como el padre del grupo y otras, como el blanco de las pullas de todos. Va a ser una noche muy larga...

—No necesito ventaja alguna. Durante los tres últimos años, mi hotel ha superado a los vuestros. Y en esos tres años no he vivido aquí.

Cada uno de nosotros es propietario de un hotel, comprado con una parte muy pequeña de los ingresos de la venta de una empresa conjunta que creamos en la universidad. Es una forma de

mantenernos unidos y de fomentar la sana competencia que todos disfrutamos; una lucha amistosa pero brutal que también nos hace ganar dinero.

Fisher mira la botella de whisky y la cubitera que hay en la mesa frente a mí y coge un vaso bajo de la barra. Nunca puedes saber de antemano lo que va a beber; es como una metáfora de su personalidad.

—A lo mejor me mudo a mi hotel... —comenta Leo. Su acento británico siempre se vuelve más pronunciado cuando está nervioso.

Somos dos británicos y cuatro estadounidenses. En lo que a mí respecta, los británicos están sobrerrepresentados. ¿Por qué no los hemos echado aún?

—Te desahuciarían —se burla Fisher—. Los huéspedes no dejarían de quejarse por los ruidos que haces durante el sexo.

—¿Qué puedo decir? —sonríe Leo—. Siempre consigo que las mujeres terminen gritando mi nombre. —Leo disfruta de su reputación de *gigoló*; es lo opuesto a mí en muchos aspectos: un habitual de las columnas de cotilleos, descuidado, indiscreto... y la más pura representación de la flema británica.

—Sí, cuando ven lo pequeña que la tienes —bromea Worth, dando un golpecito en el sofá con su botella de cerveza. Es un hombre de pocas palabras, pero todas y cada una de ellas dan en el blanco.

Cojo el mando de la tele y pongo la *ESPN*, aunque sé que no vamos a prestarle atención. Empezamos a quedar los lunes por la noche porque Jack sugirió que podíamos ver juntos el partido, pero eso solo era la excusa para tomar algo con nuestra gente de confianza. Nadie te dice que, cuanto más rico te haces, más solo te sientes, aunque yo siempre lo he sabido porque lo viví con mi madre, que siempre estaba rodeada de gente que esperaba algo de ella: parte de su fama, un pellizco de su riqueza, un par de sus contactos... Y eso hasta me implicaba a mí: los niños del colegio querían ser mis amigos con la esperanza de cruzar unas palabras con una estrella de cine.

Eso no quiere decir que no estuviera orgulloso de mi madre, porque sí lo estaba. Era una actriz fenomenal y más astuta que la mayoría: elegía con mucho cuidado sus proyectos y administraba con acierto el dinero que ganaba con ellos. Pero yo no entendía por qué la fama le gustaba tanto; no acababa de comprender por qué se deleitaba con la atención de la gente, con que todo el mundo estuviera pendiente de lo que decía. A lo mejor porque no tardé en darme cuenta de que lo que les interesaba no era ella, sino la rutilante versión que mostraba ante el mundo. Pero a ella le daba igual: disfrutaba de la atención como si la necesitara para respirar.

Las amistades verdaderas, profundas y auténticas son difíciles de encontrar, y los seis que estamos hoy aquí lo sabemos y entendemos que estos encuentros periódicos alimentan el vínculo que ninguno de nosotros quiere perder. Somos muy conscientes de lo raro que es lo que tenemos.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte aquí? —pregunta Fisher.

—No lo sé —respondo—. Hasta que averigüe si los robos en mi edificio están relacionados conmigo.

—Pero no han intentado entrar en tu apartamento, ¿no? —cuestiona Leo. A veces me pregunto cómo ha conseguido hacer tanto dinero, porque siempre se lo toma todo al pie de la letra, y el dinero se gana siendo creativo.

—No. Solo en los dos apartamentos del piso inferior —respondo.

—Pero eso es bueno, ¿no? —insiste.

—Depende de cuál sea el objetivo —aclara Worth.

Exacto.

—¿Por qué no te mudas a otro apartamento y ya? —continúa Leo.

Suspiro y me permito relajarme un poco. Ahora que están aquí, puedo dejar caer la máscara y ser yo mismo.

—A lo mejor al final no me queda más remedio, pero antes quiero solucionar este asunto y descubrir si los robos están relacionados conmigo. Y si es así, quién va detrás de mí y qué quiere.

—Yo puedo responder a eso —dice Fisher—. Todas las empresas tecnológicas de Estados Unidos te siguen la pista y quieren lo que tú tienes y ellos no: el toque de Midas.

Suelto un gemido ante la mención del rey griego. La prensa tecnológica me apodó así cuando mi empresa, Fort Inc., vendió la tecnología para cartografiar el mundo entero a una conocida empresa tecnológica de Mountainview, California. La prensa generalista lo adoptó cuando Fort se convirtió en la quinta mayor empresa privada de Estados Unidos. Lo detesto porque he intentado por todos los medios que Fort no gire en torno a mí; es lo último que deseo, en parte porque le resta importancia al papel que desempeña mi personal, que tiene un talento inmenso, y en parte porque no me interesan ni la fama ni la publicidad que acompañan a un apodo como ese.

—Seamos sensatos —comenta Leo—. ¿Vives en Nueva York y crees que el que hayan entrado dos veces en tu edificio tiene que ver contigo? No sé, a lo mejor deberíamos dejar lo de la paranoia y llamarlo narcisismo...

Suspiro, resignándome a darle un montón de explicaciones para convencerlo. Estoy convencido de que Leo aborda los negocios ladrando como un chihuahua adicto a la caféina hasta que la gente se rinde y le da lo que quiere.

—Antes de estos dos robos solo habían entrado una vez en el edificio en los cinco últimos años. Su sistema de seguridad es insuperable. Además, ese fue un robo de oportunidad: los residentes vivían en el primer piso y se dejaron una puñetera ventana abierta. Hace dos semanas entraron en los dos apartamentos que hay debajo del mío. No hay conexión entre los propietarios y no robaron nada de valor. Pero si alguien quisiera rastrear mis movimientos, colocar dispositivos de escucha, cámaras o Dios sabe qué más, cualquiera de esos apartamentos sería un buen lugar.

—¿Y van tras Ben Fort? —pregunta Worth. Ben Fort, el director general de Fort Inc., es el seudónimo que inventé tras la muerte de mi madre.

Me encojo de hombros.

—A nadie le interesa Bennett Fordham.

—A menos que alguien haya descubierto la relación entre los dos —apunta Worth.

Le doy un sorbo al whisky, dándole vueltas a esa cuestión que yo mismo me he planteado una y otra vez.

—No lo creo. Si lo hubieran hecho, creo que ya habría saltado la liebre en la prensa. Pero a lo mejor han establecido una conexión entre mi apartamento y Ben Fort. Ese es el primer paso. Y pueden haber conseguido una foto mía.

—Pero siempre llevas sombrero cuando entras o sales —refuta Fisher.

—Sí, pero para que las cámaras de la calle no me graben. Alguien con un teleobjetivo podría haberme sacado una foto.

—Entonces, ¿crees que han seguido hasta casa a todos los que entran y salen de su edificio de oficinas y han pensado «Ese es Ben Fort»? —replica Fisher—. A ver, podría ser si trabajaras en algún edificio del centro en el que apenas hay gente, pero tus oficinas están en el Time Warner o el Deutsche Bank Center o como coño lo llamen ahora, y miles de personas entran y salen de ahí todos los días.

—Vale —acepto—, a lo mejor no ha sido así y a lo mejor lo han descubierto de otro modo, pero mi instinto me dice que quien irrumpió en el edificio esta semana sabe que Ben Fort vive allí. Porque Ben Fort justifica dos robos en cuestión de semanas y la mayoría de la gente no. Llegados a ese punto, no importa si saben que soy él.

Worth inspira hondo; eso suele significar que no está de acuerdo con lo que se está diciendo.

Lo entiendo: parezco paranoico y no tengo pruebas concluyentes, solo presentimientos.

Todos tenemos cierta fama asociada a nuestra riqueza. Lo de Leo es lo más llamativo, pero Fisher también cultiva la difusión en medios porque debe hacerlo; es parte de lo que conlleva estar en el negocio de la música. Lo entiendo, y no los juzgo por querer las ventajas que trae consigo un perfil alto, pero no es para mí.

No tengo ningún interés en ser tan conocido como Elon Musk o Mark Zuckerberg, y no se me ocurre nada peor, aunque a mi madre le habría encantado. Si alguien descubre quién es Ben Fort, el «toque de Midas», el propietario de Fort Inc. y, sobre todo, si se entera de que es Bennett Fordham, el hijo de la estrella de cine Kathleen Fordham, volveré a los días en que los *paparazzi* saltaban de entre los arbustos para conseguir una foto; volveré a que la gente quiera acercarse a mí esperando contagiarse de mi fama y mi dinero.

No estoy dispuesto a permitir que eso ocurra. Lo único bueno de que mi madre muriera cuando yo tenía diecinueve años fue que la prensa y los *paparazzi* perdieron el interés en mí, y no quiero que vuelvan a rondarme.

—¿Tienes algo pensado aparte de esconderte hasta que se olviden de ello? —pregunta Jack—. Porque, si ese es tu plan, es una mierda.

—He contratado vigilancia para el apartamento. —Eso apenas alcanza a describir al enorme equipo que está rastreando la zona, física y electrónicamente, para encontrar pruebas de que están controlando mi edificio. Mi equipo de seguridad es lo mejor de lo mejor. La verdad es que no pienso volver a ese apartamento, pero tampoco tiene mucho sentido buscar otro si van a volver a encontrarme.

—Vamos a ponernos en el peor de los casos: han descubierto la conexión entre Ben Fort y tú —propone Jack—. Te aseguro que pronto van a perder el interés. Detesto decírtelo, Bennett, pero no eres tan interesante y se aburrirán enseguida.

Choco mi botella con la de Jack.

—Brindo por eso.

—Hijo de una leyenda de Hollywood, el multimillonario hecho a sí mismo más joven de la historia, según *Forbes* —continúa Jack—. Leal, apuesto y el mejor amigo que alguien podría desear. Ah, no me gustaría echarte un pulso. Dejando eso al margen, eres tan aburrido como la suela de mi zapato, en serio. Consuélate pensando que, si te descubren, perderán rápidamente el interés.

—Eres un gilipollas —dice Worth, dando una vez más en la diana.

—A lo mejor —contesta Jack—. Pero tengo razón.

Si no conociera a Jack, sí pensaría que está comportándose como un gilipollas, pero su intención es la de hacerme sentir mejor. Los cinco saben lo de mi madre desde la universidad, pero Jack es el único que opina que no debería esconderme.

—Mira —interviene Leo—. A mí no me molesta ser el centro de atención. —Worth se ríe y yo enarco las cejas: a Leo le encanta llamar la atención—. A Fisher tampoco, en menor medida —sigue, ignorando las burlas—. Para nosotros, eso va con el trabajo, pero tú no tienes por qué hacer lo mismo. Tienes que vivir tu vida.

No lo entiende: ya estoy viviendo mi vida, que, por ahora, no implica socializar en lugares públicos. Por ahora.

—Al menos tómate una copa de vez en cuando en el bar del hotel.

—¡No! —exclama Leo—. Eso le dará más ventaja.

Soy el único de los seis que le oculta su identidad al director y al personal del hotel. La persona que dirige el Avenue sabe que el propietario es Ben Fort, pero, como nadie lo ha visto nunca, no se ha dado cuenta de que está registrado en la Suite Park porque la he reservado con mi nombre real, Bennett Fordham, y no he cogido la Suite Presidencial porque llamaría demasiado la atención.

Es verdad que estar alojado aquí me da cierta ventaja en nuestro juego porque es lógico que el personal de otros hoteles se esmere más cuando sabe que está tratando con el propietario, y a mí me interesa saber cómo funciona el hotel con todas sus virtudes y sus defectos.

—Sí, quizá deberíamos quedar en el bar la semana que viene —apruebo, y disfruto de la mirada asesina que Leo le dedica a Jack. La nuestra es una competición amistosa, pero todos queremos ganar y nadie quiere que otro saque ventaja, aunque solo sea la de una cuenta enorme en el bar del hotel.

—Yo no lo haría —replica Leo—. Hasta ahora has conseguido mantener tu identidad en secreto, ¿para qué arriesgarse? —dice, sonriente. Todos sabemos que está tratando de evitar que gastemos dinero en el Avenue, pero, sinceramente, no veo qué diferencia hay entre eso y lo que están haciendo ahora mismo: consumir las bebidas del minibar.

—Los seis juntos llamaríamos mucho la atención —apunta Worth, y, como siempre, tiene razón.

—Mientras esa atención sea la de una mujer con piernas infinitas, me parece bien —aprueba Leo.

—No te preocupes —se burla Worth—. Puedes quedarte con las sobras después de que Bennett y yoelijamos.

—Te concedo lo de Bennett —replica Leo—. Es guapo de cojones y tiene ese rollo de héroe melancólico. Pero ¿qué mujer te va a elegir a ti antes que a mí?

Suelto un gemido y subo el volumen del televisor. Ya competimos en los negocios: no hace falta que también compitamos en cuestión de mujeres. Necesito ahorrar fuerzas.

Leo me da un puñetazo amistoso en el brazo y se levanta a por otra copa.

—Si puedo hacer algo por ti, solo tienes que decirlo.

En la última década, Fort Inc. ha desarrollado con éxito algunas de las tecnologías más importantes del mundo, y he conseguido dirigir la empresa sin que nadie sepa que soy el hijo de una estrella de cine. Tengo que averiguar quién está detrás de los robos y silenciarlo, y así podremos volver a las noches de los lunes en un exclusivo club privado, y mis amigos podrán dejar de quejarse de lo estupendo que es mi hotel.

2

EFA

New York, New York. Una ciudad tan grande que hay que decir su nombre dos veces, aunque yo lo veo del todo innecesario. A ver, lo pillo, es Nueva York. No hace falta repetirlo.

En fin, aquí estoy, en Nueva York. Me siento como en un cómic o en el plató de una película. La he visto tantas veces en la tele y en el cine que había llegado a convencerme de que mi versión no podía ser real, pero los taxis son igual de amarillos y el vapor sale de las tapas de las alcantarillas. Todo es más grande que en Londres y más ruidoso. Los rascacielos son tan altos que tapan el sol y todo el mundo grita, incluido el tipo que me ha servido el café esta mañana. O tenía problemas de control de la ira o estaba demasiado frustrado por tener que trabajar el fin de semana.

Me apoyo en el muro de piedra y miro el edificio que tengo delante, al otro lado de Columbus Circle. Alberga la sede —y única oficina— de Fort Inc., la empresa tecnológica de mayor éxito en el mundo empresarial. No cotiza en bolsa, y al propietario, Ben Fort, no le interesa la publicidad; de hecho, escapa de ella: ni siquiera hay fotos suyas en internet. No alcanzo a imaginar lo poderoso que tienes que ser para esconder tu rastro en las redes. No tiene página en LinkedIn, y, algo de lo más extraño tratándose de una tecnológica, Fort Inc. no tiene sitio web. Nadie sabe cómo conseguir un trabajo ahí ni a quién contratan.

Pero me gustan los retos.

Fort Inc. me fascina. En los últimos años han fabricado algunos de los productos más revolucionarios que ha visto la industria. La inteligencia artificial ni siquiera existiría de no ser por Fort. Por eso quiero trabajar para ellos. Con mi nueva y reluciente licenciatura en Informática, todavía estoy pensando qué quiero hacer en el ámbito de la tecnología; sé que quiero dejar huella, pero aún no sé muy bien cómo. Para averiguarlo quiero trabajar con lo mejor de lo mejor, y eso es Fort Inc.

Paso los veinte minutos siguientes intentando cruzar Columbus Circle y llegar por fin a la entrada del Deutsche Bank Center. No he hecho planes: solo me apetecía ver un poco de Nueva York antes de empezar a trabajar mañana por la mañana, pero lo que sí tenía claro era que no podía dejar de venir aquí. Podría presentarme en la recepción de Fort Inc. y decir que quiero un trabajo; ¿qué tengo que perder? El problema es que no sé en qué planta están, y, a lo mejor, ni siquiera tienen recepción.

Me abro paso entre la multitud de turistas y llego ante el vestíbulo. A lo mejor tengo suerte y encuentro Fort Inc. en el directorio del edificio, o me topo con el jefe de Recursos Humanos por casualidad...

Los rumores dicen que Fort selecciona a dedo a gente de las mejores universidades y entre quienes están dejando huella en la industria. Fui a la universidad al otro lado del charco y acabo de cumplir veintiún años, así que no hay muchas posibilidades de que se fijen en mí, ni ellos ni nadie. Pero la experiencia me ha enseñado que la tenacidad da sus frutos. Estoy decidida a encontrar un trabajo en Fort Inc. antes de que acabe el verano.

Mientras tanto, me dedicaré disfrutar del verano en Nueva York —aunque he oído que es bastante húmedo— mientras trabajo en uno de los mejores hoteles de la ciudad: el Avenue.

Entro en el vestíbulo y echo un vistazo a las paredes en busca de un directorio, pero todo es mármol retroiluminado: parece más un *spa* que una recepción.

—¿Puedo ayudarla en algo? —pregunta una mujer menuda desde detrás de uno de los dos enormes mostradores que hay a ambos lados del vestíbulo.

Me acerco a ella con una zancada.

—Me preguntaba en qué piso está Fort Inc.

Pone cara de póquer y se vuelve hacia la pantalla del ordenador.

—Lo siento, no nos consta ninguna empresa con ese nombre.

Me tomo unos segundos antes de responder, sin tener muy claro si me está tomando por tonta a propósito. ¿Es que nunca ha oído hablar de Fort Inc.? ¿Han alquilado las oficinas sin dar el nombre? ¿O es que está acostumbrada a que le pregunten y se ha inventado esa excusa para librarse de la gente? En cualquier caso, no tiene ningún sentido insistir.

—Gracias —sonrío.

Me doy la vuelta y salgo por la puerta. No iba a ser tan fácil, claro...

Se ha hecho tarde, pero lo único que me queda por hacer es echar un vistazo al hotel donde voy a trabajar los próximos meses. Por suerte, uno de los cuñados de mi hermana tiene un apartamento en Nueva York, y es ahí donde voy a alojarme. Está a una manzana del hotel, en la Quinta Avenida, con vistas al parque. Qué suerte la mía.

Atravieso Central Park para llegar al hotel. He debido de tardar unos veinte minutos, pero el tiempo se me ha pasado volando con tantas cosas nuevas por ver, y tras lo que apenas me han parecido unos segundos, el portero me abre la puerta que conduce al elegante vestíbulo del Avenue.

En las instrucciones que me han dado decía que la entrada del personal está al este de la Calle 60, y tomo nota mentalmente de volver a mi apartamento por ahí para comprobarlo.

El vestíbulo es enorme, mucho más de lo que esperaba desde fuera, y está cubierto de madera oscura y una gruesa moqueta roja. Hay una mesa circular de caoba, adornada con unas flores exóticas de color púrpura, y las tres recepcionistas vestidas con un traje negro están de pie detrás de los oscuros escritorios empotrados de la derecha.

No quiero preguntar a nadie del personal dónde está el bar por si me reconocen al día siguiente porque podrían pensar que los espío. En lugar de eso, sigo a dos mujeres de mediana edad que llevan unos bolsos muy caros. Por suerte, van a tomar un cóctel.

El bar continúa la temática oscura, acentuada con oro y bronce. Hay un montón de rincones clandestinos donde disfrutar de un escarceo amoroso y una barra semicircular que parece flotar en medio de la sala. Es desabrido y sexy, y me encanta. Mañana probablemente me encargaré de limpiarlo, pero por ahora soy una clienta.

Me siento en uno de los taburetes y un camarero me tiende al momento una carta de cócteles. Antes de que pueda preguntarme cómo demonios voy a leerla en un lugar tan poco iluminado, saca una linterna y la ilumina para que pueda elegir lo que quiero beber. ¿Soy yo o es un poco incómodo que se quede ahí de pie mientras yo decido?

—¿Puedo coger yo misma la linterna? —pregunto.

Se oye un estruendo que hace vibrar el bar, y me pregunto si estamos situados sobre un metro. Si no supiera que estamos en Nueva York y no en California, pensaría que se trata de un terremoto.

Un hombre alto con traje azul marino se desliza hasta el taburete que tengo a mi derecha y el estruendo se detiene.

¿Era él? ¿Era él quien hacía el sonido?

—Por supuesto —dice el camarero, arrancándome de mis pensamientos cuando me pasa la linterna.

Los cócteles parecen deliciosos, y no sabría por cuál decidirme.

—¿Qué me recomienda? —le pregunto al camarero, que está poniéndole una copa al hombre que me ha parecido que ha hecho temblar el bar.

¿Cómo lo han atendido tan rápido? Debe de ser un cliente habitual. Nunca he trabajado de camarera, y rezo por que Gretel no espere que sepa algo de ese oficio. Gretel es la gerente del hotel y la amiga del hermano de mi futuro cuñado. ¿Eso lo convierte en mi cuñado? ¿Voy a tener seis cuñados o solo es mi cuñado el hombre que va a casarse con mi hermana? Tomo una rápida nota mental para buscarlo en Google cuando vuelva a mi apartamento. Si me pongo a mirar el móvil

ahora mismo, iluminaría el lugar como un árbol de Navidad, y estoy intentando pasar desapercibida.

—¿Prefiere los cócteles con vodka o con ginebra? —pregunta.

—Me gusta el vodka. Y me gusta la ginebra. —Ha sonado como el comienzo de una canción infantil subversiva que pienso enseñarle a mi sobrina Ginebra en cuanto sepa hablar.

—Le sugiero un *Vagabond Shoes* —dice.

Compruebo los ingredientes y no encuentro nada que no me guste. Aunque, a menos que sirvan un cóctel con brócoli, es poco probable que encuentre algo que me desanime.

—Suenan bien.

El camarero espera un momento a que le devuelva la linterna antes de ponerse a sacar botellas de las estanterías retroiluminadas y verter su contenido en una coctelera.

Por el rabillo del ojo veo que el hombre de mi derecha se echa hacia atrás en su asiento. Me giro un poco hacia él y el corazón me da un vuelco en el pecho cuando nuestras miradas se encuentran y las vibraciones que he sentido hace un momento vuelven a empezar. Esta vez tengo muy claro que no es un metro ni un terremoto: es él quien hace ese sonido. Es como si gruñera; como si me gruñera a mí. Y ese sonido reverbera entre mis piernas.

Aunque está sentado, se nota que es alto y grande, aunque no demasiado musculoso, como un jugador de rugby. Es guapísimo, y tiene pinta de americano, si es que tal cosa existe. Es curioso: incluso aunque no estuviera en un hotel de cinco estrellas y no llevara un traje a medida y un reloj caro, sabría que es rico por su corte de pelo. Lleva el cabello negro peinado hacia atrás como si acabara de moldeárselo con un secador. Me encantaría que mi pelo tuviera ese volumen.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta, y me doy cuenta de que he estado mirándolo fijamente.

—Eddie —respondo, y él menean la cabeza.

—¿Cuál es tu nombre completo?

—Todo el mundo me llama Eddie. —Desvía la mirada y se acoda en la barra para dar por terminada la charla—. ¿Y tú cómo te llamas?

Quizá no quiera seguir hablando conmigo, pero yo sí quiero seguir hablando con él.

Vuelve a sacudir la cabeza.

—Yo he preguntado primero. —Me río, pero él sigue igual de serio.

El camarero me pone la bebida delante y le doy un sorbo. Ni siquiera noto el sabor: solo puedo concentrarme en el hombre que está sentado junto a mí.

Nunca le digo a nadie mi verdadero nombre porque jamás me ha gustado, e incluso he llegado a pensar en cambiármelo. Podría, pero ¿por qué debería? Si le digo que me llamo Eddie, es que me llamo Eddie.

Doy otro sorbo a mi bebida y no puedo evitar fijarme en su perfil. Tiene la mandíbula oscurecida por una barba de un par de días y le queda bien, pero hay algo en las arrugas a los lados de los ojos y en el borde de los labios que me dice que ha tenido un mal día. Tal vez un mal año.

—¿No te gusta mi nombre? —pregunto.

Se gira para que nuestras miradas se vuelvan a cruzar y se acerca para hablarme directamente al oído.

—Te gusta lo que ves y a mí gusta lo que veo, pero no vamos a follar hasta que me digas tu nombre de verdad.

Siento un cosquilleo entre los muslos y suelto un suspiro tembloroso. ¿En serio ha dicho eso? Sé que los neoyorquinos tienen fama de directos, pero un comentario así suena un poco exagerado... y muy sexy.

¿Y cómo sabe que estoy interesada? Bueno, no debe de ser tan difícil de suponer, porque no he dejado de mirarlo.

Se vuelve de nuevo hacia la barra, dejándome dos opciones: ignorarlo y disfrutar sola del cóctel o darle mi nombre —o uno inventado— y echar un polvo.

—Efa —digo, sin pensar. Hacía mucho tiempo que no lo decía en voz alta. ¿Me disgusta porque lo

eligieron mis padres y estoy resentida con ellos o porque suena muy femenino y muy débil? Sea como sea, es mi verdadero nombre.

Gruñe de nuevo.

—Yo soy Bennett.

—Me alegro de saberlo.

No hay nada como la seguridad en sí mismos de los americanos. Cuando tenía diecisiete años, salí tres semanas y media con un chico americano, y me di cuenta de que esa confianza les venía de serie. En Brad era irritante, pero en Bennett... No puedo dejar de preguntarme cómo sería una caricia de su mano sobre mi vientre o de su lengua en mi cuello. O si podría hacer que me corriera solo con la vibración de sus gruñidos.

—Soy lesbiana —digo, y me concentro en mi copa.

—De eso nada. Te resulto atractivo, y tú a mí. No perdamos el tiempo fingiendo lo contrario.

Me vuelvo hacia él con los ojos entrecerrados.

—Vale —acepto—. Me pareces atractivo y... —me echo poco hacia atrás para contemplarlo— me gusta lo que veo. —Hago una pausa y agradezco que no responda—. De la cabeza a los pies. —Estoy acostumbrada a los veinteañeros, y este hombre no lo es—. Pero aún no he decidido si quiero acostarme contigo.

Esboza una sonrisa que casi roza la arrogancia, la condescendencia o algo así.

—Perfecto. Pues avísame cuando lo decidas. —Da un sorbo a su bebida y yo lo imito. No sé si este cóctel es lo más fuerte que he probado nunca o es el cuerpo de ese tío lo que me está haciendo sentir débil, con esos hombros tan anchos que parezco diminuta a su lado y esas manos grandes que sostienen la copa si fuera tuviera el tamaño de una taza de té de juguete. La mandíbula podría ser demasiado recta si no fuera por los labios carnosos y suaves, y sin duda el tiempo que debe de pasar en el gimnasio ha hecho que su culo sea estupendo.

—Tienes que cortejarme —anuncio.

—No estoy intentando salir contigo —replica—. Solo es sexo.

La palabra «sexo» hace que se me endurezcan los pezones, como si fuera algo tabú.

—Pero el sexo es en un noventa por cien un juego mental —respondo, dándome un golpecito con el dedo en la sien.

—Esa no es la clase de sexo que me gusta. —Enarca una ceja y yo aprieto los muslos, imaginándomelo más cerca, tanto que pueda sentir su aliento en mi cuello.

Tal vez sus palabras deberían ofenderme, porque habla del sexo como si para él solo fuera un deporte, pero no puedo evitar sentirme intrigada. ¿Qué clase de sexo le gusta? ¿Y me gustaría a mí?

Aun así, quiero hacer que se esfuerce aunque solo sea un poco.

—Entonces, ¿solo quieres un sitio donde meterla? —pregunto con una mueca, esperando que no sea así.

—No he dicho eso —susurra sin apartar la vista de mí. ¿Por qué una simple mirada de ese hombre es capaz de ponerme la carne de gallina?—. El sexo es algo físico —dice con calma, como si estuviera leyendo la obra de un filósofo antiguo.

Tengo que aligerar el ambiente.

—¿Te gustan los látigos y las cadenas y esas cosas? —pregunto.

Se toma unos segundos para responder.

—¿Y a ti?

Inspiro hondo y medito mi respuesta.

—Por ahora no, aunque no lo descartaría si el hombre me gustara mucho. Pero creo que, si fuera lo mío, ya lo sabría, ¿no? —Aguardo su respuesta, expectante: es un tío mayor, tiene que saber de estas cosas...

Se ríe entre dientes.

—No tengo ni idea. Pero siempre debemos estar abiertos al cambio y al crecimiento personal.

—Claro —acepto. No esperaba que me diera una respuesta tan profunda, como si de verdad creyera lo que está diciendo: que todos somos capaces de madurar, de crecer como personas—. Me gusta esa idea. Todo el mundo espera que los niños crezcan y cambien y, de repente, ya eres mayor. Evolucionar es propio de la naturaleza humana, ¿no? Me interesan un montón de cosas diferentes, ¿por qué debería ponerme límites?

—No tienes por qué hacerlo. Conmigo no, por lo menos —responde, y le sonrío de un modo que dice «Me gustas. Eres interesante» porque esa respuesta ha removido algo en mi interior—. Deberías tener cuidado con eso —comenta, y le da otro sorbo a su copa.

—¿Con qué?

—Con esa sonrisa. Utilízala con prudencia.

Desvío la mirada hacia la estantería repleta de botellas de alcohol tras la barra para que no pueda ver lo mucho que me ha gustado su cumplido.

—¿Que la utilice sabiamente? ¿Crees que es mi superpoder?

Su mirada es como un soplete y yo soy hielo. Me ablando y me derrito, y ya no quiero resistirme más.

—Creo que tienes muchos superpoderes —responde, con un tono grave y los ojos encendidos.

—Quizá pase por una fase de azotes o látigos o lo que sea —comento con prudencia. Estoy tan ocupada pensando en él que me cuesta concentrarme—. Pero ahora mismo no. —Me paro un instante, preguntándome si eso era lo que esperaba—. ¿Te supone un problema?

—Para nada. Tampoco es mi rollo —responde.

Gracias a Dios.

—¿Algo más que deba saber? —pregunto.

Vuelve a sonreírme.

—Empiezo a sospechar que ni siquiera debería intentar adivinar lo que crees que tienes que saber.

—Buena suposición. —Me planteo por un segundo si hay algo más de lo que debamos hablar antes de aceptar su oferta, porque en realidad me muero por ver a este tío desnudo y por tener esas manos enormes recorriendo mi cuerpo. Quiero saber lo que un hombre con experiencia, un hombre que se muestra y habla como tal, podría hacerme—. ¿Tienes condones? ¿Y dónde vives? Porque mi casa está a una manzana de aquí...

No contesta. Se vuelve hacia la barra y le hace un gesto al camarero. Firma dos notas y se levanta.

—Yo vivo en el centro. Vamos a tu casa.

3

BENNETT

Lo primero en lo que me he fijado ha sido en su cintura y en la forma de su trasero al tomar asiento, pero cuando se ha pasado la lengua por los labios, pensativa, se me ha puesto dura al instante, y ahí ha sido cuando he decidido que quería acostarme con ella.

Y entonces se ha puesto a hablar, y, por algún extraño motivo, eso no me ha desanimado tanto como suele hacerlo.

—Bonito lugar —digo, echando un vistazo a su apartamento. Le he dicho que me alojaba en el centro, pero no he aclarado que vivía en el hotel, así que no le he mentido.

—Gracias. No es mío. Me lo han dejado mientras estoy en Nueva York. —Sé que dice la verdad. Por algún motivo, estoy convencido de que esta mujer es incapaz de mentir. No va con ella. Tiene acento británico, así que es lógico que no viva en Nueva York. Tanto mejor para mí: no me gusta encontrarme con las mujeres con las que me he acostado, a menos que quiera hacerlo—. He venido a disfrutar del verano y a trabajar en varias cosas distintas, ¿sabes? Como te he dicho, no me gusta ponerme límites.

Podría ser yo a los veinte años. Cuando era niño la familia y los amigos me preguntaban qué quería hacer cuando fuera mayor. Lo que resultaba bastante irónico, porque mi madre se había ganado la vida fingiendo hasta que murió a los cuarenta y cuatro años. Yo solía dar una respuesta distinta cada vez: médico, explorador, superhéroe..., no porque hubiera cambiado de opinión, sino porque quería hacer todas esas cosas. Eso es lo bueno de la tecnología: lo abarca todo, desde la medicina hasta la cartografía, y pasando por cualquier cosa que se te ocurra.

Me mira con una sonrisa de oreja a oreja, como si fuera la heroína de una película que regresa a casa y encuentra a su amante esperándola en el aeropuerto con un gran cartel, y sé que no está fingiendo porque su sonrisa no muestra ni la más mínima afectación. Esa sinceridad despierta en mi interior algo que llevaba mucho tiempo dormido.

Me paso la mano por el pecho, intentando alejar esa sensación.

—¿Estás bien? —pregunta, como si pudiera leer mi cambio de actitud. No creo que haya nada que esta mujer pueda decir ahora mismo que me haga irme. Es preciosa, eso desde luego: su piel es suave como la de un melocotón y tiene una peca junto a la boca que me muero por lamer. Y qué decir de sus labios... Son carnosos, maduros, apetecibles... Es un sueño hecho realidad de la cabeza a los pies. Pero lo que de verdad me retiene es su franqueza.

Su espontaneidad es el anzuelo y yo soy el pez.

Harto de la charla, me quito la chaqueta y la tiro en el sofá.

—¿Quieres tomar algo? —pregunta, y enciende un interruptor.

Sacudo la cabeza, apago la luz y me acerco a ella. Retrocede y yo sigo andando hasta que se apoya en la columna que hay a un lado del gigantesco ventanal.

Tenso la mandíbula al escuchar su risa, y la mirada límpida de su rostro me da ganas de hacer cosas muy muy pervertidas.

Ha pasado más tiempo del que quiero reconocer desde la última vez que me acosté con alguien. Estar encerrado en el hotel no ayuda, más que nada porque no quiero que nadie se entere de mis asuntos o sepa con quién follo. No he tardado demasiado en darme cuenta de que al personal del hotel le encanta cotillear, y no quiero ser el blanco de los rumores, y menos con mi auténtico nombre.

Me agacho y la beso con suavidad. Sus dedos se deslizan por mi mandíbula y mi cuerpo toma el control de mi mente. El sexo es una forma de desconectar, la forma de relajación definitiva, y eso es justo lo que necesito: dejar de pensar durante una hora o dos.

Le levanto la pierna y la apoyo en una de mis caderas, y deslizo la mano hacia abajo hasta alcanzar la unión entre sus muslos. Lo único que se interpone entre ese cálido sexo y yo es la tela de sus vaqueros.

Apuesto a que ya está mojada.

Su respiración es jadeante y sus pechos empujan contra mi torso mientras intenta coger aire.

Agarro el dobladillo de su camiseta y se la quito de un tirón. No puedo saciarme de ella; tal vez sea el acento o el brillo de su piel; quizá sea la amabilidad con la que trató al gilipollas del camarero escuálido que le dio una puta linterna con gesto pretencioso para que pudiera leer la puta carta en ese bar apenas iluminado. Nunca es buena idea ponerles trabas a los clientes que van a gastarse un buen dinero en el local. ¿Acaso soy la única persona en Nueva York con cerebro para los negocios? A veces me da esa impresión.

Puede que Leo tenga razón y que el hecho de que me quede en el hotel me dé cierta ventaja... Pero ahora no voy a pensar en eso, porque tengo a esa mujer semidesnuda a mi disposición durante lo que queda de noche, y es en eso en lo que quiero concentrarme.

Le desabrocho el sujetador y le acaricio los pechos, pasándole los pulgares por los pezones. Tiene unos pechos grandes pero firmes, y los pezones sobresalen como si estuvieran desesperados por que alguien les prestara un poco de atención.

Y es joven.

Joder. ¿Cómo de joven?

—¿A qué universidad fuiste? —Me aparto de ella y levanto las manos como si me estuviera apuntando con un arma.

La expresión de felicidad de su rostro deja paso a un ceño fruncido.

—¿Qué?

—¿En qué universidad has estudiado? —insisto. De ninguna manera me voy a meter en el lío de follar con una menor.

—En Exeter. —En Inglaterra—. ¿Por qué?

Joder, no sé nada de universidades inglesas. ¿Exeter? ¿Se lo está inventando?

—¿Te has graduado? —pregunto.

—¿Qué es esto? ¿Una entrevista de trabajo? O me pones las manos encima ya o te vas. No te he traído aquí para pedirte un trabajo. A ti no, vamos.

Por una fracción de segundo, me planteo preguntarle para quién quiere trabajar, porque la mayoría de la gente habría pagado para que la contratara. Pero entonces lleva una mano a mi entrepierna y recupero la cordura. Le agarro la muñeca, la levanto y se la apoyo en la columna y le doy un beso en el cuello.

—¿Cuántos años tienes? —mascullo contra su piel. Huele a melocotón y a algo más oscuro. A algo más adulto.

—Veintiuno —jadea, y aparta las caderas de la columna para pegarlas a mí—. ¿Acaso importa?

Vacilo, preguntándome si debería pedirle el carnet, pero ella me aparta y se baja los vaqueros.

Y eso es mi puta perdición. Esa mujer tiene un cuerpo increíble, esbelto y con curvas. El resplandor de la ciudad ilumina cada curva y cada valle como si fuera un puñetero cuadro. Es lo más sexy que he visto nunca.

—Tienes un cuerpo precioso —digo.

Ella asiente.

—Estupendo. —Pone los brazos en jarras—. Pero ahora mismo lo estás desaprovechando, así que deberías ponerte en marcha de una vez.

Suelto una carcajada. Tiene razón: debería dejar de joder para follar con ella de una vez.

Me desabrocho los botones de la camisa y me quito la ropa hasta que los dos quedamos desnudos uno frente a otro, pero es injusto: ella puede ver que estoy empalmado, pero yo no sé lo mojada que está.

Doy dos pasos hacia ella y vuelvo a ponerme su pierna alrededor de mis caderas; esta vez no hay vaqueros de por medio y puedo hundir mis dedos en ella. Los dos suspiramos al mismo tiempo de placer, de anticipación, abrumados por la sensación.

Como si esto fuera justo lo que necesitaba —a ella—, mi cerebro se desbloquea y me suelto un poco. Le paso los dedos por los pliegues y ella se contonea, sin saber todavía lo mucho que va a mejorar la noche.

Baja la mano para buscar mi miembro, pero la cosa no va a ir así. Como casi todo, el sexo tiene varias capas, y la más superficial es descubrir cómo funciona, qué la hace suspirar o gritar; qué la hace gemir.

Deslizo los dedos más adentro, sin apartar la mirada de la suya. Parpadea como si intentara encontrar una explicación a lo que está sintiendo, pero no tiene que romperse tanto la cabeza porque lo tiene ante sus narices: soy yo. Yo soy el que está haciendo que se sienta así, tan bien, tan rápido, tan profundo...

Llevo la otra mano a su pezón y le doy un pellizco, y ella se corre, estremeciéndose en mis dedos.

Ha sido muy fácil...

—¿Qué coño acaba de pasar? —pregunta sin aliento, con las manos sobre mis hombros para mantenerse erguida.

Enarco las cejas y sonrío. Espero que se explaye, pero se limita a mirarme, expectante, y me dejo caer de rodillas. No hay nada mejor en este mundo que tener la cara pegada al sexo de una mujer. Me han dicho que hay tíos que nunca practican sexo oral, y no puedo dejar de preguntarme qué les pasa y por qué leches no lo hacen.

—¡Bennett! —grita cuando le agarro el culo para mantenerla quieta mientras la exploro con la boca. Joder, esto es increíble. Como regresar al hogar o algo así.

Le meto la lengua entre los pliegues, pero a ella le cuesta mantenerse en pie. El primer orgasmo la ha debilitado. A lo mejor debería haberle dado unos minutos para recuperarse... La tumbo en el suelo, le separo las piernas y sigo dándole un banquete; su sabor es dulce y cálido, y la sinfonía de gemidos y gritos me incita a seguir. Es como si me hubiera chutado una dosis de dopamina.

El sexo es pura gratificación, pero la mujer que tengo debajo promete mucho más que eso; es como si en su interior hubiera un tesoro enterrado aguardando a que yo lo descubra. Hay algo en ella que me hace desear más.

—¡Bennett! —grita de nuevo, y me quedo contemplándola mientras se corre otra vez.

Dejo un reguero de besos sobre su pubis y ella susurra algo que no alcanzo a discernir.

—¡Aparta! —exclama.

Me quedo inmóvil y me separo.

—¿Estás bien?

—No lo sé. —Alza los brazos por encima de la cabeza—. En serio, no lo sé. Lo único que tengo claro ahora mismo es que tienes que alejarte de mí, al menos hasta que me recupere un poco. No sé qué leches me has hecho, pero tu magia es poderosa, y necesito recuperar fuerzas.

Me río. Esta mujer es tan... diferente...

Me pongo de pie, me agacho y la cojo en brazos, ignorando sus protestas. Miro a mi alrededor, veo la puerta de lo que supongo que es un dormitorio y me dirijo hacia allí. No puede estar a gusto tirada en el suelo, y se recuperará más rápido si está cómoda. La tumbo sobre la cama y ella suspira; doy media vuelta y voy a por agua para los dos.

—Trae condones —ordena, y suelto una risita.

—Toma. —Le tiendo uno de los vasos de agua.

—¿Has traído los condones?

Le enseño la cartera.

—Pero tómate tu tiempo. No hace falta forzar...

—¿Cuántos años tienes? —pregunta, incorporándose, y yo intento no mirar el balanceo de sus pechos, porque ya la tengo dura como una piedra y no necesito más estímulos.

—Treinta y cuatro —respondo, y me siento junto a ella, apoyado contra el cabecero.

—Quizá la magia venga con la edad. —Desvía la vista hacia la cartera que he dejado sobre la mesilla de noche y luego busca mis ojos.

Me pone las manos en los brazos y se sienta a horcajadas sobre mí.

—Hola —susurra.

—Hola —respondo.

—Eres muy guapo.

Siento ese tirón muy dentro de mí otra vez.

—Y yo creo que tú eres preciosa.

Sus labios dibujan una tímida sonrisa. Me recorre las clavículas, el cuello y la mandíbula con la punta de los dedos, como si me estuviera modelando con arcilla, dándole los últimos toques a su creación.

Se echa hacia delante, dubitativa, y me da un beso en los labios, y algo me dice que quiere llevar la iniciativa. Intento contener las ganas de tomar el mando y marcar el ritmo. Se estrecha contra mí y me rodea la cara con las manos. Abro los labios para dejar entrar su cálida lengua, y, cuando la mía se encuentra con la suya, se me escapa el gruñido que he estado conteniendo. Jadea y se aparta.

—Gracias a Dios —suspira—. Estaba convencida de que podías hacer que me corriera solo con ese sonido.

Sonríó, le acaricio la cara y le doy otro beso que, por algún motivo, me resulta casto e íntimo. Para mí no es habitual estar así en la cama, hablando y besándonos.

—Ten cuidado conmigo —me pide. Va a coger la cartera, pero yo la alcanzo antes. No quiero que vea mi nombre completo en ningún sitio. Saco uno de los condones y se lo doy.

—¿Cuidado? —pregunto.

Inspira hondo y levanta un poco el cuerpo.

—Creo que podrías romperme. —Su tono no muestra ni pizca de humor: no está bromeando. Me devuelve el condón.

—Tendré cuidado —respondo.

Me pongo el condón, y ella se aparta y se tumba de nuevo en la cama, dándome un golpecito con la rodilla. La expresión de su cara es tan inocente, tan dubitativa que me provoca una suerte de sentimiento de protección, de posesividad.

Cuando me muevo sobre ella, nuestros cuerpos encajan a la perfección, como si ella fuera una flor que se abriera solo para mí. Me deslizo en su interior, con cuidado, despacio, por ella y también por mí. Me obligo a ir con calma porque está tan entregada que podría sufrir una sobredosis si no procedo con cautela. La beso en el cuello y ella suspira.

—Eres perfecta —susurro. Es estrecha, suave y cálida, y me encuentro deseando que los cinco segundos siguientes se repitan en bucle para siempre.

—¡Bennett! —exclama, clavándome las uñas en los hombros. Me gusta cómo suena mi nombre en sus labios; es increíble. Me muevo en su interior y me arde la piel.

—Voy a intentar... —Se interrumpe cuando la embisto—. Voy a intentar no correrme con todas mis fuerzas.

¿En serio?

—Quiero que te corras —mascullo—. Una y otra vez. —Ella deja escapar un gemido—. No te preocupes por nada. Estoy aquí.

Se queda paralizada y le tiembla el cuerpo entero cuando se corre de nuevo. No sé si han sido mis palabras las que la han llevado al clímax, pero me siento poderoso por hacer que se encuentre tan

bien y, al mismo tiempo, tan segura.

—Lo siento —dice.

Al menos no me sentiré mal yo cuando dure menos de diez minutos. No suele pasarme, pero esta noche no es normal.

La penetro una vez más.

—Nunca te disculpes por eso. Hacer que te corras... —No puedo terminar la frase, porque ¿qué iba a decir? «Hacer que te corras me hace sentir genial, poderoso, como nunca antes». No puedo decir algo así porque es cursi de cojones. Apenas hace un par de horas que la conozco.

Está claro que me siento así porque he pasado demasiado tiempo sin tener a una mujer desnuda debajo de mí, y eso significa que nada de lo que tengo en la cabeza saldrá de mis labios.

Me rodea con las piernas y el cambio de ángulo me hace apretar la mandíbula y los puños. Sus manos dejan un rastro de calor a su paso cuando las baja por mi pecho. Me rodea la base con los dedos y me aprieta cuando me retiro.

¡Joder!

—Vuelve a hacer eso y seré yo quien se corra —amenazo.

Dibuja una sonrisilla y no aparta la mano, pero a ese juego podemos jugar los dos: bajo la cabeza y me llevo uno de sus pezones a la boca; lo chupo y luego lo rozo con los dientes.

Inspira hondo, arquea la espalda y se estrecha más contra mí.

A lo mejor ha pensado que ya se había acabado la noche, pero estaba equivocada.

La embisto más rápido, con la vista borrosa y el cuerpo empapado de su tacto. Es lo más cerca que he estado nunca de tocar el cielo.

—¡Bennett!

Me ciñe en su interior y sé que no voy a poder resistirme: es demasiado; ella es demasiado perfecta, demasiado...

El orgasmo asciende por mi espina dorsal como si persiguiera el suyo.

Y exploto en su interior.

4

EFA

Cuando bajo al sótano, la gente que sube las escaleras ni siquiera me mira y mucho menos levanta la vista para saludarme. La tensión se palpa en el ambiente, y no puedo evitar preguntarme si siempre es así. Quizá la falta de sueño de anoche me haya vuelto paranoica y me esté imaginando cosas.

Debía reunirme con Gretel en su despacho de la planta baja, pero cuando he llegado me han mandado al sótano. Echo un vistazo alrededor y, a través de una ventana interior, veo que se está celebrando una reunión. Por los uniformes, parece que está reunido el personal de limpieza.

Alguien asoma la cabeza por la puerta.

—¿Eres Eddie?

Escuchar mi nombre, el nombre con el que todo el mundo, sin excepción, me ha llamado desde hace mucho tiempo, activa un recuerdo de Bennett en mi mente: en concreto, cómo sus labios pronunciaban como una caricia el nombre que me pusieron al nacer.

Salgo de ese trance que apenas ha durado un segundo y asiento.

—Sí. Estoy buscando a Gretel.

—Yo soy Gretel. Entra. Te voy a poner en la cuadrilla de limpieza durante los primeros días. Hay un montón de gente enferma, así que vamos cortos de personal. Únete a la reunión.

Gretel es británica y al instante me siento un poco más en casa. Ella mantiene la puerta abierta y yo me apoyo contra la pared, escuchando a la persona que está al frente de la sala.

—Va a ser un día difícil, pero somos neoyorquinos: nos merendamos las dificultades.

La verdad es que lo último que necesito es un día difícil, porque después de lo de anoche voy a necesitar al menos cuarenta y ocho horas para recuperarme. Como mínimo. No lo sé con seguridad porque jamás había experimentado algo parecido. Bennett es atractivo y atento, y su miembro tendría que llevar un cartel de peligro, pero no solo fue eso: era como si conociera mi cuerpo a la perfección, a lo mejor porque es un tío mayor o quizá porque a los americanos se les da mejor el sexo; o tal vez Bennet es un mago o algo así.

Creo que debería marcar la casilla que dice «Todas las anteriores» porque aún puedo sentirlo hasta en el último músculo de mi cuerpo, en los moratones de las caderas, que me hizo al mantenerme quieta mientras yo me retorció bajo su cuerpo; aún lo siento en la piel irritada entre los muslos por su barba incipiente cuando usaba su lengua con tanta pericia. Una y otra vez.

Lo de anoche fue una epifanía, y necesito tiempo para procesarlo.

Joder, necesito tiempo para recuperarme y ya.

Un gemido de protesta me devuelve al presente. La mujer que estaba dando la charla señala con el dedo al que ha gemido.

—Que ni se te ocurra venirte abajo. Te necesito.

Me siento como si estuviera en los vestuarios de un equipo de fútbol, no junto a tres lavadoras industriales en el sótano de un hotel de Nueva York.

—Vamos a hacerlo. Y mañana lo haremos otra vez.

Gretel da un paso al frente.

—Gracias de antemano por el trabajo duro. Voy a hacer todo lo posible para conseguir personal temporal y para reclutar a otros miembros del hotel. —Me pone una mano en el hombro—. Eddie es la primera incorporación, pero habrá más.

Alguien del público grita, y no sé si es por mí o porque han prometido traer más manos.

La reunión se acaba y todos se ponen en marcha.

—Va a ser un bautismo de fuego —dice Gretel, volviéndose hacia mí—. Y, por mi experiencia, te digo que es el mejor modo de aprender. Además, no tenemos elección. Un virus intestinal ha dejado fuera de combate a gran parte de la plantilla de limpieza y nos falta el treinta por ciento del personal. Hay mucho que hacer, pero no estarás sola. Vas a trabajar con Marcella. Es la más antigua de las doncellas y se encarga exclusivamente de las *suítes*. Si puedes trabajar en las *suítes*, puedes trabajar en cualquier parte. Es un buen entrenamiento. ¿Te apuntas? —No espera respuesta, solo mira por encima del hombro y exclama—: ¡Marcella!, esta es Eddie. Ven a saludarla.

No voy a mencionar que hasta los dieciséis años teníamos amas de llaves que limpiaban por nosotros. Me limito a lanzarme de cabeza.

—Me apunto —acepto con decisión, aunque me da la impresión de que ni Marcella ni Gretel tienen tiempo para responder, y no me parece mal: todos parecen estar en modo pánico.

—Esa es la actitud —aprueba Gretel—. Vas a estar trabajando en esta sección una semana por lo menos. Marcella se ocupará de tus horarios y del uniforme. Cualquier cosa, ya sabes dónde estoy.

Asiento, aterrorizada para mis adentros por el lío en el que me he metido. Un trabajo de verano me había parecido una gran idea; un trabajo de verano en Nueva York sonaba aún mejor. Pero ahora que estoy en el hotel, me inunda la nostalgia.

—Hola —me saluda una mujer menuda, que empuja un carrito, con los dientes muy blancos y el pelo negro recogido en un moño—. Voy a mostrarte cómo se llena un carrito. Coge ese. —Señala un carro negro con los estantes abiertos contra la pared—. Es de Debbie, pero esta semana no va a venir.

Mientras el resto del personal se marcha, cojo el carrito y voy junto a Marcella.

—Aquí es donde se guarda todo lo que no es comida —explica.

Marcella no tiene pinta de ser de las que dicen las cosas dos veces, así que cojo el teléfono para apuntarlo todo.

—Yo siempre empiezo por las toallas porque es un coñazo andar escasa de ellas. Últimamente andamos cortos de alfombrillas de baño, así que asegúrate de cogerlas antes de nada. —Escribo furiosamente—. No confundas las toallas con las alfombrillas. Van cinco en cada paquete. —Coge un montón de toallas envueltas en plástico—. Nos encargamos de las *suítes*, pero no te engañes pensando que por eso vamos a necesitar menos toallas. A los clientes de las *suítes* les encanta disponer de un montón de toallas. —Rompe el plástico y apila las toallas en el estante inferior del carrito. Yo la imito. Hacemos lo mismo con las toallas de mano y las alfombrillas de baño—. Algunas chicas dejan los carritos preparados el día anterior —hace una mueca—, pero las cosas tienden a perderse durante la noche, y al día siguiente tienes que repetir todo el proceso. Es mejor esperar a la mañana.

—¿Las otras doncellas se quedan con el material?

Ella asiente.

—Normalmente solo lo hacen los empleados temporales y los del turno de noche; los más vagos. En este somos ocho personas que jamás haríamos algo parecido, pero... —Se encoge de hombros—. En este trabajo, o comes o te comen. —¿Comes o te comen? ¿Hacemos camas o artes marciales mixtas? Me enseña el armario con los artículos de aseo—. Asegúrate de que los botes siempre queden llenos. Es una lata tener que rellenar el champú, el acondicionador y el gel de ducha en vez de usar envases desechables, pero no queremos actuar como si el planeta nos importara una mierda. Si encuentras uno de estos... —me muestra un embudo blanco de plástico sujeto a una cadena que lleva alrededor de la cintura—, cógelo y no lo sueltes. Son como un tesoro. Me llevo este cabroncete a casa, porque desaparecería al momento. —Chasquea los dedos—. Sin él, la mitad del champú acaba en la bañera y pierdes un montón tiempo limpiándolo y yendo a por más recambios. —Escudriño subrepticamente la zona en busca de un embudo, pero aquí hay tantas cosas que solo distingo los colores—. Si quieres, te envío el enlace de Amazon.

—Ah, lo has comprado...

Se encoge de hombros.

Terminamos de llenar los carritos. Me divierte la tarea: hay que hacer sitio para todo, como si fuera un rompecabezas gigante. Comprobamos que tenemos todo el material de limpieza que necesitamos y vamos hacia los ascensores.

—La segunda regla de la limpieza, después de reponer primero las toallas, es utilizar siempre los ascensores de servicio. Te despedirán si alguien te ve usando un ascensor de huéspedes. Pero los ascensores de servicio están siempre frente a los de huéspedes, así que puedes seguir las señales.

—Vale, buen consejo.

Salgo de los ascensores y sigo a Marcella por el pasillo.

—Si podemos hacer dos *suites* a un tiempo, nos ahorramos tener que bajar al sótano y cruzar a los otros ascensores, y acabamos antes. Pero la tercera regla es hacer lo que puedas para atender las habitaciones cuando el huésped esté fuera.

—¿No siempre es así?

Inspira hondo como si pensara que me queda mucho por aprender.

—Para nada. Y menos en las *suites*. Hay gente que las usa como si fuera su casa y no siempre están en el trabajo o por ahí de turismo todo el día. Si el huésped está en la habitación, es lo peor. En primer lugar, siempre se acuerdan de mil cosas que quieren: toallitas faciales, pañuelos de papel, una manta, otra almohada... Se quedan mirando cómo trabajas y ponen un montón de quejas. La gente tiene opiniones muy firmes sobre cuánto tiempo debe estar funcionando el aspirador. —Pone los ojos en blanco—. Lo bueno es que las propinas suben cuando los huéspedes pueden ponerle cara a la persona que limpia su mierda. Literalmente, en algunos casos.

—Ah, vale... Bueno, eso está bien.

—Es lo único bueno que tiene. Si puedes, evítalo. Sobre todo siendo nueva. —Llegamos a la puerta de una *suite* y me dedica una sonrisa—. Esto es lo que queríamos. —Señala la luz que brilla junto a la puerta, de color naranja—. Han pulsado «PREPARAR LA HABITACIÓN», lo que significa que han salido y quieren que la dejemos lista cuanto antes. —Pulsa el timbre que hay junto al cartel—. Toca siempre el timbre, aunque hayan puesto el cartel. Nunca sabes lo que te puedes encontrar. El año pasado Trudy se dio de bruces con un hombre desnudo que estaba escribiendo sobre sí mismo con un rotulador.

—¿Era un proyecto artístico o algo así? —No responde: saca una llave y entramos.

—Quién sabe. Pero esa mierda no es buena para la salud mental de nadie. Llama siempre. —Se guarda la llave en el bolsillo del delantal—. Los carros siempre se quedan fuera. Este huésped está solo, así que es una limpieza relativamente fácil. ¿Puedes empezar vaciando los cubos de basura? Yo sacaré las toallas usadas.

—Claro —acepto, y las dos nos ponemos a trabajar. La *suite* es preciosa: tiene un salón con un gran sofá en forma de L frente a un televisor de pantalla grande y unas vistas impresionantes del parque. Hay un bar en un extremo, un escritorio en el otro y una puerta que da al comedor, con ocho sillas. Vacío la basura y pongo bolsas nuevas en los cubos; mientras, Marcella saca las toallas sucias del baño y entra en el dormitorio para quitar las sábanas de la cama.

—Vamos a hacer la cama —anuncia—. Necesitamos sábanas amarillas. —La sigo hasta el carrito—. ¿Ves? —Señala unas costuras amarillas en el borde de las sábanas—. Las rojas son para las camas dobles. Las amarillas, para las *king size*. Aquí usamos sobre todo las amarillas.

Nos ponemos manos a la obra y Marcella me enseña pacientemente a hacer la cama, algo que yo creía que era una tarea sencilla que llevaba años realizando, pero, al parecer, como una profesional no.

—¿Prefieres a la gente que viaja sola? —pregunto, intentando entablar conversación.

—Sí, y a los que vienen por negocios. Esa gente suele ser ordenada y pasa mucho tiempo fuera, así que no hay problema para entrar a limpiar la habitación. No dejan tanta propina, pero no pasa nada. Prefiero que me faciliten la vida.

—¿Cuánto tiempo suelen quedarse los huéspedes?

—Normalmente, un par de días. Pero el tipo que está aquí lleva casi una semana y no tiene pinta de irse. Al parecer, ha reservado la *suite* por un mes.

—¿Un mes? ¿Por qué?

—Quién sabe. Quizás se le ha inundado el apartamento o tiene cucarachas. Aunque en esos casos no suelen venir aquí porque las aseguradoras no cubren la estancia, y menos en las *suites*. Así que no tengo ni idea de qué va este tío. A lo mejor le puso los cuernos a su mujer y ella lo largó.

Terminamos de hacer la cama y Marcella me enseña a ordenar la habitación: el mando a distancia debe estar en su sitio, hay que comprobar que los blocs de notas tengan papel y que los cables de los cargadores o de los ordenadores de los huéspedes estén bien sujetos con un organizador de cables con el logo del hotel. Se quita el polvo de todas partes, las cortinas se corren exactamente a la misma distancia en cada lado, los cojines se mullen y se vuelven a colocar en un orden específico que solo Marcella parece conocer. Se recogen las mesas y se retira el frutero.

Abro las puertas del armario para colocar en su sitio una percha. A un lado están los trajes oscuros y, al otro, varias camisas blancas relucientes. Pongo la percha al final de la fila y paso las manos por encima de las chaquetas. Alguien tiene un gusto caro... Percibo un aroma familiar que no puedo identificar: delicioso, oscuro y sexy. Mi mente sigue tan llena de Bennett que no puedo imaginar quién más podría oler así. Sacudo la cabeza, intentando despejar mi mente de las imágenes de la noche anterior, y cierro la puerta del armario.

Marcella trabaja a la velocidad del rayo. En el tiempo en el que le he hecho una pregunta sobre lo que estoy haciendo, ella ya ha terminado varias tareas.

Casi hemos acabado en el baño cuando Marcella entra con más papel higiénico.

—La otra *suite* en esta planta, la Avenue, acaba de encender la luz. Lo único que queda por hacer aquí son los espejos. ¿Te encargas de ello mientras yo voy a la otra habitación? —Debe de ver el pánico en mi cara. Los espejos se extienden a lo largo del tocador, detrás de los dos lavabos y en la parte posterior de las puertas. Nunca me ha importado que los míos estén perfectamente limpios siempre y cuando pueda verme en ellos—. No te preocupes, luego vuelvo a ver cómo han quedado.

—Haré lo que pueda.

—Vale, ya he recogido todo. Voy a mover los carritos para que estén junto a la Suite Avenue. Cuando termines, ven.

Me da dos paños y una botella de lo que espero que sea un limpiacristales milagroso.

Me pongo manos a la obra, decidida a hacer un buen trabajo. Marcella trabaja duro, y encargarse de mi formación debe de ser lo último que le hacía falta, así que no quiero que tenga que volver a limpiar los espejos; debo aligerarle un poco la tarea.

Llevo unos minutos limpiando los espejos cuando oigo que se abre la puerta de la *suite*. Mierda, quería haber acabado antes de que ella volviera. Seguramente ya habrá hecho la Avenue y yo apenas he conseguido limpiar un par de espejos.

Debe de haber olvidado algo, porque no entra enseguida, y eso me da unos segundos extra. Estoy sacándole brillo al espejo que hay detrás de la puerta cuando algo a mi espalda atrae mi atención: hay una mancha detrás del lavabo izquierdo. Voy hacia ahí, decidida a limpiarla antes de que entre Marcella y llego justo cuando se abren las puertas dobles del cuarto de baño.

Levanto la vista esperando a Marcella, pero no es ella. Todo me da vueltas cuando me encuentro cara a cara con Bennett, y me agarro a la encimera de mármol para estabilizarme. Está desnudo de cintura para arriba; solo lleva unos pantalones cortos, y, aunque lo he visto con menos, tardo un minuto en recuperar el aliento.

Sé cómo es tener ese pecho pegado al mío; sé lo que pueden hacer esas manos; sé a qué sabe su boca.

—¿Qué coño haces en mi baño?! —grita, arrancándose de la vorágine de recuerdos de la noche anterior.

¿Su baño?

Su tono me coge por sorpresa. Anoche me pareció la clase de hombre que no se inmuta por nada ni por nadie. Como si pudiera quedarse plantado en el sitio, con las manos en los bolsillos, bajo el paso de un huracán, pero, hoy, que yo esté limpiando su cuarto de baño lo ha sacado de sus casillas.

—Limpiando tus espejos, imbécil. ¿Qué otra cosa crees que hago?

Mierda. Probablemente no debería haber dicho eso, dado que es un huésped.

Da un par de pasos hacia mí y retrocedo hasta que quedo medio tumbada sobre el lavabo. Tiene los ojos entrecerrados, una expresión suspicaz y los labios fruncidos: está furioso.

—¿Qué haces aquí de verdad? ¿Cómo sabías que esta era mi habitación?

Lo empujo a la altura del pecho y paso bajo su brazo para alejarme.

—Deja de hacer el gilipollas. Estoy limpiándote el baño. Y ya he terminado, así que adiós. —Me doy media vuelta, salgo corriendo del cuarto de baño y abro de golpe la puerta de la *suite*. Marcella está a dos pasos, y debe de ver el pánico en mis ojos, porque mira sobre mi hombro. Bennett me ha seguido.

—¿Quién eres?! —exige saber.

—Lo siento mucho, señor Fordham —interviene Marcella—. Eddie es nueva. Estábamos limpiando la *suite*, pero ya nos vamos.

No me vuelvo para ver su expresión. Me limito a caminar con brío hacia los carritos de la Suite Avenue ocultando el temblor de mis manos.

5

BENNETT

Estoy sentado en el suelo, de espaldas al apartamento de Efa, revisando el correo en el teléfono. No espero que aparezca, pero si hay la más mínima posibilidad, no voy a dejar pasar la oportunidad de enfrentarme a ella. Tengo que saber para quién trabaja.

Estoy furioso porque mi equipo no ha conseguido encontrar una conexión entre Efa —o Eddie Cadogan—, la mujer con la que me acosté anoche, y una empresa tecnológica. Es buena en lo que hace. Hasta ahora, todo lo que me dijo concuerda. Me contó que fue a la Universidad de Exeter en el Reino Unido, lo que ha confirmado mi equipo, e incluso han rastreado al propietario del apartamento, Vincent Cove, el primo del prometido de la hermana de Eddie. Estoy convencido de que me dijo que era su cuñado, pero se acerca lo bastante como para no ser una auténtica mentira.

Vincent Cove no está relacionado con las empresas tecnológicas. Sus tentáculos se extienden a muchas áreas, pero no existe ninguna conexión obvia entre él y cualquier cosa que Fort Inc. esté haciendo. No hay manera de unir los puntos.

Las puertas del ascensor traquetean, luego se abren, y me pongo de pie con la espalda recta, esperando que Efa se atreva a aparecer, y, para mi sorpresa, dobla la esquina y pone los ojos en blanco en cuanto me ve.

—¿Qué he hecho yo para merecer esto? —suspira—. Si haces que me despidan, me voy a cabrear. Un amigo de un amigo de mi cuñado me consiguió este trabajo, y no quiero joderlo todo.

Resoplo; al parecer, sigue en sus trece con esa historia.

—Otro cuñado. Sí, claro. ¿Por qué no me dices para quién trabajas y así convertiré eso en el objeto de mi exasperación en lugar de a ti?

—¿Exasperación? ¿Cuántos años tienes exactamente, abuelo?

—Un vocabulario decente no es exclusivo de otra generación. —¿Qué estoy haciendo? No he venido aquí para mantener una discusión sobre semántica; lo que quiero son respuestas—. Dime para quién trabajas.

Rebusca en su bolso y saca un juego de llaves.

—No me obligues a llamar a la policía. Sal de mi camino.

—Efa, dime para quién trabajas. —Le bloqueo el paso de forma deliberada.

—¡Para Gretel! —exclama—. Gretel es mi jefa, la directora del Avenue.

—¡Silencio! —grita alguien desde alguno de los apartamentos al escuchar nuestra discusión.

Me acerco para no tener que levantar la voz y me arrepiento al instante, porque me llega su aroma a melocotón. Los recuerdos de la noche que pasamos juntos atraviesan mi mente como diapositivas. Cierro los ojos y me esfuerzo por ignorarlos.

Tengo que concentrarme en sacarle información, no en revivir cómo me manipuló.

—Déjate de mentiras —susurro—. No tiene ninguna lógica que vivas en un apartamento como este pero trabajes de doncella. Es absurdo.

Se encoge de hombros.

—¿Y?

—Explícamelo para que lo entienda —insisto, intentando que mi voz sea lo más clara posible, y, al mismo tiempo, luchando contra el impulso de deslizar los dedos por su mejilla y su cuello.

Su mirada pasa de mis ojos a mis labios, como si tuviera los mismos pensamientos lascivos que yo.

—¿Por qué? —musita—. No te debo nada.

Sus palabras me sacan del trance.

—Eres una mentirosa —le siseo al oído, y me doy la vuelta para marcharme. Tiene razón: no puedo obligarla a darme una explicación, y eso me exaspera. Haré que mi equipo la vigile; a partir de ahora, no podrá dar un paso ni llamar a alguien sin que yo me entere.

—¡No te he mentido! —exclama, arriesgándose a la ira de su vecina—. He venido aquí para trabajar durante el verano. Que mi familia sea rica y tenga un apartamento de lujo no me convierte en una mentirosa.

Me freno y regreso a su lado, porque lo último que necesito es seguir llamando la atención.

—¿Por qué no me dijiste que estabas trabajando en el hotel? —pregunto con un susurro con alma de grito.

—¿Por qué no me dijiste que te alojabas en el hotel? ¿Querías entrar en mi piso por alguna razón? ¿Qué me estás ocultando? —Se adelanta y me clava un dedo en el pecho. Miro hacia abajo y ella retira la mano. Nunca he echado un polvo con una mujer con la que estuviera furioso, pero empiezo a entender su atractivo.

La verdad es que me he mudado al hotel porque me estoy escondiendo. Pero ¿por qué no me dijo que trabajaba ahí?

—No estamos hablando de mí. —Mi voz es baja, pero no llega a ser un susurro.

—Yo sí. ¿Por qué perdimos el tiempo viniendo a mi casa cuando podríamos haber cogido el ascensor hasta tu habitación? —Cambia el peso de un pie a otro y yo intento no fijarme en lo gráciles que son sus movimientos—. ¡Explicámelos para que lo entienda! Tal vez pasas un rato en el bar del hotel para ligar con una mujer diferente cada noche y te da un poco de asco follar con tres mil mujeres en la misma cama.

—O tal vez quiero marcharme cuando me apetece y ya. Hay mil razones para querer ir a tu casa en lugar de a mi habitación.

—¿Sabes qué? El tema es que no importa. No me dijiste lo de la habitación del hotel. ¿Y qué? Yo no te dije que hoy empezaba mi trabajo de verano en el hotel...

—No es solo un trabajo de verano: es un trabajo de verano en el que puedes entrar en mi habitación.

Resopla, exasperada.

—No tenía ni idea de en qué departamento iba a trabajar. ¿Crees que fui yo quien contagió al personal de limpieza con un virus intestinal para que anduvieran cortos de gente y así asegurarme que me asignarían a esa sección para cubrir los huecos? ¿Y luego qué? ¿Usé mis técnicas de control mental para hacer que me encargaran limpiar tu habitación? ¿Tú te estás oyendo? Necesitas un psiquiatra. O unas vacaciones. O las dos cosas.

Me meso el cabello, desquiciado, porque parece tener respuesta para todo.

—¿Por qué leches trabajas como doncella en el Avenue cuando tu familia tiene un montón de dinero?

Pone los brazos en jarras como si no tuviera derecho a hacerle una pregunta tan personal. Y tiene razón.

—Primero, no es asunto tuyo. Segundo, no tengo dinero. Todavía no. Tercero, mi cuñado... El cuñado de mi hermana. Sigo intentando averiguar si eso lo convierte en mi cuñado o no... Da igual. Mi cuñado Nathan trabajaba con Gretel, la directora del Avenue, y fue él quien nos puso en contacto. Quería divertirme un poco este verano. Me acababa de graduar y me apetecía trabajar en algo en lo que no tuviera que pensar demasiado. Así podría mantenerme ocupada y al mismo tiempo, ya sabes, conocer Nueva York. —Su voz se va elevando a medida que habla, y alguien se pone a dar golpes en la pared. ¿Sabes que están en Nueva York y no en Connecticut? A lo mejor me compro el edificio y desalojo a quien haya sido, por gilipollas—. Me imagino que aquí hay un montón de oportunidades, no sé. Solo intento descubrir lo que quiero. Tengo veintiún años, se me permite estar indecisa.

Suspiro. Soy bueno leyendo a la gente. Puedo olfatear a un charlatán, a un mentiroso, a un

tramposo a mil kilómetros de distancia. Efa no es quien la he acusado de ser.

—¿Así que solo es una coincidencia que hayas aparecido hoy en la *suite* de mi hotel? —pregunto, ya con un tono de voz normal. Aunque en realidad no es una pregunta, porque estoy convencido de que dice la verdad y de que todo esto no es más que una enorme coincidencia.

—Nueva York es un lugar grandísimo, pero a lo mejor no tanto. Anoche fui a echar un vistazo antes de empezar a trabajar y tú estabas en el bar del hotel donde te alojabas buscando un pibón con el que acostarte. No es tanta coincidencia.

—No estaba allí para ligar —protesto—. ¿Y de verdad la gente sigue diciendo «un pibón»?

—Vale, pues una mujer para follar con ella, si tan pedante eres.

No tengo ningún interés en seguir con esta discusión. No tiene por qué saber que hace mucho que no salgo a «buscar un pibón».

—Tienes razón, puede ser una coincidencia —acepto, esta vez con más decisión.

—Vale —dice, con los ojos muy abiertos—. Y ahora viene cuando te disculpas por actuar como un gilipollas.

Estoy a punto de plantear un nuevo debate sobre el uso del término «gilipollas», pero algo me dice que no es el momento.

—Sí, bueno... Mira, lo siento si he sacado una conclusión precipitada.

Pone los ojos en blanco.

—Vaya mierda de disculpa. ¿Lo sientes si has sacado «una conclusión precipitada»? Eso es justo lo que has hecho. Y, encima, me has difamado, has sido grosero, agresivo y —baja la voz— en absoluto amable.

Suspiro; tiene razón. Y quiero felicitarla por el uso de la palabra «difamado» aunque solo sea para restregarle que yo estaba en lo cierto y un buen vocabulario no es patrimonio exclusivo de alguien mayor, pero me da que no iba a tomárselo bien, y ya he sido bastante imbécil como para, encima, añadir la condescendencia a la mezcla.

—Siento haber sacado conclusiones precipitadas y haber sido grosero, y agresivo y... ¿Cómo era? Ah, sí, en absoluto amable. —Aunque ha sido lo menos ofensivo de lo que me ha acusado, es lo que más me ha tocado la fibra sensible. Puedo aguantar que me llamen gilipollas, pero, por algún extraño motivo, no ser amable me parece más grave. Tal vez me estoy ablandando con la edad o, quizá, es porque la noche pasada con esta mujer fue... intensa.

—Mucho mejor. —Asiente—. Eso casi ha parecido una disculpa.

—Disfruta de la velada —me despido. No espero que, después de la discusión, me invite a entrar en su apartamento, pero, si lo hiciera, no creo que pudiera negarme.

El chasquido de una puerta al abrirse capta mi atención y giro la cabeza. Una mujer con el pelo naranja recogido con un pañuelo asoma la cabeza por la puerta.

—Tortolitos, ¿podéis seguir la discusión en el apartamento? Estoy intentando trabajar. —No sé si son imaginaciones mías, pero me parece escuchar el graznido de un pájaro exótico dentro de su casa—. ¿Veis? —masculla, acusadora, y da un portazo sin esperar respuesta.

Me vuelvo hacia Efa y enarco las cejas.

—Y ahora me has causado problemas con los vecinos... Se acabó. —Levanta las manos con un gesto despectivo, como si yo le resultara completamente intrascendente. Nadie me había tratado así antes. Aunque, para ser sincero, Efa es única en más de un sentido—. Conociendo mi mala suerte, nos vemos pronto.

Suelto una risita y voy hacia los ascensores.

6

EFA

Cuando abro la puerta de la Suite Park me están temblando las manos. Obviamente, no le he dicho a Marcella que Bennett y yo nos conocíamos... en el sentido bíblico. Aun así, se ha dado cuenta de lo nerviosa que estoy.

—No hiciste nada malo —me aclara. Cree que estoy temblando porque me pone nerviosa que Bennett esté dentro, y, sí, estoy nerviosa, pero no es eso lo que me hace temblar: son los recuerdos de las horas que pasé desnuda con él y de la media docena de orgasmos que me arrancó. Además, incluso cuando se comporta como un gilipollas y me acusa de falsedades absolutas, mi cuerpo entero se pone en tensión cuando estoy cerca de él. No esperaba volver a verlo, y ahora, si eso no ocurre, me voy a sentir muy decepcionada—. Se llevó un susto, eso es todo. Pero si se hubiera fijado, habría visto el cartel en la puerta. —Cuelga un cartel en el pomo de la puerta que, desde lejos, parece el clásico «NO MOLESTAR», pero en realidad explica que el servicio de limpieza está en la habitación.

No le digo que estoy noventa y nueve por ciento segura de que no había tal aviso en la puerta de Bennett, más que nada porque me da la impresión de que a Marcella le preocupa tanto como a mí que Bennett nos denuncie.

—Vamos a dejar los carros fuera de la habitación para que le quede claro, aunque hoy hemos venido más tarde. Debe de haber ido a la oficina, o quizá tiene una reunión fuera de aquí. —Intento recordar si me dijo a qué se dedica, pero no me viene nada a la cabeza—. Empezaré por el baño. Tú encárgate del salón y luego haremos juntas la cama.

Voy al salón y vacío las papeleras, en las que solo hay una botella de cerveza y un folleto de un espectáculo que le habrán dado en la calle. A ver, que tampoco es que esté cotilleando en su basura, pero me despierta la curiosidad. Folla de maravilla, pero es un paranoico de primera clase.

Todo lo hace con muchísima intensidad: ligar conmigo en el bar, follar, hablar, discutir... Es tan molesto como fascinante, y no puedo evitar el interés.

La basura no me da ninguna pista sobre quién es Bennett o qué hace en el hotel. ¿Ha venido a la ciudad para asistir a un congreso? ¿Dónde vive? Su apellido debe de estar por aquí, en alguna parte, y, si lo encuentro, podré buscarlo en Google.

Enderezo los cojines, encuentro un ratón de ordenador en el asiento y lo dejo sobre la mesa de centro, delante del sofá. El cargador está enchufado junto a la lámpara de pie, así que lo saco y enrolló el cable, echando un vistazo con disimulo a lo que ha dejado sobre la mesa: una factura de cuatrocientos y pico dólares de un restaurante. Vaya. Debe de haber sido una comida increíble. También hay otro ticket de una farmacia, y, cuando me acerco a mirar, veo que ha comprado condones.

Se me revuelve el estómago y compruebo la fecha: es de ayer, justo después de que se fuera de mi apartamento. ¿Estaba reponiendo las existencias porque tenía una cita ayer por la tarde?

—¿Va todo bien? —pregunta Marcella desde el baño. Suelto el recibo y pongo en orden las revistas que hay sobre la mesa.

—Sí, sin problemas. Estoy colocando los cojines. ¿Cómo vas tú?

—Este tío debe de tener TOC. Todos los artículos de aseo están perfectamente alineados. A lo mejor es un asesino en serie. ¿Viste lo guapo que era? ¿Y el cuerpo que tenía? Eso no puede ser bueno...

Ay, Marcella, qué equivocada estás.

—Voy a quitar el polvo —anuncio.

—Vale. Y haz el resto del dormitorio también.

Busco alguna pista sobre Bennett en cada superficie que limpio, pero, aparte de esos dos recibos, no encuentro nada. No hay papeles tirados ni monedas sueltas junto a la cama ni un libro en la mesilla de noche.

Abro un cajón y me encuentro con los calcetines y los calzoncillos en perfecto orden. Incapaz de resistirme, cojo unos calzoncillos y los estiro. Son amplios, lo que me parece lógico tratándose de él, porque tiene mucho que contener. Vuelvo a colocarlos y rebusco un poco, pero no hay nada escondido entre la ropa interior.

El siguiente cajón es igual de inútil, con pilas ordenadas de ropa deportiva de color oscuro y poco más. ¿Qué espero encontrar? ¿Su diario, con un pequeño candado dorado?

Lo siguiente es el armario. Abro la puerta y vuelvo a sentir su familiar aroma. Inspiro hondo y lo siento sobre mi cuerpo como unas manos que se deslizaran sobre mi piel, desde el cuello hacia abajo, y más abajo, y más abajo.

Les echo un vistazo a las chaquetas y meto la mano subrepticamente en los bolsillos, pero no encuentro nada que me diga más que la talla que lleva. Y eso ya lo sabía.

¿Es normal no dejar pistas sobre quién eres en una habitación de hotel? ¿Oculta algo... o todo? En realidad, lo único que sé de él es su nombre de pila.

Asomo la cabeza en el baño, buscando más pistas.

—¿Necesitas ayuda aquí? —pregunto.

—No, ya casi he terminado. ¿Puedes deshacer la cama y empezar con las fundas de las almohadas? Iré enseguida.

Mientras habla, echo una mirada: como ha dicho, hay un puñado de artículos de tocador perfectamente alineados y un neceser de cuero marrón en la esquina de la bañera; y, aunque probablemente no haya nada dentro, me pregunto cómo podría hacer para comprobarlo. Quizá Marcella me pida otra vez que limpie los espejos y tenga la oportunidad de ver si Bennett es un hombre o un robot.

—Claro —respondo, y me dirijo al carrito. Cambio el plumero por las fundas de almohada y las sábanas y voy al dormitorio. Empiezo por las fundas. Huelen a él. Tampoco es que sea una rareza que va por ahí oliendo las fundas de almohada de un tío al que apenas conoce, pero es que no puedo evitar notarlo. No he visto ningún *aftershave* en el baño, así que me pregunto qué le da ese olor único, que no parece haber salido de un envase. Es el olor de su piel, el que me rodeaba cuando estaba sobre mí intentando contenerse.

—¿Cómo lo llevas? —pregunta Marcella a mis espaldas. Doy un respingo al verla ahí, como si pudiera darse cuenta de que estaba fantaseando con mi rollo de una noche.

—Bien, estoy quitando las sábanas.

Escuchamos el sonido de la puerta de la *suite* al abrirse y las dos nos quedamos inmóviles, mirándonos la una a la otra.

Está claro que hay alguien en la sala, pero no seré yo quien vaya a mirar.

—Espera aquí, voy a ver...

Antes de que pueda intentar convencerla de que no vaya a ninguna parte, Marcella ya se ha marchado.

—Buenos días, señor —dice—. Ya casi hemos terminado. —Me quedo lo más quieta posible, esperando a que conteste, pero no oigo su respuesta.

Cuando Marcella regresa, lleva unas botellas de agua para colocarlas junto a la cama.

Justo cuando termina de dejar el agua, suena un timbre. Cuando eso sucedió ayer, tuvimos que dejarlo todo e ir a la otra *suite* para prepararla inmediatamente.

—Debe de ser otra vez la Suite Avenue —susurra—. Hoy parece de buen humor. Termina la cama y ven a buscarme a la Avenue, ¿de acuerdo?

Asiento, muy consciente de pronto del modo en que el pulso me late en las muñecas.

Bennett y yo. En esta habitación. Solos.

El misterioso y paranoico Bennett. ¿Quién es en realidad?

Estiro las sábanas lo más rápido que puedo, intentando no imaginarme el cuerpo desnudo de Bennett sobre ellas. ¿Tiene el sueño profundo o es inquieto? ¿Duerme desnudo o con pijama?

¿Por qué me interesa tanto?

No estoy segura de si fue el sexo o el hecho de que me lo encuentro en todas partes, pero, aun así, me parece de lo más distante. Me paro de tarde en tarde para poner la oreja, pero no escucho nada. ¿Sigue en el salón? A lo mejor ha decidido ser cortés y se ha ido para dejarme hacer mi trabajo.

Termino la cama y me aseguro de que las almohadas y los cojines estén perfectamente alineados; la miro desde todos los ángulos, asegurándome de que está exactamente como debe estar. Bennett es muy meticuloso, lo sé por experiencia propia. Además, quiero que piense que soy buena en mi trabajo, aunque ese trabajo sea limpiar habitaciones de hotel. Por lo poco que sé de él, creo que valora que la gente se enorgullezca de lo que hace e intente llevarlo a cabo lo mejor posible, e imagino que, debido a eso, odia a los chapuceros.

Me cruzo de brazos estudiando el resultado: no es más que una cama, pero está muy bien hecha; perfecta, de hecho. Una parte de mí quiere quitarse las bragas y deslizarlas bajo su almohada, pero no me apetece que me despidan.

Sigo sonriendo por esa idea cuando salgo del dormitorio y me encuentro cara a cara con Bennett, como si hubiera estado esperando a que acabara. Está sentado en el sofá, con el portátil sobre las rodillas, y baja la mirada hacia la pantalla.

—Ya he terminado de arreglar la *suite*. ¿Hay algo más que pueda hacer por usted..., señor?

Vuelve a clavar la vista en mí y no puedo evitar mordirme el labio inferior. Nos quedamos en silencio, mirándonos fijamente durante lo que parece una eternidad.

Contempla mi cuerpo desde los ojos hasta las clavículas, los pechos, la cintura, las caderas, las piernas... Me examina minuciosamente antes de volver a mirarme a los ojos.

—No, nada, gracias —responde, y por un momento me siento confusa. Luego me doy cuenta de que está respondiendo a mi pregunta y de que no necesita nada más. Pero ¿de la limpieza o de mí? Supongo que las dos cosas—. Pero quiero que sepas que te creo.

El corazón me aletea en el pecho. No sé por qué me importa, pero me importa.

—Mejor, porque te he dicho la verdad. No tengo nada que ocultar. —Echo un vistazo a la habitación—. A diferencia de ti. —No debería haber dicho eso, pero mi lengua me va a meter en un buen lío algún día. Como él no responde, el diablillo en mi hombro me susurra al oído que debo seguir pinchándolo—. Aquí no hay ni un solo objeto personal.

—¿Y? —pregunta a la defensiva.

—Pues que es como si intentaras esconderte. Ni siquiera hay una nota sobre la mesilla o documentos del trabajo en la mesa de centro. Tampoco hay nada en tus bolsillos que delate quién eres o adónde vas cada día. Es como si fueras un fantasma.

Enarca las cejas.

—¿Has rebuscado en mis bolsillos?

Suelto un gruñido. Claro, ha ido a fijarse en lo único que no debería.

—Sí, ya sé que no entra en la descripción del puesto, pero como me acosté contigo y no sé nada de ti...

—Tuvimos un rollo de una noche. No nos hemos prometido ni nada. No tienes por qué conocermme.

—Es verdad. Supongo que es normal lo de no saber nada de alguien con quien has tenido un rollo de una noche. No me sé las reglas, porque tampoco es que tenga mucha experiencia en el tema, pero confío en tu palabra. En fin, lo que quiero decir es que he limpiado la habitación de arriba abajo y te conozco ahora aún menos que la noche en la que te vi desnudo. No saber es una cosa, pero es como si estuvieras ocultando a propósito quién eres.

—¿Por qué no me dijiste que habías estudiado Informática en la universidad? —pregunta.

—Porque... Espera un momento... ¿Cómo lo sabes?

—¿Por qué no me lo dijiste, Efa?

Su nombre en mis labios me sobresalta, porque es el único que lo usa, y me resulta extrañamente... íntimo.

—No tenías por qué saberlo —replico con tono brusco—. ¿Quieres que te cuente cuánto dinero tenía en el banco en el momento exacto de la penetración? ¿Puedes proporcionarme una lista con toda la información que debo aportar en mi próxima aventura sexual? —Me mira como si estuviera a punto de tirar su portátil a un lado y retarme a un combate de lucha libre, pero no dice nada—. No sé por qué esperas que sea tan sincera y abierta con todo cuando tú eres un paranoico. Es lo más raro que he visto. Ni que fueras Ben Fort, por el amor de Dios.

Abre los ojos de par en par y se me escapa un jadeo. El ruido de la ciudad es lo único que rompe el silencio, y los dos nos quedamos inmóviles. Y de pronto encajo todas las piezas.

—¡Eres él! —Me tapo la boca con la mano. Estoy convencida, lo siento en las tripas.

—No seas absurda —rezonga, y si las miradas mataran, yo estaría a dos metros bajo tierra.

Bennett. Ben. Esa pista. Los rumores dicen que es joven, y aunque para mí, como amante, es un tío mayor, técnicamente es joven para ser multimillonario. Además, si no se dedica a la tecnología, ¿por qué le importa que yo haya estudiado Informática?

—Largo —dice con voz firme.

Y eso es lo único que me hacía falta para estar convencida de que he dado con Ben Fort, el misterioso multimillonario y director general de Fort Inc., una de las mentes más brillantes de su generación. Y el hombre para el que siempre he soñado trabajar.

BENNETT

Hoy no he salido de la habitación del hotel. Si fuera más listo, habría ido al Mandarin Oriental o a la casa de piedra rojiza de Worth; o hasta podía haber alquilado una autocaravana y haber dormido ahí, por Dios.

Pero, en cambio, aquí estoy, sentado ante el escritorio de la sala de estar de mi *suite*, esperando a Efa.

Podría haber hecho que mi equipo la llamara ayer y le pidiera que firmara un acuerdo de confidencialidad, pero algo me dice que probablemente habría montado un escándalo si hubiera hecho que alguien la llamara en lugar de dejarlo estar. Era un riesgo calculado, y solo el tiempo dirá si he hecho bien.

Llaman a la puerta y se me acelera el pulso. He pulsado la luz para indicar que quiero que limpien la habitación, pero no sé quién va a cruzar esa puerta.

La cerradura se abre con un clic y alguien canturrea «*Limpieza*». No sé si es ella, pero todavía no me doy la vuelta para comprobarlo.

No quiero parecer ni ansioso ni desesperado, aunque es justo así como me siento.

—Señor, la luz estaba encendida. ¿Quiere que volvamos más tarde? —pregunta una voz.

Me giro y veo a una mujer mayor, con el pelo recogido en un moño en lo alto de la cabeza. No recuerdo si era la mujer que estaba ayer con Efa.

—Adelante, por favor —le pido, y entonces Efa aparece detrás de ella, agachando la cabeza como si intentara evitar mi mirada.

Vuelvo a concentrarme en el ordenador.

Por primera vez en mucho tiempo no sé cómo enfrentarme a esta situación. ¿Debería intentar convencerla de que no soy Ben Fort? No creo que pueda: ayer vi la certeza en su expresión cuando dijo mi nombre. Sigo trabajando a la espera de que se me ocurra una solución, y, mientras repaso una presentación que me han enviado, soy consciente de que hay alguien más en la *suite*, pero ignoro dónde, e intento enfrascarme en el trabajo.

No sé cuánto tiempo transcurre antes de que alguien pase por delante de mi mesa; mi mirada se clava en el dobladillo de su falda, en la curva de su pierna, y no tengo que subir hasta su cara para saber que es Efa: conozco esas piernas. He tenido mis manos, mi boca y mi lengua en esas piernas.

La contemplo mientras organiza los cojines en el sofá del otro lado de la estancia, de espaldas a mí. Cuando se mueve, veo el contorno de su trasero y recuerdo lo que sentí al deslizar las manos por él, al aferrarme a sus caderas mientras la penetraba desde atrás.

Joder. Me giro hacia la pantalla e intento concentrarme... sin ningún éxito.

Escucho cómo trastea detrás de la barra muy consciente de su presencia. Cuando me doy la vuelta, nuestras miradas se encuentran. Abro la boca para decir algo, pero ella se lleva un dedo a los labios y mira a hacia el cuarto de baño a modo de advertencia: no estamos solos.

La otra mujer sale del baño y corretea hacia Efa. Mantienen una breve conversación en voz tan baja que no sabría decir lo que dicen de no ser porque estoy muy pendiente de Efa.

Efa asiente y la mujer se mete algo en el bolsillo antes de salir por la puerta principal, que se cierra con un clic.

—¿Se ha ido? —pregunto. Efa asiente—. ¿Se lo has dicho a alguien? —exijo saber, a pesar de que soy consciente de que es un poco infantil: si lo ha hecho, no va a admitirlo.

—Quiero un trabajo —responde.

—No voy a hacer que te despidan. —¿De verdad piensa que sería capaz de algo así? No soy un gilipollas, digan lo que digan mis amigos.

—Aquí no —contesta como si yo fuera idiota—. Quiero un trabajo en... —Se interrumpe y mira por encima del hombro, aunque somos las únicas dos personas en la *suite*—. En Fort —susurra.

—¿Qué clase de trabajo?

—No me importa mientras sea contigo. —Debe de ver mi expresión de *shock*, porque se apresura a explicarse—: No, no contigo porque sí. Contigo porque eres el CEO de Fort. No me importa el trabajo; haré lo que sea, hasta afilar lápices. Solo quiero aprender. Esa es, en parte, la razón por la que quería venir a Nueva York. Quería trabajar para ti, para Fort.

—¿Y si digo que no?

Frunce el ceño.

—No voy a rendirme. Creo que sería una buena incorporación.

—¿Qué quieres decir con que no te rendirás? —indago. ¿Creo que es la persona que me está acosando? No. ¿Creo que no le ha dicho a nadie quién soy? Tal vez. Pero eso no significa que confíe en ella. ¿O sí? En realidad, no confío en nadie.

—Quiero decir que haré lo que sea para que me des un trabajo.

Estoy asustado: aunque haya descubierto mi identidad por accidente y nuestro encuentro no fuera premeditado, ahora es ella quien tiene el control.

—Así que me chantajearías...

—¿Qué? Yo no he dicho eso. Solo te he pedido un trabajo.

—¿Y si digo que no?

Sale de detrás de la barra y se acerca a mí. Por el camino, ve algo en la mesa de centro que está delante del sofá. Se detiene y limpia lo que sea con el paño azul que lleva en la mano. Cuando se agacha, puedo ver la parte delantera de su uniforme y esa piel lechosa y suave que sé lo deliciosa que sabe, el valle entre sus pechos que he recorrido con la lengua. No puedo apartar la vista. De pronto, he perdido todo autocontrol. No importa que la mujer que tengo delante tenga el poder de acabar conmigo; no puedo dejar de mirarla.

Se agacha más y deja más piel al descubierto. El vestido se le sube por los muslos y yo rezo para que se le levante un poco más. Aunque ya lo he visto todo antes, quiero más, pero se incorpora y vuelve a acercarse a mí.

—Si dices que no... —Se detiene delante de mí y pone los brazos en jarras—. No puedes decir que no. O, al menos, no deberías. Soy inteligente: me gradué casi como la mejor de mi clase. Soy discreta, como ya sabes. Seré un gran activo. Además, soy británica. A tu empresa no le vendría mal tener a alguien en plantilla con un acento diferente.

Lo último que necesito en el trabajo es a esta mujer distrayéndome con solo entrar en la oficina.

—¿Discreta? —pregunto, intrigado.

—Por el amor de Dios, no te hagas el tonto. Nos hemos acostado y sé de sobra quién eres, y no le he contado a nadie ninguna de las dos cosas. Y créeme, hay mucha gente a la que le gustaría saberlo. Céntrate en lo positivo: savia nueva, un punto de vista diferente. Soy perfecta para trabajar contigo.

Sus palabras resuenan en mi mente e inspiro hondo, intentando obviarlas.

—Tenemos mucha savia nueva. ¿Qué harás si digo que no?

—Te convenceré. —Echa un vistazo a la habitación—. Mira lo bien que he limpiado la habitación. Solo llevo dos días en el trabajo y mira lo rápido que lo he pillado todo. Soy igual con la codificación. Precisa, comprometida, detallista. No paro hasta que todo está listo. Y no solo se me da bien la codificación. Me encantan los algoritmos, y he hecho un módulo sobre seguridad de datos. Lo mejor de todo es que quiero aprender de los mejores.

—No me acuesto con la gente que trabaja para mí —replico.

—Pues mala suerte. No nos acostaremos más y ya.

—Me temo que ese barco ya ha zarpado. —Y, a juzgar por el modo en que se distribuye mi riego

sanguíneo, para decepción de mi entrepierna.

—Hagamos borrón y cuenta nueva y hagamos como que no ha ocurrido.

Abro los ojos de par en par.

—¿En serio? —la provocho. Casi estoy coqueteando, pero no puedo evitarlo. Es imposible que se haya olvidado de cuántas veces se corrió esa noche. Estaba claro que no era lo habitual.

—Estoy segura de que los recuerdos se desvanecerán con el tiempo. —Entrecierra ligeramente los ojos—. Pero si te apetece saltarte la regla de no follar con el personal, estaré encantada de... reavivarlos.

Una sonrisa se dibuja en sus labios, y niego con la cabeza con una mueca. Me levanto para mirarla cara a cara.

—El problema es que no puedo contratarte porque aún quiero follar contigo.

¿Qué me pasa? Debería estar haciendo control de daños; Efa ya tendría que haber hablado con mis abogados. Estoy haciendo el imbécil, algo que jamás me permito, tanto por principios como por sentido práctico.

—No veo por qué querer follar conmigo es una complicación —responde—. El sentimiento es mutuo, te lo aseguro. Pero por muy bueno que haya sido, prefiero un trabajo a tu pene.

No puedo evitar soltar una carcajada. Y luego dirán que los británicos son reservados. Desde luego, esta británica no.

—No te voy a contratar.

—No voy a rendirme. ¿Y si sigo los canales establecidos? Puedes someterme al proceso de contratación. Me parece justo. Si lo consigo, lo consigo. Si no, no.

No sabe que no hay un proceso de contratación. Yo contrato y despido, y me guío por las aptitudes del candidato y mi instinto. La mayoría de los candidatos vienen recomendados por alguien del personal.

—No —respondo sin más, y vuelvo a concentrarme en la pantalla. Ella suspira, e intento ignorar cómo ese sonido corre por mis venas como morfina, me debilita los músculos y me atonta la mente.

—No voy a rendirme —replica, pero no le contesto—. Pero estoy cabreada. No quieres contratarme, pero tampoco puedo volver a acostarme contigo porque sé que limitaría aún más mis posibilidades.

Tiene razón: pierde siempre, haga lo que haga. Y yo también: no puedo acostarme con ella aunque tenga muy claro que no va a trabajar para Fort Inc. porque me estaría aprovechando. Y tampoco puedo acostarme con ella si por algún extraño motivo me decidiera a contratarla, porque también me estaría aprovechando.

Supongo que nadie diría que soy desafortunado, pero ahora mismo es así como me siento.

El sonido de la puerta de la *suite* nos sobresalta al mismo tiempo y cruzamos la mirada como si nos hubieran pillado en falta, aunque no estemos haciendo nada por lo que sentirnos culpables. Por desgracia.

EFA

Hago una pausa en la búsqueda de mi próxima adicción a Netflix para averiguar algo más sobre Ben Fort y Fort Inc. También estoy pensando en ideas para una aplicación y soñando despierta con un trabajo con Bennett Fordham como jefe. Y, entre tanto, contemplo Manhattan. Hay peores formas de pasar la tarde.

Me encanta la tecnología; hay gente a la que le gusta el marketing o lo que queda a la vista, pero a mí me chifla la programación, el código que queda oculto, que es otra de las razones por las que creo que Fort Inc. y yo encajamos tan bien. Nunca se han dedicado a la venta directa al público; saben que no es su fuerte y no van a ser tan arrogantes como para pensar que pueden hacerlo todo. Ellos se encargan de lo más difícil: inventan la tecnología, solucionan los errores y luego se la venden a Apple o Google o a quien sea que pueda sacarla al mercado. Esas empresas de las que todo el mundo ha oído hablar se encargan del marketing y de la imagen de marca, y hacen que todo parezca bonito, mientras que Bennett se dedica a hacer la labor más importante.

Ahora que conozco al hombre que hay detrás de Fort, todo encaja: no se anda con tonterías y no le hace ninguna falta ponerse a prueba. Sabe lo que se le da bien y se ciñe a ello.

Por si la línea firme de su mandíbula y ese cuerpo duro y musculoso no fueran suficientes, también me vuelve loca su cerebro.

Doy un respingo cuando llaman a la puerta. El edificio tiene portero, así que nadie ha llamado jamás. Me levanto y voy hacia ahí, preguntándome si debería abrir.

—¿Efa? —me llama una voz familiar—. Sé que estás ahí. Abre.

Pongo los ojos en blanco, me peleo con la cerradura y me encuentro a Bennett en el umbral, con cara de haber asesinado a alguien... o de querer asesinarme a mí.

—¿Cómo has conseguido que el portero te deje pasar?

—Deberían echarle un ojo a la seguridad de este sitio.

—¿Lo has sobornado? —Lo dejo entrar, aunque no sé qué está haciendo aquí. Me roza al pasar, y yo intento disimular que estoy inhalando su aroma terroso. No tengo ni idea de qué hace que huelga así.

—No, no lo he sobornado —contesta, y lo sigo hasta el salón—. Solo le he dicho que venía a visitarte, Efa Cadogan. Y como no conocía a ninguna Efa, le he dado tú ridículo apodo.

—«Eddie» no es un apodo ridículo —replico—. Es como me llama todo el mundo.

—Yo no —dice, mirándome fijamente

Siento un cosquilleo en la piel y me pregunto qué me pasa con este hombre. Creo que podría hacer que me corriera con solo mirarme.

—Bueno, tú eres raro. ¿Quieres una copa? Y luego puedes contarme para qué has venido.

—Claro, me tomaría una cerveza...

Sacudo la cabeza antes de que termine la frase.

—Tengo un vino tinto de marca desconocida y agua. Ya está.

Hace una mueca ante las opciones, lo que no me sorprende; no es el primer esnob del vino que conozco. Coge la botella que hay en la mesa, frente al sofá.

—¿Por qué? —Se vuelve hacia mí.

—No tengo prejuicios en lo que respecta al vino.

Pone los ojos en blanco, pero sé que está medio impresionado por mis palabras. Él es así.

—Voy a pedir que traigan una cerveza —dice.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte? —ríe.

—Tienes razón. Deberíamos ir al grano.

—¿Se trata de algo divertido? —pregunto, enarcando las cejas.

Se saca unos papeles del bolsillo de la chaqueta que dicen «ACUERDO DE CONFIDENCIALIDAD».

—Tienes que firmarme esto.

Le arranco el documento de las manos y me siento en el sofá.

—¿Para qué? ¿Para ti? —Los desdoble y le echo un vistazo a la primera página. Vale, pretende que no le cuente nada de la información secreta que he descubierto sobre él. Como, por ejemplo, que huele bien—. Te lo he dicho, no voy a contárselo a nadie. ¿A cuántos más les has hecho firmar algo así? Apuesto a que toda la población de Nueva York tiene un acuerdo de confidencialidad contigo. Todos sabemos quién eres, pero nadie habla de ello. —Suelto una carcajada ante esa idea, pero la expresión de Bennett es pétrea.

—Toda la plantilla de Fort ha firmado un acuerdo, pero nadie sabe que soy Bennett Fordham excepto tú. Eres la única que lo ha adivinado.

Me quedo sin aliento y me fuerzo a inspirar hondo. Su rostro está terriblemente serio, como si estuviera en parte aterrorizado y en parte impresionado de que lo haya descubierto.

—¿Ves? —me burlo—. Soy única. Sería perfecta para Fort. Perceptiva e inteligente.

—Firma el documento —ordena, tomando asiento a mi lado en el sofá.

—Con una condición —respondo.

—Lo que sea con tal de que no implique un orgasmo.

No puedo evitar reírme.

—Debería negarme a firmar sin un orgasmo. Pero, en realidad, sería una solución temporal. Creo que si fuera a usar el sexo como contraprestación, lo convertiría en algo recurrente. ¿Con qué frecuencia crees que sería lo apropiado? —Me acurruco con las piernas bajo el cuerpo, aunque lo que me apetece de verdad es sentarme en el regazo de Bennett.

Entorna los ojos hacia mí con fingida indignación.

—Creo que no tienes ningún problema para encontrar a alguien con quien acostarte. No te hace ninguna falta obligarlos con un contrato.

Supongo que tiene razón, pero lo que aprendí de una noche con Bennett es que no todo el sexo es igual. De hecho, el sexo con Bennett es una experiencia muy distinta a la que he vivido con cualquiera de mis parejas anteriores. Como comparar una ducha rápida y superficial con nadar en el océano Índico al atardecer después de tomarme un cóctel.

—Es una cuestión de calidad —respondo—. Sé de lo que eres capaz. —Le doy una patadita en el muslo con el pie cubierto por el calcetín porque no puedo estar más tiempo sin tocarlo.

No espero que reaccione, así que cuando me rodea el tobillo con los dedos y tira de mí hacia él, me quedo sin aliento.

Me sienta a horcajadas sobre él y mis nalgas se apoyan en uno de sus muslos. Nuestras caras están a centímetros la una de la otra, y solo nos separa una fina capa de algodón. Quiero desabrocharme la blusa, que me lama entre los pechos. Que me consuma como lo hizo hace unas noches. Aparte de un trabajo en Fort, es lo único que deseo ahora mismo.

Desliza las manos por mis muslos.

—Ya hemos decidido que esto es una mala idea. —Su voz tiene un tono áspero, como su barba contra mi piel.

—Pero... —suspiro, alzando la cabeza, como si mi cuello ansiara su boca tanto como el resto de mi cuerpo—. ¿Hemos discutido bien los motivos por los que sí sería buena idea? —Le acaricio la mandíbula con la punta de los dedos—. Una idea genial.

Gruñe y yo jadeo.

—Efa. —Se aparta y se levanta, pasándose las manos por el pelo—. No puedo pensar con claridad cuando te tengo tan cerca.

Mis labios dibujan una sonrisita porque esto es una pequeña victoria: me desea. Se resiste, pero es una lucha incesante.

—Pensar con claridad está sobrevalorado.

—Firma el acuerdo de confidencialidad.

Me levanto y me acerco a él. Sé que lo estoy provocando, pero no puedo resistirme. Es una pérdida de tiempo que estemos separados cuando nadie puede vernos.

—¿Por qué debería firmarlo? ¿Qué vas a hacer si hablo? ¿Encarcelarme? ¿Demandarme? Lo único que consigues con esto —cojo los papeles— es darle carácter legal a lo que para mí es una obligación moral. Y no soluciona nada, porque cuando ya ha saltado la liebre no hay forma de volver a esconderla.

Gruñe de nuevo, me agarra la cara y me besa; su lengua tantea en mi boca, exploradora. Deslizo las manos sobre su pecho y él me estrecha contra su cuerpo. Todo lo que siento es dureza: su pecho, su vientre..., su miembro.

Me muero de ganas de sentirlo todo y en todas partes.

Forcejea con los botones de la camiseta del pijama, sin soltarme, ansioso, como si no pudiera saciarse.

Conozco esa sensación.

No lo ayudo. No pienso hacerlo. Hundo las manos entre su pelo y, de pronto, se aparta.

—Joder —jadea, limpiándose la boca con el dorso de la mano—. Joder, Efa.

No se me ocurre nada inteligente que decir.

—¿Joder sí, por favor? —sugiero.

—¡No! —exclama—. Ya te lo he dicho. No podemos. Ya no. Sé que quieres un trabajo, así que no. Es como si me estuviera aprovechando de ti.

—Pero no es así. No creo que vayas a contratarme porque me acuesto contigo. Estamos hablando de Fort Inc., no de Almacenes Eléctricos Jack. Tú contratas a los mejores, y yo solo tengo que convencerte de que cumplo con esos criterios. El sexo no pinta nada en todo eso.

Se pasa las manos por la cara.

—No puedo. No importa cómo lo veas tú, yo no puedo permitirlo. Me sentiría como si estuviera abusando de mi posición. —*¿Por qué tiene que ser tan testarudo?*—. Tengo que irme —anuncia, y va hacia la puerta. Yo lo sigo.

—Entonces, ¿para qué has venido?

Se detiene, con una mano en el pomo de la puerta, y frunce el ceño como si creyera que me he perdido algo.

—Para que firmes el acuerdo de confidencialidad.

—Podrías haberlo dejado en el buzón. —Me cruzo de brazos—. O podrías habérmelo dado mañana, cuando vaya a cambiarte las sábanas. O podrías haberlo pasado por debajo de la puerta. Había un montón de opciones, pero has decidido venir aquí y dármelo en persona.

Se pasa el pulgar por la sien.

—Quería asegurarme de que lo firmabas.

Enarco las cejas, porque no lo he firmado aunque haya entrado en mi casa y se haya sentado en el sofá.

—Ah, ¿y lo has conseguido?

—Buenas noches, Efa —se despide, y se va.

No he logrado los seis orgasmos que me merezco, pero al menos lo he dejado frustradísimo en el más amplio sentido del término.

9

BENNETT

Podría estar encerrado en el comedor, pero estoy trabajando en el escritorio de la sala de estar de mi *suite*, decidido a torturarme. O no: todo depende de quién venga a limpiar hoy.

Estoy actuando como un niño de tres años con cero autocontrol. ¿Qué demonios espero conseguir quedándome aquí sentado mientras ella limpia a mi alrededor? ¿Una erección? Aparte de eso, nada positivo puede salir de estar cerca de ella sin poder tenerla.

Sin embargo, aquí estoy.

El clic de la cerradura de la puerta resuena en mis oídos como si fuera un mazo sobre un gong. No sé si señala el comienzo de algo o mi perdición inminente. Cualquiera de ellas; o quizá las dos.

No levanto la vista para saber si ha venido; me preocupa que, si la mujer mayor está con ella, sabrá inmediatamente lo que estoy pensando. Lo último que quiero es llamar la atención.

Intento trabajar. Respondo a los correos; trato de leer un informe que me ha enviado uno de los técnicos, pero paso la vista por la primera línea una y otra vez. Es como si alguien hubiera recubierto las palabras de teflón y yo resbalara sobre ellas, incapaz de absorber su significado.

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero la habitación se ha quedado en silencio a mis espaldas. Siento la tentación de levantarme para averiguar si todavía hay alguien aquí. Antes de que pueda hacerlo, veo a alguien que sale del baño. Vuelvo la cabeza hacia el portátil antes de fijarme en quién es, pero ya lo sé. Puedo sentirla. Está aquí. Y eso me trae paz y guerra al mismo tiempo.

¿Qué me pasa con esta mujer?

Vale, pasamos una gran noche juntos. Una fantástica noche juntos. Hubo una conexión más allá de lo físico que no estoy acostumbrado a sentir, pero he levantado una empresa multimillonaria y estoy hecho a renunciar a la tentación de probar la manzana de hoy para cultivar el huerto de mañana. Entonces, ¿por qué me resulta tan difícil resistirme a ella?

Sí, es guapa. Pero esto es Nueva York. Hay mujeres hermosas por todas partes.

Y es lista. Muy lista, aunque ella misma lo diga. Eso es excitante, seguro.

Luego está su culo, tan deliciosamente redondo en contraste con su estrecha cintura que parece suplicarme que lo abarque entre mis manos para moverla a mi voluntad.

Sus largas piernas me atraen como un camino que sé que conduce al nirvana.

Y esa sonrisa que me dice que se da cuenta de todo, pero que no va a reconocerlo hasta que le haya contado todos mis secretos.

Estoy hasta los cojones.

Incapaz de resistirme más, me doy la vuelta, sin importarme qué expresión muestra mi cara. Sabrá que la busco a ella y solo a ella.

Oigo que algo cae al suelo en el baño y que alguien murmura algo.

Entonces sale. Se limpia la mano en el delantal, saca el plumero que lleva en el bolsillo y se dirige al salón.

Nos miramos a los ojos y me sonrío como si fuera el mejor hombre que ha conocido. Es una sonrisa que se me clava en el pecho y se rompe en mil astillas diminutas que se alojan en cada célula de mi cuerpo.

Joder.

No dice nada y yo tampoco. Probablemente su compañera esté en el dormitorio.

Lo único que puedo hacer es mirarla mientras ordena la barra y recoge el vaso de whisky que me tomé anoche; fue la bebida que usé para calmar la frustración de estar en su apartamento y no poder

hacer lo que quería con ella, lo que podíamos haber hecho juntos.

Cuando termina en la barra, les quita el polvo a las demás superficies, recorriendo la sala de arriba abajo.

Me hipnotiza el movimiento de su dobladillo mientras se agacha y se estira. En un momento dado, mantiene las piernas rectas y coge algo del suelo; la falda se le sube tanto que casi puedo verle las bragas. ¿Me está tomando el pelo?

Me muevo en la silla. No puedo apartar los ojos de ella. Me ignora por completo. No me mira ni una sola vez. Recorre la habitación en el sentido contrario a las agujas del reloj, quitando el polvo a medida que avanza, levantando revistas y lámparas, agachándose para limpiar bajo las lámparas de pie y las patas de las sillas y mesas auxiliares.

Trabaja a fondo y con constancia, y es grácil y sexy y no puedo dejar de mirarla.

Se acerca cada vez más a mí, pero no me muevo. Debe de saber que la estoy mirando. Tiene que sentir mis ojos sobre ella.

Se agacha junto a mi silla y limpia debajo, con el culo en perfecta exhibición, justo a mi lado. Si estirara la mano, podría...

Antes de que pueda darle forma a esa idea, se acerca y me roza el muslo con la mano.

—Lo siento, señor. Quiero asegurarme de no dejarme nada.

Hago acopio de todas mis fuerzas para no gemir y sentarla en mi regazo porque no sé si estamos solos. Supongo que no se arriesgaría a que nos vieran...

Se echa sobre mí para llegar a mi escritorio y sus pesados pechos quedan peligrosamente cerca de mi boca.

—Efa... —mascullo.

—Solo necesito acercarme un poco más. —Se mete entre mis muslos y se estira sobre mis hombros. Su falda sube cada vez más, y si agacho la cabeza, solo un poco, puedo ver el encaje negro. Se gira, aún entre mis muslos, y se echa sobre el escritorio, y desaparece lo poco que quedaba de mi autocontrol.

Deslizo la mano por el interior de su muslo, pero ella sigue arreglando la mesa. A ver cuánto tiempo puede fingir que no la toco.

—¿Estamos solos? —pregunto.

Ella asiente, pero no dice nada. Confío en ella. Confío en que no nos pondría a ninguno de los dos en una situación en la que alguien pudiera descubrirnos así, aunque quizá no se haya ganado esa confianza. No la conozco lo suficiente, pero mi instinto me dice que ella lo entiende y que no va a exponernos en ningún sentido de la palabra.

Mis dedos se deslizan desde su suave piel hasta el delicado encaje de su ropa interior. Se detiene un segundo antes de coger el auricular del teléfono y limpiarlo con el plumero.

Deslizo mis dedos por sus pliegues y la encuentro caliente y húmeda y perfectamente preparada para mí.

—Lo deseas —digo.

—Tiene razón, señor —responde con voz cantarina—. Me muero por dejarlo todo limpio.

Respiro entre jadeos, lleno de necesidad, y ella mueve las caderas, para que hunda más los dedos en su interior. Le rodeo el muslo con el brazo y encuentro su clitoris.

—Creo que es mi polla lo que quieres. —Deja escapar un gemido—. Creo que con esto no es suficiente. Creo que te mueres por follar, joder...

—Contigo —suelta, contoneando las caderas.

—¿Qué?

—Me muero por follar contigo. Solo contigo.

Aparto la silla y me pongo de pie. Si eso es lo que quiere, eso es lo que va a tener. He intentado resistirme a esta mujer y hacer lo correcto. Sabe de sobra que no la voy a meter en nómina y aun así aquí estoy, con los dedos hundidos en ella.

Cojo la cartera del escritorio y busco torpemente un condón. No tengo tiempo para darme un festín con ella. Los dos necesitamos liberarnos, los dos necesitamos follar.

Los dos tenemos que correrlos o solo Dios sabe lo que va a pasar.

Le bajo las bragas y le subo el vestido hasta la cintura. Para demostrarle que sigo teniendo el control, empujo un par veces mi pene cubierto con el preservativo a través de sus pliegues empapados antes de penetrarla.

—¡Joder! —grita.

—Cállate —gruño.

Me zumban los oídos. Aprieto la mandíbula y la agarro de las caderas. Estoy a punto de deshacerme, como si ella fuera un gatito y yo un ovillo de hilo y me tuviera entre los dientes.

Me ha despojado de mi autocontrol, me ha hecho faltar a la promesa que me hice a mí mismo de que nunca iba a caer en la tentación de utilizar mi posición de poder o riqueza para aprovecharme de nadie ni de nada. Aunque me ha asegurado que esto es lo que quiere, que desea que follemos, no porque yo sea Ben Fort o porque piense que eso la ayudará a conseguir el trabajo de sus sueños, no es suficiente. Al crecer en Hollywood vi a un montón de hombres usar su poder y abusar de él, y me juré que nunca sería uno de ellos.

Entonces llegó Efa.

Es perfecta, tan estrecha... Sus gemidos resuenan a mi alrededor, atravesando el zumbido de mis oídos. Tiende una mano hacia atrás para cogerme la mía, como si sintiera algo más, algo más profundo, una conexión.

Le agarro esa mano y la penetro una y otra vez. Ella gime y se aferra a mis dedos, a mi pene y hasta a mi corazón.

Joder, qué mujer.

—Déjemonos de tonterías —digo—. Querías esto. Es lo que me has pedido.

Está jadeando, tan cerca del borde que sé que se deshará en segundos. Y gracias a Dios, porque no puedo aguantar más tiempo. Necesito que me estreche en su interior, necesito arrancarle el orgasmo para que yo pueda disfrutar del mío.

Tiembla debajo de mí y le fallan las piernas.

—¡Ay, Dios! —grita—. ¡Ay, Dios! —repite, impresionada. Es como arcilla entre mis manos, y subo, subo, subo, la sigo hasta el borde y el orgasmo me recorre como una avalancha.

Joder...

Nos quedamos ahí, apoyados sobre el escritorio, jadeando hasta que nuestras respiraciones se normalizan.

Me aparto y, en cuanto salgo de ella deslizándome, ya echo de menos su calor. Se levanta y se baja la falda; se da la vuelta, con la cara sonrojada y las piernas aún húmedas por la mezcla de nuestros fluidos. No puedo apartar los ojos de ella.

Con el condón en la mano, sigo contemplándola. Me mira de reojo, como si volviera a ser la criada sumisa.

Aprieto la mandíbula.

—Levántate la falda —mascullo.

Entrecierra los ojos confundida, pero obedece y deja al descubierto la ropa interior.

Asiento a modo de agradecimiento. Ya la deseo otra vez: con una no ha sido suficiente. Le miro las bragas.

—Déjame ver.

Gimo al ver cómo la humedad ha oscurecido el encaje, y entonces aparta la tela para que pueda ver esa carne desnuda que me muero por tener de nuevo. El corazón me retumba con fuerza en el pecho. Si no puedo tenerla otra vez, va a sentirme todo el día mientras trabaja.

Levanto el condón y mi semen gotea sobre el encaje; una prueba blanca y brillante de lo que acaba de ocurrir entre nosotros.

Jadea, me mira y se muerde el labio. Levanto ligeramente la barbilla en señal de victoria y ella parpadea, muy despacio, como mareada por el deseo.

Tiro el condón a la basura y ella se coloca las bragas. Va a sentir mi semen con cada paso que dé durante el resto del día. Me dan ganas de darme puñetazos en el pecho, cerrar la puerta y no hacer otra cosa en todo el día que follar con ella una y otra vez.

Me subo la cremallera y me abrocho el cinturón.

Ladea la cabeza y se estira la falda.

—¿Hay algo más que pueda hacer por usted..., señor?

Lo único que puedo hacer es gruñirle, y justo cuando estoy a punto de sugerirle que se ponga de rodillas, el zumbido de la cerradura de la puerta de la *suite* llama nuestra atención y ambos giramos la cabeza. Me siento como un colegial travieso al que han pillado con las manos en la masa, pero no me arrepiento en absoluto.

Coge el plumero del suelo y corre hacia el sofá. Yo abro el portátil.

La sangre me retumba con fuerza en los oídos y aún siento los últimos coletazos del orgasmo en mi cuerpo mientras miro fijamente la pantalla.

Este es mi puto hotel y no me importa lo que piensen de mí, pero no quiero meter a Efa en un lío. Imagino que enrollarse con los huéspedes está mal visto.

La mujer mayor entra por la puerta y se dirige a Efa. ¿Va a sospechar algo? No creo que alguien pueda follar así y que no se vean las secuelas en alguna parte: una rozadura en el cuello, el uniforme arrugado, el olor de la lujuria.

Pero solo las oigo a los dos moviéndose por la *suite*. Al cabo de un par de minutos, desaparecen y puedo volver a respirar.

10

EFA

Cada vez que salgo de la Suite Avenue al pasillo para ir al carrito no puedo evitar echar un vistazo a la Suite Park. Todavía no está encendida la luz que indica que hay que atender la habitación, como los dos días anteriores.

¿No está ahí? ¿Intenta evitarme?

Sé que es patético, pero estoy decepcionada. Ayer tenía sus manos sobre mí, su boca junto a mi oreja susurrándome frases morbosas, sus caderas inmovilizándome, su semen en la ropa interior.

Fue...

Él es...

Sé que me he acostado con ese hombre en dos ocasiones distintas y que apenas sé nada de él, pero algo en mi interior me dice que necesito más. Si hubiera tenido antes un rollo de una noche, tal vez podría comparar. Sabría que es normal quedarse con ganas, que es normal querer conocer al hombre que ha hecho que te corras.

Meto la mano en el bolsillo del uniforme y saco la copia impresa del currículum que he estado pensando en dejarle a Bennett. Como recién licenciada y sin experiencia, sé que no tengo mucho que ofrecer, pero conseguir un trabajo en Fort Inc. sería un sueño hecho realidad, aunque no sé si debería jugar ya esa carta.

Mentiría si dijera que no esperaba que se pasara por mi piso anoche. Tal vez solo quería un polvo rápido sobre su escritorio, pero yo estaba a un paso de entregarle a Gretel la renuncia y olvidarme de todo durante un día después de lo sucedido. Quería pasar el resto de la semana, el resto del año, desnuda con Bennett. Tal vez él no sentía lo mismo, pero ¿cómo podría no ser así? Tal vez el sexo con hombres mayores es siempre tan electrizante, pero yo jamás había experimentado algo parecido, como si estuviéramos en absoluta sintonía: sabía lo que necesitaba sin que yo tuviera que pedirlo; sabía con qué fuerza morder, cuánto empujar, cuándo provocarme y cuándo follar sin más.

Tal vez sean los hombres americanos. Cuando la gente me pregunte cuál es mi tipo diré que los americanos ricos y mayores que follan como Bennett Fordham. O Ben Fort, dependiendo de quién esté en mi cabeza ese día.

—¿La luz está encendida? —pregunta Marcella desde el interior de la Suite Avenue.

—Déjame ver —respondo, cogiendo un rollo de papel higiénico de repuesto. Por supuesto que no necesito comprobarlo: sé que no está encendida, aunque ya es tarde—. Todavía no. —Regreso al baño y saco el rollo de papel higiénico casi acabado del soporte y lo sustituyo por el que llevo en la mano.

—Supongo que tiene una reunión o algo así —comenta.

—Sí, algo así...

Tengo una comezón en las tripas, y no soy capaz de decidir si es porque me siento mal por la posibilidad de que Bennett me esté ignorando o porque no lo he visto hoy.

—No sé qué le pasa a este chisme —masculla Marcella, sacudiendo la *tablet* que nos indica qué habitaciones están ocupadas y cuáles libres. Estoy segura al noventa por ciento de que tratarlo como si fuera una bola de copos de nieve tecnológica no va a servir de nada, pero nunca se sabe. La tecnología es voluble.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Cada vez que intento actualizar las habitaciones se bloquea.

Su teléfono pita y ella contesta mientras yo cojo la *tablet* y la apago. Es un tópico, pero a veces el

hardware necesita un descanso para regresar de mejor humor.

Marcella escucha.

—Sí, totalmente bloqueado. Ay, vaya. Vale, sí, sí. —Me mira—. Sí, por supuesto, se lo diré. —Cuelga la llamada—. Los sistemas informáticos no funcionan —explica—. No solo se trata de la actualización de las habitaciones: el programa de reservas también está jodido.

—Qué raro —comento. Supongo que debe de haber una interfaz entre el sistema de reservas y el de actualización de habitaciones. No sé por qué, pero tengo un presentimiento, así que cojo el móvil y abro la web del hotel.

Está caída.

Esto no tiene ningún sentido. Una página informativa no va a estar conectada de ninguna manera con el sistema de reservas y el sistema de actualización de habitaciones.

—Sí, así que en recepción no saben quién entra ni quién sale ni cuántas habitaciones han quedado libres. Necesitan que les echen una mano, así que tienes que ir lo antes posible.

—¡Ah! —exclamo, echando un vistazo a la puerta de la Suite Park. Así que no voy a ver a Bennett hoy—. ¿Puedes encargarte de todo sola?

—Claro —responde.

—¿Quieres que termine esta habitación? —pregunto. Debería haber metido el currículum en un sobre. Así podría haberlo deslizado por debajo de su puerta.

Pero tal vez el destino se ha puesto de mi parte: no voy a tener la oportunidad de darle el currículum y así quizá me evite la vergüenza. Probablemente se habría reído al ver mi mísera trayectoria laboral. Sin duda recibe miles de ellos, todos más impresionantes que el mío.

—Vete ya o me meteré en un lío. Pero gracias —dice Marcella—. Lo has hecho genial.

Me esfuerzo por sonreír.

—Gracias por tu ayuda. Eres la mejor, Marcella.

Me doy la vuelta y salgo por la puerta de servicio, echando un último vistazo a la Suite Park.

Cuando llego a recepción, me dan un uniforme envuelto en plástico y me mandan al sótano para que me cambie. Mientras abro el paquete, me pregunto si Bennett necesitará acercarse a recepción para algo, y decido que lo más probable es que no. Claro que, aparte de registrar las entradas y salidas de los huéspedes, no tengo ni idea de lo que hace recepción. Hay otras dos mujeres en el vestuario, y parece que llevan el mismo uniforme que yo. No he prestado atención a los diferentes uniformes en todo el hotel porque el servicio de limpieza se mantiene un poco al margen del resto del personal, a pesar de que estamos justo en el corazón del edificio.

—No me puedo creer que esté aquí —dice la chica que lleva una coleta—. No he debido contestar al teléfono.

—¿Por qué no te has inventado cualquier excusa? —pregunta la mujer de pelo castaño corto—. Haberles dicho que estabas fuera del estado o algo así.

—No me dio tiempo a pensarlo —admite la de la coleta—. Acepté este trabajo porque Jessie me dijo que jamás la habían llamado en su día libre.

—Jamás había oído hablar de un sistema de reservas que se caiga —comenta la del pelo corto—. Al menos, en un hotel de este tamaño no. ¿Alguna vez te pasó en el Mandarin?

La otra sacude la cabeza.

—Será mejor que lo arreglen cuanto antes, porque ahí fuera nos va a llegar la mierda al cuello.

Tiene razón. Ni siquiera sé cómo se registra a la gente si no hay un sistema de reservas. La de la coleta mira en mi dirección mientras me pongo la blusa.

—¿También trabajas en recepción? —pregunta.

Asiento.

—Estaba en el servicio de limpieza, así que va a ser mi bautismo de fuego. ¿Sucede a menudo lo de caerse el sistema de reservas?

La mujer de pelo corto se ríe.

—Si así fuera, no trabajaría aquí —contesta la de la coleta—. Nos vamos a comer un marrón cuando ni siquiera es culpa nuestra. Es imposible llevar un hotel sin un buen sistema de reservas.

—Quizá no trabajamos en un buen hotel —ironiza la del pelo corto. Comparten una pequeña sonrisa y van hacia la puerta.

Ojalá pudiera ayudar con algo más que echando una mano en recepción. Si Gretel supiera que tiene a uno de los hombres más exitosos del mundillo tecnológico registrado en la Suite Park... Apuesto a que Fort Inc. podría levantar el sistema en un nanosegundo.

11

BENNETT

El apartamento de Leo parece el de un adolescente salvo porque no hay fotos de mujeres semidesnudas en las paredes. Bueno, sí que las hay, pero son fotografías en blanco y negro con marcos caros, no pósteres manoseados. En una pared está la pantalla de televisión más grande que he visto en mi vida y justo al lado, otra más pequeña, probablemente para poder jugar y ver la tele al mismo tiempo. En el otro extremo de la sala hay un bar que solo es un poco más pequeño que el de mi hotel, donde conocí a Efa.

He estado toda la mañana ocupado y no he podido solicitar el servicio de limpieza hasta que fue demasiado tarde: Efa no ha entrado con la mujer mayor. Me he sorprendido cuando me ha recorrido la decepción e incluso he llegado a coger el teléfono para enviarle un mensaje y preguntarle dónde estaba, pero me he dado cuenta de que no tengo su número.

¿Adónde ha ido?

—¿Cerveza? —pregunta Leo, poniéndose detrás de la gigantesca barra.

—¿Soy el primero en llegar? —Me siento en el sofá de terciopelo negro y me pregunto con qué residuos estoy entrando en contacto. Apuesto a que este sofá ha visto cosas que nadie creería. Decir que Leo es un golfo es como decir que Satanás no es la clase de hombre que le presentarías a tu madre.

—Por supuesto que eres el primero en llegar. Como de costumbre. Tenemos unos minutos antes de que llegue el resto del grupo.

Asiento. Tiene razón. La mayoría de las veces somos los primeros, aunque hoy no es solo casualidad.

—¿Cómo va tu vida amorosa? —pregunto. Cojo la cerveza que me tiende y le echo un vistazo a la sala.

Se ríe entre dientes.

—Fabulosamente, gracias.

—¿Te acuestas con alguien más de una vez?

—Claro —responde—. Suelo tener un rollo con alguien los martes por la noche y, a veces, los viernes. El resto entran y salen. Ya sabes... —No, no lo sé, pero no se lo digo—. El otro día quedé con una chica y la llamé para que viniera ayer. No es lo habitual, pero es que está buenísima.

Leo se pierde cuando habla de mujeres, pero yo tenía algo en mente al preguntarle.

—¿Cuándo consideras que alguien es demasiado joven para ti? —pregunto.

Se ríe.

—¿Por qué tengo la impresión de que intentas sentirte mejor comparándote conmigo? —No parece ofendido. Así es Leo: sabe muy bien quién es y está satisfecho con ello.

—Si eso es lo que estoy haciendo, soy un gilipollas. Pero no creo que sea así, solo intento... —Hay muchas razones por las que desear a Efa no está bien. Lo de la edad solo es una de ellas.

Antes de que pueda terminar la frase, aparece Worth. Leo deja la puerta abierta la mayor parte del tiempo. Espero que sea más cuidadoso con los condones que con la seguridad de su casa.

—¿Qué os contáis?

—Bennett se está follando a una mujer más joven y quiere que lo hagamos sentirse mejor por ello —explica Leo.

Worth enarca las cejas.

—¿Cómo de joven?

—¿Cuándo se considera que alguien es demasiado joven? —responde Leo—. Esa es la cuestión. ¿Tú qué opinas, Worth?

—No estaremos hablando de una menor de edad, ¿verdad? —inquire Worth.

Me atraganto con la cerveza.

—¡No! —grito en un jadeo.

Worth asiente y se agacha para coger una botella de vino del frigorífico, una pequeña muestra de la colección de vinos de Leo, el resto de la cual almacena en otro lugar.

—Mejor, porque eso sería... —se estremece— asqueroso e inapropiado.

—Estoy de acuerdo —respondo—. Pero ¿qué me dices de veintitantos?

—Bien —responde Leo.

—No te lo tomes a coña —replico, inexpresivo. Estoy hablando en serio: quiero su opinión, y, aunque nuestra relación suele ser bromista y chistosa, también sabemos estar ahí los unos para los otros cuando las cosas se ponen serias, y quiero tratar ese tema con seriedad.

Leo suspira como si le molestara renunciar a las bromas.

—Tienes treinta y cuatro años. Veintipocos no es para tanto. Solo son diez años.

Worth se sienta junto a nosotros en el sofá, con una copa vacía, un sacacorchos y la botella de vino: un malbec argentino. Es uno de mis favoritos, y se lo regalé a todos en Navidad.

—Trece y poco para ser exactos.

—La has investigado —sugiere Leo. Claro que sí: es lo que hago; es lo que soy.

—Tiene veintipocos y... todavía no tiene claro lo que espera de la vida. —¿Y a mí eso qué me importa? Tampoco es que esté considerando salir con ella, o invitarla a cenar o casarme con ella. Solo quiero, quizás, posiblemente, verla desnuda otra vez. Entonces, ¿por qué me empeño en discutir sobre este asunto?

—¿Alguna vez lo tenemos claro? —pregunta Worth, y me pilla por sorpresa. Worth es una de las personas más sensatas que conozco, lo que probablemente dice más de la gente que conozco que de Worth—. Somos seres humanos. El listón siempre está subiendo. Diez años pueden ser un océano o un charco. —Se encoge de hombros, se echa hacia delante en el sofá y se pone a abrir el vino.

—¿Un océano o un charco? —pregunto.

—Sí, depende de quién seas y de tu experiencia vital. Si sales con una mujer de veintiún años que vive con sus padres en la Alabama rural, donde se educó en casa, va a ser diferente a que salgas con una mujer que tiene más en común contigo. Alguien que ha vivido algo, incluso a una edad relativamente joven.

—Bien —apruebo.

—¿Estás saliendo con ella? —pregunta Worth.

Niego con la cabeza.

—Interesante —comenta Leo.

—¿Por qué es interesante?

—Te conozco desde hace mucho tiempo. Nunca nos has hablado de ninguna mujer con la que estuvieras saliendo. Y aquí estamos, hablando de una mujer con la que quieres salir.

—No he dicho que quiera salir con ella. —Tanto Leo como Worth se ríen entre dientes—. ¿Qué? Me he acostado con ella. Y..., no sé. Solo quería saber si debería no haberlo hecho, porque, ya sabéis, está lo de su edad y...

—¿Y qué?

—Y que quiere un trabajo.

Leo deja su botella de cerveza sobre la mesa.

—¿Un trabajo dónde?

—¿En Fort Inc.?

Worth deja la botella junto a la de Leo, como si ambos necesitaran tener las manos libres para lo que está a punto de suceder.

—¿Sabe que trabajas en Fort? —quiere saber Leo.

Suspiro y asiento. Todo esto es como la caja de Pandora: no debería haberla abierto.

—¡Joder! —exclama Worth. Leo y yo nos giramos para mirarlo; está escudriñándose—. Sabe que eres Ben Fort.

Leo jadea como si acabara de ver un cadáver.

—No se lo he dicho —respondo—. Lo ha descubierto sola.

Leo enarca las cejas hasta el nacimiento del pelo y los globos oculares parecen a punto de salirse de las órbitas.

—¿Lo ha descubierto? ¿Cómo coño lo ha averiguado una chica de veintiún años cuando los medios de comunicación de todo el mundo no han sido capaces de hacerlo?

Esa es una buena pregunta.

—No lo sabía cuando follamos. Por primera vez.

—¿Y entonces lo descubrió y volvisteis a follar? —pregunta Leo—. Me sorprende que no hayas hecho que la arresten y la deporten a mitad del océano Atlántico. Entonces, ¿qué?, ¿lo sabe y no es para tanto? ¿Le hiciste firmar un acuerdo de confidencialidad?

Suelto una carcajada carente de humor.

—La verdad es que no.

—¿Qué? —Worth se pone de pie de un salto, como si acabaran de pincharle en el culo.

—Me hizo ver que un acuerdo de confidencialidad no va a impedir que hable si eso es lo que quiere hacer.

—Pues lo ha conseguido con tus empleados.

—Tal vez.

—¿Tal vez? —insiste Leo.

—Creo que en parte callan por la obligación legal, pero Efa me hizo ver que un acuerdo de confidencialidad no sirve de mucho. Creo que mis empleados no hablan por lealtad. Cualquiera de ellos podría haber ganado un montón de pasta contando quién soy.

—¿Y eso te lo ha hecho ver Efa? —pregunta Leo.

Sonrío.

—Sí, supongo que sí. Cuando se burló de mí por pedirle que firmara el acuerdo de confidencialidad.

—Me gusta esa mujer —replica Leo—. Me da la impresión de que sabe ponerte los puntos sobre las íes.

¿Ese es su atractivo? ¿Por eso estoy aquí sentado hablando de ella con mis mejores amigos, cuando nunca les había hablado de ninguna mujer? ¿Porque me demostró lo endeble que era el acuerdo de confidencialidad? ¿Porque tiene un culo que me hipnotiza? ¿O porque descubrió quién soy?

—Supongo —reconozco—. No la conozco tan bien. —Aunque no porque me oculte algo.

—Pues ella parece que te conoce muy bien...

Tal vez sea eso. Quizá que haya descubierto quién soy me hace preguntarme qué más ve. En mí. En los demás. En el mundo.

—No creo que merezca la pena insistir en lo del acuerdo —comento—. Ni siquiera sé para qué iba a servir. De todos modos, no va a estar mucho tiempo en el país, y, si no trabaja para Fort, lo hará para un rival o un cliente. Eso podría traer consigo un montón de líos.

—Eso, ríndete —rezonga Worth. Es algo tan poco propio de él que tardo unos segundos en darme cuenta de que me está tomando el pelo—. Muy tuyo eso de comportarte como un cobarde.

—Solo digo que es complicado.

—La vida es complicada —replica Worth.

—La mía no —interviene Leo.

—Si no lo es, lo será —afirma Worth.

—Tampoco estoy diciendo que quiera casarme con esa chica —protesto.

Worth frunce el ceño.

—Con esa mujer.

Asiento: tiene razón.

—Pero, aunque la diferencia de edad no importe, ¿qué me dices del desequilibrio de poder? Ella quiere un trabajo en Fort. No quiero follar con alguien porque quiere trabajar para mí.

—No creo que pueda ayudarte —comenta Leo—. Yo no les doy tantas vueltas a mis relaciones.

Worth encuentra mi mirada, pero no decimos nada. Leo ha tenido una vida complicada, pero últimamente opta por simplificarlo todo.

—Creo que deberías confiar en tu instinto —sugiere Worth—. Si hubieras pensado que ella da por sentado que sus habilidades en el dormitorio le conseguirán un trabajo, no te habrías acostado con ella.

—Claro —acepto. Estoy convencido de que la primera vez que nos acostamos fue el motivo por el que Efa quiso volver a hacerlo. Se me pone la carne de gallina al pensar en ella echada sobre mi escritorio, con el uniforme levantado sobre el culo.

Me aclaro la garganta antes de empalmarme delante de mis colegas, lo que sería bastante asqueroso.

Pero lo que hay entre Efa y yo no es solo sexo. Si así fuera, ya lo sabría sin necesidad de sacar el tema aquí. Efa me ha vuelto el cerebro del revés. ¿Por qué sigo pensando en ella? ¿Por qué tengo tantas ganas de rascar bajo la superficie? ¿Por qué hoy me he llevado una decepción al no verla?

—Creo que tu instinto te dirá algo más cuando la conozcas mejor —sugiere Worth.

—Tienes razón. Entonces, ¿vamos a ver los deportes o qué? —pregunto, justo cuando la puerta vuelve a abrirse y aparecen Fisher y Byron. Se acabó la discusión. He tomado una decisión. Cuando todos estén acomodados, me marchó. Iré a verla con el acuerdo. Una vez más, quizá mi instinto me diga con certeza por qué no puedo sacarme a esa mujer de la cabeza.

12

EFA

Me estiro la nueva falda lápiz negra —que me queda superceñida— y amplío más la sonrisa falsa que llevo colgada toda la tarde. Me he dado cuenta de que prefiero el servicio de limpieza a la recepción por muchísimas razones.

—Disfrute de su estancia —sonrío, entregándole a la mujer que tengo delante la llave de su habitación. Al menos seguimos ocupando habitaciones. Es prácticamente lo único que funciona en este lugar.

Me molesta mucho que me hayan trasladado a recepción. Primero, significa que, ahora que por fin he superado el desfase horario, tengo que trabajar por la tarde, así que entro en mi puesto cuando todo Londres está tomando cócteles. Encima, todos los huéspedes con los que trato están cabreados porque no podemos encontrar las reservas de nadie. Tenemos que buscar en las confirmaciones del correo para saber dónde está cada uno y tardamos una eternidad. Por lo visto, hay un equipo trabajando a toda máquina para tener las reservas en papel, y deberían estar listas mañana, pero ¿no deberían centrarse en recuperar el sistema? No conozco mucho a Gretel, pero debería encargarse de eso.

Odio a la gente. Odio trasnochar. Odio no haber visto a Bennett en dos días y odio odiar no haberlo visto.

No dejo de darle vueltas a por qué por qué estoy tan decepcionada por no habérmelo encontrado en un par de días.

¿Es por el sexo? Desde luego, es parte de la respuesta: es como si ese tío hubiera inventado mi cuerpo y por eso supiera moverse por él con los ojos cerrados. Pero probablemente también tiene algo el que no haya tenido la oportunidad de darle mi currículum. Sí, las dos cosas influyen, pero hay algo más, algo que no termino de comprender.

—Buenas noches, caballero. ¿Tiene una reserva? —le pregunto al anciano que se acerca a la recepción.

—No —responde—. Solo quiero saber dónde está el bar.

—¿El bar del hotel? —puntualizo.

—Claro que el bar del hotel, tonta.

Inspiro hondo para calmarme y oigo un gruñido familiar. Levanto la vista y el corazón amenaza con salirseme del pecho cuando me encuentro con Bennet.

Bennett.

Bennett.

Todo mi cuerpo se relaja en su presencia. Ya no me importa el maleducado que tengo delante ni que tenga que mantener los ojos abiertos clavándome las uñas en la palma de la mano.

—El cartel del bar está justo ahí, caballero —señala Bennett—. Lo acompaño.

Bennett no me parece la típica persona que ayuda a los viejecitos a llegar a los bares, pero quizá me equivoque. Tal vez no se esté comportando como un caballero de brillante armadura que pretende salvarme de un huésped grosero, pero me hace sentir como si así fuera. Ojalá esté en lo cierto.

Aun así, me decepciona haberlo visto solo un momento, y, como ahora estoy en recepción, eso es todo lo que voy a conseguir a partir de ahora hasta que se vaya.

Una mujer de unos treinta años a la que he visto antes se acerca al mostrador.

—He perdido la llave de mi habitación. ¿Puede darme una nueva?

—Por supuesto. Permítame hacerle algunas preguntas de seguridad. —Cuando consigo que

aparezca la confirmación del correo, repaso las preguntas sobre su estancia, intentando mirar subrepticamente hacia el vestíbulo para ver si Bennett ha regresado del bar. Quizá tiene una cita...

La verdad es que no sé nada de él. Aparte de que es multimillonario y una de las mentes más brillantes jamás conocidas. Ah, y que es Ben Fort. Tampoco es para tanto...

Le entrego a la mujer que tengo delante una nueva llave y se marcha.

Me esfuerzo por apartar la mirada del vestíbulo y por dejar de buscar a Bennett cuando alguien llega hasta mi mesa.

Finalmente, sonrío y levanto la vista, y me doy cuenta de que estoy mirando a Bennett. Por su expresión, sabe perfectamente lo que estaba haciendo.

—Hola —saludo, intentando no reírme porque me ha pillado de lleno.

—¿Buscabas a alguien? —pregunta.

Le sonrío y, por primera vez hoy, la expresión es genuina.

—De ninguna manera —respondo—. Ya no. ¿En qué puedo ayudarle esta noche, caballero?

Inspira hondo y su pecho parece agrandarse.

—Quiero reservar mesa en un restaurante.

Se me revuelve el estómago y no sé por qué.

—Mis compañeros de conserjería pueden...

—¿Pero me recomiendas algún sitio concreto? —insiste, ignorando la sugerencia implícita de que no voy a serle de utilidad.

Mi sonrisa vacila un poco. No sé cómo interpretar sus reacciones. ¿Qué me está preguntando en realidad?

—Caballero, soy nueva en Nueva York y todavía no he tenido muchas oportunidades de salir a cenar. Pero mis compañeros estarán encantados de echarle una mano.

Asiente.

—Seguro que sí. Cuando estás en Londres, ¿cuál es tu restaurante favorito?

Sigo desconcertada. ¿Es un multimillonario tan torpe que no sabe cómo funciona una conversación normal?

—No soy muy exquisita. Es Rules. —Rules era donde nuestros padres solían llevarnos en nuestros cumpleaños. Es bastante gracioso, porque es un restaurante muy raro para ir con niños. Todos los camareros llevan chaqué, como si estuvieran en la iglesia para una boda, y es muy anticuado. Pero tengo buenos recuerdos de ese lugar; de los pocos que conservo de mis padres, de cuando era muy pequeña.

—Rules —repite.

—Sí, es un...

—Lo conozco —interrumpe.

Ladeo la cabeza.

—Ah, ¿sí? ¿Vas mucho por Londres? —Por algún motivo, la idea de Bennett en Londres me provoca un cosquilleo en las tripas. Es tan americano que soy incapaz de imaginármelo allí.

—Por supuesto —confirma—. Pero me desconcierta un poco tu elección. ¿Te gusta entonces?

—Si te soy sincera, no soy la persona más indicada a la que preguntarle sobre restaurantes en ninguno de los dos lados del charco. Geoff, el conserje, parece conocer todos los locales de Nueva York.

¿Es que Bennett no conoce la ciudad a pesar de que las oficinas de Fort Inc. están justo en Manhattan? ¿Nunca come fuera? Tiene que saber de algún sitio bueno.

Me sostiene la mirada y soy consciente de que debería apartar la mía, pero no puedo. Echo de menos los momentos de intimidad que teníamos cuando limpiaba su *suite*.

Ah, y el sexo y su semen en mi ropa interior.

—Ahora estás aquí —dice.

¿En la recepción? ¿En Nueva York? No puedo seguirle el ritmo a este hombre.

—Pues sí —respondo, y él hace una mueca como si esa no fuera la respuesta adecuada. Es frustrante. ¿Por qué no podemos hablar claramente, con total libertad? Me gustaría estar a solas con él sin llevar uniforme, sin que él sea un huésped—. He oído que Tribeca Grill está bien —añado, porque, si no digo nada, va a tener que irse y, entonces, ¿qué? Probablemente no volveré a verlo.

—Vale, bien.

—¿Algo más en lo que pueda ayudarte? —«*Encantada de ir a tu suite, desnudarme y follar*», canturreo para mis adentros.

—Quizá más tarde —responde, críptico. Entonces capta lo que mi compañero Jason le está diciendo a un huésped sobre el sistema de reservas—. ¿Qué pasa? —pregunta bajando la voz.

—Los sistemas no funcionan. Ni el de reservas ni el de actualización de habitaciones... Nada.

—Mmm. —Frunce el ceño—. El sistema de habitaciones y el sistema de reservas están separados, aunque se comunican. No hay motivo para que fallen los dos a la vez —Está hablando para sí mismo, pero esa es justo la misma pregunta que yo me había hecho.

—Pero lo más sorprendente es que la página web del hotel también está caída —lo informo—. Y eso no puede ser una coincidencia. Lleva así un par de días. —Me encojo de hombros—. A lo mejor estoy siendo paranoica, pero parece un sabotaje o algo así.

Sus ojos brillan de ira. Nunca le he visto una expresión tan feroz.

—Me has resultado de mucha utilidad —dice; da media vuelta y se va. No me puedo creer que Bennett Fordham, alias Ben Fort, se enfade tanto por el fallo de una página web. ¿Qué le pasa? Al final de mi turno, quizá pueda vestirme con el uniforme del servicio de habitaciones y llamar a la puerta de su *suite* para averiguar qué está pasando en realidad.

O tal vez deba resignarme a que Bennett y yo nos hemos acostado un par de veces y eso va a ser todo.

13

BENNETT

Ver a Efa hoy en la recepción me ha confirmado que Worth y Leo tenían razón: necesitaba conocerla mejor. No tengo ni idea de por qué quiero pasar más tiempo con ella, pero no lo sabré hasta que investigue más. Hasta que ahonde en el asunto. Y eso explica por qué estoy merodeando por los pasillos a medianoche.

Cojo el móvil y compruebo que la página web del hotel vuelve a estar operativa.

Si hubiera sabido antes que los sistemas y el sitio del hotel estaban caídos, habría podido hacer algo al respecto. Eso jamás habría ocurrido en Fort Inc., porque ahí me entero de todo lo que es importante, pero Industrias Fort es más una cartera de inversiones que un negocio. Samantha, una de mis empleadas de mayor confianza, supervisa todo lo que queda bajo ese paraguas: el hotel, un par de negocios que he comprado, las pequeñas inversiones que hago en proyectos que ayudan al medio ambiente o crean comunidades...

Estoy seguro de que Samantha sabía los problemas del hotel, pero no me ha puesto al tanto. La respeto por querer resolverlos por sí misma, pero me cabrea que haya dejado pasar esa mierda durante dos días sin decírmelo. He resuelto el problema en un nanosegundo. Ella no puede saber que lo he hecho, de lo contrario podría sumar dos y dos y averiguar que tengo más contacto con el hotel de lo que le digo. Obviamente no sabe que me alojo allí.

Tanto secretismo es imprescindible para proteger lo más importante para mí: mi intimidad. Es irónico que una de las pocas personas que saben quién soy haya sido la que me haya hablado del problema.

Me tenso. ¿Ha sido ironía o es que Efa saboté los sistemas? Porque eso es lo que ha ocurrido, no un error o un fallo técnico: alguien se cargó los sistemas deliberadamente, aunque no hubo petición de rescate.

Mientras estoy aquí, puedo seguir investigando como parte de mi plan para saber más de ella; para saber si es ella la que intenta joderme.

Da la vuelta a la esquina del pasillo del ascensor, una sonrisa florece en su rostro, y yo la siento en las entrañas. Si me fío del instinto, como me aconsejó Worth, no veo nada ni remotamente sospechoso en Efa. Ella es todo luz, verdad y sinceridad. En nuestra relación yo soy el único mentiroso; pero debo guiarme por los datos, no por el instinto, y las coincidencias se acumulan.

—Hola —saludo.

—Me alegro de verte —responde, y la cabeza me da vueltas como si me hubieran lanzado cabeza abajo en una atracción de feria. Me doy cuenta de lo mucho que deseaba que quisiera verme—. Ha sido raro no encontrarnos en tu *suite*.

Casi se le ha escapado que me echa de menos. Reprimo una sonrisa. Los dos ocultamos cosas.

Saca las llaves y me hago a un lado para que abra la puerta. Antes de entrar, se detiene, me rodea la muñeca con los dedos y tira de mí como si quisiera asegurarse de que no voy a ir a ninguna parte.

—¿Qué tal el día? —pregunto.

Se quita los tacones de aguja negros y me encuentro deseando que no lo hubiera hecho. Me reprendo mentalmente: no debería pensar así. Tengo que averiguar quién es y por qué ha aparecido en mi vida precisamente ahora.

—¿Quieres tomar algo? —Va hacia la cocina.

—¿Vino tinto de marca desconocida? —pregunto.

—Si hubiera sabido que ibas a venir, habría traído algo mejor. Mi cuñado tiene un viñedo, y se

espantaría al ver lo mal surtida que estoy.

—¿Otro cuñado? ¿Es como llamas en clave a algo que no conozco o es que significa algo distinto en el Reino Unido?

Se ríe; llena dos vasos de agua del grifo, sin hielo, y desliza uno por la encimera hacia mí.

—Mi hermana está casi casada con un tío que tiene cinco hermanos, así que los llamo a todos «cuñados». No sé si está bien. Tengo que acordarme de mirarlo.

—¿Y uno de ellos es dueño de un viñedo?

—Sí, en Argentina, creo.

—Vale —digo con cautela, sin saber muy bien qué hacer con esa información, si es que tengo que hacer algo. ¿Esto es «conocerla mejor»? No recuerdo haber hecho nunca algo parecido con una mujer, esto de charlar sobre nada en particular, sin objetivos ni expectativas.

—¿Recuerdas que me hablaste de los sistemas del hotel?

Se le ilumina la cara, no porque esté emocionada, sino porque le interesa el tema.

—Sí. ¿A que ha sido rarísimo? Hasta la página web estaba fuera de servicio, y deberían haber vuelto a ponerla en marcha en un nanosegundo. —Sacude la cabeza.

—¿A qué viene ese gesto? —Quiero saber qué opina, pero no quiero influir en ella haciéndole una sugerencia.

—Es solo que... Bueno, a lo mejor no es nada y me estoy volviendo tan paranoica como tú. Al fin y al cabo, ya está todo en funcionamiento otra vez.

—No, algo te rondaba por la cabeza. ¿Qué era? —Trato de no demostrar demasiado interés. Ya había mencionado antes el sabotaje, pero ¿por qué?

—No te preocupes. Como he dicho, los sistemas del hotel vuelven a funcionar, gracias a Dios.

—Has dicho que a lo mejor te estabas volviendo paranoica. ¿Por qué?

—Es que un fallo como este parece deliberado. Quiero decir, ¿por qué el sitio web de un hotel? Tampoco es que sea un código supercomplejo; el hotel ni siquiera forma parte de una cadena. Le eché un vistazo a su página web antes de venir a Nueva York y me pareció muy sencilla. Eso no se va a caer a menos que alguien no haya hecho un buen trabajo de mantenimiento, pero si eso ha sido lo que ha provocado el fallo, es fácil de solucionar. —Tiene toda la razón—. ¿Y por qué el sistema de reservas y el de gestión de habitaciones? Se comunican, pero están totalmente separados. Parece deliberado. Tiene que ser un ataque corporativo para pedir un rescate o algo así.

—Aaah. Crees que ha sido un *ransomware*.

—Por supuesto —afirma—. ¿Qué si no? He echado un vistazo y no he visto grandes problemas y, antes de irme esta noche todo ha vuelto a funcionar. Como si alguien, como el seguro, hubiera pagado y todo se hubiera puesto en marcha de nuevo. —No está detrás de esto. Me lo dicen las tripas. No puede ser. Me invade una sensación de alivio y se me destensa la mandíbula. Me parece cojonudo que no haya sido obra suya.

—Lo que pasa es que normalmente te piden un rescate —aclaro—. Alguien quiere conseguir dinero. Si no, ¿qué sentido tiene?

—Bueno, ha debido de contactar con los dueños del hotel y le han pagado.

—Salvo que no se ha puesto en contacto y que no ha habido pago.

Ella entrecierra los ojos.

—¿Eres el dueño del hotel?

Me encojo de hombros.

—Es de una de mis empresas.

Coge el vaso y va hasta el sofá.

—Guau...

—Quiero ser muy sincero contigo... —La sigo y me siento lo más lejos posible. No confío en que no vaya a tocarla si estoy demasiado cerca.

—Dice el hombre que pretende ser alguien que no es.

—No pretendo ser nadie diferente —replico—. Soy la misma persona, es mi nombre el que cambia en ciertas circunstancias.

—Pero ¿por qué? —Mis amigos más íntimos suelen hacerme la misma pregunta, aunque sepan la razón—. ¿Por motivos de seguridad? Como, no sé, para evitar un secuestro...

—Bueno, obviamente no quiero que me secuestren, pero esa no es la razón. Es que no quiero llamar la atención. No quiero ser famoso. O conocido. O reconocible.

—Vale. Pero ¿por qué? —insiste. No sé ni por dónde empezar—. Desconfiabas mucho de mí, pero soy un libro abierto. Soy yo la que debería sospechar de ti. Tú eres el que guarda un montón de secretos.

—Vamos a hacer un trato: eso se acaba ahora mismo. —No sé lo que digo ni lo que hago, solo sé que cuando estoy junto a ella me siento mejor que en cualquier otro momento de mi vida.

Una mirada de decepción le inunda el rostro.

—¿Qué se acaba?

—Los secretos —explico—. Acordemos ser completamente sinceros a partir de ahora.

—A partir de ahora —repite, confusa—. ¿Hasta cuándo?

Es una buena pregunta, aunque en circunstancias normales yo jamás la habría planteado. Lo que ocurre es que estoy en terreno desconocido.

—No lo sé —reconozco—. Pero por ahora, y mientras nos relacionemos, prometamos decir siempre la verdad. —Es un acuerdo tácito que tengo con mis amigos: todos somos total y absolutamente abiertos entre nosotros, y sé que no podría tener una relación profunda y satisfactoria sin eso. Mientras crecía, en Hollywood, veía todo lo contrario: trucos, efectos especiales, frases ensayadas y máscaras. No importaba si era ante la cámara o no: las relaciones estaban planificadas, eran falsas, y yo no quería formar parte de ese mundo.

—Como quieras. Para mí no va a suponer un cambio...

Reprimo una sonrisa.

—Sí, no tienes muchos filtros, ¿verdad? —Entonces, ¿por qué este acuerdo me parece necesario? ¿Quiero que sepa que voy a ser sincero con ella? ¿Quiero que confíe en mí?

—Pues no. Pero aún no has respondido a mi pregunta de por qué usas dos nombres. Me imagino que no es la misma razón por la que yo tengo dos nombres. Y deberías haber elegido un seudónimo mejor. Ben Fort y Bennett Fordham son demasiado parecidos. Casi parece que quieres que te descubran.

Me río entre dientes.

—Sí que son parecidos. Cuando me cambié el nombre era muy joven y no esperaba que Fort Inc. tuviera tanto éxito. Si lo hubiera sabido, probablemente habría elegido otro.

Me escucha absorta, escudriñándose el rostro como si no quisiera perder detalle.

—¿Y por qué sentiste la necesidad de cambiarte el nombre cuando eras joven? ¿Cometiste algún delito? ¿Te fugaste de la cárcel?

—Era famoso por asociación. Quería romper ese vínculo.

Suelta un gemido.

—Deja de dar rodeos. Suéltalo y ya. ¿Famoso por asociación? ¿Qué significa eso?

—Mi madre era famosa. Murió cuando yo tenía nueve años. Quería escapar de su mundo y vivir mi propia vida en vez de que mi nombre quedara asociado siempre al suyo.

—¿Cómo murió?

Esa no es la reacción que la gente suele mostrar cuando les digo que mi madre ha muerto. Me dicen que lo sienten o intentan consolarme, pero no me preguntan cómo murió, o, al menos, no lo hacen al instante. Efa siempre está rompiendo moldes.

—Tenía cáncer.

Ella asiente.

—Bueno, al menos tuviste tiempo para prepararte.

Una vez más, no es la reacción que esperaba.

—Un poco. Murió unos tres meses después del diagnóstico inicial. —Hace una mueca y desliza su mano sobre la mía.

El silencio nos envuelve mientras saboreo el tacto de su piel. Es más reconfortante que las frases habituales de condolencia que suelen ofrecer los demás.

—Mis padres murieron cuando yo tenía dieciséis años —murmura—. Un accidente de helicóptero.

Cierro los ojos tras un largo parpadeo.

—Joder —mascullo. Tendría que haber hecho que me enviaran todo el historial en lugar de solo lo más destacado. Ella se limita a asentir y ninguno de los dos pronuncia palabra porque entendemos que nada que digamos va a hacer que las cosas suenen mejor, así que ¿para qué intentarlo?

—Tú sí que no pudiste prepararte —digo; ahora entiendo un poco mejor sus reacciones.

—No —suspira—. La verdad, no eran unos padres muy cariñosos, y no me dejaron un vacío demasiado grande...

—Efa —interrumpo—. Eran tus padres.

—Sí, y era raro no tenerlos, pero no creo que los haya echado de menos, porque mi vida no se alteró demasiado. Solo cambió cuando me fui a la universidad. Mi tío nos robó el dinero, y, ya sabes, desde un punto de vista práctico, todo fue diferente porque estábamos arruinados. Mi hermana se llevó la peor parte. Ella siempre ha cuidado de mí.

—Joder, Efa. Ha tenido que ser muy duro...

Se encoge de hombros.

—A veces las cosas se ponían complicadas. Pero ahora todo ha vuelto a cambiar y accederé a mi herencia cuando cumpla los veinticinco, y no tendré preocupaciones económicas. Además, tengo a mi hermana y a Dylan, mi hermano. Soy afortunada.

Suspiro. «*Afortunada*». Supongo que sí, pero es una perspectiva muy madura viniendo de alguien que apenas tiene veintiún años.

—Yo también me describiría como afortunado.

—Eres un multimillonario hecho a sí mismo. Yo también te calificaría de afortunado, aunque admito que en tu caso probablemente sea algo más que suerte. —Se ríe—. ¿Y qué hay de tu padre? ¿Sigue vivo?

¿Acaba de hacerme un cumplido o algo así? Me lo tomo como tal.

—No tengo ni idea. Mi madre nunca me dijo quién era.

—Ah, vaya. ¿Y tienes hermanos? ¿Lo saben?

Me paso la mano por el pecho.

—No y no. —Cuando era más joven echaba de menos haber tenido hermanos, pero estando solo era más fácil desaparecer—. ¿Eres la más joven? —pregunto.

—Sí. —Sacude la cabeza—. Espera. No me has dicho quién era tu madre. Has comentado que era famosa. ¿Es posible que la conozca?

—Kathleen Fordham.

Se incorpora a la velocidad del rayo.

—¡Tu madre es Kathleen Fordham! Era guapísima. Y me encanta esa película que hizo con el otro tipo, el del... —Se pellizca la barbilla—. Douglas Harrison.

Asiento.

—*La rosa y la espina*.

—¡Eso es! Me encanta esa película. Guau. Debes de estar muy orgulloso.

Cuando rodó esa película se quejaba día sí y día también. No llegó a entrar en detalles, pero leyendo sobre el Hollywood de entonces, no es difícil adivinar por qué una mujer preciosa en la flor de la vida podía pasarlo mal en un rodaje.

—Lo estoy.

Efa se levanta y se sienta más cerca de mí.

—Me has prometido que ibas a ser sincero, pero cuando dices que estás orgulloso me suena a que hay algo ahí escondido, como si fuera lo que tienes que decir y ya.

¿Qué quiere decir? Se echa hacia delante y me pasa los dedos por la frente, como si intentara leerme el pensamiento.

—Es que lo pasó fatal rodando esa película, y yo odiaba verla rodeada de gente que quería algo de ella. Algunos habrían vendido su alma por pasar un rato con ella, por darle la mano o conseguir un autógrafo.

—Vaya —comenta, y suena como si significara algo importante—. Así que por eso te cambiaste el nombre, porque no querías que nadie quisiera algo de ti. No querías sentirte como una mercancía. Pero luego tuviste un gran éxito por tus propios méritos y sigues huyendo.

—¿Huyendo?

—Escondiéndote en hoteles, acechando en los pasillos...

—Yo no lo describiría como esconderse o acechar.

—Ah, ¿no? —Ladea la cabeza.

—No. Quiero decir, tengo mi apartamento, pero me he mudado al hotel porque... creo que alguien me está acosando. Que alguien ha encontrado la conexión entre Ben Fort y yo.

—Ya. Y no quieres que te descubran, así que te escondes.

—Pero no es algo permanente. Esta situación es temporal.

—Pero, si hablamos de algo permanente, no estás en internet. Quiero decir, todo el mundillo tecnológico ha oído hablar de Ben Fort, pero nadie puede ponerle cara a ese nombre.

—Mis cinco mejores amigos, con los que fui a la universidad.

—¿Te han visto y saben que eres Ben Fort? ¿Tuviste que pagarles a todos para que no se chivaran a los medios?

Suelto una carcajada por el modo en que pone el dedo en la llaga siempre.

—Les confiaría mi vida. Y con razón. Nunca ha aparecido nada sobre mí. —Apoya el codo en el respaldo del sofá y me mira fijamente, como si fuera una obra de arte colgada en la pared—. ¿Qué? —pregunto.

—Admiraba las vistas. Son inolvidables.

Por una fracción de segundo, creo que está hablando del *skyline* de Nueva York, pero cuando nuestras miradas se cruzan, me doy cuenta de que me está haciendo otro cumplido. Sabe quién soy y quiere que le dé trabajo, pero en este momento solo percibo auténtico interés por su parte.

Frunce el ceño y el momento se va.

—¿Saben que el dueño del hotel se aloja en él?

Sacudo la cabeza.

—Gretel sabe que Fort Inc. es dueña del hotel.

—Ya. Y tú eres Bennett Fordham, nada que ver con Ben Fort. El sitio web está de vuelta. ¿Los sistemas de reservas también?

Asiento.

—Sí, ojalá Gretel o Samantha me hubieran contado el problema antes. Lo habría solucionado al momento. De hecho, si tú no me lo hubieras contado, a lo mejor aún no lo sabría.

—¿Ves? Si me dieras un trabajo, sería un gran fichaje.

El sentimiento es sincero, pero su sonrisa es burlona.

Suspiro. No sé cómo voy a resolver ese asunto: ella siempre va a querer un trabajo y yo siempre voy a preguntarme si es por eso por lo que se acuesta conmigo. Suelto un gruñido de frustración.

—No te voy a dar trabajo.

Aprieta los labios en un mohín exagerado.

—Quizá todavía no.

—Nunca. Debería irme.

—¿Porque te he pedido trabajo?

—Estoy aquí porque... —Le he prometido ser sincero—. Porque quiero estar. Pero ¿me has dejado entrar porque quieres un trabajo?

Se echa hacia atrás.

—¡No! —responde, mirándome a los ojos con intención—. No me he acostado contigo para conseguir un trabajo. —Se echa hacia delante y me besa, y me llega a las entrañas—. Me he acostado contigo porque el sexo es estupendo y porque me gusta pasar el rato a tu lado, a pesar de todos tus enigmas. —Otro cumplido. Dos, de hecho. La abrazo y la acerco a mí—. Espera... ¿Por qué me preguntaste por un restaurante cuando estaba en recepción? ¿Intentabas decirme que tienes novia o algo así?

Me río. ¿Eso fue lo que parecía?

—Desde luego que no. —Soy un perfecto idiota—. ¿La verdad?

—Es lo único que pido —responde con una sonrisa.

—Solo quería saber si hay algún sitio al que pueda llevarte a cenar.

Su cara se ilumina y me sonrío.

—¿En serio?

Me encojo de hombros.

—Pero ¿Tribeca Grill? Intento pasar desapercibido. No es el lugar adecuado. —Su sonrisa se apaga, y juraría que puedo sentir su decepción clavándoseme en el pecho—. Lo siento. Ya pensaré en algo.

—Sé de un sitio...

—¿Sí?

—Sí. Conozco un lugar donde puedes llevarme. Porque está claro que te mueres por salir conmigo.

Me río entre dientes. Es como si les hubiera prendido fuego a todos los filtros con los que hubiera nacido.

—¿Dónde?

Ella niega con la cabeza.

—No pienso decírtelo. —Voy a protestar, pero me pone los dedos sobre los labios—. No. Ya sé que intentas pasar desapercibido así que te prometo que no es ningún lugar elegante ni nada. Quedamos mañana para comer, ¿te parece bien?

—¿Para comer? —repito; la hora es lo último que debería preocuparme, pero me había imaginado que nos vestiríamos de punta en blanco y que iríamos en avión a París o algo así; nos sumergiríamos en una bañera llena de pétalos de rosa y pasaríamos la noche explorando nuestros cuerpos.

Suena una alarma en su teléfono y lo silencio.

—Tengo que hacer una llamada —anuncia.

—¿Trabajas en un hotel y tienes una llamada programada? —Bromeo solo a medias. ¿Acaso tiene una cita?

—Con mi hermana. Así que, a menos que quieras conocer a la familia, será mejor que te vayas. A menos que vayamos a follar. En ese caso puedes quedarte.

No voy a follar con ella. Esta noche no, al menos. Me levanto y, cuando se aleja, la cojo de la mano, la pego a mí y le doy un beso en la coronilla.

—Hasta mañana. Si no te veo por casualidad al pasar por recepción.

—Te estaré esperando.

Confío en que así sea.

14

EFA

Como no podemos vernos en el hotel, aunque esté a una manzana, hemos quedado en la fuente de Madison Square Park. Llevo gafas de sol, a pesar de que está nublado, y me escondo tras un viejo ejemplar de *The New York Times* que he encontrado en recepción. Parezco sacada de una película de espías malísima mientras espero a que llegue.

Una nube especialmente oscura pasa por encima de mí y me estremezco.

—Efa —dice Bennett, y me quita el periódico de las manos—. ¿Qué estás haciendo?

Le sonrío. Tiene muy buen aspecto. Nunca lo he visto con otra ropa que no sea la que lleva al trabajo, y me encanta, pero hoy es imposible apartar los ojos de él, tal y como va vestido. Su atuendo es sencillo: unos Levi's y una camiseta blanca. Unas gafas Wayfarer y una gorra de los Yankees. Es como un anuncio típicamente americano, y él es como un modelo profesional. Vestido así muestra más su cuerpo y parece más accesible, más tentador.

Me levanto.

—Hola. Qué guapo vas.

—¿Estabas haciendo el crucigrama? —pregunta, y tira el periódico a la papelera.

—Era parte de mi disfraz.

Enarca las cejas.

—Me decepciona que no te hayas puesto una peluca.

—Ah, bueno, seguro que puedo encontrar una. —A lo mejor los látigos y las cadenas no son lo suyo, pero los juegos de rol sí—. Por ahora tendrás que conformarte con el periódico y el lápiz de labios.

—El rojo te queda bien —aprueba, y le guiño un ojo.

—Me alegro de que te guste.

Nuestras miradas se cruzan, y, por un segundo, me pregunto por qué nos hemos molestado en salir a comer, por qué no hemos pedido comida a domicilio, así podríamos tomarla en la cama. Le paso las manos por los brazos, me pongo de puntillas, le planto un beso en la mejilla y le dejo una enorme marca de carmín rojo en el pómulos.

—Gracias. Eso es muy discreto.

Me río poniendo los ojos en blanco y lo cojo de la mano para llevarlo a donde vamos a comer, a un par de pasos de distancia.

Al llegar a la entrada, extendiendo la mano como diciendo: «*Voilà!*».

—¿Shake Shack? —pregunta, leyendo el cartel.

—Hay uno de estos en Londres. Las hamburguesas son deliciosas.

Sacude la cabeza con una risita y yo lo llevo hasta una mesa al fondo de la terraza.

—¿Qué quieres? Invito yo.

—¿En serio quieres que tengamos nuestra primera cita aquí? —pregunta, sorprendido.

—A ver, en primer lugar, no podemos ir a Tribeca Grill, porque tiene unos requisitos muy concretos. Y, en segundo lugar, esta no es nuestra primera cita, Romeo. Nos hemos acostado dos veces, hemos salido, hemos charlado, hemos compartido cosas, nos hemos prometido ser sinceros... No es la forma convencional de conocerse, al menos según los estándares británicos, pero lo acepto porque creo que vale la pena.

—¿Vale la pena? —Hay un rastro de suspicacia en su tono, el mismo que mostró cuando pensó que lo estaba acosando al encontrarme limpiando su habitación del hotel, pero no tiene por qué

sentirse así.

—Sí —respondo—. La verdad, me gusta estar contigo. En todos los sentidos.

—¿En todos los sentidos? —repite.

—En el sentido desnudo y en el vestido.

Sonríe, aunque me doy cuenta de que intenta no hacerlo.

—Y en Shake Shack.

—Eso es. Bueno, voy a pedirte la hamburguesa más grande que encuentre y luego pediré dos para mí. Vuelvo en un segundo.

Me dirijo al mostrador y echo un vistazo por encima del hombro: me está mirando el culo, y doy gracias por haberme puesto mis mejores vaqueros en previsión de un momento así. Me lo tomo como una victoria.

Cojo la comida y la bebida, y llevo la bandeja repleta a la mesa.

—¿Y cuándo van a llegar tus amigos? —ironiza.

—Ah, no, de eso nada. Casi todo es para mí. Me he saltado un par de comidas porque sabía que íbamos a venir.

—Es mediodía. ¿Cuántas comidas has podido saltarte?

—Eh... tres. —Le sonrío y nuestras miradas se encuentran. Aunque apenas sonrío, el brillo de sus ojos me dice que está contento. Y eso me hace feliz.

Desenvolvemos las hamburguesas, intercambiamos condimentos y servilletas y, por fin, empezamos a comer.

Traga saliva y veo cómo se le mueve la nuez.

—Esto está muy bueno —aprueba.

—Ese es el problema de los multimillonarios: no sabéis disfrutar de las pequeñas cosas de la vida, lo digo siempre.

—¿Los multimillonarios? ¿Conoces a muchos?

Se ríe, pero estoy a punto de aguarle la fiesta.

—Bueno, está Dax, el hombre con el que mi hermana está prometida. Y...

—¿Tu hermana está prometida con un multimillonario? —Su expresión es dubitativa.

—Dax Cove. Búscalo.

Saca el teléfono y se pone a teclear.

—Multimillonario gracias a los *bitcoins*. Dos por penique.

—Sí, pero trabaja como investigador médico, salva vidas y esas cosas. A mi modo de ver, merece ser multimillonario.

—Vale, así que es multimillonario.

—Y luego están todos sus hermanos, que son ricos. No estoy segura de lo ricos que son, pero Vincent tiene un avión. Es dueño de mi apartamento. Pero probablemente ya lo sabes, porque estoy segura de que eres tan paranoico que ya me has investigado.

Se encoge de hombros.

—Lo hago con todo el mundo.

—Lo entiendo —acepto—. Es difícil confiar en la gente. Aunque yo prefiero confiar, con precaución, por supuesto, y que se aprovechen de mí, antes que no disfrutar de la vida porque no puedo confiar en nadie. —No aparta su mirada de la mía mientras da otro mordisco a la hamburguesa—. Dime por qué te quedas en el hotel y no vas a la oficina.

Mira por encima de mi hombro y echa un vistazo al restaurante.

—Por precaución —responde, mirando a todas partes menos a mí.

¿Lo he cabreado? Quizá no debería haber dicho nada. Parece que se pone más y más tenso cuanto más tiempo pasamos aquí sentados.

—¿Precaución por qué?

—Ya te lo he dicho. Creo que alguien me sigue la pista.

—Sí, lo sé, pero siempre va a haber alguien que quiera descubrir la verdadera identidad de ya-sabes-
quién. ¿Por qué estás siendo más cauteloso ahora?

—Hay un par de razones. —Se echa un poco más hacia delante—. ¿No notas nada raro? Es como si hubiera algo en el ambiente...

Echo un vistazo al restaurante y, sí, está claro que ocurre algo. Alguien grita a lo lejos y un murmullo recorre las mesas. Aparece el personal y se pone a mover las mesas. A lo mejor se me está contagiando su paranoia, pero juraría que oigo el sonido de las cámaras disparándose por todas partes.

—Bennett —susurro—. ¿Has oído eso?

Inspira hondo y se baja la gorra.

—Creo que deberíamos irnos. —Está claro que sí lo ha oído.

En ese preciso momento vemos más movimiento en la entrada de la terraza. Unos tipos fornidos atraviesan la puerta y miran a su alrededor antes de que entre un grupo de seis u ocho personas.

Me echo a reír al reconocer una de las caras del grupo, aunque Bennett ya está medio levantado de su asiento.

—Siéntate —ordeno en voz baja—. No va por ti. Al parecer, a Tom Cruise le gusta Shake Shack tanto como a mí.

Frunce el ceño, confundido.

—¿Qué?

—A eso se debe el alboroto. —Hago un gesto con la cabeza hacia el grupo de tíos al otro lado del restaurante—. Tom Cruise está aquí.

Bennett suelta una risita por fin, suspira y se hunde en su asiento.

—Aaah. Así que, después de todo, voy a poder disfrutar de la hamburguesa. Estaba convencido de que iba a tener que dejar la comida, y lo odio.

Me río y meto las piernas entre las suyas, deseando acercarme más a él y a su sonrisa.

—A lo mejor esto no ha sido tan buena idea...

—La hamburguesa está buenísima —replica, y da otro bocado.

—Pero no estás cómodo. Y la verdad es que no esperaba que lo estuvieras... Deberíamos haber pedido servicio de habitaciones. Claro, que en ese caso me despedirán, y me sentaría fatal, porque no quiero defraudar...

—... a ninguno de tus numerosos cuñados.

—Eso es —sonrío.

—Deberíamos hacer una escapada de fin de semana —propone.

—¿Como una especie de minivacaciones románticas? —pregunto, imaginándome un castillo en Escocia.

—Sí, en algún lugar en mitad de la nada. Una cabaña en el bosque, quizá...

—Ay, sí. Me encantan los sitios sin fontanería. Son tan románticos...

Se ríe entre dientes.

—Te toca a ti estar incómoda en una cita.

—Es verdad —respondo—. Si quieres llevarme a un sitio sin un retrete con cisterna, estaré encantada. Te seguiría a donde fuera. —Enarca las cejas y me apresuro a explicarme—. Porque aún no me he hartado de ti, no porque te esté acosando, que conste. Por si necesitas que te lo aclare.

Se ríe de nuevo, y ese sonido me inunda como si estuviera rodeada de agua tibia y burbujas.

—¿Cómo puedo resistirme a un reto así?

15

EFA

Este viaje ha sido una gran idea: pensar en estar con Bennett un largo período hace que me cosquillee el estómago. Si no estuviera un poco preocupada por a dónde vamos —y por tener que hacer mis necesidades en medio del bosque—, estaría pletórica.

Voy con las piernas cruzadas en el asiento del copiloto de un enorme todoterreno y cada vez veo menos casas a medida que avanzamos. Es como si lleváramos horas de viaje.

—¿Ya estamos cerca? —pregunto.

—Ni de broma —ríe Bennett.

—¿Por qué no me dices adónde nos dirigimos y así sabré cuánto tardaremos en llegar? —mascullo.

—Me dijiste que querías divertirme. No saber a dónde vas es parte de la aventura.

Me río a carcajadas pensando en cómo Eira, mi hermana, habría reaccionado a esa afirmación: le habría colgado a Bennet la etiqueta de «asesino en serie».

—De acuerdo...

—Cuéntame el chiste —pide.

Le sonrío, encantada de que sepa interpretar tan bien mis expresiones.

—Pensaba que, si mi hermana estuviera aquí, asumiría que me llevas al bosque para asesinarme.

Asiente.

—Sí, lo entiendo. Apenas nos conocemos, no voy a decirte a dónde vamos, uso un alias, no te he presentado a mis amigos... No pinta bien.

Lo miro con los ojos entrecerrados.

—¿Tienes amigos? —pregunto, fingiendo asombro—. Bennett Fordham, no te creo.

Se ríe.

—¿Eso es lo que te ha llamado la atención de todo lo que he dicho? Pues lamento decepcionarte, pero es verdad.

—No te imagino confiando en alguien lo suficiente como para considerarlo un verdadero amigo.

—Me acerco y le pongo la palma de la mano en la frente, como si le estuviera tomando la temperatura—. ¿Estás seguro de que no son empleados?

—Te aseguro que ni se me ocurriría contratarlos. —Me coge la mano cuando la bajo y entrelazamos los dedos—. Una panda de réprobos. Los conozco desde la universidad. —Mira hacia el parabrisas y estudio las arrugas que le rodean los ojos, el tic en la comisura de sus labios. El Bennett feliz es un festín para la vista—. Pero les confiaría mi vida.

—Es genial que tengas a gente así a tu lado. Yo me siento así con mi hermano y mi hermana, pero no tengo tantos amigos.

—¿De verdad? Habría pensado que tendrías millones de amigos y que el único que vivía en una cueva era yo.

—No. Mi nombre también está en el buzón de una cueva. No porque sea una ermitaña, sino porque me cuesta dejar entrar a la gente.

—¿En serio? —pregunta.

—De verdad. Contigo no me ha pasado, no sé por qué, pero normalmente es así. Desde que mi tío nos robó la herencia. —Ya le había contado toda la historia: tras la muerte de mis padres, sus bienes se pusieron en fideicomiso para que los tuviéramos cuando cumpliéramos los veinticinco años. Todo parecía ir bien hasta que fue el cumpleaños de Eira; esperaba heredar, y en lugar de eso descubrimos que nuestro tío era un ladrón que se había quedado con todo.

—Sí, eso tiene lógica. Aunque aún no entiendo por qué os dejó todo el dinero cuando murió. ¿Qué sentido tiene eso?

—Cuando revisamos la casa, encontramos una carta en la que se disculpaba. La escribió cuando supo que no le quedaba mucho tiempo de vida. En ella nos explicaba que nunca había tenido intención de quedarse con el dinero, pero que se había vuelto adicto al buen trato que recibía cuando administraba los bienes. Decía que no era tanto el estilo de vida lujoso como la forma en que la gente lo miraba al saber que era una persona acaudalada.

—Con que una persona acaudalada, ¿eh?

Lo fulmino con la mirada.

—Efa, la de la palabra brillante, me llaman.

—Claro que sí —ríe entre dientes. Tamborilea en el volante—. Es interesante que notara el cambio de actitud de los demás hacia él y se volviera adicto. Creo que una de las razones por las que tengo un círculo de amistades como el mío es que mostramos la misma actitud hacia la riqueza. A ninguno de nosotros nos gusta demasiado, salvo quizás a Leo.

No dice nada más, pero sé que hay algo bajo la superficie, algo que lleva ahí mucho tiempo.

—Apuesto a que a tu madre la trataban de manera distinta después de que se hiciera famosa.

—Supongo que sí. Para mí siempre fue Kathleen Fordham, la estrella de cine.

—¿Era una estrella de cine hasta para su hijo?

—No, pero ya había triunfado antes de que yo naciera. Conmigo siempre se portó como una madre, nada más, y estuvo tan presente en mi vida como podía haberlo estado cualquier madre trabajadora. No estoy resentido por ello. —Desliza una mano por mi muslo. Aunque no hemos profundizado en el tema, es como si supiera que yo sí albergo resentimiento hacia mis padres por su falta de atención hacia nosotros—. Mi resentimiento estaba dirigido más bien hacia la gente que la rodeaba. Me di cuenta muy joven de que no querían a mi madre tanto como pretendían. Quizá porque notaba cómo cambiaban, a veces de forma sutil, a veces no tanto, dependiendo del éxito o el fracaso en taquilla. En su día tuvo que esquivar un montón de balas.

—Así que tienes cuidado en quién confías. Es lógico —apruebo. No puedo evitar preguntarme si esa forma de reaccionar sigue gobernando su vida, haciéndola más difícil de lo que debería—. Y aquí estamos, conduciendo durante horas fuera de la ciudad para poder estar juntos.

—No siempre es así. Normalmente sigo con mi vida sin preocuparme por que nadie sepa quién soy. Pero ha habido un par de robos en mi edificio, y me da la impresión de que alguien me está vigilando, controlándome. Así que hasta que averigüe quién es y por qué lo hace, tomo precauciones.

Asiento, convencida.

—¿Y esas precauciones implican un lugar con fontanería? —pregunto.

Se ríe entre dientes.

—Puede que sí, puede que no.

—¿Por qué eres tan reservado? —No ha dicho ni palabra del lugar al que vamos, salvo que es en el bosque. ¿Y qué quiere decir eso? Apuesto a que la versión americana del campo es muy diferente de la británica, llena de ovejas, casitas de piedra y carreteras por las que solo puede pasar un coche.

Me mira a los ojos y sonrío.

—Solo intento sorprenderte.

—Me sorprenderé si dormimos bajo una lona y comemos alubias frías en lata. Y no en el buen sentido.

Se ríe a carcajadas.

—No sé por qué me gusta tanto torturarte...

—¿Porque eres un asesino en serie en potencia? —Sacude la cabeza, pero no dice nada. Me gustaría preguntarle qué está pensando, saber si se siente tan cómodo conmigo como yo con él, meterme en su mente y entender qué está pasando—. ¿Es una cabaña de madera?

Asiente.

—Pues sí.

—Así es como me imaginaba la América rural. Bueno, al menos no dormiremos en una tienda de campaña. —Lo pienso un momento—. Pero vamos a dormir en una cama, ¿no? ¿O en el suelo?

—No tengo ninguna intención de dormir mucho. —Me sube la mano por el muslo y una oleada de calor me recorre el pecho y asciende por mi cuello.

—Eso tiene pinta de ser mi clase favorita de cabaña...

16

BENNETT

Por suerte para mí, tengo amigos como Worth, a quien le habría confiado mi vida. Y, más suerte aún, a Worth le gustan el lujo, la paz y la tranquilidad. Una combinación perfecta en mis circunstancias.

—¡Esto sí que es una pedazo de cabaña! —exclama Efa cuando llegamos a casa de Worth. Nunca había estado aquí, pero sabía que no iba a ser un tugurio—. Es enorme. —Salimos del coche y contemplamos el entorno. Efa da una vuelta sobre sí misma, mirando los imponentes robles y los hermosos arcos que nos rodean—. También es el lugar perfecto para asesinarme. —Me mira a los ojos con expresión cálida—. Me encanta esta clase de sorpresas.

Le tiendo la mano y ella se abalanza sobre mí y me coge las dos manos entre las suyas. Subimos un par de escalones hasta el porche que rodea la entrada de la propiedad; hay una mecedora, un par de troncos que sirven como mesa y una hamaca. Es sencillo y rústico, pero también precioso.

—¿Habías estado aquí antes? —pregunta.

—No —respondo. Jamás había traído a una mujer aquí, y, antes de Efa, ni siquiera me lo habría planteado, porque esa idea me habría parecido cualquier cosa menos divertida.

Me hago a un lado y dejo que Efa entre antes que yo.

—¡Vaya! —exclama. El interior de la estructura está hecho de troncos, pero tiene una cocina moderna, lámparas de diseño y mucho espacio abierto—. Es espectacular. —Estaba seguro de que iba a ser así porque, al fin y al cabo, es de Worth, a quien le encanta el lujo discreto, pero me alegra mucho que Efa esté tan entusiasmada—. Voy a ver lo del baño —anuncia, y sale corriendo. Cojo el equipaje del coche y lo llevo dentro. Cuando lo estoy dejando en el suelo, Efa viene corriendo hacia mí, salta a mis brazos y me rodea con las piernas—. Inodoros con cisterna. Tú sí que sabes cómo mimar a una mujer.

Le aprieto el culo, disfrutando de lo satisfecho que me siento al estar a su lado.

—Worth me ha dicho que también hay un *jacuzzi*, una sauna y un barril de hielo.

Baja las piernas y se desliza hasta el suelo.

—Estaba totalmente entregada hasta que has nombrado el barril de hielo. Todo para ti. Pero me encantaría probar el *jacuzzi* y la sauna contigo. Al parecer, hay muchos sitios donde desnudarse...

—Y, aun así, no será suficiente —rezongo.

Se pone de puntillas y me da un rápido beso. No es suficiente. Con ella siempre quiero más. Como si supiera lo que estoy pensando, se ríe y coge el bolso.

—Necesito refrescarme un poco. —Agarro las maletas y vamos a ver las habitaciones. Escogemos una grande, con una cama con dosel hecha de troncos, aunque está claro que no es la principal—. Dame un minuto, ¿quieres?

Regreso a la cocina. Worth tiene un servicio de limpieza y ha dejado el frigorífico bien surtido. No tenemos que salir para nada mientras estemos aquí.

Abro la nevera e intento decidir qué podemos comer.

—¿Esta desnudez te parece suficiente? —pregunta Efa. Me doy la vuelta y la veo completamente desnuda en el medio del salón, con los brazos en jarras y el pelo dorado deslizándose sobre sus hombros. Me quedo sin aliento y no puedo apartar los ojos de ella. Me hace señas con un dedo y, como en trance, doy un paso en su dirección—. Llevas demasiada ropa. Deja que te ayude.

Echo la cabeza hacia atrás; ella desliza los dedos por la cinturilla de los vaqueros y me desabrocha los botones. Me los baja al mismo tiempo que los calzoncillos. Se arrodilla ante mí, me quita los

zapatos, los calcetines y luego los pantalones, y me quedo desnudo de cintura para abajo.

Tengo una erección al instante y me arranco la camiseta de un tirón. Ella se queda arrodillada delante de mí y le agarro la cabeza. La miro fijamente, preguntándome si podría haber un momento más perfecto, hasta que abre un poco la boca y se lame los labios.

Gimo. Esa lengua... Llevo soñando con cómo sería sentirla sobre mí desde que la vi por primera vez. Se sienta sobre los talones, echa la cabeza hacia atrás y abre la boca. Es como si me rogara que se la metiera entre los labios, y es lo más sexy que he visto nunca, joder.

Me acerco un pasito, me aferro a su pelo y deslizo la punta sobre sus labios. Suelta un gemido y esa vibración me da ganas de gritar. Es la hostia de perfecta y sabe muy bien cómo tocar fibra sensible.

Me agarro el pene por la base y se lo meto en la boca. Abre mucho los ojos y desliza las manos por detrás de mis muslos. Sus labios se cierran en torno a mí, pero no se mueve. Nuestras miradas se cruzan y sé lo que me está preguntando, lo que quiere.

Joder.

Me deslizo más adentro. Me mira y se le humedecen los ojos cuando llego al fondo de la garganta. Traga saliva y yo gimo al notar la sensación y retrocedo un poco.

Se mueve hacia delante y me coge la mano que tengo sobre su cabello como si me pidiera más.

Qué mujer...

Cierro los ojos durante un largo rato para serenarme, pero con ella no puedo contenerme. La cojo con más fuerza del pelo y le doy un tirón.

—¿Quieres que te folle la boca? ¿Es eso?

Asiente, con expresión dulce y sumisa, aunque sé de sobra que es cualquier cosa menos eso.

Aprieto la mandíbula y vuelvo a penetrarla, un poco más fuerte. No solo porque me lo ha pedido, sino porque ya no puedo contenerme. Sus arcadas se convierten en gemidos de placer, y se me pone en tensión todo el cuerpo.

Joder, joder, joder.

Me encantaría que este momento se alargara hasta durar días, me encantaría estar siempre así, con ella de rodillas frente a mí y su boca en torno a mi pene. Quiero llegar a los setenta años repitiendo esta escena en mi cabeza una y otra vez.

Ella emite un sonido bajo que vibra en el fondo de su garganta, y yo empujo más profundamente para sentirla más y más.

Siento cómo se acerca el orgasmo y, al poco, me corro con un gruñido. Sus ojos no se apartan de los míos y saca la lengua; me clava las uñas en el culo cuando yo agarro la base de mi miembro y alcanzo el clímax sobre su lengua húmeda y cálida, desparramando gruesos hilos blancos de semen.

Creo que he encontrado la horma de mi zapato.

BENNETT

Sale de la ducha envuelta en una toalla demasiado grande que no me deja ver bastante piel.

—¿Qué planes tenemos para hoy? —pregunta. Sigo tumbado en la cama, con la mano detrás de la cabeza, contemplándola.

—Voto por que te quites esa toalla y vengas aquí. —Abre la toalla y la vuelve a cerrar sobre su cuerpo, y no puedo evitar reírme al ver cómo se exhibe—. No lo he visto bien. Repítelo.

—Yo voto por cortar leña y hacer *s'mores* —responde, ignorando mi petición—. Tenemos que aprovechar al máximo el entorno. Deberíamos encender una hoguera y hacer cosas propias de una acampada.

—Como *s'mores*...

—Y podemos cantar.

Y follar a la luz de la luna, pienso para mis adentros. Puedo concentrarme en lo físico e ignorar el hecho de que disfruto de Efa tanto con ropa como sin ella.

Aparto las sábanas y me pongo en pie de un salto.

—Vale, me he traído una camisa de cuadros. Estoy listo para ser alpinista.

—Mmm, pues yo necesito la ayuda de un leñador guapo. Si lo encuentras, házmelo saber. Mientras tanto, busca esa camisa a cuadros y vamos a cortar leña.

Voy riéndome al baño, y no tardo ni cinco minutos en llegar a la puerta de la cabaña, vestido con la camisa de cuadros.

—Efa —llamo, y salgo al porche. ¿Ha empezado sin mí? Me da miedo pensar el daño que podría hacerse con un hacha afilada—. ¡Efa!

—¿Me llamabas? —responde, apareciendo ante mí. Lleva puesto el sombrero de vaquero que estaba colgado en el porche, gafas de sol, mis botas y nada más que un sujetador blanco y unas bragas a juego. Y tiene un hacha sobre el hombro.

Estoy convencido de que todos los adolescentes americanos pagarían por ver lo que tengo ahora mismo ante mis ojos.

—¿Puedo sacar fotos?

Gira sobre sí misma y puedo ver que lleva un tanga. Cuando quedamos cara a cara de nuevo, pone los brazos en jarras.

—Estoy lista para la acción. Ven y enséñame a cortar leña.

—No pienso usar un hacha contigo vestida así. Podría cortarme una mano.

—Mmm. —Se da unos golpecitos con el dedo en la barbilla, como si estuviera pensando en una solución que no implique entrar y vestirse—. En ese caso, tendrás que dejarme tu camisa —sonríe.

Bajo los escalones de madera, me desabrocho la camisa y me la quito mientras avanzo hacia ella.

—Tápate un poco —digo, poniéndole la camisa sobre los hombros.

—Es la primera vez que me dices algo así. —Me da el hacha y se pasa las manos por las mangas de la camisa.

—Es la primera vez que empuñas un hacha.

La camisa le llega a las rodillas y, aunque está remangada, las mangas le llegan a las muñecas. Está perfecta, y lo último que quiero hacer ahora mismo es cortar leña.

—Bueno, ¿por dónde empezamos? —pregunta—. Aunque, la verdad, no sé para qué. Entiendo para qué talar un árbol, pero siempre que veo a gente cortando leña en Insta, ya está en trocitos. ¿Por qué la cortan otra vez? Así ya cabe en la hoguera.

Me encanta cómo funciona su cerebro, cómo ve lagunas en la lógica sin esforzarse, aunque en este caso está equivocada.

Agarro el tronco que ha dejado en el tocón para partirlo y vuelvo a tirarlo al montón de donde lo ha sacado.

—En primer lugar, de ninguna manera vas a cortar nada desnuda como estás, aunque ahora lleves puesta mi camisa. Y en segundo lugar, se parte la madera para acelerar el proceso de secado. No podemos usar ya nada de lo que vayamos a cortar ahora. —Voy a la pila de troncos del porche—. Estos, en cambio, ya han sido partidos y están secos.

—Pero quiero hacer cosas al aire libre. ¿No deberíamos partir otros para que el que venga después tenga leña seca?

—No estás vestida para hacer nada al aire libre, salvo follar en el porche. Y te garantizo que Worth hará que alguien venga a asegurarse de que la cabaña está lista para el siguiente huésped.

Hace un pequeño mohín, se acerca a mí y me recorre el pecho con el dedo.

—Pues yo tenía una fantasía sobre leñadores que quería hacer realidad... —Se mueve un poco y me mira de reojo.

Nunca había cedido ante una mujer, ante nadie, con tanta facilidad.

—Vale, si te quedas en el porche, donde no puedas hacerte daño, partiré algo de leña.

Ladea la cabeza y una sonrisa se dibuja en el borde de sus labios. Ha ganado, y lo sabe.

—Trato hecho. —Se da la vuelta y se quita la camisa, pero se la lleva con ella. Se apoya en uno de los postes del porche, al final de la escalera.

Cojo uno de los troncos del montón y lo coloco sobre el tocón. Como me he criado en Hollywood, no he tenido muchas oportunidades de partir troncos, pero, por suerte, he hecho algunas acampadas y he aprendido lo básico. No pienso contarle a Efa todos los detalles de la etapa más vergonzosa de mi vida —además de cambiarme el nombre, me compré una camioneta y me dejé barba—, pero sí mostrarle algunas de las habilidades que aprendí durante ese tiempo en la carretera, en el que quería hacer todas las cosas anti Hollywood que se me ocurrieran y por las que ahora doy gracias, porque no recuerdo haber querido impresionar a nadie tanto como a Efa.

—¡Estás buenísimo! —grita, y no puedo evitar sonreír. No se muerde la lengua jamás; es la hostia de refrescante.

—¡Lo mismo digo! —exclamo, antes de bajar el hacha, con cuidado de apuntar a los bordes de la madera y no al centro, como me han enseñado. La hoja atraviesa la madera, y parte limpiamente el tronco en dos.

Efa grita desde el porche como si fuera una animadora, y no me avergüenza admitir que me sienta de puta madre.

Coloco el trozo más grande sobre el tocón y vuelvo a bajar el hacha para partirlo en dos. Hago lo mismo con el otro trozo y doy el trabajo por terminado.

—¿Ya has cumplido con tu fantasía del leñador? —le pregunto; ella sigue en lo alto de los escalones del porche.

Se quita el sombrero y lo tira sobre la mecedora que tiene a sus espaldas.

—Ahora es cuando vienes aquí y follamos en el porche —responde.

Me pregunto si habrá una oferta mejor que esa.

18

EFA

Estamos sentados a la orilla del lago, o del estanque o de lo que sea esa masa de agua que tenemos delante; lo único que sé es que no es un mar. En todo el día no he escuchado nada más que el canto de los pájaros y el sonido de nuestra conversación. No hay ruidos de tráfico, gritos lejanos o risas... Solo hay paz.

Nada más que paz.

Bennett está tumbado entre mis piernas, donde lleva casi todo el día —salvo que en este momento los dos estamos vestidos—, y le acaricio el pelo mientras contemplamos las maravillosas vistas. La superficie del agua es tan lisa que parece un cristal colocado sobre un paisaje. De vez en cuando, un pájaro levanta el vuelo desde un árbol y hace temblar las hojas, o un pato se posa en el agua y levanta pequeñas olas antes de desaparecer. Todo sigue igual y todo está en perpetuo cambio.

El sol está bajo en el cielo y la luz es anaranjada y brillante. Es como si estuviéramos en una película; el momento es tan perfecto que no parece real.

—Hoy ha sido... mágico —digo. Él asiente, y yo le meto la mano por la nuca y bajo el algodón de su camiseta porque quiero sentir el calor de su piel—. Eres genial.

Se vuelve y me mira a los ojos como si quisiera decirme algo que estuviera escondido ahí, justo bajo la superficie. Me da una piedra lisa y gris.

—¿Sabes hacer que las piedras reboten?

Me encojo de hombros.

—Nunca lo he intentado.

—Pues será tu primera vez. Y conmigo.

Sé que es una broma, pero esas palabras encienden algo en mi interior. De pronto soy consciente de que en mi futuro va a haber mil primeras veces, y las mejores van a ser las que comparta con Bennett.

Nos levantamos; al quitarle la piedra, sus dedos rozan los míos, y me recuerdo a mí misma que solo voy a estar en Nueva York durante el verano, aunque, en realidad, no tengo ninguna razón importante para marcharme.

Me mira, y no sé si se da cuenta de lo que pienso, pero agacha la cabeza y me besa.

—Cógela así —explica— para que rebote sobre la superficie del agua.

—Muéstramelo.

Lanza la piedra, que salta sobre la superficie del agua, una, dos, tres veces, cuatro, antes de hundirse en el lago.

Sonríe de oreja a oreja.

—No sé por qué, pero es de lo más satisfactorio.

—Déjame intentarlo.

Echo el brazo hacia atrás e intento imitar sus gestos. Para mi sorpresa, la piedra golpea el agua y rebota, pero solo una vez.

—Lo has conseguido —aprueba, y chocamos los cinco.

—¿Qué clase de piedras es la mejor para esto? —Me agacho para escudriñar el suelo.

—Plana, lisa, de tamaño y peso medios.

Peinamos la orilla, recogiendo piedras que puedan servir. Las que están en la superficie aún están calientes; retienen los rayos del sol que les han dado a lo largo del día.

—Vale, ¿qué me dices de estas? —Me levanto y él se acerca a inspeccionar mi selección.

Descarta un par, lo que me deja con tres.

—Estas deberían servir.

—Déjame ver las tuyas. —Abre la mano y muestra tres piedras de color gris pálido y una negra. Cojo la negra—. Esta tiene forma de corazón. No puedes tirarla al lago. —La sostengo bajo la luz mortecina.

—¿Quieres llevártela a casa? —pregunta, burlón, como si hubiera algo malo en llevarse una piedra a casa después de una excursión al lago.

La dejo caer en el bolsillo de su camisa.

—Sí. Guárdala.

Nuestras miradas se cruzan, y esa vez es como si los dos nos dijéramos lo que pensamos: este momento es perfecto. Hoy ha sido un día perfecto. Hagámoslo de nuevo mañana y pasado mañana y al día siguiente.

—Eres genial. —Y solo cuando las palabras resuenan en mis oídos me doy cuenta de que ya se lo he dicho y me siento muy tonta. No quiero que piense que le estoy pidiendo nada, porque no es así.

Me besa.

—Tú también eres genial.

—Y me alegro de haberte encontrado aunque eso signifique que nunca podré trabajar para Fort Inc. —Sonrío y espero a que se ría, pero no lo hace.

—¿Ya lo has aceptado? —pregunta.

—Sí —respondo—. Aunque intentar conseguir un trabajo en Fort Inc. era una de las principales razones por las que vine a Nueva York. Pero fuiste muy claro conmigo y ahora no quiero conseguir ese trabajo y preguntarme siempre si ha sido así porque soy fantástica en la cama. —Se ríe—. En serio, tienes que saber que te elegiría siempre a ti antes que al trabajo. —Podría pasar del tema y bromear sobre que el sexo entre nosotros es adictivo o explosivo o cualquiera de las otras cosas que sin duda es, pero no quiero que piense solo que elegiría el sexo con él antes que el trabajo porque la verdad es que lo elegiría a él y punto. Quiero pasar tiempo con él, hablar con él, estar con él...

Y lo sabe.

Su mirada me calienta por dentro y por fuera, y sé que hay muchas cosas que no dice, pero no lo presiono porque no quiero lo que no se me da libremente: ni un trabajo ni su corazón.

Me envuelve la cara entre sus manos y me da un beso casto pero apasionado que me deja sin aliento y deseosa de más.

19

BENNETT

En la mesa del comedor de Worth cabrían veinte personas. Yo estoy sentado en un extremo, hablando por teléfono con mi jefe de seguridad, Aarvi, mientras Efa se ducha.

—¿Hay novedades? —pregunto.

—Ha pasado algo —responde Aarvi—. No estamos seguros de cómo, pero parece que han conseguido acceder a una parte encriptada de los sistemas. —Nadie lo había hecho antes. Parece que, quienquiera que sea, se está acercando—. Estuvieron dentro un segundo antes de que otra capa de seguridad entrara en acción. No habrán conseguido nada.

—¿Crees que siempre es la misma fuente?

—Eso pienso. Y sí, creo que es una única fuente.

—¿Crees que buscan mi identidad o algo más? —No es la primera vez que le hago esa pregunta a Aarvi, y siempre me responde lo mismo, pero no por ello dejo de preguntar.

—Creo que, si alguien quisiera revelar tu identidad, podría sobornar a un miembro del personal. Tampoco es como si no hubiera fotografías tuyas por ahí. No es alguien que intenta descubrir quién eres. Lo que quieren es Fort. —Tiene sentido, como todas las veces que lo ha dicho antes. No sé por qué sigo sintiendo que me persiguen—. ¿No crees que quieren detalles del proyecto Próxima Generación? —Estamos trabajando en una tecnología de IA innovadora, altamente confidencial. No queremos que caiga en las manos equivocadas antes de que tengamos los controles y las pruebas listos—. Todos los que han oído hablar de ello quieren más detalles.

—Necesitamos más seguridad —digo.

—Ya está. Hemos puesto en marcha el plan de seguridad que te envié.

—No me gusta que hayan entrado. Aunque solo fuera un segundo. —Efa desliza su mano por mi espalda. Levanto la vista y la siento en mi regazo, tratando de ignorar sus muslos desnudos y la forma en que se le sube la falda, ya de por sí corta, cuando se acomoda sobre mis rodillas. Apoya la cabeza en mi hombro mientras Aarvi y yo discutimos otras estrategias para fortificar los muros de Fort. Aarvi está en ello, y su plan no deja nada al azar. Fort está en buenas manos, pero me pregunto si habrá alguien ahí fuera aún mejor que puede atacar nuestros sistemas. ¿Somos un blanco fácil?

Efa me da un beso justo debajo de la oreja y sé que la llamada está a punto de terminar.

—¿Me enviarás un informe revisado? —pregunto.

—Hoy por la noche. Y si pasa algo más, serás el primero en saberlo.

Cuelgo, me centro en Efa y hago que se siente a horcajadas sobre mí.

—Hola —murmuro—. Hueles genial.

—Ya estoy limpia. Esa ducha es increíble. —Me rodea el cuello con los brazos y me pasa los dedos por el pelo. Estar con ella estos últimos días ha sido revelador. Estoy más relajado a su lado, más feliz, incluso. Está bien salir de la ciudad y no tener nada en lo que concentrarnos más que el uno en el otro.

—Puedo volver a ensuciarte si quieres una excusa para aprovecharla —sugiero.

Se mueve y nuestros cuerpos se acoplan como si hubiéramos salido del mismo molde. Mueve las caderas sobre la tela vaquera de mis pantalones. Creo que está a punto de besarme, pero, en lugar de eso, cambia completamente de táctica, algo que ya me esperaba.

—¿Sabes?, deberías centrarte en localizar a quien va a por ti. Tienes una estrategia defensiva, y estoy segura de que es la mejor que existe, pero te limitas a esperar un ataque. Tienes que tomarle la delantera al *hacker*.

Me cuesta concentrarme cuando está sentada sobre mi pene, pero lo que dice tiene lógica. Se hace eco de mis propios temores: nos estamos limitando a esperar a que nos ataquen de nuevo.

—Lo hemos intentado, pero cubren muy bien sus huellas, como cabía esperar. —Aunque Efa tiene razón: no estoy convencido de que lo hayamos intentado todo. Nos hemos centrado en asegurarnos de que no traspasen las defensas; las hemos fortificado en lugar de intentar descubrir quién está golpeando contra ellas con un ariete virtual. Me he dedicado a pasar desapercibido y no a darle la vuelta a la tortilla para averiguar quién está detrás de los ataques.

Suspira y deja caer un beso en la comisura de mis labios.

—Déjame intentarlo, anda. Quiero ver si puedo averiguar de dónde vienen los ataques.

Me río entre dientes.

—¿Crees que eres más inteligente que los mejores cerebros de la industria?

Se encoge de hombros.

—Tal vez. O tal vez solo pueda ofrecerte un punto de vista nuevo, algo que puedo encontrar porque veo el asunto desde fuera.

Por suerte no tengo que decirle que no, porque mi teléfono suena detrás de Efa en la mesa del comedor. Lo cojo por si es importante, pero solo se trata de Leo.

—Joder —protesto, y Efa deja de besarme la mandíbula y se aparta—. Es Leo. Quiere llevar a su nueva novia a nuestra cita de los lunes por la noche.

—¿De los lunes? No sé en qué día vivo.

—Es viernes. Nos vamos mañana.

—¿Y en lo de los lunes no se admiten chicas? —pregunta.

—No es eso. Pero es que esta mujer ha salido de la nada. Lo último que supe es que había quedado con ella unas cuantas noches seguidas y ahora resulta que es su novia. No es propio de Leo. No lo sé. Hay algo raro.

—Suena terrible —bromea Efa; baja un dedo por mi pecho hasta encontrar los botones de los vaqueros—. Pero quizá sea justo lo que Leo necesita. —Me coge la mano y la coloca bajo su falda, entre sus piernas. Nuestras miradas se cruzan cuando mis dedos tocan la carne desnuda: no lleva bragas.

¿Por qué me preocupo por Leo? Tengo una cálida mujer medio desnuda en mi regazo.

Deslizo los dedos por sus pliegues y ella jadea como si fuera la primera vez que me siente allí.

—No consigo saciarme de ti —gimo; ella me desabrocha los vaqueros y me saca el pene.

Ya estoy empalmado y listo para ella. Con Efa siempre estoy listo para más.

—Dile a Leo que iré contigo el lunes por la noche —jadea mientras le acaricio el clítoris con el pulgar—. Puedo charlar con su novia mientras tú te quedas a solas con ellos, a ver si capto malas vibraciones.

—Sí —mascullo. No sé a qué estoy diciendo que sí. ¿A la forma en que su mano agarra mi miembro? ¿A que se haya autoinvitado el lunes por la noche? A todo. A ella. A toda ella.

20

EFA

Suelo llevar mi portátil a todas partes, pero quizá no debería cargar con él cuando hemos quedado con los amigos de Bennet. Aun así, lo he metido en el bolso como si fuera a la biblioteca a trabajar en programación.

Después de darle la lata a Bennett para que me pusiera en contacto con su jefe de seguridad tan pronto como regresamos de Catskills hace un par de días, he estado investigando para ver si podía encontrar un patrón en las brechas de seguridad y darle sentido a toda la información; he estado intentando entenderlo todo.

Por suerte para mí, Bennett ha estado trabajando desde que regresamos, según sus propias palabras, como penitencia por haber descansado entre semana, así que he tenido tiempo libre para hacerlo yo también. Si hubiera quedado con Bennett, habría estado desnuda todo el día.

Mi cuerpo agradece el descanso. Estoy sensible de la cabeza a los pies, pero no puedo decirle que no a Bennett, y tampoco quiero.

—¿Estás bien? —Me aprieta la mano cuando subimos los escalones de la casa.

—Sí. ¿No debería? —sonrío.

—No tienes por qué estar nerviosa.

—Y no lo estoy —ríe—. Estoy segura de que, si son tus amigos, serán amables y encantadores y me van a gustar.

Llama a la puerta.

—¿No te preocupa que puedas no caerles bien?

—¿Debería? Claro que voy a caerles bien. A los americanos les chiflan los británicos.

—Mejor no hablemos de 1770... —replica, haciendo referencia a la masacre de Boston, que puso en marcha la independencia de Estados Unidos.

Me río y él me sonríe, no porque le divierta su propio chiste, sino porque está encantado de haberme hecho reír. Mi alegría lo hace feliz, y eso me da una sensación de paz como nunca he disfrutado.

Nos conocemos desde hace solo unas semanas, pero comprendo a Bennet de un modo que no me esperaba, y él me comprende como si estuviéramos destinados a estar juntos desde siempre, aunque hayamos tardado un poco en encontrarnos.

—¿Te has traído el portátil? —pregunta, echando un vistazo a mi bolso.

Me encojo de hombros como si no fuera gran cosa. Lo cierto es que espero tener la oportunidad de investigar al acosador y pirata informático de Bennett. Algo extraño en un hombre con su poder y responsabilidades, Bennett no tiene ningún problema en ignorar el teléfono cuando estamos juntos, y apostaría a que hace lo mismo con sus amigos. Solo es una corazonada, pero si Bennett no le presta atención al teléfono durante un período de tiempo todas las semanas, eso le daría oportunidad al *hacker* de lanzar un ataque de *malware* en Fort a través del ese móvil. Los ataques de *malware* pueden ralentizar un teléfono, así que Bennett sabría que algo pasa si lo intentaran mientras trabaja con el dispositivo.

Es una posibilidad remota, pero no sé por dónde seguir; aunque no quiero decírselo a Bennett porque tengo la sensación de que no se lo tomaría bien. Los únicos que saben que no mira el móvil los lunes por la noche son sus cinco amigos, en los que confía con los ojos cerrados.

No tengo que darle explicaciones porque la puerta se abre y aparece ante nosotros un tipo alto con gafas de friki y el pelo largo echado hacia atrás por encima de las orejas.

—Vaya, Bennett —comento—. Tus amigos están buenos.

Bennett pone los ojos en blanco.

—Worth, esta es Efa.

Le tiendo la mano en señal de saludo formal, pero Worth me abraza.

—Estoy encantado de conocer a la mujer que ha conseguido echarle el lazo a este tío.

—Ay, es más bien al revés. Soy yo la que ha caído en sus redes.

Worth suelta una carcajada, nos hace señas para que entremos y nos guía hasta el sótano. Tiene una zona de bar en un extremo y una pantalla enorme en el otro, con cómodas sillas de terciopelo dispuestas en filas como si fuera un estadio; hay un par de tíos acodados en la enorme barra negra. El lugar desprende un aire taciturno, y no me hace falta preguntar si Worth está casado: con una decoración así, seguro que está soltero.

Nos sirven unas copas y me presentan a Jack y a Fisher. Los dos están buenos, pero si tuviera que ordenarlos por su atractivo, cosa que, por supuesto, hago, Bennett iría en cabeza con Worth pisándole los talones en segundo lugar.

—Byron no va a venir, así que solo falta Leo —anuncia Worth.

—¿Leo no ha llegado aún? —se sorprende Bennett—. Eso sí que es una novedad. —Sin duda, es culpa de su nueva novia, y Bennett ha sonado como un ex celoso. Deslizo la mano en la suya, esperando que se tranquilice.

¿Dónde está el problema? ¿No le gustan los cambios? ¿Detesta la idea de que haya alguien más en sus sacrosantas noches de los lunes? ¿No le gusta compartir la atención de Leo?

—Eres de Londres, ¿no? —pregunta Jack, desviando mi atención de la reacción de Bennett—. Es mi ciudad favorita. Sobre todo cuando Leo y Fisher están en Nueva York.

—No hay otra mejor —respondo.

—¿Ni siquiera Nueva York con este imbécil en ella? —bromea Jack, señalando a Bennett con la barbilla.

—Lo dices como si eso fuera algo en favor de Nueva York —me río—. Hay una razón por la que Bennett no aparece en la campaña publicitaria de la oficina de turismo de la ciudad.

Jack se ríe entre dientes.

—Me ofendes —protesta Bennett, y no puedo evitar reírme de su sarcasmo.

—Creo que te conoce muy bien —comenta Jack.

—Gracias por dejarnos tu preciosa casa de los Catskills —le digo a Worth—. Lo pasamos de maravilla.

—No hay por qué darlas. Me gusta ir hasta ahí siempre que puedo.

—Ya le he dicho que es donde te gusta enterrar los cadáveres —apunta Bennett.

—Es una ubicación excelente —apruebo—. Hay un montón de sitios donde esconder un cuerpo.

—Ay, Dios, estáis hechos el uno para el otro —protesta Jack—. Jamás había conocido a nadie con un sentido del humor tan negro como el de Bennett.

—Tengo un hermano mayor que en su día fue *emo* —sonríe—. El humor negro no me asusta.

Suena el timbre y Worth se aparta de nuestro grupo para ir a abrir. Me pregunto si voy a tener la oportunidad de desaparecer y hacer las pruebas que quiero mientras pasan el rato todos juntos.

Hay algo raro en los últimos ataques a Fort. No estoy segura de que el equipo de Bennett se haya dado cuenta del cambio, pero recientemente han caído en un patrón bastante predecible que se intensifica a la misma hora todas las semanas. Y cada vez son más agresivos, así que están acercándose progresivamente a romper los cortafuegos.

Ocorre cada siete días, aunque en principio no lo parezca. Hace falta profundizar, pero, al hacerlo, está claro que el ataque sigue una especie de ciclo que no se aparta mucho de las quedadas de Bennett con sus amigos los lunes por la noche. Así que me muero de ganas de abrir el portátil y ver si hay algo al acecho, esperando para abalanzarse sobre el teléfono de Bennett.

—¿Qué hora es? —pregunta Jack—. ¿Eso funciona de verdad o solo está ahí para hacer bonito? —

Señala con la cabeza la pantalla que hay al otro lado de la habitación.

Worth llega con dos personas que supongo que son Leo y su novia.

—Funciona —responde Worth, que ha escuchado las quejas de Jack—. Deja de protestar. —Se desliza tras la barra.

—Soy Efa —saludo a la novia de Leo. Es preciosa, como sacada de una pasarela: tiene unas piernas infinitas, unos ojos verdes con pestañas extralargas y el pelo rubio hacia atrás como si estuviera delante de una máquina de viento.

—Hola. —Se echa hacia delante y me besa en ambas mejillas—. Soy Nadia, la novia de Leo.

—Sentémonos —sugiere Bennett—. No quieres ver los deportes, ¿verdad? —me pregunta.

Sé que estoy aquí para mantener a Nadia fuera del camino de Bennett, y estoy encantada de ayudar.

—Nadia y yo podemos ponernos al día en el bar, siempre y cuando tengas algo para picar, Worth. Dime que tienes un montón de carbohidratos para mí. —Sonríe y saca paquetes de patatas fritas, palomitas y *pretzels*—. Worth, ¿estás soltero? Porque ahora mismo me atraes un montón.

Bennett se agacha y me da un beso en la coronilla. Los chicos se acomodan en las sillas, mientras que Nadia y yo nos sentamos en los taburetes.

—¿Cómo os conocisteis Leo y tú? —le pregunto a Nadia.

Se encoge de hombros.

—En una fiesta. Un amigo mío inauguraba un club. —Se vuelve hacia la puerta—. Voy al servicio. —Me da una palmadita en la mano, coge el teléfono y se levanta del taburete.

Le echo un vistazo a Bennett. Como sospechaba, su teléfono no aparece por ninguna parte. Me mira y le lanzo un beso. Juro que veo cómo se sonroja antes de que la televisión capte su atención. Ni siquiera voy a fingir interés. Apenas puedo con las reglas de los deportes con los que he crecido, así que no voy a ponerme a aprender nada sobre los extraños juegos americanos.

Nadia se está tomando su tiempo. Espero que esté bien. Estoy a punto de sacar el móvil y mandarle un mensaje a Eira cuando reaparece.

—¿Ya ha empezado? —pregunta.

Asiento.

—Creo que sí.

—¿Vamos?

—Ah, vaya... Había pensado que podíamos charlar un rato. ¿Eres de Nueva York?

Nos mira a Leo y a mí. No creo que pueda mantenerla alejada de él: parece que tiene muchas ganas de estar a su lado.

—De Rusia —responde.

—¡Ah! Pues no tienes acento...

Se encoge de hombros, con la vista clavada en la pantalla, sin ningún interés en seguir hablando conmigo.

—He sido modelo durante mucho tiempo, y supongo que lo he perdido.

—Qué interesante. ¿Haces desfiles? —Me meto un par de palomitas en la boca.

—Sí, a veces.

—¿Y por eso has venido a Nueva York? —pregunto, desesperada por mantener su atención el mayor tiempo posible—. Yo he venido por primera vez. Es una gran ciudad.

—Es una gran ciudad si tienes dinero —masculla—. Si no, es una mierda de ciudad.

Su tono agresivo me pilla desprevenida, y no sé qué responder.

—Cariño, te echo de menos —canturrea hacia Leo. Él no la oye, y su boca forma una línea dura. Se vuelve hacia mí—. ¿No crees que deberíamos acercarnos?

Está claro que no tiene ningún interés en conocerme, y no voy a atarla al taburete.

—Yo me quedo aquí —digo—. Bennett pasa tan poco tiempo con sus amigos que no quiero molestar.

Me estudia con más atención, recorriéndome de arriba abajo con la vista como si estuviera

intentando memorizarme. Y luego aparta la mirada.

—Sí, tienes razón. Tienes razón.

Si se va y se sienta con Leo, tal vez tenga la oportunidad de abrir el portátil, pero entonces Bennett se sentiría mal. No importa lo que pase en la televisión, que esta noche va a ser un partido perdido. Al menos para mí.

21

EFA

Cuando meto la llave en la cerradura las manos de Bennett se deslizan por mis caderas desde atrás y sus labios encuentran mi cuello. He conseguido evitar que Nadia fuera a sentarse en el regazo de Leo durante cuarenta y cinco minutos. Y por mucho que me hubiera gustado quedarme sentada junto a la barra para intentar descubrir si se producía un ataque a Fort a través del teléfono de Bennett, habría sido raro que me hubiera quedado sola. Así que me he sentado con ellos y Bennett ha hecho todo lo posible por no gruñirle a Nadia; estoy orgullosa de él.

No sé por qué me he molestado en llevarme el portátil: al fin y al cabo, iba a ser complicado y solo se trataba de una corazonada, porque, y ese es el problema, no hay pruebas concluyentes de dónde vienen los ataques.

—Les has gustado —murmura—. Has encajado sin problemas en el grupo. Es como si fueras su hermana pequeña o algo así.

—¿Y eso te *pone*? —Me doy la vuelta para mirarlo y él apoya las manos a ambos lados de mi puerta—. ¿Que sea la hermana pequeña de uno de tus mejores amigos? —Levanto la cabeza y le lamo la comisura de los labios—. No deberías tocarme, pero no puedes quitarme las manos de encima. —Llevo una mano a su entrepierna y veo que ya está empalmado, siempre duro para mí.

—Está claro que no puedo quitarte las manos de encima. —Me vuelvo de nuevo hacia la puerta y giro la llave para que podamos entrar en el piso antes de que esto se convierta en algo más que un toqueo autorizado para menores.

—Al menos tú has conseguido controlarte, no como Nadia. —Cierro de una patada y suelto una risita al recordar cómo ha estado pegada a Leo casi toda la noche—. ¿Crees que fue una gata en una vida anterior? —Se ha pasado gran parte de la noche lamiéndole las orejas a Leo—. Lo digo sin mala intención y eso...

—Menuda manera de acabar con mi erección —protesta Bennett.

—Por muy viejos que se hagan, en el fondo los hombres siempre se comportan como niños de quince años —ríe—. Al menos parece que le gusta de verdad.

—¿Tú crees? —pregunta Bennett—. ¿No te parece un poco excesivo? ¿No crees que debería ser un poco más dura con él?

—¿Como yo lo soy contigo? —Engancho un dedo en su cinturón y lo llevo hacia el sofá, junto a mí.

—Me ha parecido un poco forzado, un poco falso. ¿Crees que va detrás de su dinero?

—Bueno, eso es parte del paquete. Y no sé si que ella lo utilice por su dinero es peor que decir que él la utiliza porque hace buenas mamadas.

—¿Te ha dicho eso? ¿Que le gusta cómo se la chupa?

—Por supuesto que no. Hablo en teoría. Es demasiado simplista decir que alguien está con una persona por el dinero. Son muchas cosas por ambas partes. —Me encojo de hombros—. Salvo lo nuestro. Solo estamos juntos por tu enorme pene, por si no lo sabías.

—Lo sabía —replica—. Pero, en serio, ¿no has visto nada raro?

Nunca había visto a Bennett tan inquieto, y no entiendo cómo la novia de su compañero puede causarle tal nerviosismo.

—Es preciosa —respondo, levantando el pulgar—. Está claro que le gusta. —Levanto otro dedo—. Tienen química, es evidente, todos hemos sido testigos de ello... —Extiendo un tercer dedo.

—¿Pero crees que se ríen? —insiste—. ¿Como nosotros?

Siento una agradable punzada en el pecho al escuchar cómo nos pone como ejemplo de pareja feliz.

—No lo sé —contesto con sinceridad—. Puede ser. Pero si a ellos les funciona, ¿qué más da? Si ella le da lo que quiere, ¿a quién le importa si disfruta de su dinero?

—No sé, me hace sentir incómodo.

—Probablemente será más rico que la mayoría de las mujeres con las que sale, pero eso no significa que sea lo único que le ven. Si están con él, debe de tener alguna cualidad más aparte de su dinero.

—Bennett se queda ensimismado; apoyo la cabeza en su hombro—. Lo proteges. Lo entiendo.

—Ya he visto demasiados manipuladores, aduladores, zalameros... —Escupe las palabras con el veneno de alguien que ha sido utilizado... o que tuvo una madre que lo fue.

—Hay mucha gente así —coincido, enlazando nuestros dedos—. Pero ¿qué vas a hacer? Si le dices que crees que su novia lo está utilizando, vas a perder un amigo.

—A veces fantaseo con vengarme de esa gente que solo estaba ahí cuando mi madre se encontraba en la cresta de la ola, pero no cuando un director la despidió por engordar cinco kilos o cuando no consiguió la nominación al Oscar por *Homecoming*.

Me encanta que fuera tan protector y cariñoso con su madre, pero me entristece que esté tan reconcomido por eso.

—La fama y el dinero atraen a la gente de la peor calaña. —Suelta un gruñido por toda respuesta—. Pero todas las cosas bellas de este mundo atraen la oscuridad. Así es la vida.

—Tal vez. Pero Hollywood está lleno de lo peor de la humanidad. ¿Sabes que incluso su agente, con el que llevaba treinta años, la dejó tirada cuando enfermó? —Me acurruco contra él y escondo la cabeza en su cuello. Aún sigue escociéndole después de tantos años—. ¿Es horrible que a veces piense que es mejor que haya muerto joven? Porque envejecer como actriz nunca sale bien. Tu carrera cae en picado y nadie quiere contratarte.

—¿Alguna vez quisiste dedicarte a la actuación?

Sacude la cabeza.

—Nunca me empujó en esa dirección ni me hizo desfilas por la alfombra roja. Tampoco hicimos sesiones de fotos, ya sabes, como algunas estrellas a las que les encanta mostrar a toda su familia en *Vanity Fair*. Nada de eso.

—Parece que te protegía tanto como tú a ella.

—Tanto como podía hacerlo en ese ambiente —suspira.

Hago una pausa, esperando a que diga de qué no podía protegerlo, pero no añade nada más.

—¿Qué quieres decir con eso?

Sacude la cabeza e inspira hondo; su pecho se expande debajo de mí y siento su calor; le doy un beso en el músculo pectoral, por encima de la camisa.

—Nada en concreto, pero su fama me afectaba, era inevitable. Los niños del colegio querían ser mis amigos por quién era mi madre. Y después no querían ser mis amigos por quién era mi madre.

—Eso es horrible.

—No importa. Ahora tengo amigos de verdad. —Se lleva mi mano a los labios y me besa la muñeca; hace que me siente en su regazo—. ¿Lo has pasado bien esta noche?

—Pues sí —respondo, pero cuando lo miro a los ojos sé que ha percibido la vacilación en mi voz.

—¿Pero? —pregunta.

Me encojo de hombros.

—Dices que los conoces a todos desde la universidad y que sois íntimos. ¿Leo también?

Entrecierra los ojos como si intentara leer entre líneas lo que intento decirle.

—Sí. Sobre todo Leo. —Hay un tono de advertencia en su frase. Vale, he intentado abrir esa puerta y me la ha cerrado en las narices.

—Eso es genial. —Asiento. Quiero que sus amigos sean tan leales como él cree que son. De verdad que sí. Pero no estoy segura.

—Lo es. No dudo de ninguno de ellos. —La tensión nos envuelve como una densa niebla, y es cualquier cosa menos sexual.

—Eres muy afortunado.

—Mucho —coincide—. Los conozco desde hace mucho tiempo.

Y yo conocía a mi tío de toda la vida y bien que me traicionó. No lo digo en voz alta, no hace falta: Bennett no es idiota, y si cree que sus amigos le son totalmente leales, no tiene ningún sentido sugerir lo contrario. Al menos hasta que tenga algo más que una corazonada y pueda pasar un par de días ante el portátil. Necesito más pruebas.

22

EFA

Hoy no me necesitan en el hotel y he aprovechado para recuperar el sueño perdido. No sé a qué hora se ha ido Bennett esta mañana, pero me ha dejado una manzana en la almohada para desayunar, así que ni siquiera he tenido que levantarme de la cama.

El teléfono suena cuando le estoy dando un mordisco: es mi hermana; menos mal que no es una videollamada.

—Hola —saludo.

—No estás trabajando.

—Hoy no me necesitan. Al parecer, el virus intestinal ya ha pasado y hace mucho calor, así que no van a estar muy atareados.

—Bueno, me alegro por ti. ¿Has conseguido esa entrevista en Fort?

Ojalá no le hubiera dicho que había hecho algunos progresos. Estaba tan sorprendida de haberme topado con Ben Fort que tenía que contarle algo a alguien.

—No. El nombre, Fort, ya sabes, «Fortaleza», le va ni que pintado, porque también lo es por naturaleza—. Cuando pregunté en la recepción, ni siquiera me dijeron si tenían las oficinas en el edificio.

—¿Son como el FBI o algo así? —pregunta.

—Hay varias empresas en el edificio, y me dijeron que no tenían constancia de que Fort estuviera ahí.

—Vamos, que te han mentido.

—Supongo.

Se me revuelven un poco las tripas. Dejo la manzana en la mesilla y me siento contra el cabecero.

—¿Y cómo está ese tal Bennett? ¿Sigues saliendo con él?

—Sí —respondo con mi mejor tono de falsa despreocupación—. A ver, que es algo informal...

—¿No acabas de irte de fin de semana con él?

—Sí, a las Catskills. Un sitio precioso, en mitad de ninguna parte.

—Pues a mí no me suena tan informal... ¿Por qué no me hablas de él?

Vuelvo a acurrucarme en la cama y percibo el olor de Ben en la almohada.

—Es amable —respondo—. Y alto. Por lo menos tan alto como Dax. Es un poco gruñón. Conmigo no, pero no es muy sociable.

—Parece encantador...

—Lo es. Bueno, quizá «encantador» no es la palabra más precisa, pero me divierto con él y me hace reír. —No quiero que lo odie, aunque a primera vista no parezca el gatito mimoso que mi hermana querría para mí.

—¿A qué se dedica? Porque tiene un trabajo, ¿no?

Gimo para mis adentros por tener que mentirle a Eira. ¿Qué se supone que debo decir?

¿Tengo que inventarme una historia para contentar a mi hermana si lo que quiero es compartir con ella todos los detalles sobre Bennett?

—Trabaja en tecnología.

—Vaya, qué coincidencia.

—Tampoco tanto. Lo suyo es el *hardware*. Procesadores y esas cosas, ¿sabes?

—No, la verdad es que no —ríe—. ¿Cuál es su apellido? Lo buscaré en Google, a ver con quién estamos tratando.

Doy un respingo. ¿Qué voy a decir? No debería tener que mentirle a mi hermana, ni aunque fuera una mentira a medias.

—No está en internet. Es muy reservado.

—¿Qué quieres decir con que no está en internet? ¿A ti te parece normal?

Sí, si eres Bennett Fordham, pienso, pero no lo digo.

—No le gusta que la gente sepa lo que hace.

—¡Eddie! —jadea—. ¿Es un delincuente?

—Pues claro que no.

—Entonces dime su apellido.

Los engranajes de mi mente se ponen en marcha para decidir cómo evitar que mi hermana piense que Bennett es un jefe de la mafia sin traicionarlo.

Pero ¿por qué hablar con mi hermana del hombre con el que me acuesto va a ser una traición? Es absurdo que no pueda hacerlo. Nos lo contamos todo.

—No puedo —respondo por fin—. Lo siento, Eira.

El silencio al otro lado de la línea es ensordecedor.

—No pasa nada —acepta por fin, pero sé que no lo siente, y detesto que tenga que fingir. No está bien, no hay secretos entre nosotras y Bennett no debería ser el primero—. ¿Y ese hombre misterioso al menos conoce a alguien en Fort que pueda echarle una mano?

—No. Al parecer, Ben Fort toma todas las decisiones de contratación y elige a dedo de un grupo de candidatos recomendados por gente que ya trabaja allí. No tengo muchas posibilidades. Pero hay muchas empresas tecnológicas en Estados Unidos. Solo tengo que ampliar un poco más mis horizontes.

Me siento como una mentirosa.

—Así que solo tienes que encontrar a alguien que trabaje en Fort y conseguir una recomendación.

Y no acostarme con Ben Fort, lo que me ha hecho inelegible para un puesto. Pero la verdad es que no me arrepiento de haberme acostado con él y de haber renunciado a mi sueño de trabajar para Fort Inc. ¿Cómo podría?

—Sí, no es tan fácil. A la gente no se le permite revelar que trabaja para Fort.

—¿Qué? ¿Como si fueran espías o algo así?

Me río. Es tan ridículo como suena y no hay nada que pueda decir para defender a Bennett.

—Creo que voy a superar mi obsesión por Fort y buscaré otro objetivo. Podría aprender un montón trabajando en Google, en Microsoft o en algún sitio así.

—Pensaba que el objetivo de elegir Fort era que es lo bastante pequeño como para que pudieras probar muchas cosas diferentes.

Suspiro.

—Eso era una ventaja, pero tengo que aceptar que no voy a lograrlo.

—¿Quieres que le pida a Vincent que haga unas llamadas?

—Eira, me has prometido que ibas a intentar no interferir en mis asuntos.

—Solo estoy intentando ayudar. Los Cove son exitosos y están bien relacionados, y ahora son nuestra familia. No hay nada malo en pedir ayuda a la familia.

—Pero ninguno de ellos está en tecnología.

—Creo que Vincent tiene una empresa de tecnología.

Suspiro.

—No quiero conseguir un trabajo porque conozco a alguien. Quiero merecerme el puesto y conseguirlo por mí misma.

El silencio al otro lado del teléfono me dice que Eira no está de acuerdo conmigo, pero a Bennett no lo llaman «el hombre con el toque de Midas» por casualidad, y hay una razón por la que no emplea a gente con la que se acuesta: toma decisiones basadas en datos, no en amistades y favores.

Aunque eso no lo ha ayudado a atrapar al *hacker*.

—Mira, en realidad, a lo mejor los Cove pueden echarme una mano. ¿Conocerán a alguien que esté metido en ciberseguridad?

—¿Estás buscando algo de experiencia laboral o algo así?

—Algo así —respondo—. He estado investigando un poco más en ello porque es un área que me gustaría explorar.

—Espera un momento. —Silencia el teléfono, lo que quiere decir que, o está conversando con su futuro marido, o está meando—. Ya lo tengo —dice unos segundos después—. ¿Conoces a la mejor amiga de Sutton, Parker?

Intento recordar.

—Sutton es la mujer de Jacob, ¿verdad? El cuñado número uno.

—Así es. Pues su mejor amiga está casada con un *hacker*, ¿no, Dax? Sí, Dax dice que es una especie de *hacker* famoso. Puede *hackear* cualquier cosa. Ha trabajado para distintos gobiernos...

Suena justo como la persona que necesito para ayudarme a averiguar lo que está pasando en Fort; como la persona exacta que Bennett usaría si confiara en alguien fuera de su empresa.

—No creo que tenga una oficina en la que puedas hacer prácticas, pero quizá conozca a alguien.

—¿Puedes presentarnos por correo? —pregunto—. Me gustaría hablar con él lo antes posible.

—Puede que conozca a alguien en Fort... —sugiere.

—Tal vez —respondo—. Sería estupendo hablar con él. Gracias, Eira.

—¿Ya no crees que esté interfiriendo?

—No es interferir si soy yo la que pide ayuda.

—Lo que tú digas —suspira—. Le diré a Dax que se ponga en contacto con él, porque yo no lo conozco demasiado. Solo nos hemos visto un par de veces.

—Genial, gracias. Y solo para que conste, ahora eres muchísimo mejor entrometiéndote que antes.

—Ponlo en una camiseta: «No es tan entrometida como solía».

—Ya sé qué regalarte por Navidad.

Se ríe, y ese es un sonido que adoro; Eira lo pasó tan mal tras la muerte de mis padres que verla tan feliz me hace feliz a mí.

—La próxima vez que llares ¿crees que podremos ver a ese tal Bennett? —pregunta.

Se me encoge el estómago, porque sé que Bennett jamás se arriesgaría a aparecer en una videollamada con mi hermana. Las últimas semanas hemos estado escondidos en nuestra burbuja los dos solos, alejados del mundo, pero si ni siquiera podemos arreglárnoslas para comer en Shake Shack o para hacer una videollamada con mi hermana, lo nuestro no tiene muchas posibilidades de continuar cuando yo me vaya de Nueva York. Además, si estar con él significa que tengo que mentirle a mi hermana, eso no va a funcionar.

No he venido aquí para encontrar a un hombre, y, aunque Bennett es justo la clase de tío que me gusta, la clase de hombre que puede tener un hueco en mi vida, no puedo obligarme a esconderme de mi hermana y de todo el mundo. Tarde o temprano, la burbuja va a estallar.

23

BENNETT

No sé cómo puede estar tan guapa llevando solo una toalla.

—¿Quieres ensuciarte otra vez?

—Si no tuviera que ir a trabajar, la respuesta sería sí, claro.

—¿Esta noche, entonces? —Estoy frente al espejo, con una toalla alrededor de la cintura y crema de afeitar en la cara.

—Volveré a las cinco —responde—. Hoy estoy en el servicio de limpieza.

—Tengo reuniones hasta las seis.

—¿Vas a ir al hotel? Porque es un poco irónico que, teniendo una *suite*, duermas aquí y trabajes allí. —Al pasar junto a mí en el baño, se detiene y me da un beso en el brazo, y se me pone la piel de gallina. Me encanta esta mujer.

Jamás había pasado tanto tiempo con una mujer, nunca me había levantado y vestido con alguien, pero con ella es algo más que natural, más divertido y reconfortante de lo que habría alcanzado a imaginar. Aunque tampoco es que hubiera pensado en ello: siempre me he considerado un solitario.

—Voy a llamar a Eira esta noche. Ginebra ha tenido fiebre, así que quiero comprobar que todo va bien.

—De acuerdo. —¿Sé quién es Ginebra? Estoy convencido de que recordaría ese nombre si ella lo hubiera mencionado antes—. ¿Quién es Ginebra?

—Mi sobrina —responde desde el dormitorio.

No sé si son imaginaciones mías, pero el ambiente ha cambiado entre nosotros.

—¿Estás enfadada porque no sé quién es Ginebra? —pregunto.

—No —responde—. Nunca la había mencionado. ¿Por qué iba a enfadarme por que no supieras quién es?

—Es que pareces enfadada por algo. —Me doy la vuelta y la veo en la puerta del cuarto de baño, en bragas y sujetador. Es mi conjunto favorito—. Estás preciosa. ¿Vas a limpiar mi habitación hoy?

—¿Qué puedo decirle a mi hermana de ti? —dice, ignorando mi pregunta.

—¿Por qué tienes que contarle nada de mí a tu hermana? —Me acerco la cuchilla de afeitar a la cara.

—Porque salimos juntos, acabamos de irnos de fin de semana juntos, me has presentado a cinco de tus amigos...

—A mis cinco únicos amigos.

—Ya —replica—. Y ellos lo saben todo sobre mí. —Intento relajar la mandíbula y, cuando no lo consigo, bajo la cuchilla. Me da que ahora mismo no debería tener objetos afilados a mi alcance.

—Vale...

—¿Puedo decirle que eres Ben Fort?

Clavo la mirada en su rostro: sabe cuál es la respuesta.

—Ese no es mi nombre. Me llamo Bennett Fordham.

—¿Y a qué te dedicas, Bennett Fordham? Porque creía que eras un multimillonario de la tecnología hecho a sí mismo y presidente de Fort Inc.

Suspiro. Estaba siendo una mañana tan agradable... Sexo en la ducha seguido de una mamada increíble. Y ahora esto.

—No sé qué quieres que te diga.

—Nunca voy a poder ser sincera con mi familia sobre quién eres, ¿verdad? —pregunta.

Abandono por completo la idea de afeitarme y me limpio la espuma de la mandíbula con una toalla.

—No sé qué quieres que te diga. No he pensado en ello. Y ya sabes lo cuidadoso que soy a la hora de separar a Bennett Fordham de Ben Fort.

Mira al suelo, da media vuelta y regresa al dormitorio.

Joder.

Aborrezco haberla disgustado, pero no estaba preparado en absoluto para esa conversación. A lo mejor he pecado de ingenuo, pero no se me había ocurrido que ella quisiera hablarle de mí a alguien. Desde hace semanas es como si solo estuviéramos los dos, como si no hubiera nadie más. Hasta el lunes por la noche, cuando la llevé a conocer a mis amigos.

La sigo al dormitorio para intentar arreglar las cosas. Ya está vestida, y se está poniendo los zapatos.

—Luego nos vemos —dice.

—Efa.

Se vuelve hacia mí.

—¿Qué?

Nada de lo que le diga va a hacer que se sienta mejor: no quiero que nadie sepa quién soy, y eso no va a cambiar.

Espera un par de segundos, se da media vuelta y se marcha.

Joder, joder, joder.

EFA

No puedo creer que tenga delante a un tío que logró hackear a la CIA a los dieciséis años. Mi suerte cambió hacia el mediodía: al parecer, estar enfadada consigue que limpies a velocidad de vértigo, así que he terminado de arreglar las habitaciones en un tiempo récord. Además, he conseguido cambiar la Suite Park por una de las otras *suites*, porque una de las chicas se estaba quejando del huésped y me he ofrecido a encargarme de ella en su lugar. No he visto ni he sabido nada de Bennett en todo el día.

Tampoco es que tuviera algo que decirme: no quiere que revele su identidad a mi familia ni a nadie, y estar con él significa que yo también tengo que esconderme.

Estuve unas cinco horas rumiando el asunto, hasta que la mafia Cove ha hecho su magia, y Tristan, el *hacker*, marido de Parker —la mejor amiga de una de mis «cuñadas», Sutton—, me ha enviado un mensaje, y eso me ha levantado el ánimo. Ha venido a Nueva York para asistir a una boda, y se ha ofrecido a quedar conmigo. Y ahora aquí estamos.

—Ya veo cómo se han producido los ataques. Está claro que han accedido a través de un dispositivo móvil —explica Tristan—. Lo veo en el código.

—¿Puedes ver de qué dispositivo móvil se trata? —pregunto. Apostaría a que es el de Bennett.

—Sí. Solo necesito un segundo para encontrar el número.

—Voy a prepararte un té —ofrezco.

—Eso es música para mis oídos viniendo de una británica. Los americanos no saben hacer té. —El teléfono de Tristan pita y él se pone a teclear—. Le estoy mandando un mensaje a Parker con tu dirección. Ha terminado lo que tenía que hacer en el Frick. ¿Te parece bien?

—Por supuesto. Me encantaría conocerla. ¿No le importará que hayas venido? Se supone que estás de vacaciones, ¿verdad?

—Sabe que no puedo resistirme a algo así, y no le importa. Nos alojamos en el Mandarin Oriental, así que me recogerá de camino.

—El Mandarin Oriental está en el Deutsche Bank Center, ¿no? —Me levanto del sofá para preparar té.

—Sí. ¿Has estado?

—Ahí están las oficinas de Fort, pero no, nunca he estado.

—¿Cómo es que te han encargado investigar la seguridad de Fort? Habría apostado a que tendría trabajando en ello a las mentes más brillantes del mundillo.

Me río.

—¿Quieres decir que no soy una de ellas?

Tristan se ríe entre dientes.

—No pretendía ofenderte. Parker me ha dicho que no trabajas para Fort, que acabas de graduarte.

—Sí. No trabajo para ellos, aunque me encantaría.

—Ah, así que estás intentando ponerte a prueba a ti misma y, quizá, asomar la nariz.

—No. Ya me he resignado a no trabajar para Fort, pero quiero arreglar este asunto porque tengo un amigo que trabaja allí y... —Me encojo de hombros—. Bueno, lo tiene muy estresado.

Nos miramos durante un segundo. Tristan entiende que no puedo decir más y no insiste.

—Bueno, si yo no puedo averiguarlo, nadie puede.

—Esa es tu reputación.

Llaman a la puerta.

—Esa debe de ser Parker —comenta Tristan.

Si así fuera, me habría llamado el portero, así que debe de ser Bennett. O eso espero, porque, por mucho que me frustre la situación y las decisiones que toma sobre su identidad, me gusta mucho. Solo nos conocemos desde hace unas semanas, pero Bennett ya se ha hecho un hueco en mi corazón.

Le doy el té a Tristan y voy a abrir la puerta. Bennett está ahí, con el pelo revuelto, como si hoy hubiera tenido muchas cosas en la cabeza. Me dedica una expresión de pena y arrepentimiento a partes iguales.

—Hola —saludo.

—Lo siento —responde.

—Lo tengo —anuncia Tristan a mis espaldas.

Bennett mira detrás de mí y ve a Tristan. Frunce el ceño y vuelve a centrar su atención en mí. Su expresión es de enfado, de decepción y de confusión, todo a la vez. Está celoso: no sabe quién es Tristan y se ha puesto en lo peor.

Como si pudiera pasar página tan rápido... No hemos hablado de lo que va a pasar en el futuro y mucho menos de cuando yo regrese a Inglaterra, pero, sea como sea, no podría pasar página así como así, como si Bennett no significara nada.

En ese momento, suena el timbre otra vez.

—Debe de ser la mujer de Tristan —comento, mirando fijamente a Bennett y, sin apartar la vista de él, añado—: Tristan, Parker está aquí. —Contesto al timbre y le digo al portero que la deje subir —. Tristan, este es un amigo mío... —Dejo la frase colgando para que Bennett se presente por sí mismo.

—Hola. Bennett Fordham.

—Tristan Dubrow. —Tristan deja el portátil sobre la mesa, se levanta y se dan la mano. Parker llega un momento después.

Cuando todos nos hemos saludado y Parker y yo ya hemos cruzado un par de frases sobre el Frick, Parker se vuelve hacia Tristan.

—Ya basta de trabajo. Vas a venir conmigo al hotel. Estoy cansada y quiero darme un baño.

Tristan cierra el portátil.

—Ya tengo el número. Te lo he enviado por correo encriptado.

—¿Lo tienes? —insisto. Si coincide con el de Bennett, sabré con certeza que así es como entra el *hacker*—. Es genial.

—Seguimos en contacto, Efa. Llámame o mándame un mensaje.

—Muchísimas gracias.

—No hay de qué.

Tristan y Parker nos dejan a Bennett y a mí a ambos lados del umbral del piso, mirándonos fijamente. Nos quedamos en silencio, con las miradas clavadas, a escasos centímetros de distancia, hasta que el clic de las puertas del ascensor actúa como si alguien dijera «Acción» en una película.

—Siento haberme comportado como un imbécil celoso —se disculpa, y no puedo evitar ablandarme.

—No pasa nada. Te perdono.

—¿Quién era? ¿Uno de tus treinta y nueve cuñados?

Entrecierro los ojos como si no me hiciera gracia su broma, pero sí ha sido divertida. Voy hasta el portátil para asegurarme de que no vea lo que estábamos haciendo. Hasta que no tenga pruebas inequívocas de lo que está pasando, no voy a decirle nada a Bennett sobre mis sospechas, y no quiero que se entere por casualidad.

—Es el marido de la mejor amiga de una de mis cuñadas —explico. Cierro los procesos y bloqueo el portátil.

Pone los ojos en blanco, se quita los zapatos y se acerca al sofá. Me siento aliviada porque ha

venido para quedarse, al menos un rato, y no para discutir.

—Ajá... —dice, animándome a que me explaye. Se sienta a mi lado, pone mis pies encima de sus piernas y me acaricia la mejilla con los nudillos.

—Parker y él han venido a pasar el fin de semana en Nueva York, y Eira nos ha puesto en contacto. Tristan trabaja en tecnología, y ha pensado que era una buena oportunidad para que nos conociéramos y discutiéramos mis opciones.

—¿Opciones? —repite.

—Opciones de trabajo, ya que no puedo trabajar en Fort porque nuestro rollo de una noche acabó con mis sueños.

Hace que me siente en su regazo.

—¿Te arrepientes?

Suspiro y me dejo caer sobre su pecho.

—¿Cómo podría?

—Me alegro de oírlo. Después de lo de esta mañana creía que podías haber cambiado de opinión.

Nuestra respiración se sincroniza: cuando su pecho sube y baja, mi cuerpo se mueve con el suyo. Es cálido y seguro, y no quiero pelearme con él, pero...

—No ha cambiado nada. Todavía me gustas, aunque sigue siendo la leche de frustrante tener que escondernos.

—Tampoco tanto... Acabo de conocer a la sobrina del tío de la hermana de tu cuñado. —Sonrío a mi pesar—. Nos hemos saludado y le he dicho que me llamo Bennett Fordham, lo que es cierto.

—Lo sé —contesto—. Pero eso no es todo lo que eres. Y todo lo que eres es genial, y me encantaría poder ser sincera al respecto. Pero no pasa nada. Tampoco es que...

No termino la frase: *tampoco es que esto sea algo a largo plazo.*

Tampoco es como si no fuera a regresar a Londres al final del verano.

Tampoco es que vaya a cambiar de opinión. Has pasado toda tu vida adulta escondiéndote.

Él sabe cómo va a terminar todo esto, igual que yo. ¿Qué sentido tiene pasarlo mal el tiempo que estemos juntos?

—Llevo mucho tiempo viviendo así. No es tan difícil —responde.

—¿No lo es? —Le acaricio la mandíbula con un dedo—. ¿Crees que vives la vida de verdad? Te escondes en habitaciones de hotel, preocupado por los acosadores. Entiendo que no quieras ser famoso. Entiendo que no quieras estar rodeado de aduladores. Pero, sinceramente, si no puedes ser quien eres, en tus propios términos, ¿cómo puedes ser libre?

Me da un beso en la sien y nos sentamos, abrazados, capaces de oír los latidos del corazón del otro en perfecto tándem. Por ahora.

No va a cambiar, y lo entiendo. Puedo darle unas migajas de información a Eira, lo suficiente como para no sentirme mal y, al mismo tiempo, para no dejar al descubierto a Bennett, porque al final del verano me marcharé, y prefiero no dejar las cosas a medias con el hombre que podría ser Bennett si todo fuera distinto.

BENNETT

Me tumbo al lado de Efa, exhausto pero aún no saciado, porque nunca consigo saciarme de ella. No sé qué tiene, pero no puedo evitar querer más y más.

—¿Recuerdas que me dijiste que podía investigar tus problemas de seguridad? —pregunta, recostada junto a mí.

—Te has corrido hace quince segundos y ya estás pensando en seguridad cibernética. Tú sí que sabes cómo echar a perder el momento.

Se ríe y me toma la cara entre las manos.

—¿Qué puedo decir? —responde—. Quizá estoy tan abrumada que tengo que distraerme pensando en tecnología.

—Vale, sigamos con esa teoría... —La estrecho entre mis brazos, la pego a mí y le acaricio el cuello. No sé por qué, pero esta parte, la que tiene lugar entre sesiones de sexo, cuando hablamos, sentimos y nos comportamos como nosotros mismos, se está convirtiendo en uno de mis momentos favoritos con Efa.

—¿Me dejas hablar con tu gente para que podamos comparar notas? No me has respondido cuando te lo he preguntado antes, y sé que crees que no va a servir de ayuda, pero ¿qué puedes perder?

—¿Notas sobre qué?

—Sobre los ataques a tus sistemas. He visto un patrón. Mira, sé que tienes a los mejores en el negocio trabajando para ti y todo eso, pero he estado investigando y creo que merece la pena estudiarlo.

—¿Qué has encontrado?

La hago sentarse a horcadas sobre mí; mi pene se endurece entre sus pliegues.

—Nada que se sostenga por sí mismo, pero creo que cotejar esa información con tu gente podría ser de utilidad.

¿Cómo puedo decirle que no a esta mujer? ¿Creo que ha hecho algún avance sobre quién está atacando Fort Inc. y por qué parecen estar acercándose a nosotros? No. ¿Creo que hará algún daño? Tampoco.

—Puedo presentarte a Aarvi. Ella dirige mi equipo de seguridad.

—Bien —aprueba, moviendo las caderas adelante y atrás de forma distraída, más por instinto que por el deseo de conseguir algo. Se está poniendo cómoda sobre mi miembro, y me encanta—. ¿Puedes llamarla?

—¿Ahora? ¿Contigo desnuda y contoneándote sobre mi pene?

—Mejor ahora que dentro de un par de minutos, cuando estés dentro de mí —replica.

Joder, Efa. ¿Cómo he podido vivir sin tu descaro?

Levanto la mano y le pellizco el pezón entre el pulgar y el índice, y ella jadea, echando la cabeza hacia atrás para saborear la sensación.

—Hazlo ya, Bennett —ordena—. Llámala. —Se echa hacia delante, deslizándose por mi pene, coge el teléfono de la mesilla y me lo deja sobre el pecho—. Y date prisa. Quiero echar un polvo.

Ya somos dos.

Llamo a Aarvi, riendo. No llega a sonar una vez antes de que descuelgue.

—Quiero ponerte en contacto con alguien que conozco que podría tener información sobre los ataques. Efa Cadogan.

—Claro —acepta. Una de las cosas que más me gustan de Aarvi es que no utiliza una cantidad innecesaria de palabras cuando habla conmigo, y así podemos llegar rápidamente al meollo de la cuestión.

—Puedes ser completamente sincera con ella. —Le sonrío a Efa, que mueve las caderas a modo de respuesta. Si no la conociera mejor, diría que está usando su cuerpo para que le presente a Aarvi, pero Efa no es manipuladora. Por eso le cuesta tanto no contárselo todo a su hermana, y lo entiendo, pero no puedo hacer nada al respecto. No voy a echar a perder los quince últimos años de trabajo duro manteniendo en secreto mi identidad como jefe de Fort Inc.

—¿Completamente? —insiste Aarvi.

Tengo que hacer una pausa para controlar la respiración porque Efa acaba de agarrarme el pene por la base y está tanteando su entrada con la húmeda corona.

—Sí. —No espero que Efa resuelva los problemas de seguridad de Fort, pero tampoco va a pasar nada.

—Vale. Que me llame. —Consigo mantener la respiración tranquila mientras Efa me escudriña el rostro.

—Bien, no creo que... —Efa se desliza sobre mí y me tenso de la cabeza a los pies— que tarde en ponerse en contacto contigo.

Efa asiente, me coge la mano que tengo libre y la coloca sobre su pecho. Cuelgo y voy a coger un condón.

—Todavía no —dice, jadeante—. Primero quiero correrme.

—¿Otra vez? —pregunto, burlón.

—Y otra. Y otra. Y otra más.

EFA

Por supuesto, no voy a acudir a las oficinas de Fort porque solo pueden entrar los empleados, pero, afortunadamente, tienen unas salas de reuniones en el mismo edificio a las que tengo permitido el acceso.

El hombre de la recepción me da una tarjeta para entrar en la *suite* 3, como si fuera un hotel. Me hace pasar por la puerta doble, y me sorprende que todo sea blanco. El suelo, las paredes, la moqueta que descansa sobre las baldosas de mármol blanco... Doblo la esquina y encuentro la *suite* 3. Es una estancia pequeña, con una mesa blanca y dos sillas blancas. Todo el lugar parece un manicomio de lujo. Tomo nota mentalmente para burlarme de Bennett más tarde.

El clic-clac de unos tacones llama mi atención cuando la mujer más hermosa y glamurosa del planeta aparece en la puerta. El traje de lino blanco es el camuflaje perfecto en esta sala de reuniones; los deslumbrantes ojos azules contrastan con el tono de su piel, y su pelo brilla de tal modo que estoy convencida al noventa por ciento de que tiene un acuerdo con L'Oreal.

—¿Aarvi? —pregunto.

—Sí. —Sus labios carnosos dibujan una sonrisa—. Tú debes de ser Efa. Encantada de conocerte.

—No sé si «encantada» es la palabra. —Tomo asiento—. Seguro que sabes mucho más que yo de todo esto, pero quería enseñarte lo que he encontrado, por si te sirve de ayuda.

—Te lo agradezco —responde, como si esta reunión no fuera un incordio y lo último que le apetecía hacer hoy.

—¿Te cuento lo que sé?

—Estupendo. —No pierde la sonrisa ni un segundo.

Abro el portátil y repaso lo que he averiguado: que los ataques siguen un patrón semanal y que Tristan descubrió que se dirigen a través del teléfono de Bennett. Su expresión no se altera en ningún momento.

—Y eso es todo lo que tengo —anuncio, volviendo a sentarme en la silla blanca—. No sé si algo de todo esto te resulta de utilidad...

Inspira hondo y su mirada pasa de mí al portátil.

—Pues sí —responde—, pero no sé muy bien qué significa. Hace unos días que descubrí la mayor parte de todo esto. Unos diez, creo. —Suspira.

¿Así que sabe que los ataques provienen del teléfono de Bennett? ¿Y por qué no ha dicho nada?

—¿Diez días? —repito, cuando la verdadera pregunta es por qué no le ha dicho a Bennett que su teléfono está poniendo a Fort Inc. en peligro.

—Sí. He estado intentando... No sé cuánto conoces a Bennett, pero no confía en mucha gente.

—Ya lo sé.

Ella asiente.

—Lo supuse cuando me pidió que me reuniera contigo. No lo habría hecho si no confiara en ti.

—Imagino que no —acepto.

—¿Puedo preguntarte por qué no le has contado lo que has encontrado? —Esa es justo la pregunta que yo quería hacerle.

—Porque yo no... —Me interrumpo y empiezo de nuevo—. Alguien tiene que estar físicamente cerca de su teléfono para poder obtener y renovar el acceso, ya que los cortafuegos se cambian y se actualizan cada veinticuatro horas. No te sirve de nada acceder una vez: necesitas conseguir acceso en cada ocasión a no ser que hubieras entrado a la primera...

—Claro. —Soy consciente de que le estoy explicando algo que ya sabe.

—Eso significa que quien esté atacando Fort Inc. tiene acceso regular a Ben.

—Claro —repite, y se hace el silencio. Ninguna de las dos quiere decir lo que está pensando—. No confía en mucha gente —repite por fin.

—Y lo destrozaría enterarse de que alguien en quien sí confía lo ha traicionado —termino la frase por ella—. Estaba buscando algo concluyente.

—Me gustaría trazar un mapa de sus movimientos —explica—. Eso no supone un problema cuando está en el hotel, y, además, no creo que ocurra ahí: no va a perder de vista el teléfono si hay algún desconocido cerca. Aparte de eso, ¿sabes de algún sitio al que vaya regularmente y en el que deje el teléfono desatendido? He investigado a su entrenador personal y estoy convencida de que es inocente. Y, por supuesto, también he investigado al personal de Fort. No tiene chófer... —Asiento para confirmarle que entiendo que ha descargado a todos los sospechosos obvios, pero no es ahí donde recaen mis sospechas. Lo que ocurre es que no sé si está al tanto de que Bennett queda con sus amigos los lunes por la noche—. ¿Se te ocurre que haya alguien más?

—Sí —respondo—. Lo hay.

EFA

El vestíbulo del edificio de Leo parece un laboratorio científico futurista: es todo de cristal y mármol de un blanco reluciente, como una pizarra blanca. Es justo lo contrario de lo que necesito ahora mismo, que es algo que me distraiga del teléfono desechable que llevo en el bolsillo y de si uno de los mejores amigos de Bennett lo está traicionando. Quiero resolver todo este asunto por Bennett, pero no del modo que sospecho que va a resolverse.

—Necesito gafas de sol —dice Bennett; me da un codazo y me coge de la mano mientras esperamos a que la mujer de detrás del mostrador llame a Leo.

Estoy distraída, y él lo sabe. Me vuelvo hacia él y le dedico toda mi atención, que es lo que se merece, y no puedo evitar sonreír.

—Pues pensaba que te gustaría. Tus salas de reuniones se parecen mucho a esto.

—¿Sí? —pregunta, con el ceño fruncido.

Mi sonrisa se hace más amplia.

—¿Nunca has estado?

—Hace mucho que no. No recuerdo cómo son.

La carcajada me burbujea en las tripas: Bennett es uno de los hombres más inteligentes del planeta, pero algunas cosas ni siquiera se le pasan por la cabeza. Es adorable.

Pero al instante se me borra la sonrisa: tal vez tampoco se le haya pasado por la cabeza que su amigo lo haya traicionado. Es un hombre muy listo: ¿por qué no ha investigado a sus allegados? Porque confía en ellos.

Es como si alguien me estuviera pisando un pie: me incomoda, porque, si lo que Aarvi y yo sospechamos es cierto, va a hacerle daño a Bennett.

—Adelante, señor, señora —dice la mujer detrás del mostrador tras colgar el teléfono—. Está en el ático.

—Cómo no. —Pongo los ojos en blanco y vamos hacia los ascensores—. ¿Crees que alguna vez serás amigo de alguien que no tenga dinero?

—Ninguno de mis amigos era rico cuando nos conocimos en la universidad. Bueno, salvo Worth. Y Jack, por supuesto. Es un americano de clase alta. —Mantiene las puertas del ascensor abiertas para que entre.

—¿Así que tuviste que hacer ricos a los otros para que fueran aceptables?

—Sí, Efa, todos los que me rodean deben tener al menos diez millones en el banco o no puedo ni mirarlos.

¿Por qué encuentro tan sexy un sentido del humor tan seco?

—No es divertido si no te enfadas.

Enarca las cejas y me da un beso en la coronilla.

—Gracias por venir esta noche —dice.

—No me lo perdería por nada del mundo. —Y es verdad en muchísimos sentidos.

Que Bennett haya vuelto a invitarme a la noche de deportes es un triunfo. Cuando salí de la reunión con Aarvi no sabía cómo iba a ingeniármelas para autoinvitarme, porque no había otro modo de hacer lo que debía. Había estado dándole vueltas a varias ideas, desde decirle que tenía ganas de hacer un cordero al *curry* y que podíamos invitar a sus amigos a ver los deportes en mi casa hasta llamar a Nadia y preguntarle si pensaba asistir, para decírselo a Bennett y ofrecerme a acompañarlo de nuevo para mantenerla distraída, aunque tampoco es como si la última vez hubiera

funcionado. Incluso llegué a pensar en sugerirle que podía llevarla a hacernos la manicura y la pedicura para evitar que ella estuviera todo el rato lamiéndole la oreja a Leo.

Al final, no tuve que recurrir a ningún plan demasiado elaborado porque Bennett dio por sentado que yo iba a acompañarlo. Como si no se planteara que pudiera estar en otro sitio que no fuera a su lado.

—¿Os turnáis para quedar cada semana en casa de uno? —pregunto.

—Normalmente vamos a un restaurante o a un bar. A veces a un club privado, dependiendo de cómo estemos y de la intimidad que queramos. Pero en este momento, debido a lo que está pasando en Fort, quedamos en nuestras casas porque es aún más discreto.

—¿Así que los deportes de los lunes por la noche no tienen mucho que ver con el deporte?

—Siempre nos aseguramos de que haya una pantalla en algún sitio. Pero como probablemente pudiste notar cuando estuvimos en casa de Worth, no es el centro de nuestra velada.

—¿Crees que Nadia va a convertirse en miembro permanente de tu Club de los Lunes por la Noche?

Bennett gime.

—Espero que no. Mientras no vayan a anunciar su compromiso...

—Sí, porque no hemos traído champán ni un regalo ni nada. —Finjo estar entrando en pánico, y surte el efecto deseado: Bennett se echa a reír—. No te preocupes, Bennett: Leo va a seguir queriéndote aunque se case.

Entrecierra los ojos y me coge de la mano. Las puertas del ascensor se abren en el ático y nos quedamos en silencio; antes de que podamos llamar, Leo abre la puerta.

—Mi gente favorita. Pasad.

Leo me parece un tío que es feliz al menos trescientos sesenta y tres días al año, pero esta noche está pletórico, y una pequeña parte de mí sospecha que puede deberse a que se ha prometido.

—¡Estamos de celebración! —anuncia Leo. Se me revuelve el estómago y le aprieto la mano a Bennett. Esto no puede estar pasando—. Acabamos de conseguir unos permisos muy importantes en la urbanización New River. —Le da una palmada en la espalda a Bennett y a mí, un beso en la mejilla—. Venga, chicos, vamos a tomar unos chupitos de tequila.

Son buenas noticias: no se ha prometido.

Worth y Bennett intercambian una mirada cuando entramos en el salón de Leo. Es un espacio enorme con tres ambientes y ventanas en dos de las paredes que enmarcan las vistas del *skyline* de Manhattan.

Nadia me ve, levanta las manos y corre hacia mí como si fuéramos viejas amigas que acaban de reencontrarse. Pero es que no lo somos. Ni siquiera conectamos demasiado bien la última vez que nos vimos.

—Tómame un tequila. —Coge dos vasos de chupito y nos los da a Bennett y a mí.

—Felicidades —digo, intentando sonreír lo suficiente por Bennett y por mí, porque sé que él no lo hará.

—¡Más! —exclama Nadia; coge la botella y sirve los chupitos—. Estamos de fiesta.

No necesito mirar a Bennett para saber lo incómodo que se siente. Sé que no le gusta Nadia, pero es la elección de Leo y va a tener que aprender a llevarse bien con ella. Todo mejorará cuando averigüemos quién está detrás de los ataques contra Fort y los lunes por la noche vuelvan a celebrarse en un lugar público o, al menos, tan público como puede ser un club privado. Entonces tal vez Nadia no esté invitada y Bennett pueda recuperar a su amigo al menos una vez a la semana.

Alguien enciende la televisión y los chicos se acomodan en los sofás.

—Voy a coger algo de picar —anuncia Nadia.

—Te ayudo si quieres —ofrezco, y ella me sonríe.

—No te preocupes, yo me encargo. Me gusta jugar a las casitas. —Va de un lado a otro sin dudar, lo que demuestra que conoce bien la cocina. Me acomodo en un taburete mientras ella saca cuencos

y platos y prepara algunas salsas y trocea unas verduras, así como patatas fritas y otros aperitivos que no puedo identificar.

Se pasea entre la cocina y el salón, llevando comida y bebida. Es como un ama de casa de los años 50 en prácticas.

—Vale, voy al baño. ¿Todo bien? —pregunta. Es muy amable de su parte al encargarse de todo, y esta noche parece cómoda manteniendo las distancias con Leo, quizá porque está en su terreno y eso la hace sentirse segura, o al menos eso espero. Bennett podría aceptarla mejor si le deja un poco de espacio.

—Claro. Tengo que revisar el correo. —Cojo el teléfono y ella suelta un murmullo de protesta.

—Yo tengo la bandeja de entrada hasta los topes. Debería contratar a un ayudante. Vuelvo dentro de un minuto. O diez.

Ella se va y yo me pongo con el móvil. Cuando Aarvi y yo admitimos que éramos reacias a decirle a Bennett que era su teléfono el que actuaba como puerta de entrada a Fort, Aarvi se sinceró sobre otros de sus descubrimientos: está convencida de que la razón por la que no se puede identificar al atacante es que el *malware* no se conecta al teléfono de Bennett, sino que solo se dirige a través de él, lo que significa que el *hacker* debe actuar mientras tiene el teléfono de Bennett cerca.

Me acerco a los sofás y finjo interesarme por lo que ponen en la tele, mientras compruebo quién está sentado dónde y qué teléfonos hay a la vista. El de Bennett está sobre la mesa, junto a sus piernas y junto a un cuenco de patatas fritas. Hay dos teléfonos más cerca de él. Supongo que uno es el de Worth y el otro el de Leo, ya que están sentados a ambos lados de Bennett en el sofá, pero no lo sé con seguridad. El *malware* podría provenir de cualquiera de los cuatro móviles que están próximos a Bennett ahora mismo. Aarvi dijo que tendrían que estar dentro de un radio de un metro, y eso significa que todos ellos están en el rango, pero con eso no tengo suficiente: necesito certeza, y no creo que vaya a tener una oportunidad como esta de nuevo.

Retrocedo y vuelvo a los taburetes de la barra. Tan sutilmente como puedo, me agacho para comprobar si hay algún otro teléfono escondido bajo los sofás. Quizá hayan colocado uno. En ese momento Leo se levanta y yo me pongo en pie de un salto, por si le parece raro que esté espionando debajo de su sofá.

—Mierda, lo siento. —Echo un vistazo a la mesa y me doy cuenta de que ha tirado una botella de cerveza.

—Voy a por algo para secarlo.

Voy corriendo a coger el papel de cocina de la encimera y regreso a toda prisa. Leo me lo quita de las manos y seca la mesa. Bennett arranca una hoja para secar el teléfono, que se guarda en el bolsillo trasero.

Perfecto. Ahora no hay duda de que está al alcance si dejo caer el teléfono que me dio Aarvi por el respaldo del sofá. Es de la misma marca y modelo que el mío y debería poder rastrear cualquier *malware* enviado al móvil de Bennett.

Nunca podría dedicarme al espionaje: se me da fatal lo de mentir y engañar. Se me acelera el pulso cuando escondo mi móvil de verdad en el bolsillo de la americana y saco el otro del de mis vaqueros. Es ahora o nunca. Tengo que dejarlo cerca de Bennett antes de que regrese Nadia porque tal vez no tenga otra oportunidad de pasar desapercibida.

Cojo la botella de tequila de la barra y me acerco a los sofás.

—¿Alguien quiere? —pregunto, sosteniendo la botella sobre el respaldo del sofá.

Bennett la coge.

—Gracias. —La deja sobre la mesa frente a mí; yo paso los dedos por su pelo, sobre el cuello, y le doy un beso en la mejilla mientras deslizo el teléfono detrás del cojín en el que está apoyado.

Nadie se da cuenta de lo que he hecho y me aparto un poco, felicitándome para mis adentros. Le envío un mensaje a Aarvi para decirle que el teléfono está en su sitio. Está a la espera, lista para hacer lo que haga falta para rastrear el *malware* hasta el teléfono del *hacker*. Por mucho que Bennett quede

devastado si descubrimos que la fuente es uno de sus amigos, en los que tanto confía, la alternativa es peor. Quiero protegerlo de la gente que puede hacerle daño, y eso significa que, esta noche, necesitamos respuestas.

La velada parece durar al menos tres días y medio, y espero que eso signifique que Aarvi ha tenido el tiempo suficiente como para hacer su trabajo.

Por otro lado, Nadia ha estado más que encantadora: se ha sentado en una silla durante casi todo el tiempo y hasta se ha abstenido de lamerle la oreja a Leo. Estoy segura de que a Bennett le caerá mejor, ya que llevamos tres horas charlando entre las frecuentes idas al baño de Nadia. O tiene un problema de drogas o una infección urinaria.

—Estos partidos son eternos, ¿no? —comento.

—No sé por qué no se dedican al fútbol de verdad, como el resto del mundo —replica ella.

Me río, aunque no estoy convencida de que haya sido una broma.

—Estaba pensando lo mismo.

Bennett echa un vistazo por encima de su hombro y encuentra mi mirada. Por lo que veo, el partido ha terminado, y, por el marcador, diría que uno de los equipos le ha dado una paliza de muerte al otro.

—Tenemos que irnos —anuncia, sin apartar los ojos de los míos.

No me he atrevido a volver a coger el móvil para ver si Aarvi me había contestado después de haberle mandado el mensaje. No quería arriesgarme a que Nadia me viera con dos teléfonos. Aunque los chicos han estado distraídos, siempre cabe la posibilidad de que alguno de ellos me estuviera prestando atención, y no he querido correr riesgos innecesarios. Solo espero haber hecho lo suficiente y que Aarvi haya podido descubrir al atacante.

Cuando todo el mundo se pone de pie, charlando, me levanto del taburete; quiero salir de aquí cuanto antes, pero, a la vez, me encantaría detener el tiempo, porque, si Aarvi ha encontrado el origen de los ataques, me espera una conversación muy difícil con Bennett.

Despreocupadamente, me palpo los bolsillos de los vaqueros y miro a mi alrededor.

—¿Has visto mi teléfono? —le pregunto a Nadia. Menea la cabeza. No he llevado el bolso a propósito porque no quería llamar la atención—. Bennett, ¿tienes mi teléfono?

Me mira con el ceño fruncido y niega con la cabeza. Seguro que se pregunta por qué se lo he dicho. No tiene por qué tener mi teléfono.

Me llevo las manos a los bolsillos de los vaqueros y voy hasta el sofá. Echo un vistazo por la zona como si no supiera exactamente dónde he dejado el móvil; levanto los cojines, miro detrás de ellos y, como por arte de magia, encuentro lo que busco.

—¡Uf! —exclamo, lo bastante alto como para que le suene convincente a quien me esté escuchando.

Me giro y me encuentro a Bennett, que me mira fijamente con expresión atormentada.

Nos despedimos. Worth nos acompaña y Bennett no dice ni media palabra mientras bajamos en ascensor hasta el vestíbulo. Ni siquiera me coge de la mano: me agarra por el codo, como si pensara que voy a salir corriendo.

—Hasta luego —me despido de Worth. No tengo ocasión ni de darle un beso porque Bennett me saca a la fuerza del edificio y me lleva a la calle.

—Oye. —Me aparto de él—. ¿Qué haces?

—¿Qué hago? —espeta—. ¿Qué haces tú?

—¿Qué? —pregunto, pero no contesta, y nos metemos en su coche en silencio—. ¿Por qué estás tan enfadado? —insisto cuando arranca.

—¿Por qué se te ha caído el teléfono detrás del cojín donde estaba sentado? —Suspiro. Rezo para que no entremos en guerra y me asignen a la división de Inteligencia, porque soy la peor espía del mundo. ¿Cómo me ha pillado?—. Estoy esperando una explicación. —Puedo oír el veneno que

destilan sus palabras. Nunca le había oído ese tono. Normalmente, es un tío tranquilo y sereno. Miro al frente, a través del parabrisas. No soporto verlo tan enfadado.

—Era un teléfono que me dio Aarvi.

—¿Aarvi? ¿Qué? ¿Por qué?

No hay forma de salir del enredo en el que me he metido, así que no me queda más remedio que decirle la verdad.

—¿Te acuerdas de Tristan, mi no cuñado?

—El tío que estaba en tu apartamento.

—Voy a repetirte, para que conste, que está felizmente casado. Pero no te dije toda la verdad sobre él. —Sale a la calzada y pone rumbo a mi casa.

—Sigo esperando.

—Está en tecnología, en eso no te mentí, y también es verdad que me ha estado ayudando a decidir sobre mi carrera, pero no quedé con él por eso. Quería su ayuda para localizar a la persona u organización responsable de las brechas de seguridad de Fort.

—¿Se lo dijiste?

Dejo escapar un suspiro.

—Sí. —Me vuelvo hacia él, rezando para que vea que estoy siendo sincera—. Pero ese tío es de lo mejorcito que hay en esta industria, y, además, un amigo de la familia. No va a hacer nada que...

—¿Y? —Su mandíbula está tan tensa que juraría que se la va a romper.

—Y me ayudó con una teoría que tenía sobre el origen de los ataques.

—¿Qué teoría?

—Bueno... Luego me pusiste en contacto con Aarvi y...

—¿Qué teoría, Efa?

Ignoro esa pregunta porque estoy llegando al tema y no quiero apresurarme.

—Resulta que Aarvi tenía una teoría similar. Así que trabajamos juntas para ponerla a prueba.

—¿Esta noche? —pregunta.

—Sí.

Aparcamos delante de mi edificio y voy a bajarme, pero, antes de que lo haga, Bennett echa el seguro.

—Quiero escuchar esa teoría.

Me irrita que me haya encerrado, pero es Bennett Fordham. Está acostumbrado a conseguir lo que quiere.

—Tanto Aarvi como yo pensamos... Bueno, de hecho, Aarvi tiene pruebas, y Tristan también... Pensamos, decía, que el acceso a los sistemas de Fort se consiguió a través de tu teléfono. —Entrecierra un poco los ojos, pero sigue mirando al frente, no a mí—. Pero para poder hacerlo Aarvi me explicó que esa persona tendría que estar cerca de ti, porque el *malware* no está en tu dispositivo. El *hacker* es listo y no quiere revelar cómo entra, así que el *malware* solo pasa por tu teléfono. Nunca había oído hablar de algo así, pero Aarvi dijo que tendrían que poner un dispositivo móvil a menos de un metro de tu teléfono para acceder.

Suelta una media carcajada sin rastro de humor.

—Así que deslizaste un teléfono detrás de un cojín para poder dirigir el *malware* a través de mi teléfono, y luego tuviste el apoyo de otras cinco personas para que te sirvieran de tapadera. ¿Lo has hecho tú sola o Tristan y tú estáis trabajando juntos?

—¿Qué? —respondo bruscamente—. Deja de portarte como un gilipollas un segundo. Estoy haciendo todo lo posible por ayudarte. No puedes pensar que soy responsable de los ataques.

—No sé si eres la única responsable, pero al menos sí alguien que ha tomado parte en ellos. ¿Por qué si no has montado esa escenita, malísima, por cierto, sobre que habías perdido el móvil en el sofá?

—Porque, gilipollas, Aarvi tiene el control de ese aparato y está intentando captar el ataque en

tiempo real. —Vuelvo a intentar salir del coche, pero la puerta sigue bloqueada—. Déjame salir. ¿Intento ayudarte y me acusas? Eres un paranoico de cojones. Jamás te he dado el más mínimo motivo para desconfiar de mí.

—Ni tampoco ninguno de los cinco hombres a los que intentas acusar de sabotearme.

—Sí, tienes razón. Creo que uno de ellos está detrás de los ataques a Fort, uno de tus mejores amigos. Y es horrible y me hace sentir fatal que alguien pueda hacerte eso, pero que te quede claro que no soy yo quien lo está haciendo.

—No puede ser. De ninguna manera.

No me cree, cómo no...

—Si no te fías de mí, quizá Aarvi te convenza. —Cojo el móvil para ver si hay noticias, pero aún no me ha dicho nada. Habíamos quedado en que me mandaría un mensaje en cuanto supiera algo—. Déjame salir —insisto.

—Voy a llamarla —anuncia, sin abrir la puerta.

—Hazlo. Pero déjame salir. Estaré esperando una disculpa.

Desbloquea las puertas del coche con el teléfono pegado a la oreja.

Me encantaría saber lo que va a decirle Aarvi, pero, por otra parte, estoy harta de esto. No quiero ser la persona a la que Bennett mire inmediatamente si algo va mal. Cierro la puerta del coche y me dirijo a mi edificio.

Estoy agotada. Quiero llegar a casa; quiero hablar con mi hermana; quiero un KitKat y ver un episodio de *Love Island*.

Puedo entender que Bennett tenga problemas de confianza, pero no creo que pueda soportar que me señale como la principal sospechosa siempre que haya algún problema. Me he partido el culo tratando de solucionar este asunto por él, ¿y sospecha de mí? ¿Después de todo el tiempo que hemos pasado juntos? Entiendo que la gente utilizara a su madre, pero él no es ella, y yo no soy ellos.

Las puertas del ascensor se cierran; en parte, confío en que Bennett va a aparecer de nuevo con expresión de disculpa, pero no lo hace.

Y tras una hora esperando a que aporree mi puerta, apago la luz e intento dormir.

BENNETT

Debería habérmelo dicho, pero entiendo por qué no lo hizo. Me recuesto contra el reposacabezas y suspiro.

—¿Y lo sabes con certeza?

—¿No reconoces el número? —pregunta—. Es el móvil que ha estado facilitando los ataques, no me cabe duda.

—No entiendo por qué Leo usaría su propio número. ¿No sería más lógico comprar un desechable?

—No sé qué decirte —responde Aarvi—, pero sí que, sin margen de error, es el móvil implicado. Siempre a esta hora de la noche, a principios de semana. Lo he rastreado.

—¿Y Efa te ha ayudado?

—Sin ella, habría tenido que acudir a ti con mis sospechas y tú me habrías dado con la puerta en las narices y no habríamos avanzado nada.

—No habría hecho tal cosa —replico con tono brusco.

—Bennett, eres muy leal a tus amigos. No querrías ni oír hablar de que uno de ellos te hubiera traicionado.

No respondo. Tengo muchísimo cuidado con los desconocidos y soy muy distante, pero con mis cinco amigos soy un libro abierto.

—¿Es posible que alguien pueda estar cubriendo sus huellas usando el teléfono de Leo? —pregunto. Aarvi no responde de inmediato—. Aunque solo haya un cero coma uno por ciento de probabilidades, quiero verificarlo.

—Hay una posibilidad —admite—. Podrían estar enrutándolo a través del teléfono de Leo como tapadera, pero es poco probable.

—Pero posible.

—Sí. —Me doy cuenta de que cree que es Leo, pero no lo conoce como yo—. Hay muchos motivos por los que podría haberlo hecho. Problemas de dinero, quizá.

—Leo está forrado.

—Pero quizá sea adicto al juego o haya tomado malas decisiones. Podría hasta ser por pura diversión, como muchos ataques, pero...

—Tienes razón —interrumpo—. Habrá que investigar.

—¿A Leo?

—A todos. —Mis amigos son mi refugio, las personas a las que puedo acudir para desahogarme sobre el trabajo o para intercambiar ideas; ante ellos puedo admitir que no estoy obteniendo los resultados que quería en los negocios, en mi vida o en cualquier otro ámbito que no esté a la altura de mis expectativas, pero ahora mismo ya no siento que pueda confiar en ellos... Ni en nadie. Aarvi tiene razón. No la habría creído si me hubiera dicho que alguien de mi círculo íntimo era responsable de los ataques. Eso habría sido un error—. Asegúrate de investigar también a Efa.

—¿A Efa? Eso es absurdo. Ha intentado ayudar.

—Tal vez —respondo—. Tal vez solo intenta inculpar a otro. No hay duda de que los ataques empeoraron cuando llegó a la ciudad.

—¿Qué quieres que busque sobre ella?

—Ya la he investigado y todo parecía en orden, pero quiero que vuelvan a revisarlo todo.

—Lo arreglaré, pero, por si sirve de algo, no creo que haya nada de lo que preocuparse.

—Me gusta tratar con datos y no con conjeturas.

—Nunca me ha presionado para obtener información, y en todas las ocasiones en las que he tratado con ella jamás ha habido nada que me hiciera sospechar que pudiera formar parte de los atentados.

—Tú investigala y punto. —No quiero seguir repasando el tema. Ya lo haré en la intimidad de mi *suite* esta noche—. ¿Entonces, el próximo lunes volvemos a comprobar de dónde vienen los ataques? Puedo llevarme el dispositivo de rastreo. De esa manera sabré que no ha sido manipulado.

—Sí, por supuesto.

Ahora no confío en mis amigos, pero no voy a ir a por ninguno de ellos hasta que tenga pruebas definitivas.

—Tenemos que estar tan seguros de que están implicados como de que el agua moja. Y después volveremos a comprobarlo tres veces.

No le he contado a Aarvi lo de Tristan, pero hay algo en todo eso que no me gusta.

—¿Has oído hablar de Tristan Dubrow? —pregunto.

—¿El *hacker*? Claro. Es una leyenda.

—Al parecer, le ha echado una mano a Efa.

—Guau. Ese tío no es precisamente barato. Y no sé ni cómo ha podido ponerse en contacto con él. Tampoco es como si hubiera un formulario de contacto en su página web o algo así.

—Es un amigo de la familia, al parecer.

—Pues menudo favor le ha hecho...

Dejo escapar un suspiro. Hasta ahora, todo lo que me ha contado Efa coincide con lo que dice Aarvi. Puede que Efa esté urdiendo algún elaborado engaño, pero mi instinto me dice que me ha dicho la verdad.

Eso no significa que mi enfado haya disminuido, porque no es así. Debería haberme dicho lo que estaba haciendo; espero sinceridad absoluta de la gente que me rodea, y más si se trata de ella, que sabe por qué es tan importante para mí que la gente sea quien dice ser. Y aun así actuó a mis espaldas. Solo Dios sabe cuánto tiempo hace que tiene esa teoría sobre la traición de alguien de mi círculo íntimo, y no sé por qué no ha acudido a mí para contármela. También estoy enfadado por que Aarvi no me lo haya dicho, pero eso es una decepción profesional. Lo de Efa es más grave.

—¿Estás segura de que es uno de los buenos? —pregunto.

—No hay forma de saberlo con certeza, pero tiene reputación de solucionar cualquier situación. Es como un superhéroe *hacker*. Se dice que ha impedido que Rusia les haga un montón de cosas nefastas a los gobiernos occidentales.

Pongo los ojos en blanco. ¿Un superhéroe *hacker*?

—¿Por qué nunca he oído hablar de él?

—¿Y lo dices tú? ¿El hombre oculto por excelencia? —ríe—. De todos modos, es diferente. Los *hackers* no quieren que la gente conozca su identidad.

—Prepáralo todo para el lunes. Entonces veremos cómo seguir.

—Haré los controles de seguridad y prepararé todo para el lunes... —Tiene algo más que decir, lo noto, y detesto que los miembros de mi equipo no hablen sin tapujos. De hecho, eso fue lo que nos metió en este lío. Necesito gente a mi alrededor que no me trate como el jefe o el multimillonario. Eso fue, en parte, lo que me atrajo de Efa: le importaban una mierda mi riqueza o mi estatus. Pero, claro, tenía sus propios planes.

—¿Qué, Aarvi? —estallo—. Tienes que contármelo todo.

—Iba a decir que apostaría cualquier cosa a que Efa está de nuestra parte.

Ahora mismo no puedo centrarme en eso: solo quiero atrapar de una vez a quienquiera que esté atacando Fort.

Necesito tener la certeza, y no solo la impresión, de que puedo confiar en alguien.

EFA

Mientras cojo el ascensor que lleva al personal a la Suite Park, no puedo evitar preguntarme si alguno de los otros empleados tiene un trabajo extra, porque he estado intentando localizar a un *hacker* que va tras una de las empresas más exitosas de la historia corporativa estadounidense; quizá José y Jackie, que trabajan en las habitaciones de los ejecutivos, se dediquen a negociar con bonos empresariales.

Se me encoge el estómago cuando el ascensor se detiene y se abren las puertas. El corazón me da un vuelco al mirar la puerta de la Suite Park.

Hoy estoy sola porque Marcella está enferma, y me han hecho responsable de sus habitaciones. Ella me ha enseñado bien y sé que puedo encargarme de todo, aunque desearía no tener que hacerlo, al menos hoy no, porque no quiero toparme con Bennet tal y como están las cosas.

Aunque lo he visto por última vez hace solo unas horas, ya lo echo de menos, aunque no es por el tiempo que ha pasado, sino por la distancia que ahora hay entre nosotros. Aunque nos hayamos peleado —y él haya exagerado la situación—, que no quiera verme me rompe el corazón.

No ha intentado ponerse en contacto conmigo desde que hablamos ayer en el coche; Aarvi no ha debido de convencerlo aún de que no soy yo quien va a por él, de que solo intentaba echar una mano.

No confía en la gente, lo entiendo, pero me hace más daño del que esperaba saber que no confía en mí.

Lo último que quiero hacer es cambiarle las sábanas cuando puede pensar que estoy ahí para espiarlo o colocar un dispositivo que ayude a atacar Fort; no quiero volver a verlo cuando sé que piensa que soy el enemigo, porque eso es lo último que haría. No soportaría ver una expresión de odio o desconfianza en su rostro después de todo lo que hemos compartido.

La luz que indica que puedo hacer la habitación está encendida, así que dejo el carrito en la puerta, yergo los hombros y llamo. Abro tras dar unos golpecitos más y exclamo:

—¡Servicio de limpieza!

No responde nadie, pero tampoco esperaba que Bennett contestara.

Para no verlo, voy primero al cuarto de baño. Recojo todas las toallas usadas y salgo al pasillo para meterlas en la bolsa de la ropa sucia. Por un momento puedo respirar, pero no dura mucho: regreso al baño con el cubo de la fregona y me pongo a limpiar el lavabo.

Algo va mal, aunque no termino de saber qué es. Y, de pronto, me doy cuenta: sus artículos de tocador han desaparecido.

Doy vueltas a mi alrededor, intentando localizarlos en algún sitio, pero no veo nada, ni siquiera su neceser de cuero marrón. Salgo del cuarto de baño y abro de un tirón las puertas del vestidor: nada; ni trajes, ni camisas ni zapatos. Todo ha desaparecido.

Corro al dormitorio. Bennett nunca deja objetos personales en la habitación, pero busco algo, lo que sea —un cargador de teléfono, un ratón del ordenador...—, pero no hay duda: se ha ido. ¿A dónde? A algún lugar donde pueda esconderse de mí. Se me encoge el corazón en el pecho y a duras penas puedo respirar.

Eso es todo: sin discusiones, sin despedidas. Se ha acabado sin más.

Sigo limpiando, aturdida, mientras le doy vueltas a nuestra última conversación con pequeñas variaciones: cosas que podría haber dicho, que tal vez debería haber dicho, que podrían haber tenido un resultado diferente. Pero a pesar de toda mi gimnasia mental, no veo cómo podría haber

terminado de otra manera. Al fin y al cabo, empezamos como empezamos, con Bennett pensando que yo era algo que no soy.

Después del baño, paseo por la *suite*, intentando no imaginármelo sentado en el sofá o ante el escritorio... o en la cama.

Cuando quito las fundas de las almohadas, su olor me inunda. Todo esto es terriblemente injusto; me cabrea que no haya hablado conmigo, que no se haya dado cuenta de que solo intentaba protegerlo. Debe de ser horrible confiar en tan poca gente en este mundo y que una de las personas de tu círculo íntimo te traicione.

Lo entiendo, me ha pasado, pero ¿por qué no me ha dejado ayudarlo?

Después de hacer la cama, quito el polvo y limpio cualquier rastro de Bennett de todas partes, y es entonces cuando la veo: la piedra que le cogí a Bennett aquel día en el lago. La que le pedí que conservara.

La ha dejado ahí.

Me fallan las piernas y me siento en la cama aunque acabo de hacerla, porque, si no, voy a caerme al suelo. Siento el calor y la suavidad de la piedra en la palma de la mano, como si hubiera estado al sol todo el día.

Él sabía que iba a encontrarla; quiso deshacerse de todo lo que le recordaba a mí, como si yo fuera una enfermedad que purgar de su organismo.

Supongo que debería sentirme agradecida por que él haya puesto punto final. Ahora puedo regresar a Londres dentro de unas semanas sin dejar cabos sueltos ni tener nada de lo que arrepentirme, sin ningún «¿Qué habría pasado si...?» rondándome por la mente.

Aunque no esperaba que las cosas acabaran así, estaba claro que, de un modo u otro, iban a acabar, que nuestro futuro no era caminar juntos rumbo al amanecer, y por eso no termino de comprender por qué me siento así, con este dolor en el pecho y las piernas temblorosas.

¿Cómo puedo sentir tanto por alguien que confía tan poco en mí?

Sí, me ha hecho daño, pero espero que se me pase pronto, aunque eso no me impide que me guarde la piedra en el bolsillo.

Puede que él no quiera revivir los recuerdos de nuestro tiempo juntos, pero si los recuerdos son todo lo que me queda, atesoraré hasta el último de ellos.

BENNETT

Los lunes por la noche siempre han sido el acontecimiento social más importante de la semana, los momentos en los que puedo ser yo mismo, no el jefe, el multimillonario o el hijo de la estrella del cine, pero esta noche es muy distinta, sobre todo porque llevo encima dos dispositivos que, en esencia, sirven para espiar a mis amigos. Y no me gusta; claro, que pensar que al final de la velada voy a saber con certeza si uno de ellos está tras los ataques a Fort me gusta aún menos.

En esta ocasión hemos quedado de nuevo en casa de Worth. Se discutió sobre el lugar en el chat de grupo, pero no estoy seguro de por qué hemos terminado aquí, ya que fui directamente al final de la conversación.

Hay un punto positivo en la noche: Nadia no va a estar. Ese dato me llamó la atención cuando revisé por encima el chat.

Leo abre la puerta de improviso y doy un paso atrás, en *shock*, sin tiempo para colgarme la cara de póquer.

—Vaya, pareces cabreado —comenta Leo—. ¿Qué pasa?

Me encojo de hombros.

—Solo estoy cansado. ¿Cuál es tu excusa? —replico, dándole un empujón.

Leo suelta una carcajada; siempre está de buen humor, y ahora solo puedo preguntarme si está fingiendo. ¿Me odia? Si necesitaba dinero, ¿por qué no se limitó a pedirlo? Cualquiera de nosotros cinco habría hecho cualquier cosa por él.

Intento mantener la mente abierta, pero he visto los datos. Hice que Aarvi me los mostrara esta semana y la evidencia contra Leo es convincente, pero aun así quiero comprobarlo por mí mismo porque todavía me aferro a la esperanza. Efa podría estar mintiendo, todo podría haber sido un elaborado engaño para protegerse o para encubrir a quienquiera que trabaje para ella.

Cada vez que pienso en ella es como echar sal en la herida. Solo quiero ponerme una venda y olvidarme de ella, curarme, superarlo y superar también esta noche.

Aarvi y yo revisamos los dispositivos que podrían rastrear los ataques. Tenemos lo mismo que usó Efa, y también otro con mayor capacidad de procesamiento, del tamaño de una *tablet*. Lo he hecho coser a mi chaqueta para así tenerlo cerca.

Soy el primero en llegar después de Leo. Worth me tiende un vaso de whisky con un cubito de hielo enorme, como si me hubiera estado esperando.

—Salud —dice, levantando su propio vaso.

Leo brinda con la botella de cerveza y nos sentamos en el sofá.

Como si estuviera incómodo, saco el móvil del bolsillo del pantalón y lo deslizo sobre la mesa que tenemos delante. Lo que ocurre es que ni estoy incómodo ni es mi móvil: es el rastreador.

Al menos Nadia no va a estar aquí. Seguro que no me habría importado en otras circunstancias, pero tener a alguien más aquí un lunes por la noche, entre nosotros seis, altera la dinámica.

La dinámica.

¿Es posible que nuestra amistad durante todos estos años haya sido una farsa? Y si empezó de verdad, ¿cuándo se torció? ¿Cuánto tiempo lleva Leo fingiendo? ¿Es algo personal o nos odia a todos? ¿He sido un objetivo planeado o solo estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado?

—¿Estás bien? —pregunta Worth, arrancándome del curso de mis pensamientos.

—Sí —respondo.

—¿Qué tal Efa? —Miro a Leo, que está lidiando con el mando a distancia, y devuelvo mi atención a Worth, encogiéndome de hombros—. ¿Os habéis peleado?

Asiento.

—Es demasiado joven —digo, sin ninguna intención de entrar en detalles.

—No me lo ha parecido —comenta Worth—, claro, que no he pasado mucho tiempo con ella.

A mí tampoco me lo parece. No sé si es porque sus padres murieron cuando ella era muy joven o porque ha tenido que soportar un montón de cosas desde entonces, pero es muy madura para sus años. Tras aquella primera noche juntos jamás he vuelto a pensar en la diferencia de edad.

Pero ¿era parte del plan? Tal vez solo intentaba ser todo lo que yo quería para acercarse a mí.

Me pellizco el puente de la nariz. Soy incapaz de dejar de pensar en ella a todas horas. Cuanto más intento alejarla, más vívidos son mis recuerdos.

—¿Cómo va el trabajo? —le pregunto a Worth. Como no contesta al momento, lo miro y lo encuentro paseando la vista de Leo a mí.

—Bien —responde.

—Me alegro —apruebo.

No sé si soy yo el que está haciendo que la situación sea incómoda o es Worth. ¿Está metido en esto? ¿Sabe lo que está haciendo Leo? ¿Están todos compinchados para hundirme?

—Voy a cagar —anuncio. Necesito algo de tiempo para serenarme porque, si sigo así, voy a mostrar todas mis cartas.

—Gracias por compartirlo —bromea Leo—. ¿Necesitas que alguno de nosotros te ayude o algo?

—Vete a la mierda —replico, y suena como la primera cosa sincera que digo desde que he llegado. Si Aarvi y Efa tienen razón, voy a cargarme a Leo. No habrá nada que pueda impedir que lo destruya de todas las formas imaginables. Acabará pudriéndose en una prisión del sudeste asiático, sin un céntimo, con su reputación echada a perder.

Pero primero necesito pruebas.

Dejo el teléfono sobre la mesa. Mientras me levanto, me pregunto si debería llevarme la chaqueta. Si alguien la coge, le quedará claro que llevo algo ahí, pero si voy al baño con ella, va a llamar todavía más la atención.

Al final, la dejo y me voy. Con suerte, para cuando regrese, Jack, Fisher y Byron habrán llegado y Worth ya no estará encima de mí.

Regreso al salón exactamente siete minutos después. Supongo que es un tiempo aceptable para cagar, aunque nunca me he cronometrado.

No me he llevado mi auténtico móvil porque no quería arriesgarme a cargar con un montón de dispositivos, pero no puedo evitar preguntarme si Aarvi habrá conseguido ya los datos que necesita. Quiero largarme cuanto antes, pero ni siquiera han sintonizado aún la *ESPN*, así que me quedan horas de esta tortura: tengo que quedarme aquí sentado preguntándome quién es amigo y quién enemigo. ¿Mi madre se sentía así todo el tiempo? ¿Se preguntaba constantemente quién trataba de utilizarla y quién deseaba de verdad pasar tiempo en su compañía, no porque fuera rica o famosa, sino solo porque le caía bien?

No me permito echarla de menos, ya no. Su pérdida me motivó durante los primeros años tras su muerte: la necesidad de supervivencia alimentó mis decisiones empresariales y me ayudó a construir mi fortuna. Pero de vez en cuando me gustaría estar seguro de alguien. De cualquiera. Pensaba que había encontrado esa confianza en mis amigos, y ahora hasta eso se ha ido a la mierda. ¿Qué me queda?

Consigo pasar las tres horas siguientes sin inmutarme cada vez que Leo me habla, aunque no es fácil, y ahora tampoco puedo evitar cuestionar todo lo que Worth dice o hace.

¿Por qué estamos en su casa otra vez? ¿Leo y él se aseguran de que estas veladas se celebren en una de sus viviendas para que las cosas vayan según algún plan secreto? ¿Es así como he acabado aquí? ¿Me han engañado? Ojalá tuviera el teléfono para poder revisar los mensajes. ¿Por qué Fisher, Jack o

Byron no se han ofrecido como anfitriones? A lo mejor también están metidos en el ajo.

Me paso la mano por el pelo como si así pudiera arrancarme todos los pensamientos del cerebro.

—Esta noche pareces muy concentrado en el partido, Bennett —comenta Fisher.

Es casi como si hubiera olvidado que la gente puede verme. Se me está yendo la olla.

—¿Qué puedo decir? Soy hinchado de los Broncos —respondo, inexpresivo. Me levanto para prepararme una copa—. ¿Queréis algo?

—Claro, tráeme otra cerveza —pide Leo.

El próximo lunes, si me invita a una copa, puede que sea con arsénico. Voy hasta la barra, alegrándome de poder tomarme un momento, hasta que veo que Worth viene detrás de mí. No dice nada, solo me quita la botella de las manos y se sirve un whisky. Coge más hielo de la máquina y echa un cubito enorme en mi copa y luego otro en la suya.

—¿Por qué no hablas con ella? —sugiere—. Jamás te había visto con nadie que pareciera entenderte y que no estuviera en parte intimidada y en parte deseando que le pusieras un anillo en el dedo.

Mi cerebro pasa de pensar en la traición de mi amigo a pensar en Efa. ¿Qué es peor? ¿Su traición o la de Leo?

—Sí, no la intimidaba en absoluto —pienso en voz alta—. Eso habría sido... —Worth tiene razón: si ella se acercó a mí para atacar Fort Inc., probablemente se habría comportado de una forma más sumisa y encantadora en lugar de llamarme..., ¿cómo era? Ah, sí: imbécil.

De verdad que espero que no sea ella, pero eso significaría que el que está detrás de todo esto es Leo, y no sé qué me hace más daño.

—¿No tiene arreglo?

Suspiro. Hace una semana que no hablo con ella; no tengo ni idea siquiera de si sigue en el país.

—No lo sé.

Finalmente, llego al límite. Necesito estar solo.

—Me largo. —No soporto fingir ser otra persona delante de ellos, y no pienso hacerlo durante más tiempo.

Cojo el móvil y la chaqueta y me marchó, dispuesto a averiguar quién me ha traicionado.

BENNETT

Estoy acostumbrado a que me consideren frío y desapasionado, y no me molesta. Tampoco es que no sienta las cosas, sino que la procesión va por dentro. No me gusta mostrar mis emociones delante de los demás.

—Me estás poniendo nerviosa —protesta Aarvi.

Lo entiendo. No está acostumbrada a verme así, igual que yo no estoy acostumbrado a estar así.

—Entonces, ¿definitivamente es Leo? —pregunto.

Me lo dijo anoche, pero quería repasarlo todo hoy.

—Sin duda. —Hace un leve gesto de incomodidad, pero aun así lo capto.

—¿Qué?

—Hay algo que no cuadra.

—Dime.

—Bueno, ayer repliqué algunos de nuestros sistemas, puse archivos falsos y dirigí el hackeo a través de ellos.

—¿Así que creen que entraron en Fort pero no ha sido así?

Ella asiente.

—Sí. Tenía la esperanza de que podría llevarme a alguna pista sobre lo que buscan. Lo que pasa es que... No sé, quizá lo estoy malinterpretando, pero es como si supieran que era una trampa. La puerta estaba abierta, pero no entraron.

Me viene a la mente la imagen de Efa.

—Efa sabía que estábamos investigándolo. Ha debido de imaginar que íbamos a repetir el rastreo.

Ella sacude la cabeza.

—No ha sido Efa. Hemos estado charlando y esto le viene grande. Ha recibido mucho apoyo de Tristan porque, aunque sus profesores le han enseñado bien, todavía no ha tenido la oportunidad de poner esos conocimientos en práctica.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Por las preguntas y las suposiciones que hace. Tengo claro que esto se está enrutando a través del teléfono de Leo, pero me pregunto si hay alguien usándolo como hombre de paja.

—Eso ya lo he sugerido yo, pero ¿quién? —pregunto.

—Antes no parecía probable, sobre todo porque los únicos que tenían acceso a ti eran tus cinco amigos y Efa, pero...

Y entonces la respuesta cae sobre mí como una puta tonelada de ladrillos.

—Nadia.

—¿Quién? —duda Aarvi.

—La novia de Leo. Su nueva novia. Joder. Joder. Joder. Lo he tenido todo el tiempo delante de mí. ¿Por qué no he pensado en ella?

—¿Quién es?

—Ha salido de la nada. —Suelto una carcajada irónica—. Joder, se ha comportado de forma sumisa y superencantadora. No lo deja solo ni cinco segundos. Joder, no es Efa, es Nadia. Llama a Chul. Tiene que investigarla cuanto antes.

Chul nos dice que le llevará algún tiempo encontrar algo sobre Nadia. Después de todo, no tengo ni apellido ni foto, y una búsqueda rápida ha revelado que no tiene ninguna presencia en las redes sociales. Quizá Efa tenga más detalles sobre ella: se sacrificó más de una noche intentando

mantenerla alejada de mí, pero la situación es complicada. Hasta que no sepa nada a ciencia cierta sobre Nadia, no pienso comentar la situación con nadie.

Tengo que estar seguro de todo y de todos.

Aun así el alivio me inunda como se hubiera roto una maldición. No sé qué me quedaría si Leo —o cualquiera de mis amigos— hubiera sido quien me ha traicionado. No creo que hubiera podido superarlo, y ahora ya no tengo que hacerlo.

—Gracias a Dios, joder —digo en voz alta, porque no puedo contenerme más.

No es Leo. No es Efa.

Lo siento en mis entrañas. Sí, quiero tener la confirmación y entender quién y por qué y todos los demás detalles, pero la tormenta que se fraguaba en mi interior acaba de reducirse a una ligera brisa. Si no han sido mis amigos ni Efa, si ha sido Nadia, será duro para Leo, pero es fuerte y lo superará. Al menos no se trata de nadie que conozcamos desde hace tiempo, de nadie que forme parte de nuestro círculo íntimo.

EFA

Hacer tantos turnos en el hotel durante la semana pasada ha sido una bendición: me ha ayudado a camuflar mi dolor, a esconderlo bajo la alfombra con un rápido empujón. Pero ahora, en mi día libre, estoy harta de disimular, y soy consciente del peso que siento en el corazón.

Me siento abandonada por Bennett; se apresuró en pensar lo peor de mí y no le costó nada alejarme de su lado. Está claro que mis sentimientos no eran recíprocos, pero había llegado a pensar que... No sé. Debo de haber malinterpretado la situación, la conexión que pensé que teníamos.

—Estoy preocupada por ti —dice Eira; yo equilibrio el teléfono sobre la almohada que tengo a mi lado para no tener que desperdiciar mis fuerzas en sostenerlo—. Estás muy pálida.

—No he visto la luz del sol en ocho días. —Es una exageración, pero tampoco tanto. Trabajo desde las siete de la mañana y me meto en casa a las seis de la tarde. Estoy cansada y tengo el corazón roto.

—¿Cuándo regresas a Londres? —pregunta—. ¿Tanto te necesita Gretel? Se suponía que ibas a tener un horario flexible. ¿No puede ser flexible para dejarte regresar a casa?

¿Debería hacerlo? En teoría, no me costaría encontrar un motivo que Gretel pudiera comprender porque, de todos modos, solo iba a estar en Nueva York un par de semanas.

Echo muchas cosas de menos de mi hogar: el bullicio al pasear por Covent Garden, que mi hermana esté a tan solo unos minutos de distancia, que todo el mundo encuentre su lugar, sea quien sea.

—Echo de menos mi casa —confieso.

—Pues ven.

Solo hay una cosa que echaría de menos en Nueva York, y no son los *pretzels* calientes ni el pintoresco paseo al trabajo: es Bennett.

Si me voy ahora, será como si hubiera puesto punto final a... ¿qué teníamos? ¿Una relación? ¿Una aventura? Lo llame como lo llame, me habré alejado de nuestro tiempo juntos. Aunque me frustra que me culpe de los ataques a Fort —si volviera a verlo, le echaría la bronca por no confiar en mí, cuando jamás le he dado motivos para ello—, me reconforta saber que estamos en la misma ciudad, respirando el mismo aire. Eso me mantiene anclada a este lugar, al menos por ahora. Quizá cuando me duela menos el corazón me resultará más fácil marcharme.

—No puedo regresar aún —respondo—. Quizá dentro de un par de semanas. No quiero dejar tirada a Gretel.

Se hace el silencio unos segundos hasta que ella vuelve a hablar.

—Te ha crecido el pelo. Y lo tienes más claro.

—Debe de ser por el viaje a las Catskills.

—¿Cómo está Bennett? —pregunta.

No le he contado que nos hemos peleado. No suelo esconderle nada a mi hermana, pero ha habido mucho secretismo en mi relación con Bennett, y quizá eso es parte del motivo por el que estoy tan agotada: siempre estaba en guardia, asegurándome de no meter la pata, sin poder ser yo misma.

—Bien —respondo.

Se da cuenta por mi tono de que algo no va bien, y enarca las cejas. Es la expresión que utiliza con los niños a su cargo cuando se portan mal.

—¿Por eso estás tan triste?

A Eira no se le escapa nada. No sé si por su trabajo como niñera o porque siempre ha sido más

una madre para mí que una hermana mayor. Me conoce a la perfección.

—Quizá...

—¿Tengo que coger un avión y echarle la bronca?

Me río. Daría cualquier cosa por presenciar esa conversación. Bennett no tendría nada que hacer.

—No, pero gracias. Sobreviviré. Tampoco es que... —No encuentro las palabras. Visto desde fuera, nadie entendería lo mucho que me ha afectado lo que ha pasado con Bennett. Cualquiera que no supiera la conexión que nos unía me diría que siguiera adelante, que lo superara y me liara con otro. Y lo entiendo, pero tardé muy poco en sentir por Bennett más de lo que había sentido por cualquier otro hombre, y me va a costar superar esos sentimientos. No va a ser suficiente con ponerme unos tacones y una falda corta y salir de noche. Eso no va a curar el nudo que tengo en las entrañas, que solo pasará con el tiempo; o eso espero.

—¿Tampoco es que qué? —pregunta Eira.

—Tengo veintidós años y estoy en Nueva York. No es...

—¿Dónde os conocisteis?

No quiero mantener esta conversación porque no sé qué responder: «Ah, nada, nos encontramos en un bar y follamos hasta perder el sentido. Y después otra vez, cuando fui a limpiar su habitación, sobre el escritorio. Y, de pronto, ya no solo era sexo, si es que lo fue alguna vez».

—En el trabajo, más o menos.

—Ah, ¿trabaja en el hotel?

Tengo que terminar con este tema. Cuantas más preguntas haga, cuanto más le revele, menos le gustará Bennett. Mi hermana no sabe casi nada de Fort Inc. o de magnates americanos que no quieren que se descubra su identidad. Confío en ella, pero Bennett no querría que lo convirtiera en el objeto de la conversación, y, además, eso no cambiaría nada.

—Algo parecido —respondo. *Es el dueño...*—. Voy a darme una ducha. Y luego iré a dar una vuelta por el parque.

Saber que no puedo tener una conversación entre hermanas sobre el tipo que me ha roto el corazón ayuda un poco, por mucho daño que me haga, porque me hace darme cuenta de que Bennett y yo íbamos a tener que separarnos en algún momento. No puedo estar con alguien del que no le puedo hablar a Eira.

Tengo que pasar página.

—El sol y el aire fresco te vendrán bien.

—Es agosto y estoy en Nueva York. Salir no le va bien a nadie, pero te agradezco el cliché.

—Ven a casa. Nos espera una semana entera de lluvia —ríe.

Así sería la vida en Londres: lluviosa, como cabe esperar..., y sin Bennett. Tampoco es que sea tan diferente de la vida en Nueva York.

BENNETT

Rara vez me pongo nervioso, jamás me ha costado dar malas noticias y no recuerdo la última vez que evité tener una conversación con alguien, pero hoy es diferente. Esta noche de lunes va a ser diferente, y el giro argumental es que la novia de Leo, Nadia, es una ladrona, una mentirosa y una estafadora.

Aarvi y Chul han comprobado y vuelto a comprobar todo tres veces. No hay ninguna duda sobre la información que tengo, aunque aún no la he compartido con nadie.

Worth, Fisher, Jack y Byron solo saben tengo que darle malas noticias a Leo sobre Nadia. Quería que estuviéramos todos juntos, aunque Byron no ha podido venir porque está de viaje.

Leo va a necesitar apoyo, y, además, quiero que todos escuchen lo que tengo que decir para que no haya división en el grupo. Nadia vive con Leo, y no sé hasta dónde será capaz de llegar para excusarse. Solo me queda esperar que Leo me haga caso, aunque sé que existe un riesgo: Leo podría decidir no creermelo y pensar, en cambio, que intento sabotear su relación.

Worth ha ofrecido su casa como terreno neutral, pero al pulsar el timbre una parte de mí se pregunta si debería haber traído seguridad.

Llego seis minutos tarde: tiempo suficiente para que todos estén ya ahí. Soy un actor terrible, y no quiero ponerme a charlar sin más con estas cinco personas que se han convertido en mi familia a lo largo de los años: en cuanto vea a Leo, voy a querer arrancarme la tirita de golpe.

Worth abre la puerta con expresión sombría. Sabe que no les habría pedido ayuda si esto no fuera serio, aunque tampoco quiero que Leo piense que esto es una especie de intervención o que todos hemos estado maquinando a sus espaldas, porque no se trata de eso, y tampoco quiero enturbiar las aguas. Pienso contárselo a todo el mundo al mismo tiempo.

—Ya han llegado todos —explica Worth.

Asiento, y me pregunto si ese «todos» incluye a Nadia, aunque no le expongo mis dudas a Worth porque no quiero adelantarme a los hechos. Bajamos al sótano y todos se vuelven hacia mí en silencio; todos saben que ocurre algo, aunque no sepan qué es. Por suerte, no veo a Nadia entre los rostros que me contemplan.

Worth me sirve una enorme copa de whisky. Leo se sienta en el sofá, y sé que ha llegado la hora.

—Leo. —Se vuelve hacia mí, sonriendo como si estuviera a punto de contarle un chiste, pero no hay nada de divertido en esta situación—. Tengo que contarte algo. —Ladea la cabeza y frunce un poco el ceño. Saber lo que voy a decirle, el daño que voy a hacerle, se me clava como un cuchillo oxidado en las entrañas—. Se trata de Nadia. Te ha estado utilizando para piratear mi teléfono los lunes por la noche, y lo utiliza como puerta de entrada a Fort Inc. Hemos desarrollado algunas funciones avanzadas en materia de inteligencia artificial que nadie fuera de la empresa conoce. —Miro a mi alrededor: ahora ellos también están al tanto—. Sospechamos que es lo que ha estado buscando.

—¡Joder! —exclama Jack por encima de los murmullos de los otros tres.

—¿Qué? —Leo sacude la cabeza—. ¿De qué me estás hablando?

—Sabes que dejé mi apartamento porque mi equipo y yo pensábamos que alguien me acechaba, y, al parecer, no estaba siendo paranoico: se trataba de la organización para la que trabaja Nadia. Hicieron la conexión entre Ben Fort y yo, localizaron a mi grupo de amigos y... encontraron la forma de infiltrarse. —Me estremezco al oír cómo suena en voz alta. Leo era un objetivo, un peón; un medio para un fin—. Lo siento.

—Tu paranoia está fuera de control, Bennett —protesta Leo—. Nadia es modelo, no una puta espía o *hacker* o lo que coño sea de lo que la estás acusando.

—Lo entiendo —respondo con tono calmado. No hace falta echar más leña al fuego; esta noche ya va a ser bastante complicada, pase lo que pase—. Sé que es difícil de creer. Yo mismo no me lo creía al principio, en parte porque lo preparé todo para que pareciera que eras tú el que intentaba atravesar los sistemas de seguridad de Fort.

—¿Así que también sospechabas de mí? —pregunta con agresividad.

Sacudo la cabeza.

—Ni por un segundo.

Suena mi móvil y sé que es Chul para ponerme al corriente de lo que pasa en el apartamento de Leo. Hizo que un equipo se desplazara al lugar para vigilar en caso de que Nadia estuviera ahí cuando Leo se enterara. Por si acaso.

—Bennett, en serio. ¿Te estás escuchando? —pregunta Leo—. Esto no es una película de Jason Bourne y Nadia no es la villana.

Worth le da una palmada en la espalda a Leo.

—Colega, Bennett dice la verdad.

Siento ese apoyo como si me hubiera puesto a mí la mano en la espalda: sabe que no estoy mintiendo.

Leo se vuelve hacia Worth.

—¿Lo sabías?

Worth levanta las manos.

—Por supuesto que no. Nos hemos enterado todos al mismo tiempo, pero Bennett no miente, y lo sabes, como lo sé yo o lo sabemos todos. Entre nosotros no hay mentiras.

—Pero es imposible —murmura Leo—. La he visto en las portadas de varias revistas. —Me encojo de hombros. No es difícil de falsificar; ya no hay nada difícil de falsificar. Leo sacude la cabeza—. No puede ser. Yo... Yo... Yo... —Todos nos mantenemos en silencio para permitir que Leo lo procese.

—Por si te hace sentir mejor, esto no ha sido cosa tan solo de una chica y su portátil —explico—. Mi gente cree que probablemente detrás de todo esto esté la mano de un gobierno.

—¿Crees que ha sido la CIA? —pregunta Fisher.

Sacudo la cabeza.

—No creo que haya sido ni el Gobierno americano ni ninguno de nuestros aliados.

—Joder, Bennett. ¿Cómo te has metido en esta mierda? —pregunta Leo. Relajo un poco la mandíbula: ¿eso significa que ha aceptado que lo que le he dicho es verdad?

—Lo siento, Leo —murmuro.

—A la mierda con eso. Siento haber dejado que llegara hasta ti.

—No ha sido culpa tuya —lo tranquilizo—. Es inteligente. Me ha costado descubrirla. —Si no hubiera sido por Efa, ¿quién sabe cuánto habría tardado Aarvi en contarme lo que sabía? Qué irónico que Efa se haya ganado un puesto en Fort Inc. y que, ahora que no estamos juntos, pueda ocuparlo.

—Así que todo el tiempo que estuvimos... Dios, está sola en mi apartamento ahora mismo. ¿Qué estará haciendo? —El pánico es evidente en la voz de Leo.

—Tengo un equipo vigilando tu casa, listo para animarla a que se vaya, si eso es lo que quieres —explico.

—Y cuando dices «animarla», ¿te refieres a echarla a la calle a patadas? —pregunta Leo.

—Si es lo que quieres...

—No solo es que lo quiera, es que insisto en que lo hagan. Porque no respondo de mí mismo si está ahí cuando llegue.

Que es exactamente una de las razones por las que tengo un equipo allí. Nadia ya ha causado

bastantes problemas, y no voy a permitir que Leo consiga unos bonitos antecedentes penales como regalo de despedida.

—Me gustaría poder revisar sus cosas antes de que se las lleve, si no te importa.

—Haz lo que te dé la gana con ellas. —Se estremece—. Necesito una puta ducha.

—Puedes dormir aquí esta noche, si quieres —ofrece Worth.

—Sabes que tengo un hotel en el que puedo quedarme —replica Leo, sin perder la oportunidad de meter en la conversación el hotel. Seguro que se trae algo entre manos, pero no es el momento de presionarlo.

—Ya lo sé —responde Worth—. Pero a lo mejor no quieres quedarte solo en un hotel.

—Menos mal que nunca le hablé de él —masculla.

—Lo siento, tío —interviene Fisher—. Sé que te gustaba.

Leo sacude la cabeza para dejar claro que no quiere hablar de ello, y es así siempre con él: da la impresión de ser un tipo abierto y afable, amigo de todo el mundo, pero se guarda todo lo importante para sus adentros. A veces me preocupa.

—Estoy bien —responde, y luego se vuelve hacia mí—. ¿Consiguió algo? ¿Algo valioso?

—Aarvi está convencida de que no. La dejó pasar a través de una sección del cortafuegos hasta un sistema ficticio para conseguir más datos de ella. Eso la asustó y los ataques cesaron.

Leo sacude la cabeza.

—Tengo que dejar de pensar con la polla. Aunque, la verdad, el sexo era alucinante. —Se estremece de nuevo—. Necesito esa ducha. Worth, tío, ¿te importa? —Va hacia las escaleras, pero se detiene y da media vuelta—. Lo siento.

Niego con la cabeza.

—No tienes por qué —respondo—. Ha sido por mí. Soy yo quien lo siente.

Da un paso hacia mí y nos abrazamos, reafirmando en silencio el vínculo que compartimos: es energía, perdón y fuerza vital; es una amistad contra viento y marea.

—Te quiero un huevo, tío —susurra Leo—. Lamento todo esto.

Worth y Leo desaparecen escaleras arriba, y casi me derrumbo por el alivio. Se ha acabado y ha salido mejor de lo que esperaba. Leo no ha dudado ni un segundo, ni tampoco ninguno de los otros, lo que prueba, aunque no hacía falta, que estos hombres son como mi familia. Puede que no compartamos la misma sangre, pero el vínculo de confianza entre nosotros es inquebrantable.

Mis pensamientos vuelan hasta Efa. Ojalá le hubiera otorgado la misma confianza. No la conozco desde hace tanto tiempo como a estos tíos, pero sé que es igual de leal, y yo desprecié esa lealtad demasiado pronto. La alejé y la aparté hasta que se fue de mi lado, y soy el único culpable.

Ahora que la verdad ha salido a la luz y tanto Leo como el resto de mi círculo íntimo saben lo que ha ocurrido, es como si el mundo volviera a estar sobre su eje, y me lo dice hasta la última de mis células. Pero aun así no estoy en paz, porque lo único en lo que puedo concentrarme es en el vacío que hay en mi interior, en que la noche parece día y el día parece noche y en que, por mucho calor que haga en Nueva York en agosto, lo único que siento es un frío glacial desde que perdí a Efa.

EFA

Tengo cuarenta y cinco minutos para comer y voy a la lavandería. La luz del día se filtra hasta el sótano desde una claraboya, y es uno de los pocos lugares del hotel donde el personal puede relajarse y ver el sol. Además, me gusta oír el ruido constante de las secadoras y ver las montañas de toallas blancas que varían de tamaño, pero nunca desaparecen del todo. De algún modo, me reconforta saber que hay cosas en este mundo que siempre permanecen estables. Cojo un libro de la taquilla y voy a los bancos en los que nos sentamos cuando la gobernanta se dirige al equipo. Me siento mirando hacia el ventanuco y, cuando por fin abro el libro, suena la alarma del móvil. Al comprobarla, veo que es la que puse cuando fuimos a los Catskills para asegurarme de que no nos pasábamos el día durmiendo. No sé por qué no la borro, porque es como una puñalada en el corazón. Ya pienso en él lo suficiente; no me hace falta una alarma para recordarlo.

Han pasado más de dos semanas desde que lo vi por última vez, desde que cuestionó mi lealtad y me acusó de innumerables cosas de las que jamás sería capaz. En las dos noches de lunes que han transcurrido desde entonces, no he podido evitar preguntarme si Leo sigue formando parte del círculo íntimo, tratando de burlar los altos muros de Fort. ¿O es Bennett el que tiene unos muros altísimos? Probablemente las dos cosas.

Es martes a mediodía y no puedo evitar sentir curiosidad por lo que pasó anoche. Me paso el día pensando en Fort y en Leo y en Bennett; y en Bennett y en Bennett...

A veces lo detesto y a veces no, pero sigo echándolo de menos como una loca. Me cabrea y me frustra pensar que uno de sus amigos ha podido salirse con la suya, y tengo un montón de preguntas sobre Leo, sobre Fort, sobre Bennett... ¿Cuánto tiempo pasará hasta que deje de reproducir esa lista una y otra vez en mi cabeza? ¿Cuánto tiempo pasará antes de que tenga un momento de paz?

Quizá Eira tenía razón, y debería haber cogido un vuelo a Londres hace semanas.

Aunque no quisiera escucharme a mí, ojalá Bennett haya escuchado a Tristan o a Aarvi.

Estoy segura de que su equipo podrá certificar las credenciales de Tristan.

Reviso los mensajes que he cruzado con Tristan. Le escribo para pedirle un último favor, que compruebe cómo está Bennett, que le pagaré lo que haga falta. En primer lugar, eso le demostrará a Bennett que no estoy implicada, y, lo que es más importante, así podrá descubrir, si no lo ha hecho ya, quién intentaba entrar en los sistemas de Fort.

Antes de que vuelva a guardar el teléfono en el bolsillo, escucho la vibración.

Tristan me ha respondido ya.

Tristan: *Está todo resuelto. He hablado con todos los implicados y ya lo han solucionado.*

Escribo lo antes posible una respuesta para pedirle más aclaraciones, pero después de diez minutos mirando el móvil, Tristan todavía no ha contestado.

Intento concentrarme en la lectura, atenta a una vibración del móvil que me indique que Tristan ha contestado.

De pronto, mientras estoy leyendo, se oscurece la estancia como si alguien hubiera cubierto el ventanuco con una manta enorme. Las salpicaduras de lluvia crean círculos oscuros en el suelo de hormigón del pozo.

La lluvia me recuerda a casa, y, de un modo muy irónico, me alegra el corazón. Guardo el libro en el bolso y voy corriendo hasta la entrada para sentirla en mi rostro. Si ahora mismo pudiera

transportarme a Londres con un chasquido de dedos, lo haría sin dudarlo.

Atravieso a toda prisa la salida de incendios, lejos del calor de los aparatos de aire acondicionado que la flanquean, y correteo hacia la calle.

Todavía vestida con el uniforme, levanto la cabeza hacia el cielo, disfrutando del agua que me empapa la cara. Es un breve alivio tras el intenso calor del mediodía. Lo que renuncié a refrescarme con el aire acondicionado lo recupero con la sensación de estar en casa.

¿Qué hago en Nueva York? Estoy segura de que, si se lo explico a Gretel, comprenderá que no puedo quedarme más tiempo. Iré a buscarla al final del turno y le diré que voy a dimitir. He trabajado mucho este verano y necesito volver con mi familia, con la gente que me conoce desde siempre y que me quiere desde hace más tiempo.

—Hola —saluda una voz familiar.

Abro los ojos y, por instinto, doy un paso atrás. Es como si la lluvia me hubiera enviado un espejismo o algo así.

Bennett.

Justo la persona a la que no quería ver.

Tiene buen aspecto, aunque parece cansado. Se ha cortado el pelo y, a pesar del calor, lleva un traje, y me alegro. Si esta va a ser la última imagen que conserve de él, prefiero verlo vestido con traje. Es la mejor versión de Bennett.

Actúo como si no me acabara de pillar disfrutando de la lluvia en la cara.

—Hola —respondo.

Nuestras miradas se cruzan y, por un segundo, nos transportamos al lago, donde recogimos piedras y tostamos malvaviscos, donde debatimos si era lógico cortar leña en ropa interior. Y entonces recuerdo sus acusaciones y sus dudas sobre mí, y bajo la vista al suelo.

—Lo siento —dice, y yo levanto la vista—. No debí dudar de ti. —Su tono es sincero, pero también habla como si la discusión hubiera sido la noche anterior, aunque ya han pasado dos semanas.

¿Por qué ha tardado tanto en darse cuenta de que la había cagado?

—No —contesto—. No deberías haber dudado. —Miro hacia la puerta del personal. Debería entrar y no quedarme en la calle con el uniforme puesto.

—No era Leo —anuncia. Clavo la mirada en su rostro y pongo los ojos en blanco. ¿A qué ha venido, entonces? Si sigue sin creermelo, que se lo guarde para sí a partir de ahora. Yo ya he tenido bastante—. Lo hemos comprobado. Aarvi y su equipo lo han destapado todo. Era Nadia, que se hacía pasar por Leo para cubrir sus huellas.

—¿Nadia? —De pronto todo encaja. Es mucho más lógico que fuera una extraña y no alguien del círculo íntimo de Bennett. Es muy cuidadoso y cauteloso con la gente de la que se rodea, y esos hombres son más sus hermanos que sus amigos. Es como si estuviera rodeado con un anillo invisible de acero impenetrable, así que tiene más sentido lo que él creía.

Suspiro y parte de la frustración de las dos últimas semanas se esfuma.

—Eso es genial. —Hago una pausa—. Me alegro por ti. Quiero decir, es genial que Leo sea la persona que crees que es.

Bennett asiente y se mete las manos en los bolsillos.

—Debería haber confiado en ti.

—Sí, bueno, me equivoqué con Leo.

—Pero intentabas protegerme.

Dejé escapar una risa amarga.

—Sí, así es.

—No se me da bien confiar en la gente.

—No me digas —replico, burlona—. No me había dado cuenta.

—¿Hay algo que pueda hacer para compensártelo?

—¿Cómo?

—No sé, podemos quedar esta noche, ir a cenar... A lo mejor ir a mi club.

Me invade una oleada de puro hastío.

—¿Y escondernos del mundo? —Entrecierra los ojos, confundido—. Bennett, me alegro de que hayas descubierto que ni yo ni Leo éramos el *hacker*. Me alegro de que hayas descubierto a la auténtica culpable. Y me alegro de verte, porque te he echado de menos... —Aparto la mirada porque toda esta situación es demasiado intensa—. Te he echado mucho de menos, pero se acabó.

—¿Se acabó? —repite—. Entonces, ¿no me perdonas? —Suspira—. Lo entiendo, pero déjame compensártelo. Estoy demasiado acostumbrado a que la gente tenga intenciones nefastas. Siento que te hayas visto envuelta en todo esto.

—Te perdono —respondo—, pero eso no significa que podamos retomar lo que teníamos. —No sé muy bien lo que digo. Pensaba que lo que nos mantendría separados si algún día volvía a mí iba a ser la furia que me provocaba su desconfianza, pero se la he perdonado y ya no estoy furiosa, sino feliz de que no piense lo peor de mí. Ya puedo marcharme tranquila.

Me escudriña el rostro como si buscara alguna pista en mi expresión, y lo entiendo, porque no es justo; no solo he cambiado las reglas del juego en lo que a él respecta: he cambiado de deporte.

Estoy enamorada del hombre que tengo ante mí, y eso quiere decir que tengo que dejarlo porque, si permito que se acerque, no sé si seré lo bastante fuerte como para irme, y es lo que debo hacer.

No puedo vivir escondida, sin salir a cenar, sin disfrutar de estar juntos a la vista de cualquiera. Quiero poder quejarme de él ante mi hermana, hablar de él con la gente que está a mi lado. Quiero poder decir dónde trabaja mi novio y a qué se dedica.

No quiero ir contando mentiras a todas horas.

—Me importas —explico—. Pero creo que es mejor que todo haya terminado.

—Entonces no me perdonas —responde, confuso y frustrado.

—Ya me llamaste mentirosa una vez, y no salió muy bien. —Ya ha dejado de llover, y casi puedo ver el vapor que sale de las calles cuando el sol absorbe la lluvia y la almacena para la próxima tormenta: el ciclo del agua ante mis ojos. No quiero quedarme atrapada en el ciclo que supone querer algo distinto de lo que Bennett me ofrece y frustrarme cuando no puede darme más.

—No lo entiendo —replica—. Si me has perdonado, entonces...

—¿Entonces qué? —Yo misma me atasco siempre en ese punto—. Quedamos esta noche, volvemos a lo de antes..., ¿y entonces qué? —Estudio su expresión: si tiene una solución, la aceptaré. Si hay una forma de despejar el camino para lo nuestro, quiero saberlo—. Voy a regresar a Londres, y eso es un obstáculo enorme, pero vamos a ignorarlo. Digamos que no regreso, que me quedo en Nueva York. ¿Entonces qué? ¿Por quién le digo a mi hermana que me he quedado aquí? ¿Eres Bennett Fordham o Ben Fort u otro alias? ¿Y dónde trabajas y quién era tu madre? —Su mirada está llena de confusión—. No pienso vivir entre mentiras y medias verdades. No quiero ocultarme ni esconderme. La vida ya es bastante complicada. Solo tengo veintiún años y ya he pasado por obstáculos y desvíos y... Y ahora prefiero las cosas sencillas, y me gusta la sinceridad. Y por mucho que me gustes, por mucho que me importes, no quiero seguir con esto cuando sé que llegará un momento en el que tenga que despedirme. Las dos últimas semanas ya han sido bastante difíciles.

Estar tan cerca de él y no tocarlo es un infierno; quiero sentir sus manos entre mi pelo y sus labios en la frente; me muero por embeberme del aroma que desprende su chaqueta, pero debo ser fuerte, porque no puedo vivir bajo las condiciones de Bennett, no puedo llevar una vida de mentiras.

—Así que el problema no es lo de Leo ni que no confíe en ti...

Lo miro a los ojos, porque quiero que entienda lo que voy a decir.

—Te he dicho que te perdono, y hablaba en serio. Cometiste un error porque no hace mucho que nos conocemos, aunque aun así sé cómo eres. —Pongo la mano sobre su pecho y casi me derrito con su calidez, con su dureza—. Eres un buen hombre al que le cuesta confiar en los demás. Lo

entiendo y te perdono; no te estoy castigando por ello, solo intento hacer que nos salvemos los dos, evitar que suframos más adelante.

Hay un enorme escollo innegociable en nuestro camino juntos. Es mejor aceptarlo ya antes que seguir acelerando y estrellarnos de cabeza más adelante.

—¿Así que ya está? —pregunta—. ¿La decisión ya está tomada?

—No se trata de tomar una decisión o no. Las cartas están boca arriba, ya tenemos todos los datos. Tú tienes condiciones innegociables y yo también, y no encajan.

Una sombra de tristeza inunda su rostro; me encantaría hacerla desaparecer porque no me gusta verlo sufrir, pero no puedo vivir según sus reglas. Ojalá pudiera.

—¿Qué puedo hacer?

Sacudo la cabeza.

—No hay nada que hacer. —Cierra los ojos como si intentara acallar el dolor. Aunque me hace daño que esté sufriendo, me consuela saber que le importo, que lo que había entre nosotros era mutuo—. Te voy a echar de menos. —Abre los ojos y su expresión es suplicante, pero no puedo ofrecerle ningún consuelo sin perder todo lo que es importante para mí. Suena una alarma en mi móvil para avisarme de que se ha terminado la hora de comer—. Debo irme —digo, y se me quiebra la voz.

Me llevo una última imagen suya que siempre atesoraré: la de mi primer amor. Y después me doy media vuelta y me marchó.

BENNETT

Tomo asiento en los sofás de color óxido del club privado de Leo. Él se sienta frente a mí, aunque ninguno de los dos dice ni palabra.

No tengo fuerzas para hablar: estoy centrado en sobrevivir.

Las tres últimas semanas sin Efa han sido de las más duras de mi vida. Racionalmente, no tiene sentido porque solo la conozco desde principios del verano, pero empiezo a darme cuenta de que ella me ha cambiado para siempre. Me pregunto si alguna vez superaré lo de no tenerla en mi vida. En cuanto cierro los ojos solo la veo a ella, frente al hotel, diciéndome que no quiere estar conmigo.

Doy un sorbo a la bebida y cierro los ojos, no porque intente dejar de pensar en ella, sino porque sé que será a ella a quien vea cuando lo haga.

—Hola —saluda Worth a mi espalda. Levanto la copa y asiento. No sé por qué he venido esta noche: no soy buena compañía. Aunque quizá es por eso por lo que estoy aquí—. Ay, Dios. Menuda pinta más patética tienes. —Toma asiento a mi lado y le pide una copa al camarero.

—Gracias —respondo.

—¡El tito Fisher está aquí!

Me doy la vuelta para ver a Fisher, que viene hacia nosotros. El club está tranquilo, probablemente porque Leo ha insistido en que tuviéramos toda la planta para nosotros. Aunque la *ESPN* está sintonizada, la televisión está en silencio. Leo nos dijo en el chat de grupo que no quiere volver a ver a una mujer, y debo admitir que fue la primera vez que sonreí desde hacía semanas. No me alegro de que lo esté pasando mal, pero ya ha estado con suficientes mujeres para toda una vida. Además, dudo que la abstinencia le vaya a durar mucho.

—Todo va a ir bien —nos anima Fisher—. Ah, y Byron no va a venir. Al parecer, otra vez le ha surgido algo.

Tampoco es que me sorprenda; no sé qué le pasa a Byron últimamente, y quizá debería haberlo llamado, pero este verano me han pasado demasiadas cosas.

Jack aparece de pronto y ya estamos los cinco.

—Bueno, ¿cuál es el plan para hoy? —pregunta Jack.

Beber, dormir, regodearme en mis desgracias.

Echo la cabeza hacia atrás, vacío el vaso y lo deslizo sobre la mesa.

—Vale —suspira Worth—. Ya me encargo yo de los planes. Lo primero es que nadie va a regresar a casa en coche. —Asiento; me parece bien. Puedo coger un taxi hasta el Mandarin Oriental, donde me hospedo desde que dejé el Avenue—. Segundo, nos ocuparemos de Leo. Tercero, de Bennett.

—No —respondo con tono abrupto—. A mí no me pasa nada.

Worth pasa de mí y se dirige a Leo.

—A ver, ¿qué tal lo llevas?

—Genial —masculla Leo—. La única mujer a la que he dejado entrar en mi vida porque pensaba que no solo era sexo me ha utilizado para llegar a mi mejor amigo. La vida es maravillosa.

Jack hace una mueca y Worth inspira hondo.

—Eso es una gilipollez —digo.

—¿El qué? —pregunta Leo.

—Eso de que la dejaste entrar en tu vida.

—Vivíamos juntos, Bennett. Me hacía la cena y... —Suspira—. Da igual.

—Eso no significa que la dejaras entrar en tu vida. —Y soy muy consciente de ello porque yo sí

que dejé entrar a Efa, más que a nadie.

—Bennett tiene razón —interviene Worth—. Que sus bragas estuvieran en tu cajón no significa que te hubieras involucrado emocionalmente con ella.

—Yo no llevo bragas —suelta Leo, y yo no puedo reprimir una carcajada. Leo esboza una pequeña sonrisa y Worth pone los ojos en blanco.

—Sabes de sobra lo que quería decir.

—Mira —responde Leo—. Me gustan las mujeres, jamás lo he negado. Pero pensaba que Nadia podía ser... distinta.

Si lo fuera, lo sabrías, no lo pensarías. No se lo digo porque sé que no quiere escucharlo, pero si Nadia hubiera sido especial, lo habría sabido sin duda alguna.

—A lo mejor solo querías que lo fuera —comenta Worth—. A lo mejor estás buscando algo distinto y ya.

Leo niega con la cabeza.

—Por supuesto que no —responde—. No te preocupes, estaré bien. Me pasaré un par de días lamiéndome las heridas, me mudaré y volveré a las andadas.

—¿Te mudarás? —pregunta Jack—. ¿Qué quieres decir?

—No pienso quedarme en ese apartamento de ninguna puta manera. Joder, me he duchado como veinte veces al día esta última semana. Se me está cayendo la puta piel a tiras. No pienso quedarme ahí, donde ella me espiaba y espiaba a mis amigos. De eso nada. Llevo en el hotel desde el lunes pasado. —Me señala con la barbilla—. La idea de Bennett de mudarse a su hotel fue muy buena: ya se me han ocurrido un montón de ideas para que ese sitio genere más ingresos.

No me cabe ninguna duda de que Leo va a recuperarse: es uno de los hombres más fuertes que conozco.

—¿Vas a buscar un nuevo apartamento? —pregunto.

—He quedado mañana con un agente inmobiliario, a ver qué hay.

—Eso suena bien —aprueba Worth—, pero a lo mejor deberías pararte a pensar si la razón por la que te fuiste a vivir con Nadia fue porque querías algo más que...

—¿... jugar en el campo de mujeres preciosas que es Nueva York? —Leo pone los ojos en blanco—. No. Solo necesito sentarme en el banquillo un rato, pero volveré al terreno de juego cuanto antes. —Worth podría estar en lo cierto sobre Leo, pero ahora no es el momento, y Worth lo comprende y no lo presiona—. ¿Alguien tiene algo urgente que quiera plantear?

—¿Es la noche de deportes o estamos en una reunión de la junta? —rezonga Leo.

—Me he disculpado con Efa por no creerla y por no confiar en ella —confieso.

—Genial —sonríe Worth—. ¿Volvéis a estar juntos?

—No.

—No te preocupes —interviene Fisher—. Ya se le pasará. —A Fisher suele salirle bien todo, así que no considera siquiera la idea de que la vida no vaya como él quiere. Lo envidia.

—¿No va a cambiar de idea? —pregunta Worth.

Sacudo la cabeza y hago señas al camarero. No hay suficiente whisky en el mundo para calmarme en este momento.

—¿Has pensado en comprarle un regalo muy caro, como un collar, un reloj o algo así? —pregunta Fisher—. Según mi experiencia, un buen regalo puede solucionar casi todos tus problemas con las mujeres.

Me cuesta no poner los ojos en blanco: Fisher está quedando en ridículo. Si sale con mujeres que se dejan seducir por regalos caros, a lo mejor está con las mujeres equivocadas.

—Esta situación no se arregla con un reloj nuevo —replico.

—¿Y con un coche? —sugiere.

Worth lo fulmina con la mirada.

—¿No hay manera de que te perdone?

Suelto una carcajada cargada de resignación.

—Ojalá fuera tan sencillo. Me ha perdonado, rápida y amablemente, y sin hacerle ningún regalo caro. Es más de lo que merecía.

—Entonces, ¿dónde está el problema? —pregunta Fisher.

—En mí —respondo—. En que me gusten tanto la intimidad y la discreción.

—Claro —corean todos al unísono, como si fuera evidente.

—Así que hemos roto —concluyo.

—¿Así sin más? —pregunta Worth, y yo me encojo de hombros—. Y, por tu estado de ánimo, supongo que preferirías que no hubiera sido así.

—Exacto. —Quiero volver a casa por la noche y deslizarme en la cama junto a ella; quiero estrecharla entre mis brazos y oler ese aroma terroso a melocotón; quiero disfrutar de sus carcajadas cuando digo algo gracioso; quiero consolarla cuando esté triste y compartir todos sus pensamientos—. Pero no puede ser. Entiendo que no quiera esconderse, o mantenerme en secreto o verse obligada a mentir... De verdad que lo entiendo. Ya le han mentido bastante.

—Pero en realidad no estás mintiendo, ¿no? —comenta Fisher—. Quiero decir, te llamas Bennett Fordham.

—Sí, pero no estoy dispuesto a confesar que estoy al mando de Fort Inc. o que soy el hijo de Kathleen Fordham. Vosotros lo sabéis y ella lo sabe. Y ya.

—¿Le has contado quién era tu madre? —pregunta Worth.

—Sí.

—¡Vaya! —exclama Fisher.

—Justo eso: ¡vaya! —interviene Jack—. ¿Y qué tal lo llevaste?

—Bien, la verdad. Contárselo fue como quitarme un peso de encima.

—¿Sabía quién era? Efa es joven.

—Sí que lo sabía. Me contó cuáles eran sus películas favoritas y...

—¿Y te pareció bien? —pregunta Worth.

Suelto una carcajada.

—Sí. Me gustó que conociera a Kathleen Fordham. Fue como... si eso nos conectara de alguna manera.

—Eso es una pasada, Bennett —comenta Leo—. No me había dado cuenta de que estabais tan unidos.

Asiento, incapaz de hablar porque tengo un nudo enorme en la garganta; pero sí que estábamos muy unidos.

—Entonces, ¿se ha marchado sin más? —quiere saber Fisher.

—Es más fácil así —respondo—. No tiene ningún sentido que sigamos juntos cuando en algún momento todo va a terminar. —Aunque me habría gustado pasar más tiempo con ella incluso si eso hubiera significado que, a largo plazo, me iba a hacer más daño—. Es su decisión.

—Pero estás destrozado —apunta Fisher.

—Es duro. Pero me recuperaré, como Leo. —Aunque es diferente, porque Efa no es Nadia, ella no me traicionó, más bien al contrario. Y entiendo que no quiera traicionarse a sí misma ni a sus necesidades y que quiera imponer sus límites. Lo respeto, y me encanta eso de ella.

Porque la quiero y porque no creo que jamás vaya a dejar de amarla.

—¿No crees que vale la pena luchar por ella? —pregunta Fisher.

—No me quedan armas con las que luchar —respondo—. No puedo darle lo que necesita.

—¿Estás seguro? —interviene Worth—. Porque a mí me parece que puedes elegir: Efa o tu anonimato.

—Y tampoco es que te haya pedido que lo anuncies en *Forbes* —apunta Fisher—. ¿O sí?

—No me ha pedido nada —contesto—. Sabe que no tiene ningún sentido.

—Entiendo que te cambiaras el nombre tras la muerte de tu madre —explica Worth—. No querías

estar a su sombra y pretendías que tus logros te pertenecieran por derecho. No confiabas en quienes sabían que eras su hijo porque ella estaba rodeada de gente que solo buscaba su fama y su fortuna. Pero ¿ahora? —Frunce el ceño, aunque no entiendo por qué—. Ahora te has hecho un hueco en este mundo y nadie va a verte solo como su hijo. No importa si eres Ben Fort o Bennett Fordham: la gente va a adularte y va a querer estar a tu lado porque tienes dinero y éxito, como nos ocurre a todos. De ti depende detectar a esas personas y confiar solo en las que sabes que son sinceras.

Leo levanta la mano.

—A mí no me mires.

Sonríó. Leo ha tropezado, pero se levantará. Siempre lo hace.

—Entonces, ¿qué? ¿Debería abrirme la camisa y anunciar que soy Batman?

Recibo una salva de abucheos.

—No te pases —protesta Fisher—. No eres Batman, sino un hombre de negocios agobiado y demasiado paranoico.

—Hacéis que parezca muy sencillo —sonríó—, pero no es así. He pasado mucho tiempo levantando mis muros y reforzándolos, y ahora me rodeo de gente que me respeta por mi trabajo y mi carácter, por lo que soy, y no por mi fama o mi reputación.

—Exacto —aprueba Worth—. Ya has hecho lo más difícil. Ahora ha llegado el momento de recoger los frutos.

Dejo escapar un suspiro al pensar que podría soltar las amarras a las que con tanta fuerza me he aferrado.

—No sé ni por dónde empezar. Ni siquiera si deseo hacerlo —confieso.

—Solo tienes que decidir si Efa merece la pena —sugiere Leo, y eso es lo que me da el empujón que necesitaba para despejar las nieblas de mi mente y verlo todo con claridad, porque sé que Efa vale todo lo que puedo darle y más.

EFA

Pulso el botón del ascensor para subir por última vez a la Suite Park; de algún modo, es lógico que esa habitación sea la última que voy a limpiar. Es el día libre de Marcella y yo la sustituyo porque ya no soy la novata a la que hay que enseñar a doblar el papel higiénico. Preparo el carrito en un tiempo récord, he encontrado el modo de colocar el mayor número posible de galletas de mantequilla en su contenedor asignado y sé cómo enganchar la aspiradora como si fuera un remolque. Soy una profesional y me han entrenado los mejores.

Gretel está de acuerdo en que me vaya antes de tiempo. El próximo fin de semana será el Día del Trabajo, y, al parecer, no hay mucho movimiento en el hotel en esas fechas. Puedo escabullirme de regreso a Londres como si nunca hubiera estado aquí. Solo han cambiado dos cosas: he aceptado que nunca seré empleada de Fort Inc. y he descubierto que me gusta bastante la ciberseguridad. Es una industria en crecimiento, y me atrae la idea de proteger a las personas y los activos. Este verano la he probado como si fueran unos zapatos nuevos, y ahora, cuando se acerca el final de la temporada, son tan suaves y cómodos que no quiero renunciar a ellos.

Tristan trabaja solo, pero yo no soy así. Quiero estar con más gente, así que he enviado solicitudes a tres empresas del Reino Unido y estoy esperando respuesta. No hay manera de estar segura, pero algo me dice que ese es mi camino y que debo seguirlo.

La luz que ilumina la Suite Park está encendida, así que saco la llave maestra del bolsillo y llamo a la puerta. Al no obtener respuesta, abro.

—¡Limpieza! —anuncio. Todo está a oscuras porque las cortinas siguen echadas, y enciendo las luces antes de entrar en el cuarto de baño.

No parece que lo hayan tocado. Estoy acostumbrada a que la gente no use la ducha o la bañera —aunque todavía no entiendo por qué demonios no se lavan con regularidad—, pero no a que las toallas sigan en su sitio y los jabones y los espejos estén como nuevos. Miro la *tablet*. A lo mejor me he equivocado y esta habitación no está en la lista de mantenimiento.

Me desplazo por la lista y la encuentro registrada al final. A lo mejor tenían otros planes. Voy a la sala de estar para ver si han tocado algo, pero está impecable, y el dormitorio también: nadie ha dormido en esa cama.

Es como mi regalo de despedida: mi última habitación, la más importante, no necesita limpieza. Acabo de ahorrarme noventa minutos porque alguien no ha hecho las debidas comprobaciones la noche anterior.

Asumo que el turno de noche ha debido de dejarlo todo listo, así que solo tengo que prepararlo todo para el nuevo *check-in*; me pongo manos a la obra: coloco las botellas de agua de cortesía y el mando a distancia, descorro las cortinas y guardo las zapatillas en el vestidor. Voy al cuarto de baño y compruebo que la alfombrilla está extendida, como se deja cuando se prepara la habitación para la noche, así que la cuelgo de nuevo.

Giro trescientos sesenta grados y miro al techo y al suelo para asegurarme de que todo está en su sitio.

Baño terminado.

Regreso al dormitorio para una última revisión.

Dormitorio hecho.

Cuando estoy ahí, no puedo evitar echarle una ojeada al escritorio y se me hace un nudo en el estómago al recordar que estuve ahí, con el uniforme subido hasta la cintura, con Bennett detrás de

mí.

Y es entonces es cuando lo veo: una revista.

Las revistas se dejan sobre la mesilla según el protocolo del hotel; ha debido de pasársele a alguien del turno de noche, y debo ponerla en su sitio. La cojo y tardo un segundo, quizá dos o tres, en entender lo que veo.

Es una edición especial de *Forbes*, y el titular anuncia:

«*DESENMASCARAMOS AL HOMBRE MÁS PODEROSO DEL SECTOR TECNOLÓGICO*».

No hay ninguna duda de que es Bennet quien me mira desde la portada.

Busco la fecha de publicación, pero no la encuentro. ¿Qué pasa aquí? ¿Es una maqueta? ¿Algo que ha creado solo para mí? Hay un quiosco justo al lado del hotel, y me acerco a la ventana, a ver si puedo distinguir algo. No sé qué pretendo ver desde aquí, porque, aunque sea un auténtico ejemplar de la revista, tampoco es como si fueran a graparlo al techo.

Paso los dedos sobre la foto de la cara de Bennett y la abro. No soy muy aficionada al *Forbes*, pero todo parece auténtico. El sello que indica que es una edición especial está por todas partes y el ejemplar no es tan grueso como los que he ojeado de vez en cuando, pero, aparte de eso, tiene la misma pinta.

Me salto el índice y llego a otra imagen de Bennett. Es una foto suya detrás de un escritorio, vestido con traje, serio y muy sexy.

Me ha costado mucho mantenerme lejos de su camino estos últimos días. La mayoría de las noches he estado a punto de llamarlo, de ir a verlo, desesperada por sentir sus manos en mis caderas, sus labios en mi cuello, la vibración de su risa en mi pecho.

He intentado no pensar en él, pero su recuerdo me persigue incluso en las habitaciones de hotel vacías.

El artículo es una entrevista con Bennett. Me acomodo en la silla que hay frente al escritorio y me pongo a leer. Habla de las razones por las que ha sido tan reservado, de todas las cosas que le resultaba tan difícil contarme; del precio que su madre pagó por la fama, de cómo se preocupaba por ella, de cómo su muerte lo llevó a reinventarse; de que no quería tener la misma vida que ella, de que quería construir algo desde los cimientos.

Estoy muy confusa; no sé si es una auténtica entrevista o si ha hecho ese ejemplar para mí. No entiendo lo que quiere decirme.

Sigo leyendo; es muy agradable oír su voz en las respuestas, recordar su inteligencia, su ingenio y ese encanto implacable.

La entrevista acaba:

«—¿Por qué se da a conocer precisamente ahora, después de tantos años protegiendo su identidad tan ferozmente?

—Me he dado cuenta de que no puedo tener la vida personal que quiero sin ser más abierto.

—Eso ha sonado muy críptico. ¿Por qué no nos cuenta algo más sobre su vida personal. ¿Es un soltero empedernido o un hombre felizmente casado?».

«—He conocido a la mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida», responde, y el corazón me estalla en el pecho.

Lo ha hecho por mí. Estoy segura de que esto no es una maqueta, de que de verdad le ha concedido una entrevista a *Forbes*.

El móvil vibra, y, antes de cogerlo, ya sé que es Bennett. Es un correo con un enlace: el de la entrevista. Sabía que dudaría de si se había publicado.

Me levanto y miro a mi alrededor. No sé qué debo hacer. Estrecho la revista contra mi pecho y salgo.

La Suite Park está lista para recibir a su próximo huésped, y yo ya no formo parte del personal del Avenue. Este capítulo ha terminado y estoy lista para pasar al siguiente.

BENNETT

Son las cinco y cinco y llevo dos horas sentado en el bar porque lo único que me queda por hacer es esperar. Después de dos mojitos sin alcohol, estoy convencido de que el camarero piensa que soy un alcohólico intentando resistir las ganas de beber, pero la verdad es que debo tener la cabeza despejada para lo que pueda suceder a continuación.

Levanto la vista y veo a Gretel dirigiéndose hacia mí.

—Bennett, no sabía que estabas en el hotel.

Justo después de darle la entrevista a *Forbes*, fui al hotel y hablé con Gretel porque no pensaba tener más secretos ni contar más mentiras. Es lo que Efa necesita, y yo la necesito a ella, y eso es todo.

—No es una visita oficial. Como ya te he dicho, esto no cambia nada.

Se ríe.

—Para ti no, pero cuando el dueño del hotel está en el local me gusta saberlo.

Por eso nunca se lo había dicho, pero estoy dispuesto a pagar ese precio.

—¿Cómo ha ido la temporada? —pregunto.

—Brutal —responde—. Ha habido muchos altibajos y el virus intestinal fue en el peor momento, pero lo hemos conseguido: las reservas han subido en comparación con el año pasado en estas fechas.

—Bien. Tenemos que encontrar un momento para sentarnos los dos y hablar de lo que descubrí como huésped.

La amplia sonrisa de Gretel no vacila. No da la impresión de ser una persona que se rinda con facilidad. Es buena en su trabajo y lo sabe, como debe ser.

—Pues sería estupendo. Siempre resulta útil conocer el punto de vista del cliente.

—¿Me equivoco al pensar que eres relativamente nueva en el mundo de los hoteles?

—Antes me dedicaba a las relaciones públicas. Gestionando la imagen pública de la gente, sobre todo.

—¿No te gustaba?

—Tenía sus momentos —ríe—. Pero tuve la genial idea de venir a Nueva Inglaterra y abrir un *bed and breakfast*. Trabajé en el concepto de un nuevo complejo turístico para..., bueno, dejémoslo para otro momento. El caso es que ahora estoy aquí, dirigiendo un hotel. No es lo que había planeado, pero está bien.

—Creo que eres una gran líder. Si en algún momento quieres ampliar tus horizontes, házmelo saber.

Hace una pausa y frunce un poco el ceño.

—Gracias. Te lo agradezco. —Silencia la vibración del radioteléfono que lleva sujeto al cinturón.

—Si necesitas algo, ya sabes mi teléfono.

Levanta la barbilla.

—Lo mismo digo. Disfruta del cóctel.

Miro la hora en el móvil; el turno de Efa ha terminado a las cinco, y no puedo evitar preguntarme si llamará.

Espero haber hecho lo suficiente, pero no sé si ha sido demasiado poco y ha llegado demasiado tarde.

—¿Me sirve otro cóctel? —le digo al camarero—. Me da igual cuál. De todos modos, no puedo leer la carta. —Fuera está todo bien iluminado, pero ese bar está muy cerca de sumirse en la más

absoluta oscuridad. Estoy deseando que Gretel le ponga remedio.

—Un *Vagabond Shoes* sin alcohol, marchando. —Justo en ese momento alguien me da un golpecito en el hombro, y no necesito darme la vuelta para ver quién es porque ya lo sé.

Me recorre una oleada de alivio y me giro.

—Estoy buscando a un tío que acaba de hacer saltar por los aires toda su vida. Por mí. —Sus ojos brillan como si los iluminaran pequeños fuegos artificiales.

—¿Has leído la entrevista? —pregunto, levantándome del taburete.

—Claro que sí.

—¿Y has recibido mi correo?

—También. Y he escuchado a Gretel contándole a alguien la sorpresa que le has dado al anunciarle que eras el dueño del hotel y que llevabas semanas alojado en la Suite Park.

—No quiero seguir fingiendo ser alguien que no soy. Y quien soy es un hombre enamorado de ti.

Levanta la mano y me acaricia la cara. El alivio, la esperanza y la alegría florecen en mis entrañas.

—Yo también te quiero —reconoce, y baja la vista—. No esperaba algo así. Jamás te he pedido...

—Sé que no me lo has pedido. Pero te quiero. Mucho más de lo que quiero ser anónimo. Más que a nada en este mundo. Así que he hecho lo que debía hacer. Dime que ha sido suficiente.

Ella asiente y yo la abrazo, disfrutando de su suavidad. Me siento genial; estoy justo donde debería estar. Hoy, mañana y siempre.

—Al parecer, voy a quedarme en Nueva York algo más que un verano —dice.

—¿Te vas a quedar? —pregunto, con el corazón aleteándose en el pecho. Confiaba en haber superado el primer escollo, pero que viviera en otro continente suponía el siguiente obstáculo.

—Voy a estar donde estés tú —responde, y yo la abrazo con más fuerza—. Si estás en Nueva York, yo estoy en Nueva York. Estas últimas semanas sin ti... —Sacude un poco la cabeza, como si intentara deshacerse de un mal recuerdo—. No quiero volver a pasar por algo así. No quiero estar en ningún sitio si no estás conmigo. Todo esto es muy nuevo para mí. No he tenido muchas relaciones, pero sé que esto es demasiado importante como para dejarlo sin más.

Le doy un beso en la frente.

—Si te sirve de algo, yo tampoco tengo mucha más experiencia en relaciones. Pero sé que eres demasiado importante como para dejarte ir. Y no pienso hacerlo jamás mientras tú me quieras a tu lado.

—¿Y si te quiero para siempre?

Asiento.

—Pues será para siempre.

Desliza las manos por mi pecho y se pone de puntillas.

—Para siempre.

Le acaricio la espalda y la beso, saboreando el momento. Es la última mujer a la que besaré, y estoy deseando empezar nuestro camino juntos.

Efa es mía y yo soy suyo. Es la mujer por la que he renunciado al anonimato, y renunciaré a cualquier cosa con tal de darle lo que necesita, ahora y hasta el fin de los tiempos.

EFA

Entramos en la *suite* de Ben en el Mandarin Oriental, y mi mirada se dirige de inmediato al techo de pan de oro.

—Sabes que estás traicionando a tu propio hotel al alojarte aquí, ¿no?

—Considéralo espionaje industrial —responde Bennett—. No podía volver a mi apartamento.

—Pero ya han pillado a Nadia. Y, de todos modos, has salido en la portada de *Forbes*. Siento decírtelo, pero tu tapadera ha volado por los aires —sonríe, y no puedo dejar de hacerlo, porque estar con él y saber que tenemos un futuro junto es casi demasiado bueno para ser verdad.

—Lo sé. No es eso. Es que no quiero retroceder, ¿sabes?

Entrecierro los ojos.

—Explícate.

—Elegí mi antiguo apartamento porque era un buen lugar para esconderse: un edificio apartado con entrada privada. La seguridad es inigualable. Pero ya no encajo ahí. No encajamos.

¿En qué momento ha pasado este tío de ser un gilipollas a convertirse en un encanto? ¿Y cuándo me he vuelto yo una mujer enamorada dispuesta a emigrar por él?

—¿No encajamos? —Suspiro e intento imaginar cómo será vivir en Nueva York—. A mi hermana no le va a hacer ninguna gracia que el lugar en el que encajo no esté junto a su casa en Londres. Mi cuñado vive enfrente de su hermano, ¿sabes?

—Me muero por conocer a todos esos cuñados. Si es que existen...

—Ya los conocerás —ríe—. Tendremos que ir en algún momento. De hecho, tengo que llamar a mi hermana y ponerla al corriente de todo lo que no le he contado.

—¿Como por ejemplo?

—Pues que me he enamorado de un multimillonario ermitaño dueño de una empresa tecnológica y que me obliga a quedarme en Estados Unidos.

Se tumba a mi lado en el sofá y me abraza.

—Coge el móvil. Vamos a llamarla. No hay mejor momento que el presente.

—Son las once. No sé si estará levantada.

—Pues le dejaremos un mensaje.

Un aleteo de emoción me hormiguea en la piel: me encanta que se muestre tan dispuesto a conocer a mi hermana.

—Vale.

Levanto el teléfono e inicio una videollamada con Eira, que responde al primer timbrado.

—¡Hola! ¿Qué tal tu último día?

Doy un respingo. Está deseando que vuelva a casa.

—Bueno, verás, tengo algo gracioso que contarte... —Miro a Bennett, que me sonríe. Llevo la mano a su mandíbula y le acaricio la barbilla con el pulgar—. No voy a volver mañana, como había planeado.

—¿Qué? ¡Pero te echo de menos! ¿Has conseguido trabajo en Fort?

Bennett y yo cruzamos una mirada.

—Mejor que eso. —Aprieto los labios, asustada por lo que estoy a punto de admitir—. Estoy enamorada del director general, y confío en que quiera casarse conmigo.

—¿Qué?! —exclama. Oigo cómo Dax la hace callar fuera de plano. Pobre Ginebra. Espero que no la hayan despertado—. ¿Me tomas el pelo?

Bennett se mueve para entrar en el encuadre.

—Hola, Eira. Encantado de conocerte.

—Ay, vaya, no estabas tomándome el pelo. Pero con lo de casarte sí, ¿no? Solo tienes veintiún años...

—Si ella quiere esperar, no pasa nada —explica Bennett—, pero, aunque no vayamos a casarnos todavía, estamos juntos. Quiero pasar con ella el resto de mi vida.

Me reclino sobre Bennett porque quiero sentirlo más cerca. ¿Alguna vez dejaré de querer estar lo más cerca posible de él?

Eira se gira y me doy cuenta de que está mirando a Dax. Conociéndolo, no se habrá enterado de lo que ocurre: estará concentrado en una revista médica o algo así.

—Seguimos siendo tú, Dylan y yo —digo con la voz quebrada. Bennett me quita el teléfono; deja la pantalla enfocada hacia mí, pero así tengo libres las manos—. Es lo mismo que cuando tú encontraste a Dax y Ginebra. Estar con Bennett no va a cambiar eso.

—Pero estás muy lejos... —Esta vez es la voz de Eira la que se quiebra.

—Si lo piensas, es como vivir en Escocia y subir y bajar en tren. Solo son seis o siete horas de vuelo. —Antes de que pueda decirle cómo puedo volver a Londres periódicamente, Dax se asoma a la cámara.

—¿Qué vais a hacer mañana? —pregunta. Debe de tener ganas de irse a la cama y quiere dejar esta conversación para otro momento, pero yo no quiero dejar a mi hermana con el disgusto.

Miro a Bennett y me vuelvo de nuevo hacia la pantalla.

—Nada. Ya he dejado el trabajo, así que no tengo que ponerme a hacer camas y esas cosas. Bennett y yo acabamos de... Bueno, ya sabes, así que no hemos planeado nada.

—Vale, pues nos vemos mañana a la hora de comer —dice Dax, como si yo viviera en Notting Hill y hubiéramos quedado en un café de la zona—. Acabo de enviarle un mensaje a Vincent para que nos preste el *jet*; tampoco es como si fuera la primera vez que lo hago, y no será la última si tengo una cuñada en Nueva York.

—¿Qué? —exclama Eira, a mitad de camino entre un grito y un aullido.

—¿Te he dicho que eres mi cuñado favorito?

—No hace falta, ya lo sé.

—Así te conoceremos en persona, Bennett —apunta Eira.

—He visto lo de *Forbes* —comenta Dax, con el mismo tono que emplearía para decir que llueve—. La mujer de la que hablas ahí es Eddie, ¿no?

—Sí —responde Bennett.

—¿Has hecha pública tu identidad por ella? —pregunta Dax.

—Sí —repite Bennett.

—No tienes que preocuparte, Eira: es perfecto para Eddie. —Le da un beso en la coronilla—. Eddie, yo me encargo de tu hermana, y mañana nos vemos. Todo va a salir bien.

Y por eso quiero a Dax como a un hermano.

—Gracias, Dax. Te quiero, Eira.

Eira me lanza un beso y colgamos.

—Yo no tengo un *jet* —murmura Bennett; dejo el móvil encima de la mesa de centro.

—¿Lo único que has sacado en claro de toda esta charla es que no tienes un *jet*? —Entrelazo mis dedos con los suyos y le doy un beso en el dorso de la mano.

—Me ha hecho pensar, nada más. Igual es buena idea que compre uno.

—No —mascullo—. Piensa en el coste medioambiental. Podemos coger un vuelo como la gente normal.

—¿Quieres decir fletar algo? —pregunta.

Sacudo la cabeza.

—No digas tonterías. Podemos entrar en internet, reservar un asiento e ir al aeropuerto, como

todo el mundo.

—No sé si me convence. —Se agacha para darme un beso en los labios—. ¿Cómo vamos a follar en un vuelo comercial?

—Quizás no quiero follar contigo en un avión, ¿se te había ocurrido?

Se echa sobre mí y mi cuerpo estalla en llamas.

—Ahora eres mía.

—Siempre he sido tuya —respondo. No sé qué me pasa con Bennett desde la primera vez que lo vi. No es el primer hombre con el que me he acostado, pero en muchos sentidos es como si lo fuera; a lo mejor eso es lo que siente todo el mundo cuando conoce al amor de su vida, porque yo lo sentí al principio y cada vez que me ha tocado desde entonces.

—Ha pasado demasiado tiempo.

—Sentía tu ausencia como un dolor físico —respondo, levantando los brazos para que me quite el top.

Me pasa los nudillos por la mejilla y niega con la cabeza.

—Nunca más. Lo de casarme contigo va en serio; aún no he comprado el anillo ni me he arrodillado ante ti, pero lo haré.

Intento desabrocharle la camisa lo más rápido que puedo; no quiero estar ni un segundo más sin sentir su piel contra la mía.

—Lo sé. Y voy a decir que sí. Pero tal vez podamos hacer algo pequeño, con los más allegados. Mi hermana va a celebrar todo un bodorrio el año que viene y... te necesito.

—Lo que tú quieras. —Cambia de postura para arrodillarse en el suelo entre mis muslos—. Tengo que saborearte.

No hay más preámbulos antes de que hunda su lengua en mí como si hubiera estado siglos sin comer y ahora estuviera ante un banquete.

Abro más las piernas, deseando darle todo lo que tengo.

BENNETT

No recuerdo un momento de mi vida en el que me haya sentido más satisfecho, y no solo porque ahora mismo tenga la cabeza hundida entre las piernas de Efa, aunque eso también influye.

Estar con ella me hace sentir que tengo un privilegio que no sabía que existía; estar con ella es como regresar al hogar; al cogerla de la mano me siento como si perteneciera a un club exclusivo, solo para los dos, del que nadie ha oído hablar; su aroma me recuerda a la alegría, a los melocotones de verano y a las fuentes de agua clara. Le da a mi vida una ligereza que no sabía que necesitaba, y no se trata de que no pueda comportarse con seriedad, porque sí lo hace. Es inteligente, perspicaz y valiente, y no solo la amo: la venero y la respeto. Adoro a esta mujer. Lo es todo para mí.

Se incorpora en el sofá y se estremece debajo de mí.

No es solo la profunda satisfacción que siento al hacer que se corra, también es la felicidad absoluta de pensar que voy a seguir haciéndolo el resto de nuestras vidas.

Puedo saborearla para siempre, puedo tenerla para siempre, puedo amarla para siempre.

Me quito el resto de la ropa, hago que se levante del sofá y la llevo al dormitorio porque nos aguarda una larga noche y quiero que esté cómoda. Al fin y al cabo, es el comienzo de lo que espero que sea una larga vida juntos.

Se aferra a mis hombros.

—Te quiero más cerca.

Parpadeo despacio, saboreando esas palabras. Yo también quiero estar más cerca.

La estrecho contra mi cuerpo y le doy un beso en los labios. Al instante, ella lo hace más profundo deslizándose la lengua contra la mía, saboreándose y provocándose. Sus manos me acarician los costados, y se me pone la carne de gallina. No sé por qué una simple caricia suya me afecta tanto.

Me acomodo sobre ella, pegando mis caderas a las suyas, mi cuerpo al el suyo, mientras nos tocamos y nos saboreamos. Me agacho y me meto uno de sus pezones en la boca, y chupo, tiro y lo rozo con los dientes; ella gime y contonea las caderas, ansiando más y, al mismo tiempo, deseando que todo siga como está.

Lo comprendo, porque es lo mismo que siento yo: pura necesidad.

—No quiero quedarme embarazada —dice con tono de pánico.

Me detengo y la miro.

—¿Nunca? —No hemos discutido estos temas importantes, pero me da igual, porque solo quiero lo que ella quiera; solo quiero que sea feliz.

—Todavía no. Hasta dentro de varios años.

—Vale —acepto.

—Por eso necesitamos condones. Muchos muchos condones.

—Tenemos suficientes —sonríe—. Y siempre podemos comprar más.

—A lo mejor tienes que comprar una fábrica de condones.

—Pues compraré una fábrica de condones —la tranquilizo.

Ella asiente, como si la escasez de preservativos fuera una preocupación inminente.

Llevo la mano a la mesilla y cojo un condón de la cartera.

—El condón —digo, mostrándoselo.

—¡Bennett! —exclama—. Rápido, por favor.

Aprieto la mandíbula ante su impaciencia. Es como si fuera a desbordarse si no la penetro lo antes posible. Con el preservativo ya puesto, deslizo la corona sobre sus pliegues. No sé si estoy

provocándola o torturándome, pero es genial.

—¿Estás lista? —pregunto. Soy un capullo por vacilarla de ese modo: está tan mojada que su cuerpo vibra de deseo. Está más que preparada y es muy consciente de que lo sé.

Contonea las caderas, intentando acercarse, pero yo retrocedo, y esa vez no es para tomarle el pelo, sino para tranquilizarme, para prepararme para sentirla a mi alrededor.

Pero es inútil.

Cuando empujo dentro de ella, el delicioso modo en que me estrecha hace que me maree de puro deseo. Con un simple movimiento, estoy tan cerca del precipicio que tengo que concentrarme en sus uñas clavándose en mi espalda para no dejarme caer por él, y sus gemidos entrecortados no ayudan.

—¡Es demasiado! —grita, y yo cierro los ojos, intentando recuperar el control.

Empiezo a moverme entre gemidos, gozando del modo en que me estrecha, de cada embestida. Es lo mejor que he sentido en mi vida. Siento el murmullo de la sangre en los oídos y se me cubren la frente y la espalda de sudor, pero no paro, no puedo parar.

Nos movemos juntos, cadera con cadera, boca con lengua, con los dedos clavados en la carne del otro. Es un acto físico, pero también un principio, una ceremonia que celebra los nuevos comienzos.

—Joder, Efa —jadeo.

—Estoy aquí —murmura, enredando los dedos en mi pelo.

Es esa frase lo que me lleva al límite por fin, y sé que no hay forma de detenerlo; se me nubla la vista y siento cómo se estremece por el orgasmo mientras disfruto del mío, que me arranca el aire de los pulmones y la fuerza de las manos.

—Necesito más —murmura, todavía luchando por respirar—. Más de ti. —Me empuja de los hombros con sus delicadas manos y de algún modo saco fuerzas para tumbarme de espaldas.

Se pone a horcajadas sobre mí y se recoge el pelo antes de dejarlo caer de nuevo sobre sus hombros. Sus pechos suben y bajan y yo los toco, acariciándole los pezones con los pulgares y los índices.

Es como un puto sueño húmedo hecho realidad.

Moviendo las caderas, desliza los pliegues por mi pene, que vuelve a la vida; su mirada se desliza hasta mi rostro.

—Otra vez —pide, y creo que es lo más sexy que me han dicho nunca.

No voy a empezar a decepcionar ya a mi futura esposa.

—Qué codiciosa...

Ella levanta la barbilla.

—Quiero follar, Bennett. —No tiene que pedírmelo dos veces.

La levanto, hago que se mueva de encima de mí y le pongo las piernas sobre el lateral de la cama. Me coloco detrás de ella, me pongo otro preservativo tras quitarme el anterior. Esta vez es rápido, no la hago esperar. Si mi mujer quiere follar, ¿quién soy yo para negárselo?

Embisto en su interior y la fuerza del movimiento la hace caer sobre la cama.

—Levanta el culo —ordeno. Ella obedece y se echa hacia atrás para que pueda agarrarla de las caderas y empujar de nuevo. Y otra vez. Y otra más—. Mañana vas a estar dolorida —jadeo—. Vamos a follar tantas veces esta noche que mañana no vas a poder ponerte en pie.

Se aferra a las sábanas y gime. Me hundo en su cuerpo y mis dedos encuentran su clítoris. Suelta un grito ahogado, pero quiero que haga tanto ruido como desee. Embisto con más fuerza, más profundamente, acariciándola sin cesar. Me coge del brazo y no sé si quiere detenerme o solo sentirme.

—¡Bennett! —grita—. ¡Bennett!

Mi nombre aparece en sus labios cuando es más vulnerable, cuando está al borde del clímax, y me hace caer en una espiral de felicidad.

Soy el hombre más afortunado del mundo por tener a esta mujer debajo de mí, gritando mi nombre. Siento cómo el orgasmo se acerca y no puedo ni quiero detenerlo. Efa se deshace debajo de

mí, entre mis brazos, y yo la embisto una última vez, echando la cabeza hacia atrás, gritando su nombre como si fuera una plegaria.

Como he dicho, soy el hombre más afortunado del mundo.

EPÍLOGO

DOS SEMANAS DESPUÉS...

BENNETT

La vida con Efa es muy diferente a mi vida sin ella. Para empezar, me hace ir a visitar lugares con nombres impronunciabiles.

—Nor-fuck —digo.

Ella abre mucho la boca y frunce el ceño.

—No. Por favor, no digas «Nor-fuck», que suena como a «No folles» en inglés. Es demasiado americano.

—Soy americano.

—No sé cómo he podido enamorarme de ti. —Se ríe y sacude la cabeza como si fuera la persona más ridícula del planeta por amarme. No me molesta en absoluto. Sé que me quiere mucho. Tanto que no puedo creer la suerte que tengo.

—Explícamelo de nuevo —pido—. Se escribe exactamente igual que en Estados Unidos, así que no sé por qué no podemos ponernos de acuerdo en la pronunciación.

—Nor-ferk. Suena errr, no urrr.

—¿Y no pronunciáis la *ele* como nosotros?

Se encoge de hombros.

—Venga ya. Haz el favor de no juzgarme. Llevamos desarrollando la lengua inglesa desde el siglo v y vosotros solo la usáis desde hace unos cientos de años. Supéralo.

—Vale, pues será «Norferk» —acepto.

Sus ojos se iluminan como si ya le hubiera dado el anillo de diamantes que llevo en el bolsillo.

—¡Sí! Justo así.

—Bueno, si dices que tiene el mejor cielo del mundo, entonces debe de merecer la pena visitarlo a pesar de su extraño nombre.

—Es una maravilla. Empecé a venir porque es donde viven los padres de Dax, ya sabes: la familia que nos ha «adoptado» a Eira, a Dylan y a mí. Y ya que hablamos de eso, ¡mira! —exclama!—, ahí está Carole, la madre de Dax.

Nos acercamos a la entrada de lo que parece un pequeño hotel al que se llega a través de un camino de grava y aparcamos. Una mujer mayor que lleva un delantal con la imagen de la cara de un hombre corre hacia nosotros.

—Mi querida Eddie —suspira, acariciándole la cara a Efa en cuanto se acerca lo suficiente. Sus ojos se ponen vidriosos—. Me alegro mucho por ti. —Cierro la puerta del coche y rodeo el capó para acercarme a ellas—. Y tú debes de ser Bennett. Es un placer tenerte aquí.

—Y usted debe de ser la señora Cove —digo.

Pone los ojos en blanco, me coge de la mano y se vuelve hacia Efa.

—Americanos. Siempre tan formales. Aquí no nos andamos con ceremonias. Llámame Carole. —Señala con la cabeza hacia el otro lado de la enorme puerta de entrada—. Ese es mi marido, John. ¡John! —grita—. Ven a saludar y deja de quejarte con Perro. No entiende una palabra, pienses lo que pienses.

Me costó un poco comprender por qué teníamos que ir a Norfolk a ver a la familia del cuñado de Efa, pero está claro que son importantes para ella y para Eira, y si algo es importante para Efa, lo es para mí. Me ha hablado de Norfolk con tanto cariño que he pensado que sería el lugar perfecto para proponerle matrimonio.

Un coche que se acerca capta nuestra atención, y todos nos volvemos para ver llegar a Eira y a Dax. En las últimas semanas hemos pasado mucho tiempo con ellos. Primero vinieron a Nueva York —eso sin contar que Efa se pasa la vida en una videollamada con su hermana— y la última semana hemos quedado en Londres. Estamos en un hotel para estudiar el mercado y porque Efa y yo hacemos mucho ruido cuando follamos, algo que no lamento en absoluto.

Efa y Eira se abrazan como si no hubiéramos cenado juntos anoche.

—He oído que vas a declararte en este viaje —comenta Dax al estrecharme la mano.

Me rasco la mandíbula.

—Vale, ya veo que va a ser toda una sorpresa.

—Bienvenido a la familia —ríe Dax.

—Hablando de eso, ¿van a venir todos tus hermanos?

Asiente.

—Y mi primo Vincent. Desde que Eira y yo nos prometimos, se esfuerzan por acercarse en todas las ocasiones importantes para ella, Efa y Dylan. Los tres estuvieron solos durante mucho tiempo, pero ya no. Ahora son Cove. —Me da una palmada en el hombro—. Y tú también. Esto es como formar parte de la mafia. No hay escapatoria.

Carole nos interrumpe.

—¿Estás hablando de cuándo vas a declararte? ¿Quieres hacerlo delante de todos? Eso fue lo que hizo Dax.

Al parecer, todos están enterados de mis planes: Efa me advirtió que no podía vivir con secretos, y siempre es fiel a su palabra.

—No te ofendas, Carole, pero acabo de conocerte y...

—¡Shhh! Para cuando John sirva la segunda copa de malbec ya seremos familia. Puedes declararte cuando quieras, pero no lo dejes para el domingo. Queremos tener tiempo para celebrarlo con vosotros.

—¿Te gusta el malbec? —pregunto—. Conozco un pequeño viñedo en Argentina que es estupendo. Finca Colo. Si lo hubiera sabido, habría traído un par de botellas.

Dax se ríe, y Carole también.

—Vincent es el dueño de ese viñedo. Tenemos malbec de sobra.

—Sí, no vuelvas a comprarlo. Así solo vas a conseguir que un tío que ya es muy rico se haga todavía más rico —replica Dax.

Tengo la sensación de que a nadie de esta familia le va a importar quién era mi madre o que sea rico y tenga éxito. Lo único que les importa es que haga feliz a Efa. Inspiro hondo. Creo que voy a disfrutar de mi estancia en Norfolk y de sus maravillosos cielos.

—¿Estás bien? —pregunta Efa, acercándose a mí.

—Me han llegado rumores de que voy a pedirte matrimonio este fin de semana.

—Bueno, ¿y no es así? —sonríe.

—¿No crees que estaría bien dejar que te sorprenda de vez en cuando?

—Bennett, he sabido que ibas a proponerme matrimonio desde el momento en que te vi en la portada de *Forbes*. No es un secreto porque ya no hay secretos entre nosotros, ¿recuerdas?

Por eso Efa necesitaba que anunciara al mundo que era Ben Fort: porque solo puede ser quien es. Es auténtica hasta las últimas consecuencias, y esa es solo una de las muchas razones por las que la amo.

—¿Quieres ver el anillo ya?

—No seas tonto —responde—. Sé que, si lo has escogido tú, será increíble.

A lo mejor es un poco demasiado increíble. Efa no es una persona de grandes alardes, y el anillo que he escogido es... llamativo. Pero es que quiero que tenga solo lo mejor de lo mejor. El anillo es un símbolo de mi deseo de hacer que nuestra vida juntos sea lo más especial posible.

—Espero que te guste.

—Aún no lo he visto y ya me encanta —me tranquiliza.

—Entonces vamos a cenar, y después nos sentaremos bajo las estrellas y te pediré oficialmente que seas mi esposa.

—Me gusta ese plan —aprueba—. Me gustan todos los planes que signifiquen que tú y yo vamos a estar juntos.

No tengo ninguna duda de lo que Efa siente por mí, pero si me hiciera falta que me lo confirmaran, me bastaría con escuchar cómo habla de su amor por mí o de su necesidad de estar cerca de mí, con absoluta sinceridad. Ella es mi hogar, y vivamos en Nueva York o en Norfolk, mientras esté con ella, la vida será perfecta.

Cada día me enamoro un poco más de ella, y no tengo dudas de que seguirá ocurriéndome el resto de mi vida.

UN MES DESPUÉS...

Efa no deja de pasearse delante de mí, y me está poniendo de los nervios. Seguimos en el Mandarin Oriental porque se niega a volver al Avenue y que Marcella tenga que hacer la habitación, así que le pagamos a una mujer que no conocemos.

No le encuentro la lógica, pero Efa es feliz, y yo solo quiero que esté contenta.

—Tenemos que tomar un montón de decisiones —dice—. ¿Una casa o un apartamento? ¿Cómo va a ser el vestido? ¿Y quién de tus cinco mejores amigos será tu padrino? Y luego están las flores, la tarta... Me siento abrumada.

—No voy a tener padrino —comento, confuso—. ¿Por qué te agobias por esas cosas?

—Porque son un montón de cosas.

—La verdad es que no. Me da igual dónde vivamos.

—¡Exacto! Lo estás dejando todo en mis manos.

Ahora lo entiendo. Creía que decirle que aceptaría lo que ella quisiera era lo mejor, pero no es lo que quiere, porque eso no es comportarme como un compañero, sino dejarla sola con todo.

—Creo que deberíamos vivir en un apartamento, porque será más fácil dejarlo cuando vayamos a Londres.

—Vale —acepta—. Pero no me apetece sentirme... como que no tengo espacio.

—Hay uno con vistas al parque en el Upper East Side que tiene tres mil metros cuadrados. No creo que vaya a faltarte espacio.

—Tienes razón. ¿Pero no crees que los niños necesitan un jardín? —Le está dando demasiadas vueltas, pero no importa. Ya sé qué hacer.

—No vamos a tener hijos pronto —respondo—. Ya saltaremos ese obstáculo cuando lo tengamos delante. Podemos mudarnos. O no, porque el parque estará al otro lado de la calle.

—Bien —suspira. Se mueve y la luz arranca destellos de su pelo, y no puedo creerme que de verdad sea mía—. Un apartamento con vistas al parque. De acuerdo.

—Y me gustan los tres vestidos que me enseñaste en el ordenador. Cómpralos todos.

Me da un manotazo en el brazo.

—Menudo derroche. No sé, creo que el que tiene la cola es un poco exagerado para una boda en el Registro Civil —comenta.

—Hasta unos vaqueros y una camiseta parecerían exagerados si los llevaras tú porque eres la hostia de guapa. Pero si eso te hace feliz, compra los otros dos. Y, si te sientes mejor, dónalos después de usarlos.

Me mira fijamente y no sé si quiere matarme o besarme.

—Muy bien —acepta por fin—. Me gusta la idea.

—Y no voy a tener padrino.

—¿Qué? —pregunta Leo, que acaba de llegar a la quedada de los lunes.

Efa abre los ojos de par en par como exclamando: «¿Te lo dije!».

—A menos que podáis estar ahí delante los cinco, no voy a tener padrino. Me niego a elegir a uno de los cinco por delante de los demás.

Leo coge una cerveza de la barra y se acerca.

—Claro. Además, ¿no vamos a ser solo un puñado de invitados? Estaremos todos ahí delante —ríe entre dientes.

—Exacto.

—¿Y los testigos? —pregunta Efa. Vamos a casarnos en Londres, y ahí tienen unas normas muy raras.

—Ah, sí. Di por hecho que van a ser Eira y Dylan —digo, brindando con Leo. Me vuelvo hacia Efa, que me mira atónita—. ¿Qué pasa? —pregunto.

—Quiero follar contigo ahora mismo. Aquí mismo.

A mi lado, Leo se aclara la garganta.

—Esto es un poco incómodo porque soy muy estricto con los tríos. Tengo que ser el único tío.

Efa lo ignora.

—En serio, Bennett. Eso es muy amable por tu parte.

—Y eso la incentiva para proponerte follar —comenta Leo—. Tomo nota.

—Como si necesitaras más sexo —resopla Efa—. Deberías dejar descansar a tu pobre pene de vez en cuando o se te caerá —añade con expresión adusta y lúgubre.

—No hay duda de que encajas genial con nosotros —ríe Leo.

—Sí, lo sé —replica Efa—. Pero los lunes por la noche son aburridísimos. Tengo cita para darme un masaje dentro de veinte minutos.

—Me parece genial —sonríe Leo.

—No sé yo... —digo, y brindamos de nuevo.

—Ah, una cosa más —dice Efa.

—Dispara —respondo.

—¿Podemos no hacer lo del regalo de boda? ¿Qué leches voy a regalarle a un puñetero multimillonario? Puedes comprarte todo lo que quieras. Estaba pensando que podríamos hacer algo el uno para el otro.

Suspiro porque la artesanía no es precisamente lo mío, y Leo rompe el silencio con una carcajada.

—Joder, dime que vas a sacarle una foto a Bennett con la pistola de pegamento.

Efa pone los ojos en blanco.

—Vale, pues nada hecho a mano. Pero prefiero algo pequeño y que signifique algo antes que un regalo ostentoso. Lo encuentro innecesario.

A mí no me parece innecesario porque quiero mimar a Efa todo lo posible, pero si ella quiere un regalo de boda que signifique algo, tengo una llave que me está quemando en el bolsillo.

—Está bien —acepto, porque voy a encontrar bien cualquier cosa que ella quiera—. Entonces, ¿qué te parece esto? —Saco la llave del bolsillo—. No es un regalo ostentoso.

Efa le echa un vistazo la llave y luego me fulmina con la mirada.

—¿Qué has hecho? —Le lanzo la llave y ella la coge y se sienta junto a mí en el sofá—. ¿Qué es esto?

Muevo el llavero para que pueda verlo mejor y leer lo que tiene grabado:

«HOLFORD ROAD».

Frunce el ceño.

—¿Es la llave de la casa de Eira y Dax? —Sacudo la cabeza y ella suelta un suspiro—. ¿Qué has hecho? —repite.

—Necesita unas reformas, pero se me ha ocurrido que, cuando vayamos a Londres, estaría bien

tener un lugar donde quedarnos, y Holford Road es un sitio estupendo, así que he comprado la casa que hay al lado de la de Eira y Dax.

Abre la boca de par en par y se le suaviza la mirada. Menos mal que no se ha enfadado.

—Te quiero, Bennett Fordham. Eres el hombre más considerado del mundo, además de amable, generoso y sexy de cojones. No sé cómo he podido tener tanta suerte.

Saco pecho: jamás me canso de escuchar lo mucho que me quiere.

Se sienta en mi regazo y deja un reguero de besitos en mi mandíbula.

—Gracias.

—No hay nada que no haría por ti —digo. Y es la verdad: lo dejaría todo por ella, renunciaría a lo que fuera, iría a cualquier parte.

Leo se aclara la garganta de nuevo.

—En serio, chicos, ¿queréis que desaparezca durante diez minutos?

Efa se ríe y se levanta de mi regazo para tomar asiento a mi lado en el sofá.

—Leo, Leo, Leo. Te equivocas si piensas que solo nos harían falta diez minutos. Necesitamos una hora o dos. Tienes que buscarte una mujer con la que quieras pasar más de diez minutos.

Leo se tapa los oídos.

—No, no, no. No me interesa que vosotros, parejita de engréidos, me deis la charla sobre que debo enamorarme. No tengo ningún interés en encontrar a alguien con quien pasar más de una noche.

—Ya veremos —replica Efa—. Yo no buscaba nada cuando conocí a Bennett. —Desliza su mano en la mía y me la estrecha.

Antes de que Leo y Efa puedan discutir sobre el modo en que Leo aborda las citas, el sexo o las mujeres, algo que ocurre con cierta frecuencia, aparece Worth y, tras él, van Fisher y Jack. Todos abrazan a Efa como si fuera su hermana y la velada sigue como de costumbre: la televisión está encendida, pero nadie le presta mucha atención.

—Así que al parecer ninguno de nosotros va a ser tu padrino a pesar de que piensas hacer que vlemos sobre el charco en un viaje de cinco mil kilómetros para ver cómo te casas. ¿Alguna otra buena noticia que quieras compartir con nosotros? —se burla Leo.

—¿No vas a tener padrino? —interviene Worth.

—No. Sería absurdo. Es una boda pequeña a la que solo van a asistir los más allegados.

—¿Alguien tiene un hotel en Londres? —pregunta Leo—. ¿Worth?

—No. El mío está en Boston. —Sacude la cabeza, como si no pudiera creer que sus amigos no recuerden dónde está su hotel.

—Mierda, así que no solo vamos a volar cinco mil kilómetros, sino que también tenemos que pagar el hotel.

—En realidad no —responde Efa—. Mi hermana ha pagado las habitaciones en el lugar donde se va a casar el verano que viene.

—Ah, ¿sí? —pregunto—. No me lo habías dicho.

—Ahora somos familia —contesta, encogiéndose de hombros.

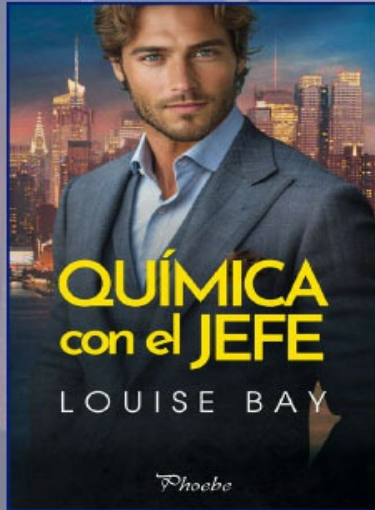
Hacía mucho tiempo que no tenía una familia aparte de mis cinco mejores amigos. Me siento bien al saber que tengo a alguien en mi vida que va a estar a mi lado para siempre. Y aunque no conozco mucho a su familia política, me parece que voy a encajar bien con ellos; si los hubiera conocido antes, podría haber sido amigo de Dax, Jacob y del resto de los cuñados, además de Eira y Dylan.

Todo es muy diferente de como era al principio del verano; soy un cabrón afortunado. Estar con Efa me ha cambiado la vida de un modo que ni siquiera podía haber imaginado. Ya no me escondo, y salir a la luz ya no me da miedo, aunque de vez en cuando me cruce con un par de *paparazzí*. En Efa he encontrado amor, amistad, risas y, sobre todo, libertad.

Me pasaré el resto de mis días haciendo que disfrute de estar conmigo tanto como disfruto yo de estar a su lado.

QUÍMICA CON EL JEFE

SINOPSIS



Un malhumorado y solitario multimillonario neoyorquino encuentra a su alma gemela en la mujer que le hace la cama (en más de un sentido).

Cuando el tío que está sentado junto a mí en el bar coquetea conmigo, con esa sonrisa canalla y un traje carísimo, no me doy ni cuenta de que estoy a punto de tener un rollo de una noche con el hombre que me muero por que me contrate.

Al día siguiente, después de esa aventura que pone mi mundo —y mi cuerpo— patas arriba, empiezo un trabajo

de verano como doncella en un hotel de cinco estrellas, aunque estoy decidida a abrirme paso en el mundo de la tecnología. Mientras quito el polvo y dejo reluciente la Suite Park, entra el Señor Sonrisa Canalla con expresión gélida.

¿Por qué el hombre de la noche anterior, que era tan encantador —y tan bueno con la lengua—, se comporta de un modo tan antipático esta mañana? Cuando uno los puntos por fin, me doy cuenta de que el huésped de la Suite Park no es otro que Ben Fort, el magnate de la tecnología para el que quiero trabajar.

Ben ha mantenido oculta su identidad durante años, y quiere saber cómo lo he descubierto tan fácilmente. Mientras me interroga, no pierdo el tiempo diciéndole que es un gruñón —supersexy— al que le hace mucha falta relajarse... y que debería ofrecerme un empleo.

No quiero llegar a la cima saltando de cama en cama, y él no se fía de mí, pero ninguno de los dos puede resistirse a las chispas que surgen entre nosotros cada vez que le mullo las almohadas.

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

LOUISE BAY

Louise Bay adora la lluvia, Londres, los días en los que no tiene que maquillarse, disfrutar de tiempo a solas, estar con sus amigos, los elefantes y el champán. Todas sus novelas son auténticos *best sellers*.

Química con el jefe es la última novela de la autora en Phoebe, después del éxito conseguido con *Una semana en Nueva York*, *El escándalo*, *Amor inesperado* o *Volver a verte* y con las series *The Doctors* (*Doctor Inalcanzable*, *Doctor Perfecto*, *Doctor Jefe*, *Doctor Prometido* y *Doctor Soltero*), *The Misterys* (*Mister Mayfair*, *Mister Knightsbridge*, *Mister Smithfield*, *Mister Park Lane*, *Mister Bloomsbury* y *Mister Notting Hill*), *The Royals* (*El rey de Wall Street*, *El príncipe de Park Avenue*, *El duque de Manhattan*, *El caballero inglés* y *El aristócrata de Londres*), las bilogías *The Gentlemen* y *The Players* y la trilogía *The Nights*.

louisebay.com

IG: [louisesbay](#)

TW: [@louisesbay](#)

FB: [@authorlouisebay](#)

GR: Louise Bay

LOUISE BAY

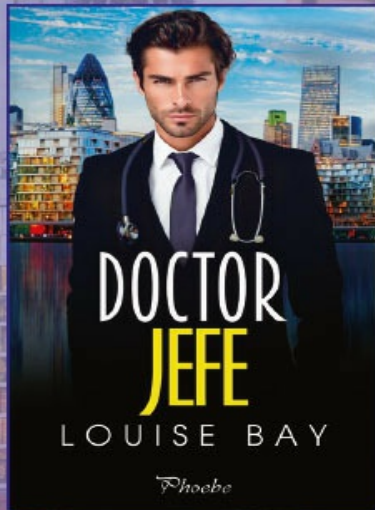
SEXY. SASSY. ROMANTIC FICTION

***Otros títulos
de la autora en
Phoebe romántica***



DOCTOR JEFE

SINOPSIS



Mi vida era muy tranquila hasta que llegó Vincent Cove, un millonario americanamente sexy.

Pensé que lo nuestro solo iba a ser una aventura de una noche y que jamás volvería a verlo, pero ha regresado para convertir la mansión inglesa en la que vivo y trabajo en un glamoroso hotel.

Por encima de mi cadáver.

Ya sé que solo soy una camarera de una ciudad pequeña, y poco puedo

hacer ante la inmensa fortuna de Vincent, pero no me rendiré sin pelear. Voy a vencer a esa apisonadora millonaria.

Si hubiera sabido lo que planeaba, no me habría acostado con él, y ahora estoy absolutamente decidida a ignorar la química que hay entre nosotros; pero su encanto me despista, su insistencia me irrita y sus antebrazos, su mandíbula firme y su sonrisa diabólica me exasperan.

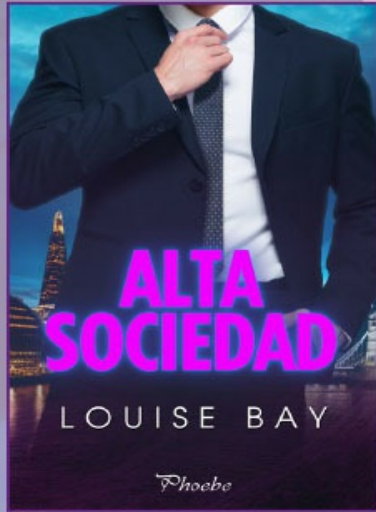
Al menos, no tengo que preocuparme de que vaya a quedarse: él mismo dice que es un trotamundos incapaz de asentarse en ningún sitio, así que no hay ninguna posibilidad de que me dé tiempo a enamorarme de él...

Captura en el código
los primeros capítulos de
Doctor Jefe



ALTA SOCIEDAD

LOUISE BAY



Lo primero que vi de Madison Shore fue su ropa interior cuando ella se tropezó con mi silla en una boda y acabó cayendo encima de mí. Aunque pude ver mucho más de ella a lo largo de esa noche.

La segunda vez que coincidimos fue en mis oficinas de Londres; resultó que era la periodista que iba a escribir un artículo sobre mí.

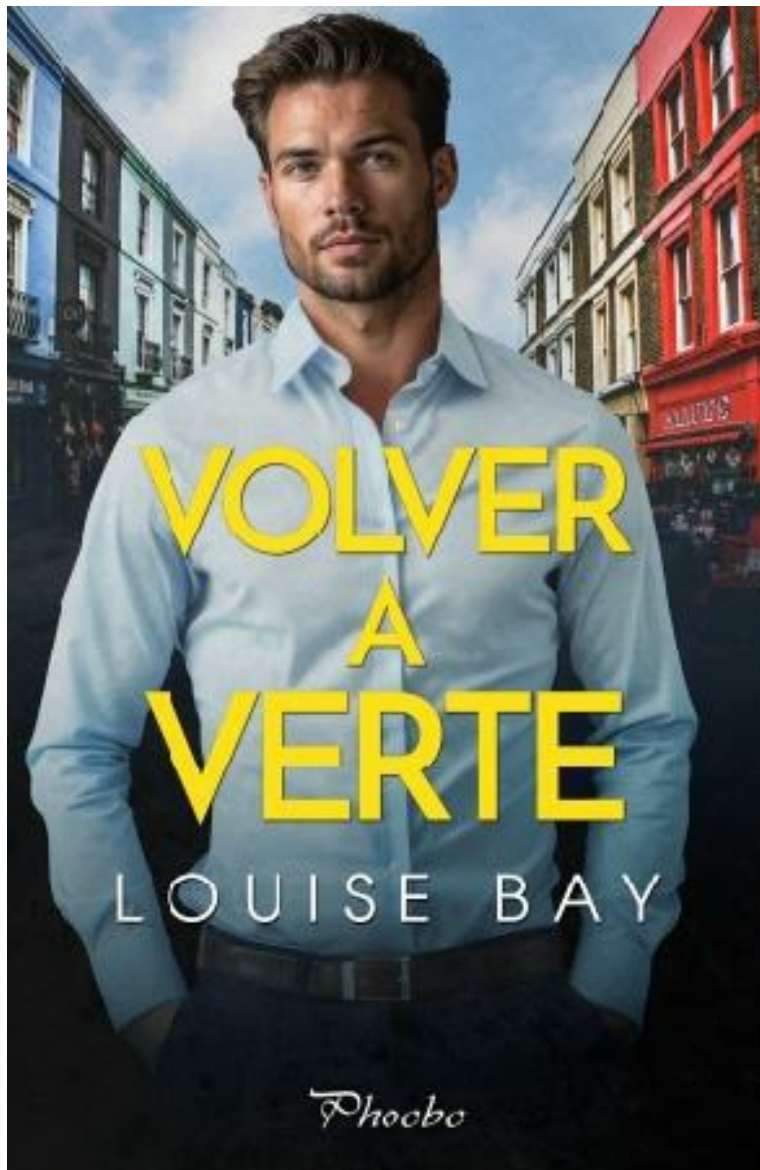
Para mantener el control de mi empresa después de sacarla a bolsa, necesito convencer a la junta directiva

de que me tomo los negocios mucho más en serio de lo que sugiere mi reputación de *playboy*, por lo que Madison tiene mi futuro en sus manos.

La ironía es que necesito convencer a una mujer con la que me fui a la cama el pasado sábado por la noche de que no soy el mujeriego que todo el mundo piensa...

Captura en el código
los primeros capítulos de
Alta sociedad





Volver a verte

Bay, Louise

9788410070684

320

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Hace mucho que Joel Wentworth me dijo que me amaría hasta el fin de los tiempos, y sigo teniendo la esperanza de que fuera verdad. ¿Cuánto se tarda en superar el primer

amor? Mi mente sabe que ocho años deberían bastar, pero mi corazón no está de acuerdo. Se supone que los chicos como Joel no se enamoran de chicas como yo, y en la universidad tuvo mujeres de sobra para elegir, pero de algún modo desafiamos las leyes de la naturaleza y nos enamoramos perdidamente. Después de graduarse, Joel se fue a trabajar a Nueva York y me pidió que me marchara con él, pero mi vida estaba en Londres. Lo dejamos, y mi corazón se rompió en mil pedazos. Si llego a saber que iba a seguir amándolo de esta manera, le habría dicho que sí hace años y habría sido mío todo este tiempo. No lo he visto ni he hablado con él desde que se fue, pero ahora está a punto de mudarse a Londres y debo superar lo que siento por él antes de que llegue. Pero ¿cómo olvidar a alguien de quien tengo tantos recuerdos?

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Lo que nunca nos dijimos

Beatobe, María

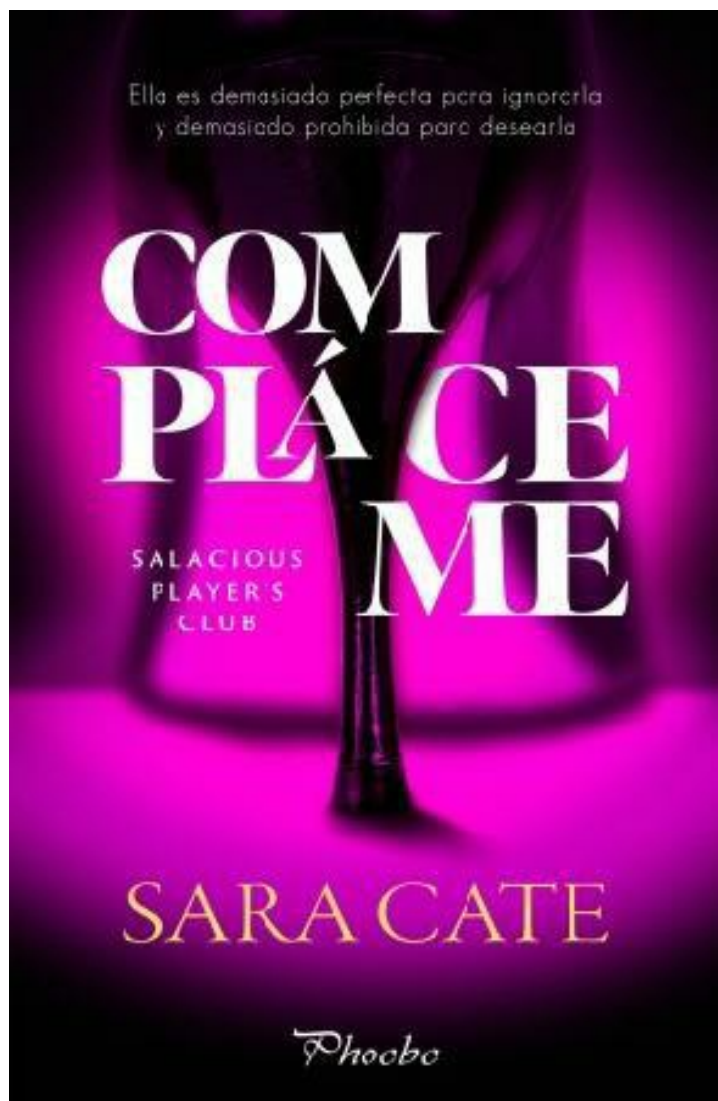
9788410070707

310

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Marta, una joven artista de espíritu libre, vive entre pinceles y copas, trabajando en una discoteca mientras lucha por hacerse un nombre en el mundo del arte. Aunque parece tenerlo todo bajo control, guarda un secreto que la atormenta: pesadillas recurrentes que la dejan exhausta. Lucas, un atractivo y prometedor fotógrafo con la reputación de ser un iceberg, llega a Madrid por trabajo y termina compartiendo piso con Marta, la mejor amiga de su hermana. ¿Qué podía salir mal? Pues, al principio, todo. Entre bromas irónicas y miradas intensas, Marta y Lucas descubren que tienen más en común de lo que pensaban. Su amor por las series crea momentos divertidos y relajados donde las barreras comienzan a romperse. Lucas, decidido a proteger a Marta de sus pesadillas, empieza a derretir su propio corazón helado. Y Marta, con su calidez y humor, empieza a desarmar las defensas emocionales de Lucas. ¿Quién sería capaz de afirmar que el hielo no se derrite con una buena pizza barbacoa?

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Compláceme

Cate, Sara

9788410070738

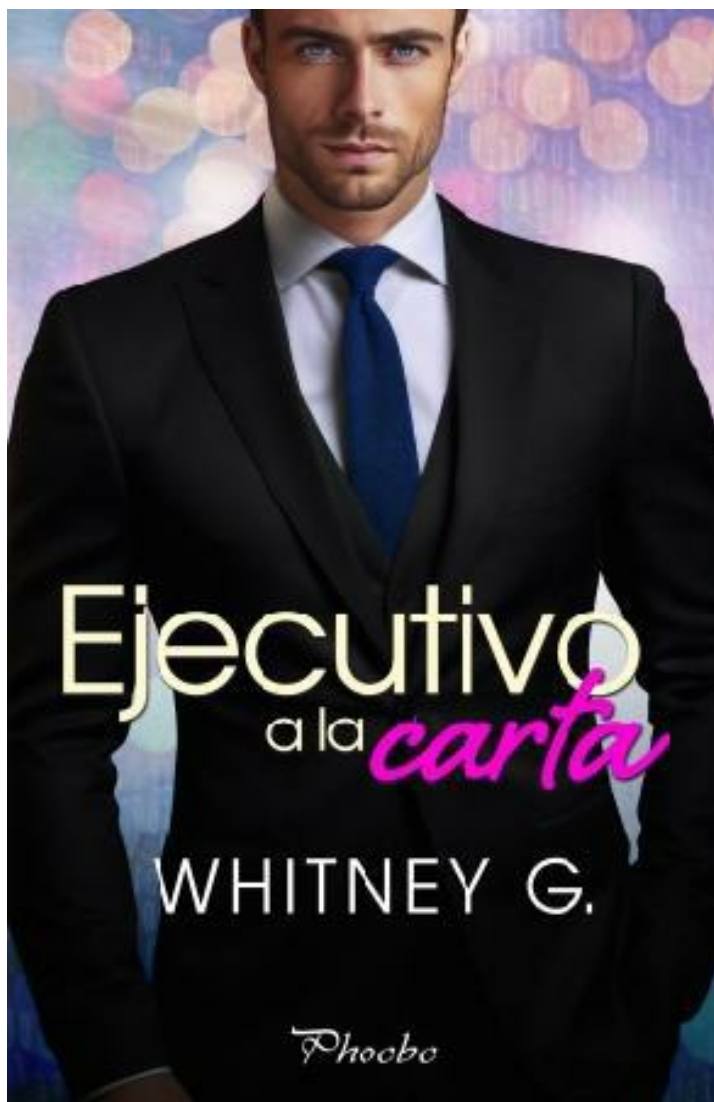
320

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Él dice que soy perfecta. Su mascota sin mácula. Su chica buena. Cuando mi tóxico exnovio me abandonó, me quedé hundida y destrozada, y solo ansiaba encontrar a alguien que me dijera que yo valía la pena. Entonces encontré un nuevo trabajo con un jefe que hace que me ponga de rodillas... literalmente. Emerson Grant me incita a

hacer cosas que una verdadera secretaria nunca haría. Pero también me hace saber que valgo la pena de verdad. Que soy digna de sus halagos. Hay un millón de razones por las que debería mantenerme alejada de él. El dueño del Club Juegos Prohibidos no es solo mi nuevo jefe, sino que también me dobla la edad... y es el padre de mi exnovio. Con él me siento valorada, adorada... Suya. Soy una buena chica, pero me he enamorado del hombre equivocado. Emerson Grant sabe lo que quiere, y ahora me quiere a mí. Pero ¿hasta dónde estaré dispuesta a llegar para conseguir su aprobación?

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Ejecutivo a la carta

G., Whitney

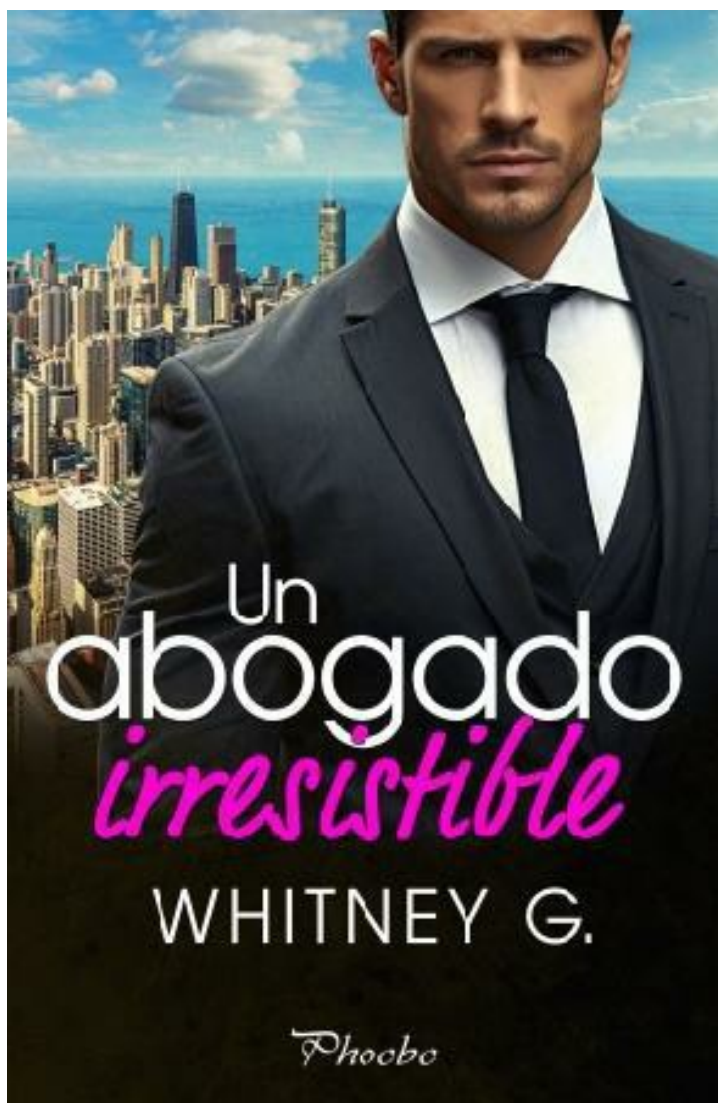
9788410070127

140

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Estas deben de ser las peores Navidades de mi vida... Mi exnovio acaba de reservar la mejor suite en el resort donde trabajo (con su nueva novia, no conmigo), la mitad del personal se ha dado de baja por gripe (mentira: quieren asistir a un concierto que se celebra en el pueblo) y mi hermana me está volviendo loca con sus inacabables planes de boda. En cualquier otro momento todo esto no supondría ningún problema, pero la Navidad lo cambia todo, y además mi familia está a punto de descubrir la mentirijilla que les he contado sobre mi inexistente prometido. Para evitarlo, decido descargarme Ejecutivo a la carta, una aplicación que permite contratar a un «falso y atractivo hombre de negocios» para impresionar a familiares y amigos. Por lo menos es lo que yo esperaba... Pero cuando el chico que he elegido me deja plantada en el último momento, la aplicación promete enviarme «un sustituto aún más sexy». Deben de haber querido decir «el demonio», porque este tipo no es un actor y, definitivamente, no es un «falso» ejecutivo. Es mi antiguo jefe. El idiota que me despidió el año pasado. Vale, ahora sí que, oficialmente, son las peores Navidades de mi vida.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Un abogado irresistible

G., Whitney

9788410070233

260

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

En el trayecto a la entrevista más importante de mi vida acabé chocando con mi destartalado Honda contra la parte trasera de un McLaren negro personalizado, y al superatractivo bastardo de su dueño no le hizo ni la más mínima gracia. Sobre todo cuando escapé de la escena del delito tras haberle dejado como pago un cheque sin

fondos, veinte dólares y un paquete de condones de los que brillan en la oscuridad (estoy tan arruinada que no puedo permitirme contratar un seguro). Conseguí llegar a la entrevista con unos segundos de margen, pero el socio de Hamilton y Asociados con el que esperaba encontrarme no estaba. En su lugar, me recibió, sorpresa..., el espectacular tío con el que acababa de chocar: Damien Carter. Tras escuchar su primera pregunta («¿Sabe que huir del escenario de un accidente es un delito?»), supe que no iba a conseguir el trabajo. Pero, para mi desgracia, me dieron el puesto y no tardé en darme cuenta de que Damien, mi jefe, y yo teníamos muchas más cosas en común de las que imaginaba. A pesar de que ese cabrón malencarado se pasa la vida amenazándome y dándome órdenes. Su bufete parece sacado directamente de El padrino, nada que ver con los «hombres buenos de la justicia» que muestran sus carteles promocionales. Entre sus paredes se esconden oscuros secretos, sus clientes siempre son culpables y Damien Carter representa todo lo que anda mal en el sistema legal. O al menos eso pensaba yo hasta que empezamos una turbulenta relación de amor-odio y descubrí su mayor secreto...

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)